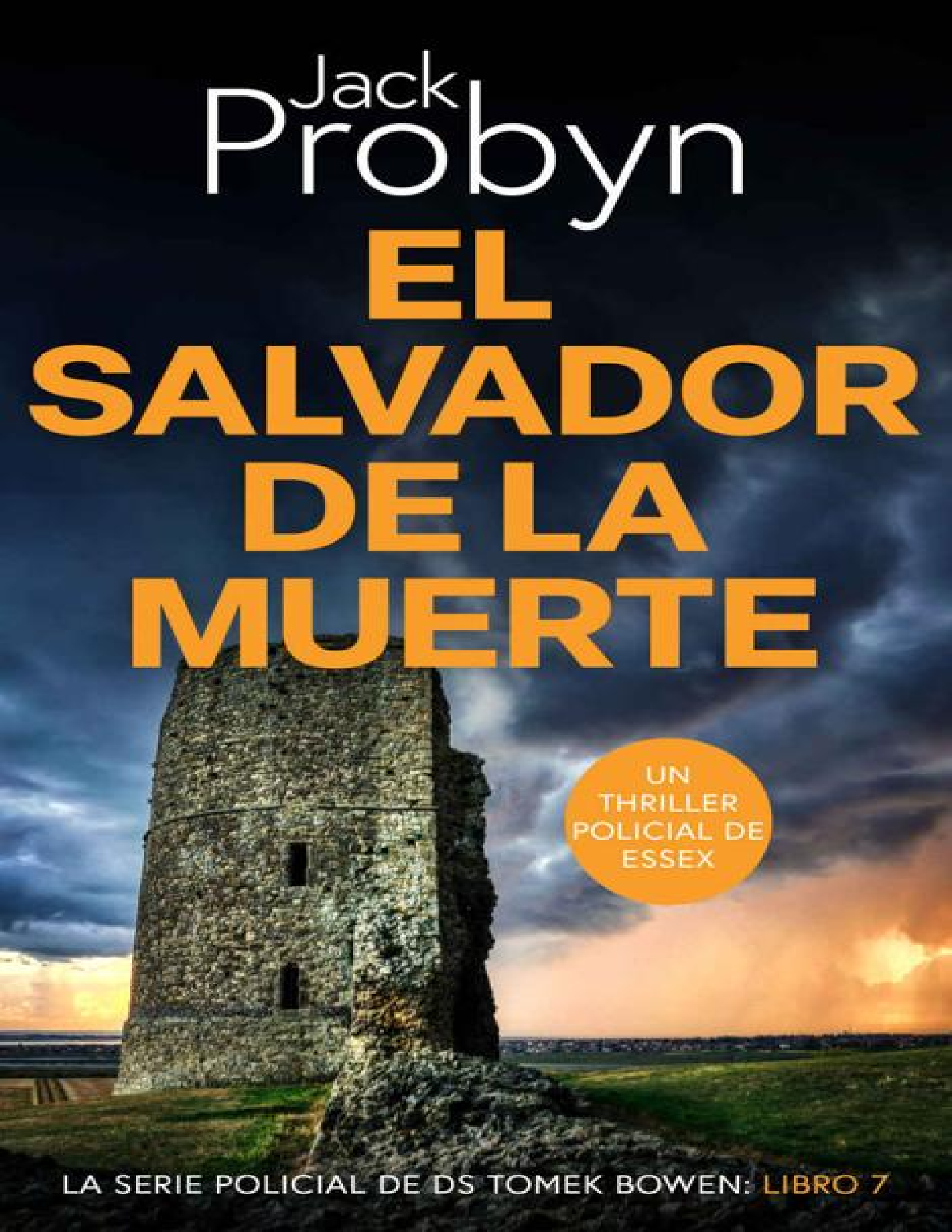

Jack Probyn
EL SALVADOR DE LA MUERTE
UN THRILLER POLICIAL DE ESSEX
LA SERIE POLICIAL DE DS TOMEK BOWEN: LIBRO 7

EL SALVADOR DE LA MUERTE

UN EMOCIONANTE MISTERIO DE ASESINATO BRITÁNICO

SERIE POLICIACA DEL DETECTIVE SARGENTO TOMEK BOWEN

LIBRO 7

JACK PROBYN

CLIFF EDGE PRESS

ÍNDICE

Sobre El Libro
Únete al Club VIP

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31

Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35
Capítulo 36
Capítulo 37
Capítulo 38
Capítulo 39
Capítulo 40
Capítulo 41
Capítulo 42
Capítulo 43
Capítulo 44
Capítulo 45
Capítulo 46
Capítulo 47
Capítulo 48
Capítulo 49
Capítulo 50
Capítulo 51
Capítulo 52
Capítulo 53
Capítulo 54
Capítulo 55
Capítulo 56
Capítulo 57
Capítulo 58
Capítulo 59
Capítulo 60
Capítulo 61
Capítulo 62
Capítulo 63
Capítulo 64
Capítulo 65
Capítulo 66
Capítulo 67
Capítulo 68
Capítulo 69
Capítulo 70

Capítulo 71
Capítulo 72
Capítulo 73

Otras Obras de Jack Probyn
Deja una reseña
Únete al Club VIP
Sobre El Autor

Copyright © 2025 Jack Probyn. Todos los derechos reservados.

El derecho de Jack Probyn a ser identificado como el autor de la Obra ha sido reivindicado por él conforme a la Ley de Derechos de Autor, Diseños y Patentes de 1988. Publicado por: Cliff Edge Press, Essex.

Esta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares e incidentes son productos de la imaginación del autor o se utilizan de manera ficticia. Cualquier parecido con personas reales, vivas o fallecidas, negocios, empresas, eventos o lugares es completamente coincidencial.

Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida en forma escrita, electrónica, de grabación o fotocopia sin el permiso por escrito del autor, Jack Probyn, o de la editorial, Cliff Edge Press.

eBook ISBN: 978-1-80520-183-0

ISBN: 978-1-80520-184-7

Primera Edición

Visite el sitio web de Jack Probyn en www.jackprobynbooks.com.

SOBRE EL LIBRO

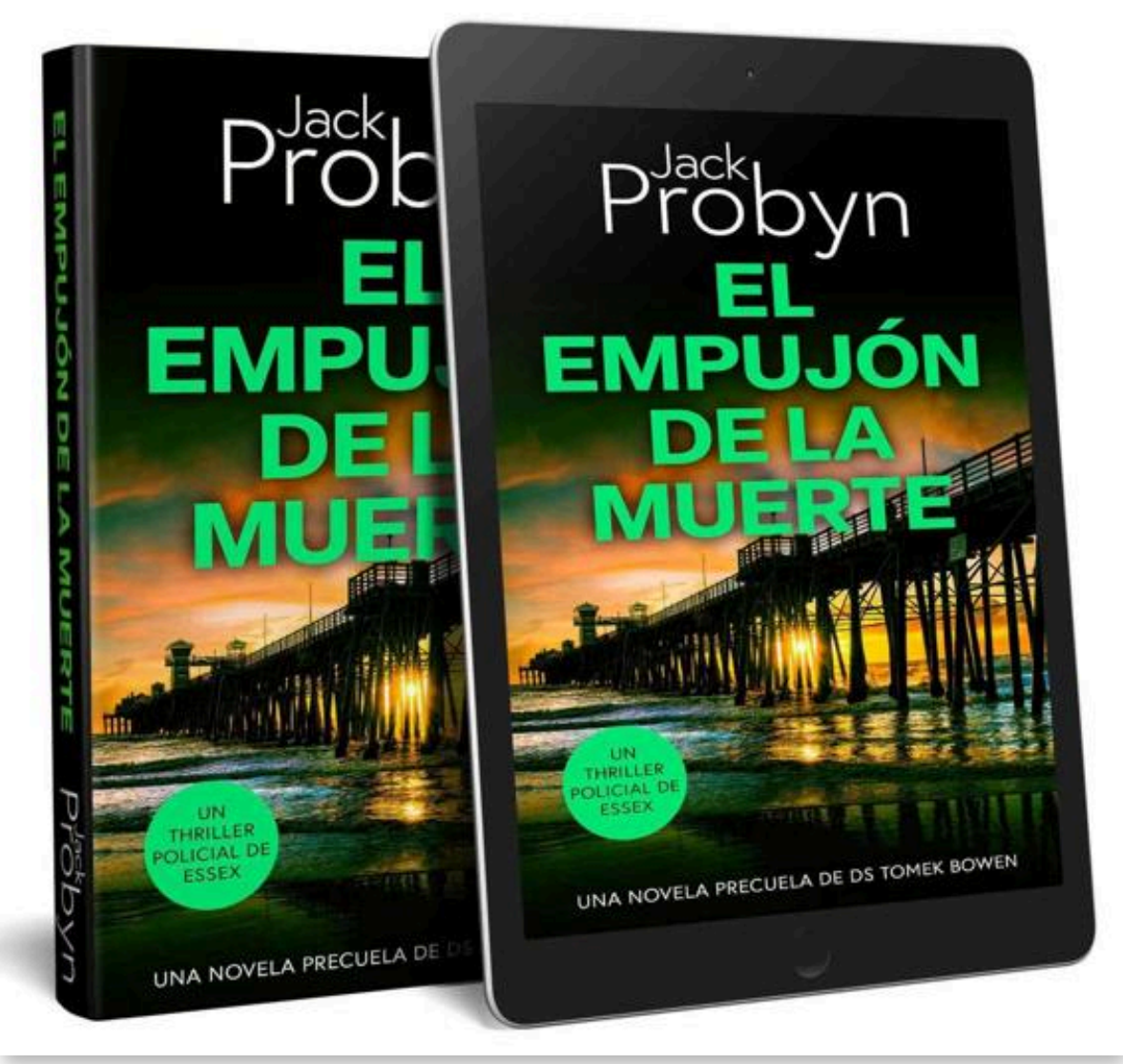
Durante una fuerte tormenta, un DJ de radio local es brutalmente asesinado en su mansión de Essex. Cuando las nubes y la lluvia se disipan a la mañana siguiente, el DS Tomek Bowen y su equipo descubren una escena del crimen que parece sacada de los libros de historia.

Las pruebas sugieren que se trata de un asesinato aleatorio. Pero a medida que Tomek va desvelando las capas de la vida de la víctima, se da cuenta de que hay más en el DJ de lo que aparenta.

Mientras tanto, en casa, Tomek se ve obligado a lidiar con una adolescente difícil que, por alguna razón, se está volviendo cada vez más combativa. Todo porque conoció a Zeus, el hombre que va a salvar el mundo. Pero solo si ella hace todo lo que él le dice, sin importar a quién hiera en el camino.

ÚNETE AL CLUB VIP

Tu libro GRATIS te espera



Disponible al unirte al club

Consigue tu copia GRATIS de la novela precuela de la serie DS Tomek Bowen ahora en jackprobynbooks.com al unirte a mi club VIP por correo electrónico.

CAPÍTULO
UNO

Era una de las tormentas más hermosas y violentas que habían visto jamás. Relámpagos bifurcados iluminaban el cielo como fuegos artificiales en la noche de hogueras, cubriendo el sur de Essex con densas cortinas blancas. Truenos, tan profundos y ensordecedores como una erupción volcánica, destrozaban sus tímpanos, ocultando sus movimientos con cada retumbo. La lluvia torrencial caía en cascada desde lo alto, rebotando contra el dosel de hojas y goteando gradualmente hasta el suelo.

La furia de Zeus se desplegaba con toda su intensidad esta noche.

Era la tormenta perfecta.

La cobertura perfecta.

El cono de luz blanca se extendía frente a ellas, iluminando el sendero empapado y fangoso. Arriba, el repiqueteo de la lluvia resonaba por todo el bosque, y las chicas reían y chillaban mientras chapoteaban por el barro.

Porque estaban de caza.

Haciendo el trabajo de Zeus.

Poco después, llegaron al pie del jardín. Jadeantes, eufóricas. Su ropa y calzado estaban cubiertos de hojas sueltas y empapados por la lluvia. Espesos zarzales, de más de dos metros de altura, barricaban la valla, montando guardia, protegiendo la casa. Pero las espinas no eran rival para ellas.

Pesadilla Susurrante desenrolló una esterilla de yoga y la colocó sobre el arbusto; el color rosa brillante de la esterilla contrastaba vivamente con la oscuridad que las envolvía. Fue la primera en pasar. Apoyándose en las demás, con Magdalena Brillante colocando sus manos en la parte posterior de las piernas y el trasero de Pesadilla Susurrante, se impulsó sobre los zarzales y aterrizó con un fuerte grito.

—¿Estás bien? —preguntó Magdalena Brillante.

—Estoy bien —respondió con un chillido casi histérico—. ¡Date prisa!

La siguiente en atravesar los zarzales fue Magdalena Brillante. Saltó sobre la esterilla y usó su impulso para propulsarse sobre la valla. Al aterrizar, una espina le arañó el antebrazo. Lo miró, se encogió de hombros y luego ayudó al resto de sus hermanas a pasar el seto. Mientras la tercera chica trepaba, un repentino relámpago iluminó el cielo, seguido inmediatamente por un trueno.

Zeus estaba justo encima de ellas ahora. Observándolas. Guiándolas. Animándolas.

Iluminó el cielo una vez más, esta vez con una cortina de relámpagos, cuando todas las chicas consiguieron cruzar el seto. Les estaba mostrando el camino, mostrándoles la magnitud de la tarea.

Ante ellas, al otro extremo del jardín de treinta metros de largo, se alzaba una mansión blanca, tan alta como ancha, con ventanales que se abrían a hermosos interiores. Era diferente a cualquiera que hubieran visto antes.

Por un momento se quedaron allí, contemplándola, con el pelo pegado a la cara, jadeando, riendo.

En lo alto, retumbó un trueno, profundo y oscuro, señalando que era hora de avanzar.

De inmediato, las chicas se separaron y se pegaron a las vallas a ambos lados del jardín, agachándose. Esta vez no hicieron ruido, salvo el sonido de sus pies sobre la hierba mojada. Acechaban como depredadoras en busca de su presa. Silenciosas, letales.

Y su presa estaba dentro de esa casa. En algún lugar del salón, más allá de los ventanales franceses y la gran planta en maceta.

Unos momentos después, empapadas y caladas hasta los huesos, con el corazón latiendo con fuerza, llegaron al borde de la casa. Pesadilla Susurrante hizo el primer movimiento: manteniendo su cuerpo pegado a la pared, caminó de puntillas hacia los ventanales. Se detuvo, miró por la esquina y luego hizo un gesto al resto de las chicas.

No había moros en la costa.

Cada una se turnó para unirse a Pesadilla Susurrante, alineándose junto a ella una por una, como muñecas diabólicas de una película de terror. Al otro lado del cristal había un lujoso salón, con mobiliario moderno y un sistema de televisión y audio de alta tecnología. El televisor estaba a todo volumen, y el sonido se filtraba a través de las ventanas. Desde su posición, podían ver el sofá y al hombre tumbado en él.

Por su postura, parecía dormido.

Era la tormenta perfecta.

Ahora solo tenían que entrar.

Pesadilla Susurrante, agachándose junto a la cerradura, metió la mano en el bolsillo de su pantalón y sacó una ganzúa. Era una herramienta profesional, diseñada para ayudar a las personas a entrar en sus coches si se quedaban encerradas fuera. Pero también era la herramienta perfecta para entrar en casas ajenas y, tras unos cuantos movimientos, los tambores encajaron en su sitio y la puerta se desbloqueó.

Con cuidado, lentamente, para no despertar al hombre del sofá, Pesadilla Susurrante abrió las puertas. Antes de entrar en la casa, cada una se quitó los zapatos y después sacaron sus cuchillos de detrás de la espalda. Pesadilla Susurrante cruzó el umbral primero, abriendo camino hacia el hombre del sofá. Luego las chicas se turnaron para seguirla. Una vez que todas estuvieron dentro, Magdalena Brillante cerró suavemente la puerta tras ellas y se unió al resto de sus hermanas, con las armas empuñadas, resplandecientes bajo la brillante luz blanca de los LED del techo.

Zeus estaba furioso.

Pero si todo salía según lo planeado, ya no estaría furioso. Las había guiado hasta este punto, pero ahora que finalmente estaban

aquí, dependía de ellas.

Dependía de ellas hacer que la tormenta perfecta fuera aún más perfecta.

CAPÍTULO
DOS

Tomek Bowen estiró todo su cuerpo sobre la cama mientras bostezaba, con los músculos y las articulaciones despertándose lentamente. Después balanceó las piernas fuera de la cama y apoyó los codos sobre las rodillas. Permaneció así durante unos instantes, gruñendo, sorbiendo por la nariz y masajeándose la cara para despabilarse. Había sido una noche de sueño maravillosa. Según los informes meteorológicos, se esperaba una tormenta, y a juzgar por las gotas de lluvia en las ventanas, así había sido. Pero él no había oído ni un solo decibelio. No sabía por qué, pero siempre tenía las mejores noches de sueño de su vida durante las tormentas, como si el trueno retumbando por la casa le llevara de vuelta a su infancia y a las noches en que a menudo se quedaba dormido con el sonido de sus padres gritando en el piso de abajo.

El único problema era que había dormido *demasiado* bien, y ahora se sentía asqueroso y aturdido.

Frotándose los ojos para quitarse el sueño y rascándose partes que se habían enredado y distorsionado durante la noche, Tomek salió de la cama y estiró las piernas. Su cuerpo se vio abrumado por un repentino impulso de bostezar otra vez. Perdió la batalla, esta vez moviendo los dedos de los pies y alzando las manos hacia el techo.

Estaba a punto de apartarse del alféizar de la ventana cuando algo llamó su atención. Detrás de sus tres bonsáis, que recientemente había regado y alimentado con una solución de algas, había una caja nido. Hecha a mano, artesanal. Frágil, cabía añadir,

pero tenía un significado sentimental para él: inscrito en la parte inferior de la caja estaba el nombre de su hermano. En ese momento, un pequeño petirrojo estaba posado en el borde de la caja, mirándole fijamente.

—Hola, amigo —dijo Tomek mientras se apoyaba en el alféizar de la ventana. Una sonrisa se dibujó en su rostro y su cuerpo se reconfortó—. ¿Qué tienes ahí?

Atrapado dentro del pico del pájaro había un pequeño gusano, de unos pocos centímetros de largo, aún vivo, retorciéndose por su vida. El pájaro levantó la cabeza y sacudió el gusano suavemente, como si se lo mostrara a Tomek con orgullo.

—¡Vaya! ¿Tienes familia ahí dentro, colega? —preguntó.

Como respuesta, el pájaro metió la cabeza dentro de la entrada de la caja y desapareció con el gusano aún en la boca. Inmediatamente, los agudos sonidos de polluelos excitados piando se filtraron a través del doble acristalamiento. Tomek imaginó a las crías del petirrojo luchando entre ellas por el primer bocado de comida. Como él y sus hermanos solían hacer, allá en Polonia, antes de que sus padres se mudaran de país y comenzaran sus negocios. Solo tenía cuatro años entonces, pero el recuerdo de sus hermanos ganándole por el último pierogi, y burlándose cruelmente de él después, permanecía.

Un momento después, el petirrojo reapareció, colgándose del borde de la caja. Colgando de su boca estaba la cola del gusano. El pájaro saltó desde el borde hasta el alféizar de la ventana.

—¿Lo compartes conmigo? —preguntó Tomek. Sus ojos miraron hacia el tirador de la ventana—. ¿Quieres entrar?

Como si respondiera, el pájaro pió.

Tomek abrió la ventana, y en segundos, el petirrojo entró con cautela.

—Hola, Michał —dijo Tomek, hablando suavemente—. ¿Has venido a ver a tu hermano después de todo este tiempo?

El pájaro depositó el gusano en la superficie, y rápidamente echó a volar.

Mientras Tomek lo veía desaparecer de vuelta en la caja, sus pensamientos se dirigieron hacia su hermano muerto. Imaginó

dónde podría estar Michał ahora, treinta años después. Quizás habría formado una familia, tendría un hogar, una carrera.

Una vida.

Pero eso le había sido arrebatado demasiado pronto. Muchísimo antes de tiempo.

A estas alturas, los gritos de excitación desde dentro de la caja nido se habían apagado. Cuando Tomek miró hacia la ventana, el gusano llamó su atención. Seguía moviéndose, retorciéndose, contoneándose en la superficie. Con cuidado, con el mismo respeto y atención que un niño pequeño le da a un cangrejo en la playa, Tomek lo cogió con sus dedos y lo colocó en el borde exterior del alféizar. Por si las crías todavía tenían hambre.

Se quedó un momento observando la caja nido, escuchando los sonidos, permitiendo que la sonrisa se extendiera por su rostro.

Tristemente, su júbilo se vio interrumpido por el sonido de su móvil sonando en la mesita de noche.

Suspirando, se inclinó para contestar.

—Buenos días —dijo lentamente.

—Buenos días —repitió Sean—. ¿Ya te has puesto los pantalones?

—Es lo único que llevo puesto.

—¿De qué color son?

—Te gustaría saberlo, ¿eh? ¿Qué ocurre?

—Lo de siempre. Y para este caso, vas a necesitar llevar algo más de lo que llevas ahora mismo, campeón.

CAPÍTULO
TRES

Lo primero que Tomek notó nada más poner un pie en la pequeña mansión de Shipwrights Drive, aparte del suelo de mármol y la estatua de un dios griego en el centro de la entrada, fue el ruido que emanaba del televisor. Provenía del salón y resonaba por toda la casa. Vestido con su traje blanco de papel, Tomek se detuvo para examinar su entorno, absorbiendo la magnificencia de la casa. Quien hubiera vivido allí se había labrado un buen futuro. La luz se filtraba por la ventana Velux en lo alto del edificio, a unos diez metros sobre él. Y recibía la ayuda de una lámpara de araña dorada que colgaba a poco más de un metro de la cabeza de Tomek. A su izquierda había una cocina, equipada con mobiliario y electrodomésticos de alta gama. Todo allí era elegante y moderno. Como si no se hubiera escatimado en gastos para asegurar que el propietario tuviera lo mejor de lo mejor.

—¿Estás listo?

La pregunta vino de la inspectora Victoria Orange a su derecha. Ella también iba vestida de pies a cabeza con un traje forense. Se detuvo en el umbral de la puerta y cruzó los brazos sobre el pecho.

—Buenos días, Anna —bromeó Tomek—. ¿Cómo estás?

—No soy Anna —fue la severa respuesta.

—¿No? Sonáis muy parecidas.

—Aparte del acento polaco.

—Exactamente. Claro que sabía que eras tú. Reconocería esos ojos cansados en cualquier parte.

Al decirlo, Tomek fue asaltado por un bostezo involuntario.

—Ahora que lo mencionas —dijo Victoria—, yo también reconozco *tus* ojos cansados.

—Me encantaría decir que fue la tormenta lo que me mantuvo despierto —respondió él—, pero dormí como un bebé.

—Parece que nuestra víctima también estaba durmiendo como un bebé cuando lo mataron —añadió Lorna Dean mientras doblaba la esquina y se colocaba junto a Victoria.

—Si no lo estaba antes, ahora lo está... —añadió Tomek.

—Buena esa —comentó la patóloga del Ministerio del Interior. Normalmente, habría esperado ver el rojo llameante de su pelo atravesar el traje de papel, pero esta mañana no estaba allí, como si se lo hubiera teñido de otro color. O quizás la intensa luz que se filtraba en la casa se reflejaba tanto en el traje que distorsionaba los colores que había debajo.

—Ven a verlo por ti mismo.

Tomek no necesitó que se lo dijeran dos veces. Esperó a que las mujeres fueran primero —todo un caballero— y luego las siguió de cerca mientras entraban en el salón. Allí era donde estaba ocurriendo toda la acción. El espacio bullía de oficiales de la escena del crimen, vestidos con sus trajes de papel, moviéndose por el lugar, intentando evitarse unos a otros a pesar de las hectáreas de espacio en las que podían moverse. En el centro del salón había un gran sofá de unos seis metros de largo, con forma de herradura, que se curvaba alrededor del televisor empotrado en la pared. Justo delante había un puf enorme lo suficientemente grande como para que se sentara un oso. Debajo del televisor había una chimenea electrónica que, como el televisor, se había quedado encendida y actualmente irradiaba un calor similar al que se experimenta en el Sáhara. Tomek solo llevaba allí un minuto y ya podía sentir cómo el sudor empezaba a formarse en la parte baja de su espalda y en su frente.

—¿No creéis que podríamos apagar todo esto? —preguntó—. Dudo que vaya a necesitar esas cosas encendidas nunca más.

Tomek señaló a Dion Dublin de *Homes Under the Hammer* que actualmente recorría un cuarto de baño decrépito, uno que Tomek

suponía que estaba en el extremo opuesto del espectro al que podría encontrar en esta casa.

—Preferiría que no tocáramos nada que no sea necesario —respondió Rory Stevens, el jefe de la escena del crimen. Apareció de detrás de una pared, como si hubiera estado esperando el momento para hacer tal entrada—. Si no te importa.

Tomek dudó antes de responder. El hombre le estaba haciendo saber que este era su reino y que tenía completo dominio sobre él.

Tomek se volvió hacia el televisor. —Debe de haber algún botón en el maldito chisme.

Se acercó a la pantalla y apretó la cara contra ella, inspeccionando el aparato desde diferentes ángulos, buscando un botón para apagarlo. Pero había sido empotrado en la pared hasta el último milímetro.

—A menos que derribemos la pared, se quedará encendido —añadió Rory con firmeza.

Tomek no lo tenía catalogado como alguien lo bastante severo como para dejar clara su postura —siempre había parecido bastante pasivo y relajado—, pero había algo diferente en el Rory de esta mañana.

—¿Qué pasa, Rory? ¿La tormenta también te mantuvo despierto?

Los ojos del hombre se entrecerraron detrás de su mascarilla. —La tele se queda encendida.

—Al menos apagad la calefacción —añadió Tomek—. No puede ser bueno para... —Tomek miró el desastre en el suelo frente a él—. No puede ser bueno para *él*. Al menos no tiene que moverse con uno de estos jodidos trajes.

—Cállate, Tomek. Deja de quejarte —entonó Victoria, haciendo valer su rango.

Él dejó de hablar rápidamente y cruzó los brazos sobre el pecho, mirando hacia abajo al cuerpo. Ante él, desplomado en el suelo, rodeado por un charco de su propia sangre, había un hombre de edad similar a la suya, con un espeso cabello negro que se había apelmazado y teñido de rojo. Vestía únicamente unos pantalones cortos de chándal y calcetines. Le habían cortado la garganta y su

cuerpo había sido perforado con docenas de puñaladas, la peor de las cuales estaba en su diafragma, justo debajo del esternón.

El hombre estaba congelado en el suelo, con los ojos bien abiertos, mirando hacia el televisor, con una mano descansando cerca de su cuello.

—¿Qué hizo el pobre desgraciado para merecer esto? —se preguntó Tomek en voz baja. Luego, más alto, al resto del grupo—: ¿Tenemos un nombre?

—Se nos ha informado de manera fiable que se llama Michael Edwards.

—¿Por?

—Su limpiadora —respondió Victoria—. Lo encontró así y llamó para informar. Viene todas las mañanas sobre las nueve.

—¿Su deseo profesional de limpiar la sangre del suelo y del puf no se activó entonces? —Tomek se giró hacia el rodapié más cercano y se agachó para inspeccionarlo en busca de polvo. Su veredicto: no estaba haciendo un buen trabajo.

—Curiosamente, creo que estaba un poco preocupada —dijo Victoria.

—¿Supongo que tiene llave?

—Sí.

—¿Y por dónde entró? ¿Por delante o por detrás?

—Por delante —respondió Victoria, sonando como si tuviera poco tiempo para las preguntas de Tomek.

—¿Cómo entró el asesino? —Tomek señaló los ventanales franceses que iban desde el suelo hasta el techo y que recorrían la pared, con vistas a un jardín imposiblemente largo y extenso. Al fondo se encontraba el Bosque Shipwrights, una pared de treinta metros de altura de denso arbolado. Alrededor de la puerta abierta había un par de agentes de la escena del crimen. Su mirada se posó en el impoluto suelo de mármol y luego en el jardín exterior.

—Nuestra suposición es que por detrás —contestó Rory—. La cerradura no parece haber sido forzada, lo que implica que sabían lo que estaban haciendo.

—Si ese es el caso, ¿dónde están las huellas de barro?

Un momento de reflexión cayó sobre el salón, como si fuera la primera vez que alguien se planteaba esa pregunta.

—Estaba lloviendo a cántaros —añadió—. Deberían haber traído algo de agua consigo.

Nadie respondió. Al final, todo lo que Tomek recibió fue un encogimiento de hombros de Rory.

—Quizás nuestro asesino limpió tras de sí.

—O tal vez la señorita Dettol se ocupó primero —respondió Tomek, mientras rápidamente apartaba su atención de Rory y la dirigía al cuerpo en el suelo—. No hay señales de sangre en ningún otro lugar del suelo. No hay signos de lucha. Debía estar dormido cuando entró el asesino.

—Precisamente eso pensaba yo —coincidió Lorna—. Aunque podría estar equivocada. Tendréis mi informe completo al final del día.

—Perfecto —dijo Victoria, y luego se giró hacia Tomek—. ¿Mientras tanto, podrías llevar a la limpiadora a comisaría y tomarle declaración?

Tomek abrió la boca para quejarse. Ese era un trabajo para un agente de uniforme o un agente de policía, pero sabía que perdería rápidamente la discusión, especialmente delante de toda esta gente, así que la cerró de nuevo.

Aunque Rory podría tener dominio sobre la escena del crimen, Victoria tenía claramente el dominio sobre la investigación, y frustradamente, eso se extendía hasta el punto de decirle a Tomek qué hacer.

CAPÍTULO
CUATRO

Seis horas después, Tomek había terminado por fin con la asistenta de Michael Edwards. Había sido un proceso minucioso, ya que la mujer de sesenta años había recordado cada pequeño paso, cada mínimo detalle mientras entraba en la casa, a veces repasándolo tres o cuatro veces antes de establecer finalmente una cronología sólida con la que estaba satisfecha. No había nada que extraer de la versión de los hechos de Mary Middleton. Era una testigo clave que había entrado en el lugar equivocado en el momento equivocado, y se marchó con las pesadillas que lo demostraban. Nada más.

Poco después de despedirse de ella, y finalmente sentir que la vida volvía a su muñeca tras escribir de forma legible durante tanto tiempo, subió a la sala de investigación, donde la agente Rachel Hamilton le dijo enseguida que diera media vuelta y volviera a salir.

Ahora, se dirigían a la sede de la emisora de radio KISS en Chelmsford, a cuarenta minutos en coche. Tras varios giros equivocados y veinte minutos después de su llegada prevista, finalmente entraron en la emisora de radio.

—Espero que hayas llamado antes para avisarles de que íbamos —dijo Tomek mientras se acercaban a la recepción.

Rachel le miró con gesto de preocupación.

—*Por favor*, dime que has llamado antes.

Antes de que pudiera responder, llegaron a la recepción.

—Buenas tardes —dijo la chica punki de unos veintitantos años con suficiente metal en la cara como para fundirlo y hacer una

espada larga—. Bienvenidos a KISS. ¿En qué puedo ayudaros?

Antes de que Tomek pudiera abrir la boca, Rachel dijo:

—Tenemos una reunión con Roger Armstrong. Debería estar esperándonos.

La metalera (tanto por la cantidad de metal que tenía incrustado en la piel como por la suposición de Tomek sobre sus gustos musicales) sonrió, mostrando un piercing en la lengua y otro entre los dientes delanteros.

—Le avisaré de que estáis aquí —dijo, y después cogió el teléfono que tenía delante.

Mientras hablaba por el auricular, Rachel dio un codazo a Tomek en el brazo.

—Creo que me debes una disculpa.

—¿Por qué?

—Por subestimar mis poderes.

—No habrás usado telepatía, ¿verdad? Simplemente has sido organizada.

La recepcionista terminó la llamada.

—Algo por lo que no me has dado crédito —añadió Rachel, antes de volver a prestar atención a la recepcionista.

—Está listo para veros. Se encuentra en la cuarta planta. Su despacho es la quinta puerta a la derecha.

—Cuarta planta. Quinta a la derecha. Entendido. Vamos.

Rachel comenzó a andar, pero Tomek se había quedado donde estaba. Una pregunta le quemaba el cerebro.

—¿Alguna vez haces saltar las alarmas de seguridad del aeropuerto con todos esos...

—¿Piercings?

—Sí. Esos...

—No. No, no lo hago —dijo, esta vez sin la sonrisa de recepcionista—. El siglo XXI encontró la manera de fabricarlos de tal forma.

—Guay. Gracias.

Estaba claro que le preguntaban eso a menudo, y Tomek decidió que no merecía la pena para ninguno de los dos hacerle más

preguntas banales e irritantes. Pero justo cuando se dirigía al ascensor, se le ocurrió algo.

—¿Alguna vez se ha encontrado con Michael Edwards mientras ha estado trabajando aquí?

—Todas las mañanas.

—¿Y?

—¿Y qué?

—¿Cómo lo describiría?

—Un poco capullo, pero la gente que se cree un regalo de Dios siempre lo es.

Tomek golpeó el mostrador con los nudillos, le agradeció su ayuda y se reunió con Rachel en el ascensor. Al entrar, presionó repetidamente el botón para cerrar las puertas tras él.

—Solo necesitas pulsarlo una vez —le dijo Rachel—. Machacarlo con tu gordo pulgar no hace que funcione más rápido.

—Sí lo hace si yo digo que lo hace. —Tomek continuó pulsando el botón.

—Lo mismo vale para los semáforos.

Siguió pulsando.

—¡Simplemente espera!

Tomek se detuvo de repente. En cuanto lo hizo, las puertas del ascensor se cerraron. Se volvió hacia ella, sonriendo con suficiencia.

—Puedes borrar esa sonrisa de tu cara.

Tomek no tenía intención de hacerlo.

—¿A qué planta vamos? ¿Qué ha dicho? —preguntó.

—Cuarta planta. Quinta puerta a la derecha.

Cuando las puertas del ascensor se abrieron unos momentos después, se encontraron ante una elección. Ir a la izquierda *o* a la derecha. La recepcionista no había dicho en qué dirección tenían que salir del ascensor. Y para empeorar las cosas, había habitaciones y despachos a ambos lados de cada pasillo.

—Ahora desearías que tuviera telepatía, ¿eh? —comentó Rachel mientras se dirigía a la izquierda.

—Preferiría que hubieras sido lo suficientemente organizada como para que ya estuviera esperándonos abajo cuando llegáramos,

así podría habernos mostrado el camino correcto —dijo Tomek mientras giraba en la otra dirección y se dirigía a la derecha.

Al final, Rachel había elegido correctamente. Izquierda. Encontró a Roger Armstrong abriendo la puerta de su despacho justo cuando Tomek llegaba al otro extremo del pasillo. Era un hombre pequeño con el porte de alguien que deseaba ser cuatro veces más grande, como evidenciaba la fuerza de su apretón de manos con el que, según sintió Tomek, intentaba deliberadamente romperle la mano. Pero lo primero que Tomek notó del hombre fue su olor. Estaba empapado en aftershave, como si se hubiera bañado en él para enmascarar el olor a humo de cigarrillo en su ropa, manos y aliento.

El olor en el despacho no era mejor, espeso y almizclado, aferrándose a la garganta de Tomek. En el interior, la oficina estaba equipada con modernos equipos musicales de alta tecnología, con teclados y otras máquinas técnicas alineadas a un lado, micrófonos y auriculares colgados de la pared a la izquierda, y en el lado opuesto había una gran ventana que daba a un estudio.

—Tienes tu propio estudio de grabación —observó Tomek—. Qué bien.

—No se graba mucho allí, entiéndame. Es solo por si necesitamos que algunos miembros del personal hagan voces en off o grabaciones que puedan incluirse en alguno de los programas.

—Guay —dijo Tomek, sin fingir el más mínimo interés. Dirigió su atención hacia un sillón de piel y se sentó frente a Roger—. Entiendo que Rachel le ha explicado el motivo de nuestra visita.

Roger bajó la cabeza. —Sí... Michael. Muy triste. Espantoso, en realidad.

—Ciertamente... —dijo Tomek, notando la falta de sinceridad en la voz de Roger.

—¿Cuánto tiempo ha trabajado con Michael, Roger?

—Cerca de diez años.

—¿Así que le conoce bastante bien?

—Me gusta pensar que sí —dijo Roger mientras se rascaba un lado de la cara—. Fue uno de los mejores disc jockeys que hemos tenido nunca, y tengo suficiente experiencia en este negocio para saber de lo que hablo —tanta experiencia que soy como una serpiente.

Cuando ni Tomek ni Rachel reaccionaron a su comentario, añadió: —Porque mudan la piel... ¿lo pilláis?

—También son conocidas por traicionar y dar la espalda a la gente —comentó Tomek antes de dejar que Rachel continuara.

—¿Cuál es su función en la emisora, señor Armstrong? —preguntó ella, pasando rápidamente al siguiente tema, antes de que Roger pudiera protestar.

El hombre respondió exactamente como Tomek esperaba que lo hiciera, lleno de su propio sentido inflado de importancia personal. Sacó pecho y levantó la barbilla, como si no pudiera creer que Rachel no supiera quién era.

—Soy el director de operaciones —explicó—. Mi trabajo es asegurarme de que todo funcione sin problemas aquí.

—¿Cuándo se enteró de que había un problema con Michael Edwards?

—Cuando llegué al trabajo.

—¿A qué hora fue eso?

—A las siete.

—¿Y a qué hora suele comenzar Michael su turno?

Roger miró a Rachel durante un largo momento antes de finalmente dirigir su mirada hacia Tomek. Su expresión era inexpresiva, casi desprovista de cualquier emoción. Excepto una: sorpresa.

—¿Nunca habéis oído hablar de las Mañanas Mágicas de Michael?

—Un tipo llamado Michael me ofreció setas mágicas en Ámsterdam una vez —respondió Tomek—. Pero tengo la impresión de que no es lo mismo.

—¡Claro que no lo es, maldita sea! Las Mañanas Mágicas de Michael no son solo mágicas. Son maníacas. Son maravillosas. Son mentales. Son mayhem. Son...

—Otros adjetivos que empiezan con la misma letra —interrumpió Tomek.

Roger Armstrong lanzó a Tomek una mirada desdeñosa antes de continuar. —Michael es uno de los más grandes locutores de radio que hemos tenido en KISS. Ha sido el número uno durante los últimos ocho años. Atrae a más de cinco millones de oyentes cada mañana de siete a mediodía. Y la gente no se cansa de él. Apenas vemos una caída en el número de oyentes durante sus cinco horas, es...

—¿Maníaco? ¿Mayhem? ¿Mágico?

Roger chasqueó los dedos hacia Tomek. —¡Es mágico, eso es! El hombre es mágico. Y ahora... ahora se ha ido.

Ahora la emoción real comenzó a reflejarse en la voz de Roger, aunque Tomek pensó que se debía más al hecho de que sin duda iba a perder la mayoría, si no todos, esos cinco millones de oyentes que sintonizaban cada mañana.

—Entonces, Michael debía comenzar el programa a las siete esta mañana, ¿es correcto? —preguntó Rachel mientras empezaba a garabatear en su libreta.

—Sí.

—¿Y a qué hora solía llegar normalmente?

Roger se tocó la barbilla pensativamente. —Oh, normalmente está aquí desde las cinco. Él y los productores del programa tienen mucho que repasar. Discuten la disposición, el formato, cualquier cambio en el programa con respecto al día anterior.

Tomek hizo un cálculo rápido en su cabeza: si Michael empezaba a trabajar a las cinco, entonces tendría que salir de casa a las 4:30, lo que significaba que se despertaría a las cuatro de la mañana, posiblemente antes. Lo cual indicaba que su hora de muerte fue antes de las cuatro de la madrugada.

—¿Y a qué hora suele terminar Michael su trabajo en la radio? —preguntó Rachel, cruzando una pierna sobre la otra para adoptar una posición más cómoda.

—¿Su *trabajo*? ¿Es eso lo que piensas que es esto? ¿Solo un poco de diversión? Este es el lugar de nacimiento de la radio, mujer. ¡Sin

Guglielmo Marconi, el mundo no tendría uno de sus mejores talentos radiofónicos! ¡Muestre al hombre un poco más de respeto!

—¿Podría responder a la pregunta?

Los hombros de Roger se tensaron con resentimiento. —A las cinco de la tarde. Se fue ayer a las cinco.

—Eso es tarde —comentó Tomek.

—Después de cada programa, él y los productores repasan la programación del día siguiente. Y a veces se queda atrapado en reuniones de datos y análisis. Otras veces se queda para charlar con la gente, recoger consejos sobre cómo mejorar, escuchar las opiniones de la gente. También mucho trabajo en redes sociales. Construyendo la marca. Construyendo *su* marca, su visibilidad. Ama la industria. Está inmerso en ella. La vive y la respira.

Ya no más, pensó Tomek. Si había algo que Michael Edwards *no* estaba haciendo, era vivir y respirar *nada*.

Justo cuando Tomek estaba a punto de responder, sonó una alarma en la habitación. El ruido repentino hizo que Tomek diera un respingo, y por un momento pensó que había una alarma de incendios sonando en algún lugar del edificio. No fue hasta que sintió su teléfono vibrar contra su pierna que se dio cuenta de que era su propia alarma. Con cierta vergüenza, levantando un dedo para hacer una pausa en la conversación, sacó el dispositivo de su bolsillo y miró la pantalla.

—Mierda —dijo, volviéndose hacia Rachel—. Tenemos que irnos. Emergencia.

Tomek se levantó de un salto y se apresuró hacia la puerta. Mientras tanto, Rachel se inclinó sobre el escritorio, estrechó la mano de Roger y siguió a Tomek fuera de la puerta. Mientras cerraba la puerta de la oficina, preguntó: —¿Cuál es la emergencia, sargento?

Tomek le mostró la pantalla. —La reunión de padres de Kasia. Dentro de media hora. ¿Te parece bien si te dejo en el colegio y vuelves por tu cuenta a la comisaría?

CAPÍTULO
CINCO

A pesar de quejarse largo y tendido, Rachel no había tenido más remedio que volver sola a la comisaría. Tomek la había dejado malhumorada en el aparcamiento del colegio mientras él corría hacia recepción, atravesaba los pasillos y entraba en el aula que habían convertido en sala de espera para padres e hijos. Allí encontró a Kasia en la esquina más alejada, hundida en una silla, con los auriculares puestos, deslizando el dedo por la pantalla de su móvil. Milagrosamente, había llegado a tiempo. Por los pelos, eso sí. Solo con un minuto de antelación, pero seguía siendo puntual. Resultó que no hacía falta que se hubiera matado para volver: la señorita Holloway, tutora de Kasia, se había retrasado diez minutos. La última vez que Tomek la había visto, su pelo era del color del roble. Ahora tenía el color de las mesas de madera de los laboratorios de ciencias que había visto al correr por los pasillos. Un tono más claro que le favorecía y resaltaba aún más el brillo de sus ojos.

—Disculpe por haberles hecho esperar —dijo Bridget Holloway mientras les conducía a la sala de al lado. Su vestido floral verde oscuro ondeaba tras ella y se balanceaba mientras se sentaba lentamente. En el techo, una unidad de aire acondicionado soplaba aire frío en la habitación, provocando cosquillas en la nuca de Tomek.

—Ahora estamos en paz —dijo Tomek.

Bridget se rió y luego se volvió hacia Kasia, cuya falda y corbata eran demasiado cortas para el gusto de Tomek.

—La próxima vez te toca llegar tarde a ti, Kasia —bromeó Bridget.

—Yo nunca llego tarde, señorita —respondió Kasia con calidez.

—Eso es cierto. Es muy cierto. —Bridget miró el cuaderno que tenía delante y pasó a la página correcta—. Debo decir —comenzó, dirigiéndose a Tomek— que desde la última vez que hablamos, he visto una enorme mejora en el comportamiento general de Kasia. Sé que acababas de llegar al colegio cuando tuvimos nuestra primera reunión, Kasia, y que tuvimos algunos problemas de adaptación al principio, pero has mejorado notablemente, y me ha sorprendido e impresionado mucho el progreso que has logrado. Deberías estar orgullosa de ti misma.

Una pequeña sonrisa de orgullo, casi imperceptible, cruzó el rostro de Kasia. La de Tomek, sin embargo, era mucho más notoria. —Buen trabajo, campeona —dijo.

—Gracias, papá —respondió Kasia en voz baja.

—He recibido muy buenos comentarios de los profesores de Kasia —continuó Bridget—. Mejora notable en Educación Física, historia (que ya sabíamos), informática, inglés, sociología e incluso ciencias. La asistencia de Kasia, como ella misma ha señalado acertadamente, ha mejorado y ahora llega puntual a todas las clases. Todos tus profesores han indicado que han notado que prestas más atención, te aplicas, demuestras que no tienes miedo de participar en las discusiones haciendo y respondiendo preguntas, algo que no todo el mundo hace. Aunque he oído que has tenido algunos, ¿cómo lo diría?, *debates constructivos* con algunos de tus profesores...

—¿Has estado contestando? —espetó Tomek.

—¡No! Solo le dije al señor Patterson que estaba equivocado en algo.

—¿Y estaba equivocado? —Tomek le preguntó a Bridget.

La profesora asintió lentamente. —Después de un tiempo, el señor Patterson finalmente aceptó la idea de que podría haberse equivocado.

Tomek se hinchó de orgullo, y ahora la sonrisa en su rostro casi se le caía. Extendió la mano con la palma hacia arriba y la mantuvo

frente a Kasia. Ella levantó la suya en el aire y chocaron los cinco por lo bajo.

—Esa es mi chica —dijo.

Pero el ambiente agradable no duró mucho. Casi como si fuera una señal, la expresión de Bridget cambió a una de consuelo, como si fuera una médica que acabara de pasar los últimos diez minutos animando a su paciente, solo para hacerle dar una voltereta y estrellarse contra el suelo con un diagnóstico devastador.

—Hay un "pero", ¿verdad? —preguntó Tomek.

—Sí. Pero solo uno pequeño.

Él tragó saliva. —De acuerdo...

—Matemáticas —dijo ella, y lo dejó ahí como si esa fuera la respuesta a todo.

—¿Matemáticas?

—Sí. Matemáticas. Todavía nos cuesta un poco, ¿verdad, Kasia?

La pregunta iba dirigida a Kasia, pero para entonces ella había perdido la concentración y se había dado cuenta de que, una vez que la presión iba dirigida a ella, ya no quería estar allí.

—¿No ha habido *ninguna* mejora? —preguntó Tomek.

Bridget apretó los labios e inclinó la cabeza hacia un lado. —Ha habido un pequeño retroceso. Y, estoy segura de que ya lo he dicho antes, pero creo que tienes capacidad para hacerlo realmente bien. Es solo que...

—¿Qué? —insistió Tomek.

—Kasia, ella... —Bridget miró a su hija—. Parece distraída durante las clases. ¿Estarías de acuerdo con eso, Kasia?

—Sí, señorita.

—¿Qué te distrae? —preguntó él.

Kasia ofreció un encogimiento de hombros típicamente adolescente. Malhumorado, brusco, sucinto.

—Algo tiene que ser —presionó Tomek—. ¿Es porque no te gusta, o...?

—No sé —respondió su hija secamente. Por la entonación de su voz estaba claro que no quería hablar más del tema.

Pero no tenía elección.

—¿Hay alguien en clase que te distraiga? —Se volvió hacia Bridget porque sabía que obtendría una respuesta de ella—. ¿Hay alguien que la esté distrayendo?

Bridget abrió la boca para hablar, pero antes de que pudiera responder, el teléfono de Tomek comenzó a sonar. Sacó el dispositivo de su bolsillo y escaneó el nombre en la pantalla.

Nasty Nick.

—Disculpadme un momento —dijo Tomek, levantando un dedo en el aire. Luego se levantó de su asiento y se dirigió hacia la puerta, contestando el teléfono—. ¿Todo bien, señor? —comenzó. Mientras ponía la mano en el pomo de la puerta, el sonido de la voz de Nick se ahogó rápidamente. Kasia lo miró, y luego bajó la vista hacia su regazo, con la decepción dibujada en su rostro.

Este era su momento. Él estaba allí para hablar de ella y de su progreso. El trabajo, o lo que fuera, podía esperar.

—Lo siento, Nick —comenzó Tomek—. Voy a tener que llamarte más tarde. Estoy en una reunión.

Colgó antes de que Nick pudiera responder. Al volver a su asiento, Tomek puso el teléfono en silencio y lo deslizó en el bolsillo de su americana, donde sería menos probable que sintiera la vibración.

—Disculpad por eso —dijo, girando la cabeza entre Kasia y Bridget—. Ahora, ¿por dónde íbamos?

CAPÍTULO
SEIS

Kasia cerró la puerta de un portazo y abrochó el cinturón de seguridad, antes de centrar su atención en el móvil. El teléfono de Tomek había sonado tres veces desde que había colgado a Nick, pero él los había ignorado todos. Mientras se deslizaba en el asiento del conductor, volvió a sonar. Echó un vistazo a la pantalla por un momento.

—Puedes contestar —espetó Kasia—. Está claro que es importante.

Tomek pasó la lengua por el paladar. —No tan importante como tú —respondió, metiendo el dispositivo en un portavasos—. ¿Qué te ha parecido la reunión?

—Bien.

—¿En serio? Yo creo que fue mejor que bien. La señorita Holloway ha dicho muchas cosas buenas. Deberías estar orgullosa de ti misma, considerando todo lo que has pasado. Y realmente creo que deberías aprovechar esas actividades extraescolares de las que hablaba. Es una buena oportunidad para hacer nuevos amigos y probar cosas nuevas.

—Sí —dijo ella.

Y así, volvían a las respuestas monosilábicas y monótonas a las que se había acostumbrado durante las últimas semanas.

Tomek introdujo la llave en el contacto, la mantuvo ahí, esperó. Al otro lado de la calle, un adolescente era arrastrado por la acera por un border collie que tenía la mitad de su tamaño. Hubo

momentos en los que Tomek había pensado en conseguir un perro. Algo para animar a Kasia. Una especie de animal de apoyo emocional, pero los malditos bichos requerían tanto tiempo y atención, que no podía imaginar cómo hacerlo funcionar. Si no podía dedicarle a Kasia el tiempo que necesitaba, podía estar seguro de que el perro tampoco lo recibiría.

—¿Qué tal el colegio hoy? —preguntó.

—Bien. Aburrido.

—Es una pena.

—Sí.

—Estaba pensando, quizá...

El sonido de su teléfono en el portavasos le distrajo. El pequeño aparato vibraba violentamente en el plástico, haciendo un ruido horrible que hizo que los pelos de los brazos de Tomek se erizaran.

—Voy a casa de Yasmin esta noche, ¿recuerdas? —dijo ella, tomándole por sorpresa.

De repente, el ruido no le molestaba tanto como hacía unos momentos.

—¿A casa de Yasmin?

—Sí. ¿Recuerdas que te lo dije la semana pasada? Ir a su casa después de la reunión con los profesores. Ella va a una fiesta para menores de dieciséis donde hay castillos hinchables, videojuegos, futbolín y otras cosas. Dijiste que estaba bien...

¿Lo había dicho? No recordaba haber tenido esa conversación, ni tampoco recordaba haberle dado permiso para ir a una fiesta para menores de dieciséis. Pero, por otro lado, no podía recordar el nombre de la persona con la que acababa de hablar en la emisora de radio, así que ¿qué demostraba eso? Además, la última media hora con la señorita Holloway había demostrado que Kasia había avanzado mucho desde que se había incorporado al colegio. Se había ganado el derecho de quedar con su amiga. Se lo merecía.

—Supongo que si ya te he dicho que sí, no puedo impedirte que vayas ahora, ¿verdad?

El rostro de Kasia se iluminó un poco. —No, la verdad es que no. Además, parece que te necesitan de vuelta en el trabajo.

Tomek no se había dado cuenta, pero su teléfono estaba sonando otra vez.

—Deberías contestar —añadió ella—. Debe de ser importante.

CAPÍTULO
SIETE

Era justo decir que, de entre todos sus amigos, Donnie Strachan tenía el mejor trayecto a casa. Un paseo de dos minutos desde el Colegio King John, bajando por Shipwrights Drive. Pero como era el recorrido más breve de todos sus colegas, también solía ser el más aburrido y carente de interés. Siempre se perdía las bromas, los chistes graciosos que el resto parecía compartir mientras se dirigían por Benfleet Road hacia Benfleet y más allá, hacia Canvey. Pero hoy no. Hoy era diferente. Hoy, coches de policía alineaban la calle frente a su casa. Una cinta policial azul y blanca se extendía a través de la casa del señor Edwards, y personas con trajes blancos entraban y salían. Un pequeño grupo de estudiantes, con sus camisas blancas y pantalones negros, permanecía detrás del cordón policial, cotilleando y charlando entre ellos, ansiosos por descubrir qué había ocurrido. No había habido ninguna comunicación del colegio, ningún anuncio. Y los agentes de policía apostados fuera de la casa tampoco les decían nada.

Sin duda sería el tema de conversación en todo el colegio al día siguiente, y todos acudirían a *él* en busca de respuestas. Durante los próximos días, quizás incluso toda la semana, sería el chico más popular del colegio. Aquel al que todos acudirían para obtener información y cotilleos. Y podría contarles lo que quisiera, tejer cualquier red de mentiras que su cerebro deseara crear. Y ellos no tendrían forma de saberlo.

—No puedes pasar por ahí, chico —le dijo uno de los agentes cuando intentó colarse por debajo de la cinta policial.

—Vivo justo ahí —Donnie señaló su casa, y después balanceó sus llaves delante de la cara del agente. El policía cedió, a regañadientes, y le dejó pasar. Mientras se dirigía hacia la puerta principal, Donnie no podía apartar la mirada de la casa del señor Edwards. Algo grave había ocurrido. Algo importante. Algo que justificaba toda esa gente entrando y saliendo.

Nunca había pasado nada similar en su calle. Siempre era tan tranquila, tan aburrida.

En cuanto cruzó la puerta de entrada, Donnie dejó caer su mochila en el suelo y corrió al jardín. Era una carrera contra el tiempo antes de que su madre llegara a casa. Normalmente tenía diez minutos antes de que ella le siguiera, pero hoy, con suerte, la policía en el exterior la retendría unos minutos más, preciosos minutos. Estaba desesperado por ver a qué se debía tanto alboroto, así que en cuanto abrió las puertas traseras del patio, se apresuró hacia la valla que corría junto al jardín del señor Edwards. Estiró la mano hasta la parte superior de la valla e intentó trepar, pero era demasiado pequeño. Sin embargo, al fondo del jardín estaba la mesa de jardín y la zona de barbacoa, donde solían sentarse en verano con sus primos, bebiendo, poniendo música, hablando y riendo. Donnie corrió hacia allí, con la emoción burbujeando en su interior. Cuando llegó a la mesa del jardín, se subió a ella, manteniendo el equilibrio sobre ambos pies, y se quedó de pie, agarrándose a la sombrilla que sobresalía del centro. Y entonces lo vio.

Una docena de personas, vestidas con trajes blancos, a gatas, peinando el jardín trasero del señor Edwards, arrastrándose entre cada brizna de hierba, avanzando lentamente de un extremo al otro.

Estaban buscando algo. Posiblemente una prueba que había sido dejada caer por accidente o descartada a propósito. Posiblemente un arma.

Y entonces lo vio.

Agarrándose a la sombrilla para mantener el equilibrio, se bajó a cuatro patas, y luego retrocedió gateando desde la mesa. La hierba

se sentía suave y húmeda bajo sus zapatos del colegio. El sol había brillado sobre ella todo el día, pero había hecho poco para secarla de los efectos de la lluvia torrencial de la noche anterior. Dando la espalda a la mesa, Donnie se dirigió hacia el fondo del jardín. Las porterías que él y su padre habían clavado en la tierra una tarde estaban cubiertas de barro, y el último balón de la Premier League yacía en la hierba, abandonado. Detrás de las porterías había una fila de arbustos y árboles que requerían una poda constante. Donnie había perdido la cuenta de las veces que había subido a las escaleras y se le había confiado el cortasetos para recortarlos. Lamentablemente, las escaleras habían sido guardadas dentro del cobertizo en el lado opuesto del jardín, por lo que no tenía ningún punto ventajoso desde el cual observar todo el jardín del señor Edwards.

Pero eso no importaba. Porque no necesitaba ver más. Algo había captado su atención. Algo emocionante, algo brillante. Algo enterrado en ángulo en la hierba, al pie de los arbustos.

Donnie se acercó a ello, la emoción en su sangre convirtiéndose en aprensión.

El objeto era metálico y relucía bajo el sol; relucía como la espada de Frodo cuando los orcos estaban cerca. Donnie se dio cuenta muy rápidamente de que estaba mirando un cuchillo, una hoja que había sido utilizada para herir a alguien. Posiblemente al señor Edwards.

La curiosidad pudo más que él y se agachó para recogerlo. La hoja era más pesada de lo que esperaba. La empuñadura era negra, de goma, el cuchillo de al menos veinticinco centímetros de largo. Como un cuchillo de carnicero. Los ojos de Donnie se abrieron de asombro. Estaba sosteniendo una espada de verdad. Una poderosa. Puede que no tuviera la misma longitud que la de Aragorn, pero aun así se sentía como el héroe de la Tierra Media.

Era su tesoro.

—¡Donnie!

La voz le llegó desde el otro extremo del jardín y le hizo soltar un pequeño chillido.

—¡Joder! —susurró para sí mismo.

Mamá. Había llegado temprano.

Donnie giró sobre sí mismo y colocó las manos detrás de la espalda, manteniendo la hoja fuera de la vista.

—¿Sí? —respondió.

—¿Qué estás haciendo ahí abajo?

—Estaba intentando mirar al lado...

—Bueno, no lo hagas. Ven aquí. La policía necesita hablar contigo sobre lo que le ha pasado al señor Edwards.

Donnie tragó saliva. El pánico se apoderó rápidamente de él y miró por todo el jardín en busca de un lugar seguro para esconder la hoja. Al final, la dejó caer detrás de la portería mientras regresaba tranquilamente hacia la casa.

Esto era grande. Esto era realmente grande. Y, lo más importante, él guardaba el secreto de todo. Tenía la prueba que la policía estaba buscando.

Pero no podía entregarla. La espada era el Anillo Único y necesitaba mantenerse oculta, a salvo, fuera de las manos del enemigo.

Simplemente necesitaba conservarla.

Su tesoro.

CAPÍTULO
OCHO

Tomek irrumpió por la puerta de la oficina y se dirigió directamente a la Sala de Incidentes Graves. En uno de los muchos mensajes de voz que Nick le había dejado, le informó que el equipo estaba teniendo una reunión informativa y necesitaban que llegara lo antes posible. Tan pronto como entró, un pequeño grupo de cabezas se giraron rápidamente hacia él, sus expresiones en blanco, como si estuviera mirando a un montón de robots averiados. Se disculpó por su tardanza y luego encontró un asiento. El único problema era que estaba al otro lado de la mesa, y la mesa era tan grande que no había espacio para maniobrar alrededor de las personas, así que se vio obligado a subirse a la mesa y lanzarse para alcanzar su asiento.

—Menuda entrada —dijo Nick con un profundo suspiro por la nariz.

—¿Eso? No ha sido nada. No dejéis que os interrumpa. Por favor, continuad.

Nick cruzó los brazos sobre el pecho, con una ceja levantada en señal de desaprobación. —Ahora tenemos que explicarlo todo de nuevo para su beneficio, *Sargento*. —Era imposible que Nick pusiera más énfasis y desdén en el título de Tomek.

—No, no hace falta —dijo Tomek con un gesto displicente de la mano—. Estoy seguro de que puedo ponerme al día.

Nick pareció dudar, pero se volvió hacia Victoria, que había estado hablando anteriormente.

—Como estaba diciendo —comenzó ella—, la primera hoja medía una pulgada y cuarto de...

—¿*Primera* hoja? —preguntó Tomek.

Nick suspiró y luego miró con el ceño fruncido a Tomek. —Hay evidencias que sugieren que se usó más de una hoja. Victoria, por favor, continúa.

Victoria se aclaró la garganta. —La primera hoja medía una pulgada y cuarto en su punto más ancho. Se informó que había penetrado nueve pulgadas, unos centímetros por encima del ombligo de Michael Edwards. La segunda medida era para...

—¿Cuántas hojas había? —interrumpió Tomek.

—Si te callas y escuchas, lo descubrirás.

—¿Quieres decir que no habéis cubierto eso ya? ¿Nos habéis dejado a todos en suspense?

Victoria abrió la boca para responder, pero Nick la detuvo con una mano levantada. Ella contuvo lo que estaba a punto de decir y se echó hacia atrás en su asiento.

—Empecemos desde el principio, ¿de acuerdo? Porque claramente eres incapaz de ponerte al día. —Nick señaló a Victoria —. Solo llevamos dos minutos y hasta ahora solo hemos aprendido dos cosas, y parece que ya estás teniendo problemas con ambas. Por si no lo has adivinado, ha llegado el informe de la autopsia de Michael Edwards. En segundo lugar, hay mucho que digerir. En tercer lugar, Lorna encontró lo que cree que son heridas de tres armas distintas. Victoria estaba en medio de explicárnoslo cuando decidiste aparecer.

—Lo siento, señor. Tenía un asunto.

—Bueno, ya me contarás todo sobre ello en mi despacho más tarde.

Tomek levantó una mano en un falso saludo. —¿Se ha encontrado alguna de las armas sospechosas?

Nick abrió la boca para responder, pero esta vez Victoria se le adelantó. —Aún no hemos llegado a eso —siseó—. Si me dejaras terminar de explicar, podrías descubrir que respondo naturalmente a algunas de tus preguntas.

Tomek hizo una reverencia y les indicó que tenían la palabra.

—Joder —susurró Victoria mientras se reacomodaba en su asiento y alcanzaba sus notas—. Tres hojas en total. La primera tenía una pulgada y cuarto de ancho, la herida nueve pulgadas de profundidad. La segunda tenía dos pulgadas y media de ancho, pero la herida solo tres pulgadas de profundidad. La tercera medía tres cuartos de pulgada de ancho y tenía un borde ligeramente serrado. La última se usó para cortarle la garganta. —A su lado había una carpeta con impresiones. La abrió y comenzó a compartirlas por toda la sala.

Cuando la copia de Tomek llegó, la giró en la posición correcta y luego la estudió. Toda la página estaba ocupada por una fotografía de la parte superior de Michael Edwards, desde la parte inferior de su barbilla hasta la parte superior de su pelvis. En su cuerpo había una serie de laceraciones y heridas de arma blanca, la más notable de las cuales era el corte a través de su garganta. Debajo de las heridas estaban los códigos alfanuméricos: AB1, AB2 y AB3. Para la autopsia, su cuerpo había sido limpiado, y ahora las heridas de arma blanca parecían cortes de papel a través de su cuerpo, y no las marcas de perforación violentas que finalmente lo habían matado. Tomek contó veintisiete heridas en su cuerpo, sin incluir la larga que cruzaba su garganta.

—Alguien se volvió loco —observó el agente Chey Carter.

—O algunas *personas* se volvieron locas —añadió la agente Rachel Hamilton.

—*Personas* es definitivamente mi hipótesis. —Victoria se levantó de su asiento y, con un imán, colocó una impresión más grande en tamaño A3 en una de las varias pizarras de la sala. Comenzó a señalar cada herida mientras hablaba—. Veintisiete marcas individuales de perforación. Veintisiete veces se levantó un cuchillo y se utilizó para matar a Michael Edwards. Todas de tres hojas diferentes.

—¿No es posible que la mano del asesino temblara ligeramente cuando estaba apuñalando? —preguntó Chey en voz baja.

—¿Qué quieres decir? —respondió Victoria.

El joven agente se aclaró la garganta. —Quiero decir que quien hizo esto no se contuvo. Son apuñalamientos bastante salvajes, no

como si hubiera ocurrido por accidente. Así que me pregunto si es posible que un solo asesino se ensañara con Edwards y lo hiciera con tanta fuerza que la hoja entrara en diferentes ángulos y pareciera que había tres armas de homicidio diferentes.

Victoria reflexionó un momento, estudió la imagen en la pizarra y luego se volvió hacia Chey.

—Buen punto. Pero eso no explica las incisiones más cortas y superficiales —Victoria señaló los tres puntos AB2 en la imagen—. Tampoco coincide con la hoja que le atravesó la garganta, que según Lorna tenía un borde serrado. Además, es imposible que un arma que ha penetrado cinco centímetros de repente llegue a veintitrés, no si están "dándolo todo", como tan elocuentemente lo has expresado.

—Ya veo —dijo Chey, con una leve expresión de vergüenza y derrota en su rostro.

—Pero Chey plantea algo importante —añadió Nick—. No es algo que debamos descartar por completo.

—De acuerdo.

Hasta ese momento, Tomek solo había estado escuchando a medias; su atención se había desviado hacia dos marcas negras justo encima del pezón izquierdo de Michael Edwards. —¿Qué son esas? —preguntó.

—Supongo que te refieres a estas marcas —preguntó Victoria, señalando el pezón.

—Sí.

—Parecen quemaduras de cigarrillo —respondió Rachel.

—O quemaduras de Táser —añadió el agente Martin Brown con un sutil pero dolorosamente obvio y presumido movimiento de su coleta.

—Lorna sospecha que son quemaduras de pistola eléctrica —dijo Victoria.

—¿Entonces le dispararon con un Táser antes de matarle? —preguntó Martin.

—Quizás para despertarle —sugirió Tomek—. Mil voltios de electricidad te hacen eso.

—Creo que los cuchillos atravesándole el cuerpo habrían funcionado mejor para eso —replicó Victoria. Alcanzó un bolígrafo sobre la mesa y se aclaró la garganta—. Mi hipótesis es que entraron, le encontraron dormido, le electrocutaron y luego le apuñalaron repetidamente. Todavía no está claro si le cortaron la garganta primero o después.

—¿Seguimos con la teoría de varios asesinos? —preguntó Tomek sinceramente mientras dejaba la fotografía sobre la superficie.

—Por ahora, sí.

—¿De cuántos estamos hablando?

—Al menos tres; tres tamaños diferentes de cuchillos, tres personas distintas empuñándolos.

—¿Y lo hicieron bajo la lluvia? Muy *Flashdance*.

—*Empuñándolos* —entonó Victoria—. No soldándolos.

Tomek se encogió de hombros. —Es fácil confundirse. Especialmente dada mi experiencia, con los soldadores no hay que meterse.

Tomek se refería a un incidente que había tenido unas semanas antes, donde un sospechoso de asesinato que estaba renovando su piso le había agredido e intentado matarle mientras llevaba una máscara de soldador. El comentario provocó una pequeña risa entre los presentes.

Tomek se hundió en su silla, estudiando el tablero, reflexionando. Se imaginó la escena del crimen. Tres asesinos entrando por las puertas del patio bajo la cobertura de la oscuridad y la tormenta Nina, como la habían apodado, para encontrar a Michael Edwards dormido en su sofá, con el televisor sonando a todo volumen. Luego le habrían electrocutado, cortado la garganta y apuñalado repetidamente en un ataque frenético.

Justo cuando estaba a punto de hacer una pregunta, Nick intervino. —¿Sabemos cómo entraron? Aparte de irrumpir por las puertas francesas, quiero decir.

Ahora era el turno del agente Oscar Pérez. Hasta ahora, el detective había estado sentado casi en absoluto silencio, escuchando, observando, esperando.

—Hablé con la vecina de Michael Edwards, Melody, y su hijo esta tarde, después de que ella volviera del trabajo, y han confirmado que no oyeron ni vieron nada. Donnie tenía dificultades para dormir por la tormenta y entró en el dormitorio de sus padres, pero no escucharon nada. No hubo gritos, nada.

—Eso no responde a mi pregunta —dijo Nick con un fuerte suspiro—. ¿Cómo consiguieron entrar? Chey, ¿algún avance en ese punto?

El joven agente le dirigió a Oscar una mirada de disculpa. —He investigado, y Michael Edwards no tenía ningún sistema de vigilancia de seguridad activo en su casa.

—Pero vi muchas cámaras en el edificio —comentó Victoria.

Chey se encogió de hombros. —Son para aparentar. Pensadas para actuar como elemento disuasorio más que otra cosa.

—¿Así que es posible que el asesino lo supiera y simplemente entrara por el camino de entrada, rodeara la casa y luego entrara por detrás? —dijo Nick, pensando en voz alta. Luego reflexionó un poco más y se corrigió—. Eso no tiene sentido. ¿Por qué entrarían por el camino de entrada solo para acceder por la parte trasera? Quizás no sabían lo de las cámaras y entraron por...

—El jardín, sí —completó Chey—. Y no les culpo. Es un jardín precioso. Mucho más grande que el de mis padres...

—¿Pero no tienes ninguna grabación? —espetó Nick, ansioso por devolver al joven agente al tema.

Chey negó con la cabeza.

Nick miró alrededor de la mesa, posando sus ojos en cada miembro del equipo rápidamente, hasta que se detuvieron en Martin, quien era el único con un portátil frente a él. Nick señaló y chasqueó los dedos hacia él, antes de ordenarle que cargara una vista de Google Maps de la casa de Michael Edwards. Unos minutos más tarde, la imagen apareció en la pantalla. El jardín de Michael Edwards tenía el doble de longitud que su casa, y solo tenía vecinos en un lado. Al este de la casa estaba el Bosque Shipwrights, más de doce hectáreas de densos árboles y arbustos.

El ambiente en la oficina decayó en cuanto se dieron cuenta de la situación.

—¿Cuánto tardaríamos en movilizar un equipo de búsqueda para recorrer toda esa zona? —preguntó Nick, dirigiendo la pregunta a Victoria.

—Podemos tenerlos listos mañana a las ocho de la mañana, pero primero tendremos que acordonar toda la zona.

—Bien. Entonces hazlo.

CAPÍTULO
NUEVE

Lo primero que Kasia notó fue el olor. Cítrico, dulce. Intenso, casi hasta el punto de provocarle náuseas. O quizás eran los nervios que daban volteretas en su estómago. Lo siguiente que percibió fue el sonido. Música india. Suave, con una voz de cantante delicada y agradable, que le erizaba el vello de los antebrazos.

De nuevo, podían ser eso o los nervios.

Y luego notó la luz. O más bien, la falta de ella. El estudio estaba tenuemente iluminado, con ambiente íntimo, alumbrado por un puñado de velas en el lado opuesto, y ocupando el centro del estudio había unas veinte chicas, de las más guapas y delgadas que jamás había visto, practicando yoga, todas vestidas con la misma licra blanca ajustada. Por lo poco que había investigado sobre esta disciplina con anterioridad, sabía que estaban en medio de la postura del niño. Detrás de ellas, al fondo de la sala, con la luz de las velas dibujando la silueta de su cuerpo, había una figura. Musculosa, bien definida. Imponente.

Tan pronto como su llegada con Yasmin se hizo notar, el grupo de chicas inmediatamente dejó lo que estaba haciendo y se apresuró hacia ellas, riendo con entusiasmo. Fue entonces cuando Kasia se dio cuenta de lo parecidas que eran todas. No solo en cuanto al color de su ropa de yoga, sino también en el color de su pelo y su estilo. No sabía si todas habían decidido teñirse de rubio y recogerse el pelo en coletas por diversión, o si era lo habitual para el yoga, pero podía pensar en formas más elegantes de llevarlo. Sin

mencionar que pensaba que todas se parecían entre sí. Sus estructuras faciales, sus bocas, sus ojos.

Todas se parecían un poco a ella...

Antes de que pudiera reflexionar más sobre ello, las chicas empezaron a presentarse, y se vio bombardeada por una ráfaga de apodos extraños que tenían poco sentido. Y si eso no fuera lo suficientemente raro, la saludaban besándola en ambas mejillas, al estilo europeo, luego abrazándola durante cinco segundos, antes de soltarla y besarle la frente. Considerando que nunca había conocido a ninguna de estas personas antes, eran excesivamente amables y cariñosas. A pesar de ello, y a pesar de sí misma, le gustó. Inmediatamente comenzó a sentir que la tensión en sus hombros y parte superior de la espalda se aflojaba, y sintió que sus inseguridades y ansiedad disminuían. No había nada de qué preocuparse. Las chicas eran encantadoras: la halagaban, le tocaban la cara, le decían que se veía guapa, admiraban su pelo naturalmente rubio y le decían lo envidiosas que estaban todas de ello.

Sintió que desarrollaba una amistad inmediata con todas ellas; Yasmin le había dicho que así sería.

—Por fin habéis llegado —dijo una de las chicas a Yasmin después de terminar de besarle la frente—. ¿Por qué habéis tardado tanto?

—Tuvimos que venir por el camino largo. Mi madre nos dejó frente a Domino's aunque le dije *tantas* veces que no era necesario.

—Bueno, eso ya no importa. Ya estáis aquí.

La mujer, cuyo nombre Kasia ya había olvidado, se volvió para mirarla, examinándola de arriba abajo. Kasia podía sentir la mirada de la mujer escrutando cada rasgo de su cuerpo, haciéndola sentir incómoda y acomplejada.

—¿No tienes un conjunto?

La acusación en su tono intimidó a Kasia, como si estuviera respondiendo a una profesora estricta, como si estuviera respondiendo a la señora Kaur. Kasia no sabía qué decir. Intentó girarse hacia Yasmin en busca de apoyo, pero Yasmin la había abandonado y estaba ocupada charlando con algunas de las otras

chicas. ¿Por qué Yasmin no le había dicho nada sobre llevar ropa de *yoga*?

La había traído aquí como una broma. Le había mentido, la había engaña...

—Porque no es un problema si no tienes —dijo la mujer finalmente—. Tenemos muchos de repuesto en la parte de atrás. Pareces de la misma talla que el resto de nosotras. Seguro que podemos encontrarte uno que te quede bien.

La sonrisa que apareció en el rostro de Kasia nunca antes había surgido tan segura y rápida. ¡Estaba equivocada! ¡Todo había sido producto de su imaginación! Había sido una locura pensar que Yasmin le había hecho algo al estilo *Mean Girls*. No, había llegado en buena compañía y estaría en buena compañía el resto de la noche.

Cinco minutos después, todas las chicas se habían reunido para encontrarle prendas adecuadas. Un conjunto blanco que consistía en mallas deportivas y sujetador deportivo. Un poco demasiado ajustado para su gusto, haciendo que la grasa de su vientre y espalda se desbordara por los lados, pero era mejor que nada. Al menos ahora encajaba.

Mientras tanto, la figura oscura y taciturna había permanecido sentada en el suelo, observando. No fue hasta que Kasia regresó del vestuario que se movió. Cuando se puso de pie, las chicas empezaron a admirarlo, tocarlo, aferrarse a él. Sus movimientos eran elegantes, gráciles, casi etéreos. Vestía únicamente un pantalón de yoga beige, y mientras se acercaba, sus rasgos se volvieron más pronunciados. Los hombros perfectamente cuadrados y sólidos. Los bíceps abultados. El pecho esculpido. Los abdominales duros como rocas que parecían haber sido tallados de la piedra más pura de la tierra. Y luego estaba su rostro: simétrico, atractivo como de Hollywood, con una mandíbula tan afilada y puntiaguda que podría cortar acero. Pero lo que realmente captó la atención de Kasia fueron sus ojos. Azul zafiro, como algo de un folleto de luna de miel, con pequeños destellos que parecían guiñarle como estrellas en el cielo nocturno.

Ahí estaba. La razón por la que estaba allí. Para conocerle a *él*. Para conocer al que se hacía llamar Zeus. Al principio había dudado

del nombre, se había reído con Yasmin y se había burlado de él por ello. Pero ahora podía entender por qué. Era como si el hombre fuera un descendiente directo.

—Buenas noches, Kasia.

No solo sus ojos eran hipnotizantes, sino también su voz. Casi angelical, suave, pero con cierta dureza. Era el tipo de voz que tenía el poder de controlar cada una de tus emociones. Al instante se enamoró de ella.

—Bue... buenas noches —tartamudeó, con el corazón acelerado.

—Puedes llamarme Zeus —dijo él, y luego extendió su mano para que ella la besara.

Con cautela, Kasia se inclinó hacia delante y la besó. Cuando se apartó, él alcanzó su mano y la besó a su vez. La sensación de sus labios en su piel fue suficiente para que todo su cuerpo se estremeciera, y encogió los hombros avergonzada mientras intentaba retirarse. Pero él no la dejó. Su agarre era demasiado fuerte. Aunque no lo suficiente como para hacerle daño o alarmarla de ninguna manera. Y cuanto más tiempo sostenía su mano, y cuanto más tiempo la miraba a los ojos, menos quería retirarse. Estaba fascinada. Como si él estuviera mirando dentro de su alma.

—Tienes rasgos tan hermosos —dijo—. Y un alma hermosa también. Realmente eres una chica asombrosamente bonita.

Kasia no podía apartar los ojos de él. Al final, lo único que se le ocurrió decir fue un débil: —Gracias.

—No todos los días conoces a alguien tan delicada y preciosa como tú. Me siento honrado y verdaderamente humilde por haberte conocido. No te preocupes, mis chicas cuidarán de ti y se asegurarán de que te adaptes correctamente.

—Vale.

No se le ocurrió nada más que decir.

Finalmente, él soltó su mano y caminó con paso arrogante hacia la cabecera de la sala, donde volvió a su posición con las piernas cruzadas. Como si se comunicaran telepáticamente, el resto de las chicas se movieron hábilmente y rápidamente de vuelta a sus lugares anteriores en las esterillas de yoga. Kasia no sabía qué hacer consigo misma, así que simplemente se quedó de pie en medio de la

sala, esperando a que todas se sentaran. Mientras estaba allí torpemente, miró hacia abajo y vio un montón de sonrisas radiantes. Luego sintió un empujón en la espalda, y se volvió para ver a Yasmin detrás de ella, con una esterilla de yoga en la mano.

Con vacilación, Kasia la tomó y juntas encontraron un espacio una al lado de la otra en la parte trasera de la sala.

Durante un largo rato, nadie dijo nada. El estudio estaba lleno de silencio y el olor a incienso que ya no le provocaba náuseas.

—Kandy HeartThrob, ¿has hecho yoga alguna vez? —preguntó Zeus.

El silencio continuó. Kasia esperó a que la persona respondiera. Pero cuando no lo hicieron, la comprensión comenzó a apoderarse de ella. Sus sospechas se confirmaron cuando las chicas comenzaron a girarse lentamente para mirarla, y Yasmin le dio un golpecito en el brazo, susurrando: —¡Contéstale! ¡Te está hablando a ti!

—¿Kandy HeartThrob?

—¿S-Sí...?

—Ese es tu nombre aquí —explicó Zeus—. Tu nuevo nombre entre tu nueva familia, con tus nuevas hermanas. ¿Has hecho yoga alguna vez?

Kasia negó con la cabeza, pero luego se dio cuenta de que estaba en la parte trasera de la sala, lo más lejos posible de la luz, por lo que él no podría verla. Respondió que nunca antes había hecho yoga.

—Muy bien. Quizás entonces esta noche puedas observar y aprender. Después de todo, tendrás mucho tiempo para practicar.

CAPÍTULO
DIEZ

Tomek despertó lentamente, de forma placentera. No sentía el habitual temor de tener que levantarse e ir a trabajar cada mañana. No, esta mañana se despertó con un humor casi delicioso. Había dormido bien la noche anterior. El sol de la mañana temprana se filtraba a través de las cortinas, trayendo consigo las primeras señales del verano y días más cálidos y mejores. Fuera de la ventana, escuchaba el sonido del petirrojo trinando y piando a sus crías. Si así iba a despertar el resto de su vida, no tenía ningún problema con ello.

Al levantarse de la cama, descorrió las cortinas para inspeccionar el conjunto de flora y fauna. Sus bonsáis necesitaban desesperadamente una buena poda. El aumento de la luz solar en los últimos días les había dado suficiente impulso para liberarse de sus grilletes invernales y adentrarse en la nueva estación. Como resultado, se estaban formando nuevas ramas descontroladamente en las copas y en los laterales. Antes de hacer cualquier otra cosa, cogió su regadera, la llenó en el lavabo del baño y vertió delicadamente una medida en cada una de las macetas. A continuación, encontró sus tijeras de bonsái y comenzó a eliminar quirúrgicamente los nuevos brotes, recortándolos hasta que parecían controlados y uniformes, y luego los colocó en el alféizar. Mientras guardaba las tijeras en su funda, el petirrojo apareció desde dentro de la casa para pájaros. Esta mañana su pecho parecía más

sonrojado, más vibrante, como si él también estuviera emocionado por la llegada del verano.

—Buenos días, colega —dijo—. ¿Buen día ayer?

El pájaro trinó y saltó desde la casita hasta el alféizar exterior.

—El mío no estuvo mal, gracias. Aunque tenemos un verdadero rompecabezas por delante.

Ante eso, Michał no tuvo nada que decir.

Justo cuando Tomek estaba a punto de continuar su conversación imaginaria con un pájaro, alguien llamó a la puerta de su dormitorio. Kasia entró un momento después.

—Buenos días, Kash —dijo—. Te has levantado temprano. ¿Todo bien?

Ella se frotó el ojo izquierdo con la palma de la mano y ahogó un bostezo con la otra.

—Podría preguntarte lo mismo —dijo—. ¿Estás hablando solo?

Tomek se rió y negó con la cabeza.

—Estoy hablando con mi hermano.

Kasia bajó la mano y lo miró atentamente, presumiblemente buscando el móvil que seguía enchufado en su mesita de noche.

—¿El tío Dawid?

Tomek señaló hacia el alféizar. Michał, como si pudiera entender, saltó a lo largo del alféizar para que Kasia pudiera verlo detrás de los árboles.

—El tío Michał —respondió Tomek—. Pasó ayer para darles un gusano a sus hijos y luego me dio las sobras.

—¿Un gusano?

—Un gusano, sí.

—Puaj, qué asco. No te lo comiste, ¿verdad?

—No, claro que no. No soy tonto.

—Pero te das cuenta de que estás hablando con un pájaro, ¿verdad?

Tomek se volvió hacia Michał. Se acercó más a la ventana.

—No lo dice en serio —susurró.

—Papá...

Su tono había bajado.

—¿Sí, cariño?

—¿Te encuentras bien? —preguntó, con genuina preocupación en su voz.

—¿Por qué no iba a estarlo?

—Porque estás hablando con un pájaro. Eso no es normal...

Tomek sonrió y cerró los ojos. Ella no lo entendía. ¿Cómo podría? Era demasiado joven para entender sobre la vida y la muerte, sobre los signos y símbolos a los que se aferraba la gente cuando pensaban que un ser querido había regresado en una forma diferente. A su edad todo era blanco o negro. No existía ese gris donde pudieran habitar tales esperanzas y creencias. O era el peor día del mundo o no lo era. O era el fin del mundo o no lo era. Nada en el medio. Un día él moriría y estaba seguro de que entonces ella lo entendería. Pero por ahora, sí, no era normal. Era extraño.

—Probablemente tengas razón —le dijo suavemente.

Y ahí quedó el asunto. Ella le dio la espalda y se dirigió al baño. Un momento después, el sonido del agua corriendo se extendió por el piso.

—Aún no lo entiende —dijo Tomek al petirrojo—. No conoce el dolor y el sufrimiento como nosotros, colega. Y espero que nunca tenga que conocerlo.

Estaba a punto de prepararse para el trabajo cuando algo llamó su atención: un gran hueco en una de las uniones entre el techo y las puertas de la casa para pájaros. El sellador que Nathan había utilizado al construirla se estaba separando, y pronto ya no serviría para su propósito.

Tomek cogió su teléfono, lo desconectó del cargador y fue directamente a sus Mensajes. Allí, situado en la parte superior de su bandeja de conversaciones, había una conversación desde un número móvil que no había tenido el valor de añadir a su agenda. No había querido asignarle un nombre todavía, pero sabía exactamente quién estaba al otro lado. Nathan Burrows. El hombre responsable de que Tomek pensara que su hermano fallecido había regresado en forma de petirrojo.

En las últimas semanas, habían intercambiado mensajes de texto casi todos los días. El noventa y cinco por ciento de ellos habían sido de Nathan, dándole actualizaciones sobre lo último en la vida en

prisión. El cinco por ciento restante había sido de Tomek, enviando un pulgar hacia arriba o, en ocasiones, una respuesta más elaborada y reflexiva. Se había abierto un canal de comunicación, y Tomek todavía no sabía qué esperaba de él. ¿Un amigo? ¿Cierre? ¿Una disculpa adicional a las que había recibido innumerables veces?

No lo sabía. Pero ahora mismo sabía que necesitaba la ayuda de aquel hombre. Nathan había fabricado la casa para pájaros como parte de un taller de carpintería en la prisión HMP Wakefield, y se la había enviado como regalo. La única razón por la que Tomek la había aceptado e instalado era por la inscripción del nombre de Michał en el frontal. Podría sonar extraño para cualquiera —para Kasia, en particular—, pero le servía como recuerdo de su hermano. El petirrojo y sus crías irían y vendrían, pero la casa permanecería mientras el edificio siguiera en pie.

Abrió el chat con Nathan y comenzó a escribir un mensaje.

Buenos días, Nathan. Creo que deberías saber que la casa para pájaros que me enviaste ha empezado a desmoronarse. ¿Sería posible hacer otra y enviármela?

Adjuntó una fotografía y pulsó enviar.
La respuesta llegó casi al instante.

¡Por supuesto! Tengo otra clase mañana. No te preocupes, tío, te lo soluciono.

CAPÍTULO
ONCE

Las horas de comida siempre eran iguales: los mismos grupos de amigos ocupando el mismo espacio en el patio, haciendo lo mismo que el día anterior. No había diferencia, ni variedad. Lo mismo tras lo mismo tras lo mismo. Antes, Kasia no habría reparado en los pequeños detalles de lo que hacían las personas de su curso, pero después de la noche anterior, después de lo que Zeus les contó a ella y al resto de las chicas, algo había hecho clic dentro de ella, una puerta se había desbloqueado.

Ella y Yasmin estaban en el borde del campo deportivo, sentadas en el césped artificial, con las piernas cruzadas y las manos entre ellas para evitar que los chicos pudieran ver su ropa interior bajo las faldas. Un grupo de alumnos de primero de bachillerato jugaba al fútbol cerca de ellas. A veces el balón rodaba hacia ellas y se producía un forcejeo, dos jugadores dándose patadas en las piernas hasta que uno salía victorioso. Si lo hacían para impresionarlas a ella y a Yas, no estaba funcionando. Ninguna de las dos estaba interesada. Pero el verdadero problema no eran los chicos. Era el grupo de chicas maliciosas al otro lado del campo de fútbol, que claramente *sí* suspiraban por la atención de los chicos, aunque el balón nunca parecía llegar hasta ellas. Tanto Kasia como Yas sabían lo que estarían diciendo esas chicas, lo que estarían pensando. Yas era dos años mayor que Kasia, estaba en primero de bachillerato, y era poco común que dos personas de diferentes cursos pasaran tiempo juntas, a menos que fueran parientes, y aun así parecía *raro*.

Como resultado, los rumores habían empezado a circular. Que estaban enamoradas, que eran parientes lejanas intentando mantenerlo en secreto, o que Kasia se hacía la pelota con Yas porque intentaba encajar. Kasia no prestaba atención a ninguno de ellos. Le importaba un carajo lo que los demás dijesen. Había visto y pasado por suficientes cosas en su vida como para saber que lo que decían y pensaban de ella era insignificante y solo un reflejo de sus propias vidas deprimentes y miserables. En cambio, Kasia estaba feliz de haber encontrado una buena amiga en Yasmin. Se habían vuelto cercanas en los últimos meses, desde que presenciaron cómo atacaban a una de sus amigas y le abrían el cráneo en la playa de Bell Wharf. Desde entonces, Kasia consideraba a Yasmin su amiga más íntima. El problema era, sin embargo, que debido a la diferencia de edad, nunca coincidían en ninguna clase, lo que significaba que se veían obligadas a esperar hasta el recreo, la hora de comer o después de las clases para poder ponerse al día. Por supuesto, se enviaban mensajes durante todo el día, pero eso siempre estaba lleno de dificultades y del riesgo omnipresente de que sus profesores las pillaran y les confiscaran los móviles.

Kasia había estado deseando ver a Yasmin todo el día. Y, por la expresión emocionada de Yasmin, ella sentía lo mismo.

—¡Dios mío! —exclamó Yasmin, agitando la mano, incapaz de controlar sus emociones—. No puedo creer que *por fin* lo hayas conocido. He querido hablarte de él durante siglos pero no he podido... por razones obvias, claro.

Si había alguna indicación de cuáles podrían ser esas razones obvias, Yasmin no lo demostró, ni lo verbalizó. Más bien, simplemente se *asumía*.

—Es tan bueno, ¿verdad? Es tan guapo y *está tan bueno*. Y amable, y divertido, y considerado, y educado. Recuerdo que cuando lo vi por primera vez en *EastEnders*, pensé que era increíble, y luego cuando descubrí su música, mi mente literalmente explotó —puso una mano en el antebrazo de Kasia, con una nueva expresión en su rostro, como si su mente trabajara a mil por hora y el resto de su cuerpo estuviera luchando por alcanzarla—. Pero parece que se encariñó contigo.

—¿Tú crees?

Kasia estaría mintiendo si dijera que no había pensado en Zeus o en el resto de lo que había sucedido. De hecho, era en lo único que había pensado. Ese sentido de familia. Esa conexión. Ese vínculo entre cada miembro.

Algo que había anhelado durante años.

Esa aceptación.

Claro, tenía a Tomek. Pero no era lo mismo. Él estaba distante, siempre ocupado con el trabajo, ocupado con otra cosa. Tanto que nunca lo veía, nunca hablaba con él, nunca llegaba a conocer al verdadero Tomek. Él se había visto obligado a convertirse en su padre desde que ella apareció en su puerta; esa no era manera de formar un vínculo entre ellos. Era demasiado forzado.

Pero no con las chicas. No con las Arpías. Eso se sentía más que natural. Se sentía como el destino.

—Myrtle McCall me estaba contando...

—¿Cuál era esa? —preguntó Kasia.

—Pelo rubio. Coletas...

Kasia miró a Yasmin con expresión vacía. Hasta ahora su amiga había descrito a casi la totalidad de las chicas.

—¿La de las gafas?

El recuerdo que Kasia tenía de la mujer era vago, pero asintió como si la recordara.

—No te preocupes, te llevará un tiempo conocer los nombres de todas. A mí también me llevó mucho tiempo, para ser sincera. Pero todas son encantadoras y amables cuando las conoces. Auspicious Almond, o Aussie como a todos nos gusta llamarla —yo en secreto la llamo Almy—, puede parecer un poco borde, pero es porque ha estado allí desde el principio. Fue la primera en conocer a Zeus y comenzar el grupo, así que es un poco protectora con él y con el resto de las chicas cuando llega una nueva. Pero una vez que te dejan entrar, es como si se convirtieran en tu nueva familia. Todas somos hermanas allí, y quiero a todas y cada una de ellas.

Yasmin finalmente salió a la superficie con una gran bocanada de aire.

—¿Qué apodo te pusieron? —preguntó Kasia—. Debo habérmelo perdido.

—Yassy Gaseosa.

—¿Por qué?

—Porque me eructé delante de Zeus cuando le conocí, y luego me puse un poco impertinente con él —Yasmin se apartó el pelo de la cara—. Todavía recuerdo esa noche como si fuera ayer. De hecho, él aún lo menciona de vez en cuando. Es *tan* vergonzoso.

Kasia pensó en el apodo que Zeus le había puesto a ella. —¿Por qué me llamó Kandy HeartThrob? Esas palabras no tienen nada que ver con cómo nos conocimos.

La cara de Yasmin se contorsionó como la de una niña pequeña emocionada. Se inclinó hacia Kasia, apretando el agarre en su antebrazo, y dijo: —Es porque cree que eres dulce como un caramelo... Y quién sabe, creo que puede que hayas hecho que su corazón lata un poco más fuerte. Tanto es así que sé a ciencia cierta que quiere que vengas a la próxima reunión. Pero no te olvides de tu ropa de yoga la próxima vez.

CAPÍTULO
DOCE

La mañana había transcurrido sin incidentes. Según lo programado, el grupo de búsqueda de cincuenta personas que Victoria había prometido había comenzado su trabajo puntualmente a las nueve de la mañana. Varios miembros del equipo, incluidos Chey y Martin, junto con una docena de agentes uniformados fuera de servicio que habían sido convocados, estaban presentes, peinando el bosque, a gatas, buscando cualquier prueba que pudiera relacionarse con el asesinato. Por no mencionar que buscaban el arma homicida, o las armas. Pero hasta ahora no habían encontrado nada. El día anterior, mientras los de la Científica y Tomek examinaban la casa y el jardín, todo el grupo de chicos de primer curso del Colegio King John habían sido enviados a una maratónica carrera de tres kilómetros a través del bosque y parte del vecino Thundersley Glen. Como resultado, la tierra empapada y embarrada había sido removida y pisoteada por cientos de diminutas huellas. Si las posibilidades de encontrar las pisadas de los asesinos (por no hablar de cualquier otra cosa) eran escasas para empezar, ahora resultaban inexistentes.

Chey y Martin habían regresado de la búsqueda derrotados y desmoralizados. Pero su desánimo se disipó rápidamente con la ayuda de un café de Tomek. Aunque no lo había preparado él, cabe decir. Solo había pulsado un botón en la nueva cafetera de la oficina y esperado a que el aparato hiciera el resto. Pero era el detalle lo que contaba.

Poco después de la hora de comer, con el ambiente aún sombrío y decaído, la agente Anna Kaczmarek entró en la oficina.

—¡Aquí está! La mujer a la que todos esperábamos —exclamó Tomek.

—Qué curioso, mi marido nunca dice eso. Podrías enseñarle un par de cosas.

Tomek negó rápidamente con la cabeza. —He visto a tu marido. Prefiero no dar consejos matrimoniales a alguien que puede lanzarme por encima de una mesa sin esfuerzo.

—Un poco de competencia quizás le haga espabilar.

Anna se dirigió a su escritorio y dejó caer su mochila sobre la silla.

—¿Qué tal ha ido? —preguntó Tomek.

—Un cinco sobre diez —respondió Anna.

Antes de que pudiera continuar, la puerta del despacho de Victoria se abrió, y la inspectora salió. —Cuéntanos —dijo.

—Eres como una vieja amiga de mierda, Victoria —comentó Tomek—. Apareces de la nada solo cuando quieres algo.

Casi como si fuera una señal, el sargento Sean Campbell emergió detrás de ella.

—Hablando del rey de Roma, por la puerta asoma —dijo Sean mientras pasaba junto a Victoria y se dirigía hacia el resto del equipo.

Tomek le observó mientras avanzaba. —¿Cuándo entraste ahí? No recuerdo haberte visto entrar.

Sean abrió la boca para responder, pero Tomek levantó una mano para detenerle.

—En realidad, no contestes. Prefiero no saber cuánto tiempo has estado ahí dentro. Ni lo que habéis estado haciendo.

—Compórtate —replicó Victoria mientras se unía al resto—. No ha sido nada de eso. Y no vuelvas a insinuarlo porque así es como empiezan los rumores.

Tomek le guiñó un ojo a Sean de forma burlona. Su relación con Victoria había comenzado a principios de año y había causado una pequeña brecha entre él y Tomek, un distanciamiento. No habían

hablado adecuadamente en algún tiempo, pero las cosas finalmente estaban mejorando.

—Anna, háblanos sobre la madre de Michael Edwards —dijo Victoria, ansiosa por alejar la conversación de su vida sexual y volver a la investigación—. ¿Qué has averiguado?

—No mucho —respondió Anna mientras sacaba su cuaderno de la bolsa y la dejaba en el suelo—. Dijo que no han hablado en años. Intenté presionarla sobre el motivo, pero no dio detalles. Ninguno de los dos ha intentado ponerse en contacto, así que ni siquiera puedo determinar de quién es la culpa. Pero parecía bastante afectada por su muerte, como la mayoría de las madres que veo, sin importar lo distanciadas que estén. Y pasó la mayor parte del tiempo contándome sobre su infancia y qué tipo de niño era mientras crecía.

—¿Y?

—Extrovertido y alegre, según ella. Siempre jugando con sus amigos, quedando con ellos los fines de semana, haciendo travesuras. Hizo muchas actividades escénicas en secundaria y en la universidad. Obras, producciones teatrales, ese tipo de cosas. Incluso intentó montar su propio programa de radio, pero no había suficiente dinero.

—Tiene sentido —dijo Tomek—. ¿Tuvo alguna pareja con la que podamos hablar?

Anna asomó la cabeza por encima de su monitor y se encogió de hombros a medias. —Pregunté, pero la última vez que su madre supo algo de alguna novia fue hace unos diez años.

—¿Cuando tenía...? —preguntó Tomek, dejando la pregunta sin terminar, esperando que alguien pudiera responderla por él.

—Veinticinco —respondió Rachel—. Tiene treinta y cinco ahora, por si no puedes hacer los cálculos.

Tomek la fulminó con la mirada. —Estaba teniendo problemas con los últimos dígitos. No creo que hubiera llegado a la respuesta sin tu ayuda, agente.

Rachel le disparó con el dedo acompañado de un guiño. —Cuando quieras, sargento.

Le había robado uno de sus gestos característicos, pero no le importaba. Se estaba impregnando cada vez más de sus

manierismos cuanto más tiempo permanecía con el equipo, por mucho que ella lo negara. Pronto, ella y Chey serían sus dobles andantes.

Cuando Tomek volvió a mirar a Victoria, su teléfono comenzó a sonar. Era Abigail, su exnovia. *Ex* por una razón. Pulsó el botón lateral de su teléfono para silenciar la llamada y volvió a prestar atención a la conversación. En ese momento, el comisario Cleaves salió de su despacho.

—El ADN y las pruebas encontradas en el lugar acaban de ser enviadas —dijo secamente.

—¿Justo *ahora*? —preguntó Victoria.

Gruñó y suspiró. —Hubo algún retraso con el mensajero que venía a recogerlo, al parecer. Un auténtico desastre, sinceramente.

—¿Qué se ha enviado? —preguntó Sean. No había estado presente en la reunión informativa de la noche anterior, así que tenía más que ponerse al día que el resto.

—La Científica encontró varias muestras de cabello. Pelo largo y rubio, alrededor del sofá y junto a la puerta principal —explicó Nick.

—¿Pertenecen a nuestros asesinos? —preguntó Sean.

—Muy probable —intervino Victoria—. A menos que tuviera una mujer en casa el día anterior a su muerte, después de que la señorita Middleton limpiara la casa, diría que pertenecen a quien estamos buscando. Al menos una de ellas.

—¿Sabemos si tenía alguna amiga? —preguntó Tomek, dirigiendo la pregunta a Chey, que era quien más probabilidades tenía de saberlo. Como miembro más joven del equipo, era el más *au fait* con la tecnología y las redes sociales, y podía encontrar información mucho más rápido de lo que Tomek tardaría en desbloquear su teléfono y encontrar la aplicación.

—Sí, Sargento. Hay una mujer en su Instagram con quien creo que podría haber estado saliendo.

—Estupendo. Búscame su nombre y dirección, ¿quieres? Me gustaría verla.

CAPÍTULO
TRECE

Encontraron una mesa pequeña en una cafetería igualmente pequeña a la vuelta de la esquina del trabajo de Bryony Watson. En la parte trasera del local, un barista estaba ocupado preparando sus bebidas. El sonido sibilante de la máquina quedaba ahogado por el zumbido de las conversaciones que les rodeaban. Este era el lugar preferido de Bryony cada vez que necesitaba una bebida. No podía soportar ninguno de los cafés instantáneos que tenían en la oficina ni la bazofia que hacía la máquina. Tenía que ser fresco, fuerte y hecho por un ser humano. Y después de descubrir a qué se dedicaba, no le sorprendió. Bryony trabajaba como investigadora y asistente para una productora de televisión especializada en programas de celebridades. No solo llamaba constantemente a personas para conseguir jugosos detalles sobre varias celebridades o personalidades televisivas, sino que también hacía de su chica para todo.

Sus palabras.

—Las horas son largas, jodidamente largas en realidad, pero me encanta —dijo mientras el barista colocaba sus bebidas frente a ellos. Bryony dio las gracias al hombre y alcanzó su bebida al instante. Desapareció en cuestión de segundos.

—También te encanta *eso*, evidentemente —dijo Tomek, señalando la taza en su mano.

—Diría que me gusta incluso un poco más —respondió mientras dejaba la taza sobre la mesa con un golpe.

—¿No te quema la lengua? Me gusta un buen café tanto como a cualquiera, pero preferiría no abrasarme por dentro mientras lo tomo.

—Tu cuerpo se adapta —dijo, con un toque de sarcasmo—. También se adapta a la privación del sueño.

Sí, pero no de forma positiva.

—Tengo suerte si consigo dormir cuatro horas. Y eso en una noche muy buena.

—Todo trabajo y nada de diversión convierte a Bryony en una chica aburrida.

Lamentablemente, la referencia se perdió para ella. Y también perdió un poco del respeto de Tomek.

Decidió dirigir la conversación hacia otro tema, para alejarse de su expresión desconcertada.

—Si estás trabajando todo el tiempo, debe de haber sido difícil mantener una relación con Michael, ¿no? —preguntó.

Ella se encogió de hombros suavemente, casi de forma imperceptible—. Tuvimos nuestros momentos. Como todo el mundo.

Fue entonces cuando Tomek le contó el motivo por el que la había apartado de su importante trabajo. Que su novio había fallecido. Que había sido brutalmente asesinado. Al principio su rostro quedó inexpresivo, vacío de toda emoción. Y luego comenzaron las lágrimas, formándose en las comisuras de sus ojos abiertos. Pasó mucho tiempo antes de que volviera a parpadear, y antes de que terminara de llorar. Mientras la dejaba asimilar la repentina pérdida, Tomek se dirigió al mostrador y pidió un pañuelo.

—Entiendes, naturalmente, que tengo que hacerte algunas preguntas sobre tu relación con Michael —dijo, una vez que ella pareció estar lista para continuar.

—Sí —Entre sus dedos jugueteaba con un puñado de pañuelos, tirando, rasgando, evitando las preguntas durante el mayor tiempo posible.

—Siento habértelo contado así, pero necesitabas saberlo. Y esto es rutinario, solo para que podamos descartarte.

—Lo entiendo —Pero por la expresión de su cara, parecía estar a un millón de kilómetros de distancia.

Continuó, de todos modos.

—¿Cuánto tiempo hace que conoces a Michael?

—Cuatro años.

—¿Y cuánto tiempo llevabais como pareja?

—Uno.

—¿Cómo os conocisteis?

—En el trabajo.

Era evidente que hasta ese momento su mente solo había trabajado con respuestas breves. Pero entonces algo cambió en su cerebro y comenzó a explayarse—. Fui su asistente en KISS hasta que lo dejé para venir aquí. No fue nada personal, ay Dios, no, de lo contrario habría terminado la relación. Simplemente me ofrecieron una oportunidad que no pude rechazar.

—¿Y él lo aceptó bien?

—Lo entendió. No quería ser quien me frenara.

—Muy admirable.

—Así era Michael. Un caballero. Siempre anteponiendo a los demás.

—Entonces, ¿nunca se puso a malas con nadie?

Frunció los labios y luego negó con la cabeza—. No que yo supiera. Quiero decir, tenía sus opiniones y puntos de vista que... ¿cómo lo diría?... molestaban a algunas personas, pero todos nos encontramos con gente que no nos cae bien, ¿verdad? Todos tenemos derecho a nuestra opinión. Es un país libre.

Tomek había escuchado ese tipo de comentarios antes y sabía adónde solían conducir. Decidió no seguir por ese camino por ahora.

—¿Puedes pensar en alguien que pudiera querer hacerle esto?

—¡No! En absoluto. Incluso si hubiera hecho algo para molestar a alguien, nunca podría imaginarme quitarle la vida a otro, especialmente de manera tan cruel y violenta como le hicieron a Michael.

Tomek estuvo de acuerdo. Tampoco podía imaginarse quitando una vida. Pero en esta ocasión alguien lo había hecho. Y, para hacer las cosas más confusas, potencialmente *otras tres* personas habían sentido lo mismo.

Tomek dio un sorbo a su bebida, ahora que se había enfriado hasta una temperatura tolerable. Bryony aprovechó la oportunidad para pedir otro doble espresso. Necesitaba algo más fuerte, le dijo. Mientras esperaban, Tomek avanzó en la conversación.

—¿Cuándo fue la última vez que viste a Michael?

—La otra noche.

—¿Podrías ser más específica?

Hizo una pausa para hacer el cálculo mentalmente.

—Hace tres noches. No la noche anterior, ni la anterior a esa, sino la noche anterior a esa —Se llevó ambas manos a las sienes y gruñó—. Lo siento, los días se me confunden en uno solo.

—¿Qué estuvisteis haciendo juntos? —continuó Tomek.

—Había ido a su casa y me quedé a dormir. Los dos teníamos libre el domingo, así que pasamos la mayor parte del día durmiendo en la cama.

Tomek lo anotó mentalmente. No creía que fuera importante, pero nunca se podía estar seguro.

—¿Habéis hablado desde entonces?

Asintió, y confirmó que se habían enviado mensajes un par de veces a lo largo del día y que estaría encantada de compartir los mensajes con él si quería.

—No será necesario por ahora —dijo Tomek—. Aunque sí tengo curiosidad, ¿te contó qué estuvo haciendo el día en que murió y el día anterior?

Bryony hizo otra pausa, esta vez más larga, mientras buceaba en sus recuerdos. —La verdad es que no sabría decirte. Puede que lo mencionara en alguno de los mensajes, pero si conozco a Michael como creo que lo conozco, seguramente solo habría estado yendo del trabajo a casa, de casa al trabajo, y vuelta a empezar. No paraba. No podía desconectar. Somos igual de malos el uno que el otro.

Antes de que Tomek pudiera responder, su teléfono vibró. En cuanto vio el nombre de Abigail en la parte superior de la pantalla, silenció la llamada.

—¿Necesitas contestar? —preguntó Bryony.

—No es importante.

Porque ella no lo era. Abigail podía esperar. Mejor dicho, podía irse a la mierda. No tenía tiempo para que intentara sonsacarle información.

Durante unos momentos, Tomek perdió el hilo de sus pensamientos y balbuceó incoherentemente mientras intentaba retomar el rumbo.

—Querías saber sobre los movimientos de Michael antes de morir —dijo Bryony, acudiendo en su ayuda.

—Ah, sí. Gracias. Quizás hagamos que alguien revise vuestros mensajes después de todo.

Bryony jugueteó con el teléfono en sus manos, recorriendo con el dedo índice el contorno del dispositivo. —No estoy segura de cuánta utilidad van a tener, pero son todos vuestros si los necesitáis.

—Perfecto. Te daré el correo electrónico de mi compañero y puedes enviarle las capturas para que las revise. Es joven, ¿sabes?, así que se le dan mucho mejor esas cosas que a mí.

—Sé cómo te sientes —respondió ella—. Tengo una hermana menor que está en los veintitantos, y te juro que podría comunicarse con la Estación Espacial Internacional por las cosas que es capaz de hacer con eso.

Tomek esbozó una sonrisa burlona. —Igual que mi hija. Te juro que los niños de hoy en día salen del vientre materno con eso ya preinstalado en el cerebro. Todavía recuerdo los días de la televisión con manivela y los reproductores de discos de ocho pistas. No saben la suerte que tienen.

—Yo soy lo suficientemente mayor para recordar las Páginas Amarillas —dijo Bryony, con una suave sonrisa en el rostro. Era la primera vez desde que le había dado la noticia que mostraba alguna emoción que no fuera dolor.

La conversación le recordó a Tomek una que había tenido con Kasia. Le había mencionado las palabras Páginas Amarillas hacía unas semanas, y se había visto obligado a explicarle sobre los días previos a Google y a Internet, cuando los números de teléfono *estaban* disponibles al alcance de tus dedos, pero el único problema era que esos dedos acababan manchados de negro por la tinta de

impresión. La cabecita de Kasia había explotado de asombro, e incluso había buscado en Google para verificar la información.

En la mesa, Bryony se inclinó hacia un lado e hizo una señal al barista.

—¿*Otro*? —preguntó Tomek.

—No. No estoy loca. Solo agua.

Hizo su pedido al barista. La botella llegó un momento después. Mientras la tomaba y comenzaba a desenroscar la tapa, su cabello rubio se desprendió de detrás de la oreja por un lado y quedó colgando junto a su sien. Mientras se lo colocaba de nuevo detrás de la oreja, se le ocurrió una idea a Tomek.

—¿Estarías dispuesta a consentir una muestra de ADN? —Señaló su pelo—. Un par de hebras serían suficientes.

Al principio pareció sorprendida, y ligeramente ofendida, pero luego su rostro se relajó en un encogimiento de hombros despreocupado.

—No tengo problema con eso —dijo.

—Bien. Gracias. Te ofrecería tomar algunos ahora mismo, pero tendría demasiado miedo de hacerte daño al arrancártelos.

CAPÍTULO
CATORCE

Tomek acababa de cerrar la puerta del coche cuando sintió que alguien lo observaba. Con cautela, cerró el vehículo con llave y guardó las llaves en el bolsillo, luego cruzó tranquilamente el aparcamiento. No tenía prisa en particular; llegaría cuando llegase.

Que era exactamente lo que Abigail Winters estaba esperando.

La oyó antes de verla. Llamándolo por su nombre. Saliendo de su coche.

—¡Tomek! ¡Solo quiero hablar!

A pesar de su repentino y ferviente deseo de abandonar el aparcamiento lo más rápido posible, algo le obligó a quedarse. Una fuerza impenetrable e inamovible lo mantuvo quieto entre los vehículos.

—Tomek... —dijo ella, sin aliento.

—¿Qué haces aquí? —preguntó él sin el menor indicio o rastro de emoción en su voz.

—Quería hablar contigo.

Tres semanas. Tres semanas llevaba evitándola. Tres semanas desde que habían roto. Había aguantado todo ese tiempo, y ahora ella había traspasado la barrera. Pero ya podía ver a través de sus intenciones. Claro, ella proclamaría querer hablar sobre su relación y discutir cómo podrían seguir adelante juntos, ya fuera amistosamente o de otra manera. Pero él conocía la verdadera razón de sus acosadoras llamadas telefónicas y su repentina visita. Ella había tenido las últimas tres semanas para contactarle, pero él no

había estado manejando una investigación de asesinato durante ese tiempo. Ahora, convenientemente, se había producido un brutal asesinato y de repente ella había aparecido de la nada.

—Podrías haberlo hecho de forma más sutil —dijo él.

—¿Qué? ¿Aquí? No sabía cómo encontrarte de otra manera.

Él se burló. —Eso es una mentira. Y lo sabes.

—¿De qué hablas?

Tomek cruzó los brazos sobre el pecho. Odiaba admitirlo, pero ella se veía bien. Realmente bien. Como si hubiera estado haciendo mucho ejercicio durante el tiempo que habían estado separados. Y estaba seguro de que también se había aplicado algo del maquillaje más caro esa mañana. Y ese perfume... Ella sabía que él tenía debilidad por esa fragancia en particular.

—No tengo tiempo para esto —dijo—. Sé lo que buscas y no tengo nada que darte. Tendrás que conseguir tu información de otra persona.

—Es a ti a quien quería ver.

Poniendo los ojos en blanco, respondió: —No te creo. Quieres saber qué pasó en Shipwrights, y punto. No me mientas.

Se dirigió enfadado hacia la comisaría, pero ella lo agarró del brazo y lo retuvo.

—Es a ti a quien quería ver —insistió, haciendo eso que hacía con su voz. Esa inflexión que la hacía parecer adorable e inocente.

—¿Por qué? —preguntó él severamente—. ¿Qué has venido a decir que no se haya dicho ya?

—Tú. Yo. Nosotros.

—¿Qué pasa con eso? Son solo tres palabras. No significan nada.

—Quiero saber sobre... *nosotros*.

Él inhaló profundamente, contuvo el aire y luego dejó que escapara lentamente de sus pulmones.

—No hay un nosotros. Lo hubo, una vez, pero ese barco ya zarpó. Tienes que dejarlo ir, seguir adelante, encontrar a otra persona. Y siento si eso es difícil para ti, pero ya no es mi problema. Dije que podríamos tener una relación profesional, pero o me equivoqué, o es demasiado pronto para volver a reunirnos así. — Hizo una pausa, la miró profundamente a los ojos, sintió que volvía a

perderse en ellos—. Lo digo en serio cuando digo que no creo que debas volver aquí. Al menos no para acosarme con cuestiones de trabajo o sobre *nosotros*.

Dicho esto, pasó junto a ella y se apresuró a entrar en el santuario de la comisaría. Con asesinos y criminales podía lidiar, podía enfrentarse a ellos directamente sin pensar ni preocuparse por sí mismo. Pero cuando se trataba de exnovias o antiguas amantes, era como un colegial avergonzado que siempre huía de sus problemas.

CAPÍTULO
QUINCE

Aquella tarde, Tomek subió pesadamente las escaleras, arrastrando los pies por la alfombra. Se detuvo en cuanto oyó el sonido que venía de detrás de la puerta. Basura. Más parecido a ruido blanco que a música real. Era muy diferente de los clásicos de los ochenta y noventa que había escuchado de niño. Ahora, la generación más joven se veía obligada a escuchar rap ininteligible y drill, fuera lo que fuese eso.

Pero esto... esto era un género en sí mismo.

Al llegar al último escalón, Tomek introdujo la llave en la cerradura con cuidado de no hacer ruido. Sin embargo, tenía poco de qué preocuparse, ya que la música retumbaba por todo el edificio, reverberando a través de las paredes. Probablemente estaba molestando al vecino de abajo.

Con cautela, giró la llave y bajó el pomo.

Luego abrió la puerta. Una fracción cada vez. Diez grados. Veinte. Treinta.

Hasta que la vio, vestida con su uniforme escolar, bailando en el salón. Su pelo revoloteando alrededor de su cara. Brazos y piernas agitándose en el aire.

Despreocupada. Divirtiéndose. Viviendo el momento.

La idea de grabarla para avergonzarla en el futuro le pasó por la mente, pero cuando metió la mano en el bolsillo para sacar el móvil, ella ya le había visto, había apagado la música y abierto la puerta de golpe.

—¿Cuánto tiempo llevas ahí parado mirándome? —gritó.

—No el suficiente —dijo mientras sacaba su móvil—. Vuelve a hacerlo. Quiero grabarte para que tengas algo que enseñarles a tus nietos.

—¡Joder, no!

—¡Has dicho un taco! —respondió Tomek—. Al bote, ahora.

Su cara se transformó en una mueca de enfado.

—Lo digo en serio. Dinero. Bote. *Ahora*. —Tomek señaló el pequeño tarro de cristal de IKEA en el alféizar de la ventana del salón. Estaba casi lleno hasta el borde, predominantemente con sus propias monedas sueltas, pero había espacio suficiente para que ella añadiera algo.

Enfurruñada, Kasia se dirigió hacia su mochila, encontró su monedero y luego dejó caer una moneda en el bote.

—Bien —dijo Tomek, sosteniendo su teléfono en alto—, ¿por dónde íbamos?

—¿Cuánto tiempo llevabas ahí?

—Ya te lo he dicho, no mucho. ¿Cuál es el problema?

—Es vergonzoso.

—No, no lo es.

—Sí, lo es.

—Venga, hazlo otra vez. Prometo que no te grabaré.

Ella se cruzó de brazos y negó profusamente con la cabeza.

—¿Por qué no?

—No puedo creer que me hayas visto bailar —dijo.

—No tiene nada de malo. Yo solía hacerlo delante de mis padres todo el tiempo y nunca tuvieron problemas con ello.

—¿De verdad? —preguntó, con voz esperanzada.

No. Nunca lo había hecho. Pero ella no necesitaba saber eso.

—¿A quién estabas escuchando? —preguntó.

—A nadie.

—Tiene que ser alguien. ¿Cómo se llama? —Tomek extendió la mano hacia su teléfono, pero ella se negó a dárselo.

Mientras lo sostenía detrás de su espalda, siseó—: ¿Por qué te importa tanto de todos modos?

—Porque estoy tratando de aprender cosas nuevas sobre mi hija. Te veo escuchando música, y siempre supuse que estabas escuchando a Taylor Swift o Harry Styles o alguno de esos otros artistas pop que conozco poco y me importan menos. Pero este... ha despertado mi interés, digamos.

Su argumento no surtió efecto. De hecho, la hizo más reacia a revelar la información.

—¿Qué estás escondiendo? Parecías estar disfrutando.

Se estaba dando cuenta rápidamente de lo avergonzada que la había hecho sentir por algo tan trivial como bailar en el salón. Fue entonces cuando recordó que su mano seguía en el aire, y la bajó lentamente.

—No tienes que...

—The Sons of Zeus —respondió Kasia suavemente, mirando al suelo, incapaz de mantener su mirada.

—¿Perdona?

—Se llama The Sons of Zeus —contestó, con más determinación en su voz ahora—. Es un artista independiente de Southend. Hace un montón de conciertos en Chinnerys. Yas me lo presentó, dijo que quizás podríamos ir a verle algún día.

Tantos pensamientos, tantas respuestas rápidas estallaron en la cabeza de Tomek. Pero todos fueron superados por un pensamiento en particular: la idea de que su hija de trece años asistiera a un pequeño concierto en un bar con sus amigas.

Las drogas. El alcohol. Las presiones sociales que venían con ello.

O bien podía advertirle sobre los peligros y preocupaciones que tenía ahora, o podía ir introduciéndolos en sus conversaciones durante las próximas semanas, para que tuviera más tiempo para que el mensaje calara. Sí, haría eso.

—¿Cómo puede un solo hombre ser *todos* los hijos de Zeus? ¿No tuvo como unos cincuenta?

Kasia suspiró profundamente y puso los ojos en blanco tanto que parecía poseída.

—No se trata de eso, papá.

—¿Es solo uno de esos nombres que no significan nada?

—¡Sí! ¿Vale? ¿Has terminado ya? Por jo...

—¡El lenguaje!

Tomek señaló el bote de los tacos.

—Pero no iba a decir nada.

—Sí que ibas a decirlo. Sé cómo termina esa frase. No soy idiota. Pon más dinero en el bote, por favor.

Lo hizo, pero no sin antes resoplar, poner los ojos en blanco y lanzar su bolso por ahí, solo para hacer notar su punto. Subrayó aún más su frustración con él cuando cerró de un portazo la puerta de su dormitorio, llenando la habitación de silencio. Hasta que empezó a poner a The Sons of Zeus otra vez.

CAPÍTULO
DIECISÉIS

Una hora más tarde, Tomek sintió que sus ojos se cerraban mientras se adormecía, los embates del sueño envolviéndole gradualmente, arrastrándole hacia sus oscuras garras. La televisión estaba encendida, hablándole ruidosamente, pero no le prestaba atención. Tampoco prestaba atención a los documentos y hojas de notas que tenía en la mano y sobre el regazo. El día, aunque le había parecido que había hecho muy poco, le había agotado, y ahora comenzaba a sentir sus efectos.

O quizás, era la información que el equipo había reunido sobre el asesinato de Michael Edwards lo que le había provocado sueño. Hasta ahora, Rachel, Martin y Oscar, con la ayuda de los agentes uniformados, habían hablado con más de cincuenta vecinos a lo largo de Shipwrights Drive y en los alrededores, y nadie había visto ni oído nada. En general, había sido una pérdida de tiempo. Lo mismo podía decirse de la búsqueda en los jardines traseros de los vecinos, que también había resultado infructuosa. O bien los asesinos se habían deshecho de las armas más lejos, al oeste del bosque en el gran campo que lo bordeaba, o se las habían llevado consigo.

El último rayo de esperanza que podría haberles dado alguna pista sobre los movimientos finales de Michael Edwards en los días previos a su muerte, también se había desvanecido en la nada. Bryony Watson había enviado las capturas de pantalla a Chey, quien las había examinado en el espacio de treinta minutos y declarado

inmediatamente que eran poco concluyentes. Según los mensajes, Michael Edwards había ido al trabajo, vuelto a casa, dormido, ido al trabajo al día siguiente, vuelto a casa y luego dormido de nuevo. Nada indicaba que hubiera hecho algo fuera de lo común. El horario adicto al trabajo de aquel hombre era tan aburrido como repetitivo.

Trabajar, comer, dormir. Repetir.

No se había reunido con nadie. No había salido de casa en mitad de la noche. No había ido a ningún otro sitio que no fuera el trabajo o su casa.

El hombre simplemente había sido brutalmente asesinado por una razón completamente incomprensible.

El sueño finalmente le había envuelto cuando su teléfono emitió un pitido en el reposabrazos junto a su cabeza. El repentino sonido le hizo despertar sobresaltado y enderezarse. Los papeles sobre su pierna se dispersaron y cayeron al suelo. Ignorándolos, alcanzó su teléfono.

> Perdón por escribir tan tarde, pero una nueva casita para pájaros está en camino hacia ti, debería llegarte en un par de días, espero que te guste, N

Tomek leyó el mensaje de nuevo, y luego una tercera vez, su mente medio dormida necesitaba más tiempo del habitual para procesar las letras y palabras frente a él. Cuando finalmente comprendió el significado del texto, una sonrisa se dibujó en su rostro. La idea de una nueva casita para pájaros para Michał y su pequeña familia de petirrojos le llenó de alegría. Era lo mínimo que la familia merecía.

Su alegría, sin embargo, se vio truncada cuando Kasia salió de su dormitorio. En el poco tiempo que había estado allí, se había cambiado el uniforme escolar y ahora llevaba puestos sus auriculares. El sonido metálico de la música electrónica de The Sons of Zeus resonaba desde sus oídos.

—¿Estás bien? —le preguntó, pero fue en vano. No hubo respuesta.

Ella se deslizó hacia la cocina, abrió la nevera, sacó algo de ella, y luego salió de la cocina un momento después, antes de volver a su habitación.

Ni una palabra dicha, ni siquiera una breve mirada en su dirección.

Mierda. Quizás la había enfadado de verdad. Pero solo había sido por un músico... ¿Cuál era el problema?

CAPÍTULO
DIECISIETE

Kasia cerró la puerta del dormitorio tras ella y se lanzó de nuevo sobre la cama. No le preocupaba que su padre entrara sin avisar. Normalmente era considerado con ese tipo de cosas. La dejaba a lo suyo. Solo interfería si era urgente o para preguntarle si quería algo del supermercado. Además, ya se estaba quedando dormido en el sofá, así que no creía que tuviera muchas posibilidades de ser molestada. No, tenía el lugar para ella sola durante el resto de la noche.

Sobre su cama estaba el portátil, abierto en un programa de recursos educativos de matemáticas de secundaria. Una estratagema por si Tomek acababa asomando la cara para preguntarle qué estaba haciendo. Se acomodó en la cama, cruzó las piernas, y luego abrió el chocolate que acababa de coger de la nevera. Un Kit Kat chunky con sabor a Biscoff. Diabetes en forma de tableta. Pero a pesar de su contenido insanamente alto de azúcar y grasa, y todo lo demás malo que contenía, estaba delicioso, y lo terminó en menos de un minuto. Después de tirar el envoltorio en su mesilla de noche, colocó el portátil en su regazo y pasó a la otra pestaña de su navegador. En la pantalla había una imagen de Zeus, pero no era el mismo Zeus que había visto la noche anterior. Este Zeus era varios años más joven, los músculos de sus hombros y pecho no estaban tan definidos, y tenía una ligera barriga. Llevaba el pelo corto y tenía la cara afeitada. Si hubiera sido la primera vez que

se cruzaba con él, no creía que le hubiera parecido tan encantador y cautivador como la noche anterior.

Pulsó la barra espaciadora de su teclado y el vídeo continuó. Octavia Nightbrook, una de las chicas del grupo, había compartido el enlace a los clips de archivo a través de WhatsApp, y le había sugerido a Kasia que los viera. Había mensajes y acciones ocultos en todas sus actuaciones en *EastEnders*, en los cuarenta episodios completos. En total, la compilación duraba casi tres horas, y ya llevaba una hora viéndola.

En la pantalla, Zeus, o Harvey Whitlock como se llamaba su personaje en la serie, estaba en medio de una discusión con su hermana. Ella había empezado a salir recientemente con un hombre negro, y el personaje de Harvey se había ofendido por ese hecho. Kasia no estaba segura de si era porque no le caía bien la persona, o si había sido algo racial. Luego, unos momentos después, sus dudas quedaron resueltas cuando Harvey le gritó a su hermana en la cara que no podía ver más a su novio porque no confiaba en los negros. La discusión finalmente se convirtió en una pelea a gritos, que no terminó con ningún ganador.

Mientras continuaba viendo, fue testigo de cómo el personaje de Zeus descendía a un fascista de extrema derecha que odiaba a todos excepto a su padre, que tenía inclinaciones similares. Su caída, y eventual desaparición de la telenovela, ocurrió cuando entró en contacto de manera devastadora con un cable de alta tensión.

Al final, Kasia quedó impresionada por dos cosas: su cruda capacidad interpretativa, y su transformación física. Ambas habían tardado en desarrollarse, pero para el momento de su muerte en pantalla, Zeus había perdido completamente la barriga y se había convertido en el dios griego que era ahora. Las únicas diferencias entre el personaje de la pantalla y el hombre que había conocido en la vida real eran la longitud de su pelo y de su barba. En cuanto a su talento, era sin precedentes. Había algo en él, algo que la cautivaba y hipnotizaba. La forma en que actuaba y miraba a los ojos de sus compañeros. Cómo se comportaba ante la cámara y se aseguraba de que todos le miraran. Cómo controlaba cada parte de su expresión facial. Y su forma de hablar. Dios mío, su forma de hablar. La manera

en que podía modular e influir, articular, y hablar como un hombre común. La emoción en su registro. Cada vez que Harvey Whitlock estaba enfadado, Kasia sentía enfado. Cada vez que estaba triste, decepcionado, furioso, ella sentía todas esas mismas emociones.

Cuando terminó el vídeo, poco después de la medianoche, le envió un mensaje a Octavia Nightbrook. Unos momentos después, fue añadida a un grupo de WhatsApp. Las veinte chicas estaban allí, con sus apodos en la parte superior de sus perfiles. Todas le dieron la bienvenida al chat grupal, incluida Yas, que fue una de las primeras. La pantalla se llenó de emojis de corazones y labios, junto con varios GIFs de personas abrazándose y saludando. Después de un breve momento, Kasia reunió el valor para responder y agradecerles a todas por dejarla formar parte del grupo. Una cosa era ser bienvenida de nuevo a la siguiente sesión de yoga, pero otra muy distinta era ser añadida al WhatsApp, estar en comunicación constante y directa con todas las chicas a la vez. Y entonces se le ocurrió la pregunta: ¿formaba Zeus parte del grupo también? ¿Estaría juzgando sus mensajes, cuestionando por qué no publicaba con más frecuencia y por qué no estaba siendo más agradecida por la inclusión? Rápidamente comprobó la lista de nombres del grupo y se tranquilizó ligeramente al darse cuenta de que él no estaba involucrado.

Después de que todas terminaran de dar la bienvenida a Kasia, la conversación pasó al último episodio del podcast que Zeus había grabado. No queriendo parecer ingenua, Kasia optó por no contribuir. No fue hasta que Octavia Nightbrook le envió un mensaje que entendió de qué estaban hablando.

> Cada semana, a veces cada par de días, Zeus graba un podcast para que todos lo escuchemos. Cada miembro del grupo debe escucharlo y ofrecer su opinión y comentarios sobre lo que dice. Pero como esta es tu primera semana, tienes un pase libre. Aquí está el vídeo.

El corazón de Kasia se aceleró, y luego se desplomó. Tenía un pase libre esta semana. ¡Genial! Pero la próxima semana... la próxima semana tendría que prestar atención y escuchar.

A estas horas, el piso estaba mortalmente silencioso. Tomek se había ido a la cama hacía mucho tiempo, y a pesar de los auriculares conectados a sus oídos, podía escuchar el sonido amortiguado de sus ronquidos. Claro, podría escuchar el podcast en voz alta, pero no valía la pena el riesgo, ni sonaría igual. Antes de reproducir el vídeo, cerró su portátil y se preparó para ir a la cama. Una vez que se había lavado los dientes, apagado todas las luces y metido en la cama, subiendo el edredón hasta el pecho, se ajustó los auriculares de nuevo en los oídos y comenzó la grabación.

Al principio, había un fuerte ruido blanco, el sonido de un micrófono siendo conectado. Y entonces escuchó su voz. Suave, tranquilizadora, profunda. Hipnótica. Como la de Austin Butler.

—Buenas noches, Arpías —comenzó Zeus.

Se lo imaginó sentado allí en el estudio, con las piernas cruzadas, los ojos cerrados, hablando a un micrófono.

—Y bienvenidos a otro episodio de La Verdad con Zeus. En el episodio de esta semana, quería discutir algunas cosas con todos vosotros. En primer lugar, me gustaría dar una cálida bienvenida a Kandy HeartThrob, nuestra última y final incorporación al grupo. Todos estuvimos encantados de contar con ella anoche, y aunque todavía hay un proceso por el que debe pasar antes de poder convertirse en una Arpía de pleno derecho, estoy seguro de que estará con nosotros a largo plazo.

Una mariposa estalló en el estómago de Kasia al escuchar su nombre.

—En segundo lugar, quería tocar el tema de la guerra racial de la que he estado hablando estos últimos meses. Y por el bien de Kandy HeartThrob, creo que es vital que lo mencione de nuevo.

Su voz bajó una octava y se volvió confusamente más sexy.

—Se acerca una guerra racial. Permitidme que os lo deje muy claro a todos. Pronto, los negros y los blancos se enfrentarán, y tendremos el Armagedón en nuestras manos. Durante demasiado tiempo los negros y los blancos han estado bordeando la línea,

manteniéndose en la cerca, sin que ninguno esté dispuesto a dar el primer paso, pero todo eso cambiará pronto. Os lo prometo. Los blancos han tenido suficiente, y se levantarán. Harán todo lo que puedan para proteger a sus familias. Y los negros responderán del mismo modo. Será un baño de sangre. Y cuando llegue ese momento, necesitamos estar juntos, trabajar juntos, confiar los unos en los otros, para poder salvarnos. Yo soy Zeus. Soy vuestro dios y soy vuestro salvador. Si queréis sobrevivir al Armagedón, os pido que pongáis toda vuestra fe en mí. Puedo rescataros a todos, pero solo si me lo dais todo y hacéis todo lo que os pida.

—Solo tenéis que mirar el aumento de la inmigración para ver de lo que estoy hablando. Gente que viene aquí en pateras, causando desempleo masivo, la crisis de la vivienda, la pobreza. Están cambiando el país a peor, y pronto los blancos no lo soportarán más. Algo tiene que ceder. Y algo cederá. No solo estamos ante una guerra racial; también estamos ante el fin de los tiempos. Las guerras en Oriente Medio no se detienen. Se están volviendo peores. El país continúa calentándose y ninguna de nuestras superpotencias globales está haciendo nada al respecto, a pesar de las advertencias. Están quemando nuestro planeta. Nos están matando a todos, mientras que lo único que les importa son sus cuentas bancarias y sus egos. Han sido advertidos varias veces. Yo mismo he intentado advertirles, pero continúan ignorando el mensaje, siguiendo imprudentemente sus caminos demostrablemente peligrosos. Los combustibles fósiles están quemando nuestro planeta, y aun así continúan excavando para encontrarlos. Gaia está gritando, llorando, suplicando que paremos, y sin embargo continuamos. Esa es mi madre. Está muriendo, y no puedo permitir que eso continúe. Pero, ay, hay poco que pueda hacer en esta vida. Es demasiado tarde. Espero que en la próxima, pueda hacerlo mejor, ser mejor.

Hubo una larga pausa, y por un momento Kasia se preguntó si ese era el final de la grabación, o si había pulsado algún botón por error. Ni lo uno ni lo otro. El sonido de la respiración pesada y rítmica de Zeus sonó a través de los auriculares.

—Quería informaros a todos de algo que aprendí el otro día. Tiene que ver con los códigos de barras. No son de fiar. Los

controladores de este mundo, los conglomerados, los países corruptos e insidiosos, los judíos, los Rothschild y los Illuminati, han colocado mensajes de lavado cerebral en las líneas de los códigos de barras de todos y cada uno de los productos. Debéis apartar la mirada. Están tratando de meterse en vuestras cabezas cada vez que los miráis, y están tratando de controlar vuestros pensamientos. Por qué, podríais preguntar. Bueno, es porque no quieren que creamos que se avecina una guerra racial. No quieren que la gente vea la verdad de lo que están haciendo a nuestra población, a nuestros países, a nuestro clima. Quieren mantener a todos bajo su liderazgo y control. Quieren un mundo de ovejas, de criaturas que seguirán ciegamente. Es por eso que los dependientes y las personas en el comercio minorista, personas que pasan todo el día, todos los días, mirando códigos de barras y líneas y números, están muertos cerebralmente. Están siendo controlados de la peor manera posible. Para ellos, es demasiado tarde. Están más allá de la redención, más allá de la ayuda. Pero para vosotros, nosotros, puedo ayudar. Puedo salvaros. Vuestras mentes aún no han sido deformadas por la malvada y vanidosa manipulación de aquellos que desean hacernos daño. Puedo salvaros.

Kasia repitió esas últimas cuatro palabras en su mente una y otra vez.

Puedo salvaros.

Puedo salvaros.

Hace tres noches, habría escuchado ese discurso y habría puesto los ojos en blanco, resoplado con desdén, y probablemente habría dicho que eran tonterías. Pero ahora, después de escuchar la forma en que Zeus hablaba, oír lo que tenía que decir, la forma en que se comunicaba, la manera en que la cautivaba con sus ideas, creía cada una de sus palabras. Tanto que, antes de cerrar los ojos e irse a dormir, escuchó todo el podcast de nuevo.

Y de nuevo, por tercera vez, hasta que finalmente se quedó dormida a las tres de la madrugada, soñando con la inminente guerra racial y la guerra contra los códigos de barras.

CAPÍTULO
DIECIOCHO

Cuatro días después, y seguían sin estar más cerca de encontrar a los asesinos. De hecho, estaban más lejos de la verdad. Nick había ordenado otra búsqueda en la zona boscosa detrás de la casa de Michael Edwards en un acto de desesperación, y aun así no habían descubierto nada. Lo que el equipo de búsqueda había pensado que eran huellas rápidamente los había llevado a un callejón sin salida. La única posibilidad de encontrar huellas había sido en el jardín, pero debido a la tierra empapada y a las docenas de agentes de la escena del crimen moviéndose por el lugar, cualquier rastro de evidencia se había perdido y destruido rápidamente.

Mientras tanto, el equipo estaba esperando los resultados del análisis de ADN del cabello. En lugar de quedarse de brazos cruzados, habían conseguido varias declaraciones de testigos más, esta vez de antiguos compañeros, amigos y miembros distanciados de la familia de Michael Edwards, y todos habían cantado alabanzas del hombre, admirándolo por expresar sus opiniones, a menudo de extrema derecha, en la radio y en sus redes sociales, aunque no siempre estuvieran de acuerdo con él. Pero nadie sabía nada sobre su muerte, ni tenían idea de quién podría haber sido el responsable.

Pero no toda esperanza estaba perdida. Porque, al quinto día, se había producido un avance.

—Puede que no sea nada —dijo el agente Martin Brown mientras Tomek y Sean se cernían sobre sus hombros—. Pero podría ser algo

igualmente. Es... ¿cómo lo llamáis?

—Paradójical —llegó el grito demasiado seguro de Chey desde el otro lado del banco de escritorios.

Tomek estiró el cuello sobre el monitor de Martin para ver al joven agente desparramado en su silla, con un auricular puesto, haciendo algo en su ordenador, con los ojos y los dedos moviéndose rápidamente de lado a lado como si estuviera conectado a Matrix.

—¿Qué acabas de decir? —preguntó Tomek.

—Paradójical. Cuando algo es una paradoja.

—Definitivamente esa no es la forma de decirlo.

—¿Seguro? A mí me suena bien.

—Creo que quieres decir paradójico.

—Eso es lo que he dicho, ¿no?

Tomek lanzó una mirada rápida a Sean, que estaba a su lado—. No, has dicho paradó*ji*cal. Acabas de meter una sílaba extra, como Gordon Ramsay tirando a la basura una caja mohosa de comida congelada.

Chey, todavía absorto en la pantalla de su ordenador, se encogió de hombros—. ¿Ah, sí? Lo siento. Siempre lo he llamado paradójical.

—Bueno, ahora ya lo sabes.

Tomek se masajeó los ojos y se frotó la parte superior de la cabeza, antes de volver a centrar su atención en Martin.

—Decías...

—Sí. Mi... "paradoja". —Martin miró la pantalla del ordenador y señaló una línea de texto en la página—. He estado revisando los extractos bancarios de Michael Edwards y he encontrado algunas anomalías.

—Vale.

—Para alguien cuya casa vale más de un millón, pensé que estaría en mejor situación financiera. No quiero juzgar... pero es exactamente lo que estoy haciendo. Según sus empleadores, su salario es de más de doscientas mil libras al año, y eso no incluye todos los patrocinios y acuerdos de marca que hace por su cuenta. Y, según Google, su patrimonio neto es de un millón trescientas mil. Lamentablemente, las cifras de sus cuentas bancarias, y todos sus

activos y diversas inversiones, cuentan una historia completamente diferente.

—¿Era más rico? —preguntó Sean.

—Al contrario. Estaba casi arruinado.

—Por eso nunca confío en esas webs que calculan el patrimonio neto —intervino Chey desde detrás de la pantalla otra vez—. No solo me hacen sentir fatal por la cantidad de dinero que tienen los famosos, sino que una calculadora también me dijo que tenía un patrimonio de quince mil libras, incluso cuando le había dicho que me quedaban cien libras en una cuenta y estaba en números rojos en la otra.

Tomek miró por encima del monitor de nuevo. Odiaba verse arrastrado a esta conversación cuando había trabajo policial importante que hacer, pero simplemente no podía dejar pasar un comentario como ese.

—Vives en casa con tu madre y tu padre. Tu madre te prepara la comida todos los días. Compraste tu coche de segunda mano. ¿Dónde va todo tu dinero?

—Drogas y stripers —dijo Chey, con el rostro impasible, luego alcanzó una lata de Dr Pepper y la abrió, con los gases explotando en un sonoro *psss*.

—Más bien te lo gastas todo en esa mierda que bebes —replicó Tomek.

Otro encogimiento de hombros, esta vez lleno de arrogancia—. Me hace feliz.

Tomek decidió dejar la conversación ahí. Chey estaba siendo más brusco de lo habitual. No había ninguna de sus típicas bromas en su voz. Claramente le pasaba algo, y decidió dejarlo en paz. Volvió a centrar su atención en Martin.

—Michael Edwards está arruinado...

—Sí. *Casi* arruinado. Y parece que, durante los últimos dos años, ha habido una razón para ello.

—Continúa.

Martin señaló una línea de texto en la página de la pantalla de nuevo.

—Todo su dinero entra, y luego la mayor parte sale directamente. Todo a una persona. Un tal Richard Stafford.

Tomek reconoció el nombre inmediatamente.

—*Ese* cabrón?

—¿Quién? —preguntó Sean, perdiéndose en un bostezo.

—Richard Stafford...

—Simplemente repetir su nombre otra vez no me va a ayudar a recordar.

Tomek negó con la cabeza e inhaló con incredulidad. Richard Stafford era uno de los traficantes de drogas más prominentes del sur de Essex y había estado en el radar de la policía durante varios años. Tomek se había cruzado con él recientemente tras el asesinato de un político local y la subsiguiente investigación que había revelado una operación de trata de personas a pequeña escala entre algunas de las élites políticas y sociales de Southend. A pesar de las pruebas condenatorias contra sus amigos y cómplices, Richard Stafford había conseguido eludir la justicia. Pero aún no estaba fuera de peligro, ya que la brigada antidroga seguía recopilando pruebas contra él. Lo detendrían, algún día.

Solo era cuestión de tiempo.

Y de quién más se vería atrapado en el fuego cruzado.

—¿Cuál es la conexión? —preguntó Tomek.

Martin se encogió de hombros. —Ni idea, Sargento. Ninguna de las personas con las que he hablado ha mencionado nada sobre Stafford o Michael relacionados con drogas.

—No es el tipo de cosa que uno dice con orgullo sobre un ser querido —respondió Tomek—. O quizás no lo sabían. ¿Chey?

A estas alturas, el agente se había colocado ambos auriculares en los oídos y asentía con la cabeza al ritmo de algo. Cuando notó que Tomek se dirigía a él, se los quitó y dijo: —¿Sí, Sargento?

—Tus informes de carácter y declaraciones de testigos sobre Michael Edwards. ¿Alguien mencionó drogas o el pago de deudas a Richard Stafford?

Chey hizo memoria durante medio segundo y luego negó con la cabeza. —Nada por mi parte, Sargento.

—Perfecto. Entonces, ¿podríais los dos volver a contactar con ellos y averiguar qué saben, si es que saben algo? Yo haré lo mismo con su novia. Si Michael se ha metido en problemas con Richard Stafford y su pandilla de traficantes de quince años, entonces podríamos saber por qué había tanta gente presente cuando lo mataron.

CAPÍTULO
DIECINUEVE

Kasia había estado esperando toda la semana a que llegara esta noche. La emoción y la anticipación, combinadas con un toque de nervios, habían crecido en su interior hasta que no podía pensar en otra cosa.

Esta noche iba a experimentar lo que Zeus y las otras Harpies llamaban un «Mohana», una noche de profunda exploración y comprensión espiritual. Una noche para dejarse llevar, liberarse, abrirse a los elementos y soltar sus inhibiciones, volviéndose una con Zeus y sus hermanas Harpy.

El único problema era su padre. Sabía que él no le permitiría salir en medio de la noche, así que había decidido ocultárselo y había organizado su extracción media hora antes de que comenzara el Mohana. Afortunadamente, Tomek había querido acostarse temprano y se había ido a la cama unas horas antes, pero la experiencia le había enseñado que eso no significaba nada. Aunque tenía un sueño relativamente profundo, también era propenso a las pesadillas, y podía despertarse en cualquier momento y ponerse a escribir en su diario en el salón. Si intentaba salir por la puerta principal y él estaba en medio de la transcripción de su pesadilla, el juego habría terminado. En su lugar, tendría que tomar la ruta panorámica: salir por la ventana, subir al garaje de los vecinos, pasar la valla y meterse en el coche de Silent Horsechick. Era vital que evitara la puerta principal a toda costa: lo último que quería era

ser detectada por la cámara de seguridad que su padre había instalado hacía unos meses para el vecino.

El resultado: fin del juego.

Tocó la pantalla de su móvil. Se iluminó y le mostró la hora: 00:29. Silent Horsechick estaría allí en menos de un minuto.

Tan pronto como recibió el mensaje, Kasia apartó las sábanas, abrió la ventana del dormitorio y comenzó el descenso hacia el garaje de los vecinos. Fuera, el aire estaba frío y quieto. Todo el calor que habían experimentado ese día se había ido, y en lo alto, docenas de pequeñas estrellas bailaban y centelleaban mientras se abrían paso a través de una fina capa de nubes. Al subirse al garaje, los músculos de sus piernas temblaban por el miedo y la adrenalina, obligándola a agacharse y agarrarse al borde para sostenerse. El garaje estaba hecho de hormigón, pero eso poco hacía para aliviar su miedo de caer a través de él y perder toda posibilidad de participar en el Mohana. Con cautela, atravesó la superficie, y cuando llegó al borde del edificio, se bajó, con el cuerpo de cara a la pared, hasta que quedó colgando de sus brazos. Y entonces se soltó, esperando a medias que la caída fuera mucho más larga de lo que fue. Para su sorpresa, el suelo estaba solo a unos centímetros bajo sus pies.

A continuación, se dirigió hacia la carretera y encontró a Silent Horsechick aparcada en su Ford Ka. Las luces estaban encendidas, y el suave ronroneo del motor era todo lo que se podía oír.

—Buenas noches, Harpy —le dijo mientras subía.

—Buenas noches, Kandy.

Kasia se vio abrumada por el olor a perfume. Le golpeó como un puñetazo en la cara. Dulce y aromático, y Silent Horsechick se lo ofreció inmediatamente. Kasia lo aceptó con gratitud y se roció una cantidad modesta en el cuello y el jersey.

Durante los últimos días, Kasia y Silent Horsechick habían estado comunicándose frecuentemente por WhatsApp, hablando de todo, desde sus infancias, sus futuros, su amor y adoración por Zeus y todo lo que representaba, hasta los problemas con los códigos de barras, la inminente guerra racial y el día del juicio final que pronto llegaría. Silent Horsechick era una de las pocas Harpies que se había

tomado el tiempo de explicarle las cosas sin hacerla sentir estúpida. No la había juzgado, no la había menospreciado. Silent Horsechick había sido amable y compasiva, servicial y abierta, y rápidamente se había convertido en una de las favoritas de Kasia.

Silent Horsechick tenía veintiún años, aunque parecía considerablemente más joven. Tenía rasgos delicados, su rostro estaba salpicado de pecas, y sus cejas eran la envidia de todas las chicas. Como una de las pocas morenas naturales de las Harpies, se veía obligada a teñirse el pelo de rubio varias veces al mes, para mantener las estrictas directrices de apariencia que Zeus había establecido.

—Mis manos siempre apestan a productos químicos —explicó mientras se alejaba de la casa de Kasia—. Pero estoy tan acostumbrada que ya ni siquiera lo huelo.

—Sí —respondió Kasia. Como una de las chicas con pelo naturalmente rubio, no sabía qué decir. De hecho, se sentía un poco culpable por no tener que hacer los mismos sacrificios o esfuerzos que Silent Horsechick y muchas de las otras.

—Recuerdo mi primer Mohana —continuó Horsechick, pensando en voz alta—. Fue genial. Lo pasé muy bien. A menudo pienso en ello y desearía poder revivirlo. ¿Cómo te sientes?

Kasia se lo contó.

—No estés nerviosa. Estarás bien. Lo pasarás de maravilla. No tienes nada de qué preocuparte —puso una mano en la rodilla de Kasia, y se volvió hacia ella con una cálida y radiante sonrisa en su rostro—. Me tienes a mí y a todas tus otras hermanas a tu alrededor para protegerte. Nada malo va a pasar, te lo prometo.

Eso podía ser cierto. Pero todo en lo que Kasia podía pensar eran en los labios rojos y brillantes de Silent Horsechick, y en cómo se había olvidado de ponerse su propio pintalabios antes de salir.

El fuego danzaba y ondulaba en la oscuridad, agitándose y vacilando mientras luchaba contra la suave brisa que soplaba a lo largo de la

playa. La luz de la luna rebotaba sobre el estuario del Támesis mientras esta se cernía brillante sobre sus cabezas. Las ondas sonoras de la música reverberaban en el aire, ahogando el romper de las olas en la arena.

Estaban todos allí. Todos los miembros de las Harpías, y el mismo Zeus. Vestidos con el mismo estilo de ropa, bailando, meciéndose, rozándose entre ellos, girándose unos a otros en sus brazos, divirtiéndose.

Excepto Kasia. Ella había estado de pie en la periferia del despreocupado movimiento desde que ella y Silent Horsechick habían llegado, atenazada por los nervios y la ansiedad. No sabía cómo comportarse, cómo actuar. ¿Quién era ella para venir y copiar a esta gente? Aunque la habían hecho sentir tan bienvenida, una parte de su cerebro había bloqueado cualquier acción. Y así, llevaba media hora sentada junto al fuego, con las rodillas pegadas al pecho, jugueteando con la arena con los dedos de los pies, dependiendo de las llamas para calentarse.

En varias ocasiones, Yasmin se había acercado a ver cómo estaba, pero había vuelto rápidamente con las otras chicas después de que Kasia le confirmara que estaba bien. No había presión, ni obligación de hacer lo mismo que el resto, le había dicho Yas.

Unos momentos después, la canción cambió en el altavoz, y los sonidos de la música instrumental de Zeus comenzaron a extenderse por la playa desierta. Kasia la reconoció al instante. Una de sus favoritas. Había perdido la cuenta de cuántas veces la había escuchado ya.

Sin previo aviso, su cabeza comenzó a moverse y sus hombros a balancearse. Entonces una cantidad de arena fue pateada sobre sus tobillos. Levantó la mirada para ver quién se había acercado, y encontró a Zeus alzándose sobre ella, sus hombros y pecho musculosos bloqueando la luz de la luna.

—¿Te importa si me siento?

—No... —dijo, insegura de sí misma—. Por supuesto que no. Claro que puede sentarse.

Casi añadió: "Porque usted es Dios y puede hacer lo que quiera", pero pensó que sería mejor no hacerlo.

El imponente hombre hundió los pies en la arena y se dejó caer, gruñendo al chocar contra el suelo. Se sentó con las piernas cruzadas, los pies hacia el cielo, y durante un largo momento no dijo nada. Kasia fue incapaz de mirarlo, al menos no directamente. Estaba intimidada por su presencia. Por la presencia de Zeus. Por la presencia de *Dios*. Era solo la segunda vez que lo veía, y temía que la sensación de incomodidad pudiera empeorar cada vez. Por el rabillo del ojo, lo vio quitarse la cinta del pelo y dejar que este cayera libremente sobre sus hombros. El viento rápidamente lo atrapó y lo agitó alrededor de su rostro.

—Hermosa noche, ¿no crees? —preguntó.

—Sí. Muy hermosa —respondió, tímida, casi susurrando. Encogió los hombros y metió los talones bajo su trasero, convirtiéndose en una bola.

—Eso es porque yo la he hecho así —dijo—. Puedo controlar los cielos, ¿sabes? Depende de mi estado de ánimo. Cuando estoy feliz y contento, tenemos buen tiempo y cielos despejados, noches como esta. Cuando estoy triste y un poco deprimido, tenemos nubes y lluvia. ¿Sabes qué pasa cuando estoy enfadado?

Kasia no tenía la más remota idea. Apretó los labios firmemente y negó con la cabeza.

—Truenos y relámpagos. —Inclinó la cabeza hacia el cielo, con mechones sueltos de pelo cayendo sobre sus mejillas y entre sus labios—. Afortunadamente, tengo a mis Harpías a mi lado para controlar mi temperamento y calmarme si es necesario.

Kasia también inclinó el cuello hacia el cielo. Una mirada de duda y consternación debió haberse dibujado en su rostro, porque cuando volvió a mirarlo, él parecía profundamente poco impresionado, casi molesto.

—¿Dudas de mí?

—¡No! ¡Por supuesto que no!

—¿Estás conmigo? ¿Estás con nosotros?

—Sí —contestó lentamente—. Creo que sí.

—¿*Crees* que sí? Kandy, esto no es un juego. No es uno de tus programas de mierda de Netflix. Esto es la vida real. Tengo docenas de chicas enviándome mensajes directos cada día. Tengo docenas

de chicas preguntando si pueden unirse a las Harpías porque han oído hablar de ello en internet o de boca en boca, y creen en ello. ¿Y tú *crees* que estás con nosotros? Puedo tener a alguien ocupando tu lugar en minutos. —Giró su cuerpo para mirarla, colocó sus manos sobre sus rodillas y miró profundamente en sus ojos—. Necesito que estés con nosotros en todo. Si vamos a sobrevivir al fin del mundo y a las guerras raciales, necesitas estar comprometida al cien por cien. Veo mucho potencial en ti. Creo que tienes lo necesario. Todos tenemos una profecía que cumplir en la vida. Algunas son más grandes que otras, y creo que la tuya es una de las más grandes y poderosas con las que me he encontrado. Odiaría que lo echaras todo a perder porque dejaste que un poco de duda se colara.

—Lo sé —dijo, perdiéndose rápidamente en sus ojos azules.

—Recuérdame cuántos años tienes, Kandy HeartThrob.

La forma en que hablaba, la mención de su nombre, hizo que su cuerpo hormigueara de excitación.

—Trece.

Bajó sus manos hasta sus tobillos, envolviéndolos firmemente con sus dedos. Ni una sola vez se sintió amenazada o en peligro. —Joven. Muy joven. Ciertamente muy joven para algunas cosas, pero no para otras...

Metió la mano en el bolsillo holgado de su camisa y la mantuvo allí.

—¿Confías en mí? —preguntó.

Incapaz de romper su mirada, asintió con los ojos muy abiertos.

—Bien. Entonces quiero que cierres los ojos por mí. ¿Puedes hacer eso?

Ella asintió.

—Ciérralos, y luego abre la boca.

Como si estuviera dominada por algo, hizo lo que le dijo, apretando los ojos con tanta fuerza que comenzó a ver estrellas destellando en el interior de sus párpados. Su corazón latía con fuerza en su pecho. Oyó el sonido de movimiento frente a ella, y por una fracción de segundo pensó que él había huido. Luchando contra la tentación de abrir los ojos, de echar un vistazo a lo que estaba

haciendo, permaneció perfectamente quieta. Un segundo después, sintió que él colocaba algo en su lengua y cerraba su mandíbula.

Menta. Hormigueo. Con un toque de limón.

De inmediato, abrió los ojos. Zeus flotaba a unos centímetros de su cara, el fuego bailando en sus ojos.

—No necesitas hacer nada, solo déjalo ahí. Se disolverá en breve.

Quería abrir la boca para hablar pero sabía que era mejor no hacerlo. En su lugar, dejó que el objeto plano burbujeara en su boca hasta que no pudo saborearlo más. Una vez que se disolvió, preguntó: —¿Qué era?

—La verdad, Kasia. Era la verdad. Muy pronto, verás lo mismo que ve el resto del grupo. Te unirás a ellos en un nivel diferente. —Le apartó el pelo detrás de la oreja y le acarició la mejilla con el pulgar—. Eres una chica muy guapa, ¿lo sabías?

Ella volvió a mostrarse tímida, esta vez consiguiendo hacer un ligero gesto negativo con la cabeza.

—Pues lo eres. Realmente muy guapa. Al igual que todas las otras chicas. Mira a tu alrededor. Mira lo libres y felices que son. Con todo lo que está pasando en el mundo, ¿no quieres experimentar algo de eso también? ¿No quieres ser feliz y libre en un mundo de dolor, miseria y destrucción?

Sí, por supuesto que quería. ¡Muchísimo!

El único problema era que no podía articular sus pensamientos en palabras. Su cerebro no podía comunicarse con su boca. Y al final, simplemente asintió.

—Excelente —dijo Zeus, ayudándola a ponerse en pie—. Entonces ve, sé libre, diviértete, ríe, vive, llora, experimenta esta libertad con las chicas y piérdete en ella. Muere para ti misma, Kandy. Ellas estarán ahí para apoyarte. Y si me necesitas, estaré aquí, esperándote. Tu salvador.

—Mi salvador —consiguió decir, aunque no fue más que una mezcla de sonidos y letras distorsionadas que apenas escaparon de sus labios.

Y entonces se dirigió hacia las chicas. Para entonces, se habían unido en una sola masa, y todas llevaban mucha menos ropa que

unos momentos antes. Algunas estaban en ropa interior, mientras que otras se habían quitado los sujetadores por completo. Mientras avanzaba hacia ellas, un pie delante del otro, su cuerpo comenzó a hormiguear, y una oleada de calor volvió a invadirla. Primero por los dedos, subiendo hasta la cabeza, bajando por el pecho y llegando profundamente hasta los dedos de los pies. Cuando alcanzó los límites del grupo, estaba sudando, y se quitó la rebeca y la falda vaquera, dejándolas caer al suelo. La brisa fresca le rozó las piernas, enfriándola ligeramente.

Tan pronto como las Arpías la vieron, gritaron al unísono y la rodearon, sus manos tocándole el pelo, la cara, la piel desnuda. Era como si la estuvieran adorando, inclinándose ante ella. Tratándola como a una diosa. Y ella reaccionó de la misma manera, tocándolas, saludándolas, inclinándose ante ellas.

Eran hermanas. Familia.

Y entonces el bajo retumbó por toda la playa, tan potente que se sintió como un puñetazo en el estómago. Se giró hacia donde había estado el fuego y, para su asombro, vio la música viniendo hacia ella, pulsando desde el interior de Zeus. Líneas blancas y garabatos rebotaban en el aire hacia ella, emanando de su cuerpo. De alguna manera, el fuego se había apagado, y sin embargo él parecía brillar completamente blanco, casi angelical.

Su ritmo cardíaco se aceleró. Cerró los ojos e hizo una pausa, mientras su pulso latía al compás de la música de Zeus. Pasó un tiempo, pero la primera parte de su cuerpo en moverse fue su mano. Girando en un círculo. Luego su brazo, siguiendo el mismo patrón. Después su hombro, el otro, sus caderas, su cintura, hasta llegar a sus pies. Antes de darse cuenta, estaba bailando, con las manos en el aire, los ojos bien abiertos. Bailando con sus hermanas, su familia. Brazos entrelazados entre sí. Un solo corazón latiendo en la playa.

Lo sintió. Lo mismo que todas ellas habían estado sintiendo durante tanto tiempo. Lo mismo que todas comentaban pero nunca podían explicarle del todo.

Se sintió libre. Se sintió viva.

Se sintió en casa.

Y le encantó.

Supo por qué luchaban, hacia qué trabajaban. En ese momento, comprendió los sacrificios que todas habían hecho. Y estaba dentro.

Joder, estaba al cien por cien, inequívocamente, sin vuelta atrás *dentro*.

Lo que Zeus quisiera, lo que Zeus le pidiera o le dijera que hiciera, lo haría. Sin cuestionar y sin dudar.

Ella.

Estaba.

Dentro.

CAPÍTULO
VEINTE

Tomek no estaba acostumbrado a ir en el asiento del copiloto. Pero mientras permanecía sentado, observando el paisaje plano de Essex con sus campos de lavanda y cultivos pasar flotando, descubrió que no le importaba. Que de hecho lo estaba disfrutando. Ahora no tenía que preocuparse por los imbéciles en las carreteras que no indicaban y se le pegaban al culo mientras él iba al límite de velocidad. En cambio, podía mirar hacia afuera y experimentar el cambio de las estaciones, la transformación del paisaje. Podía convertirse en uno de esos copilotos que comprueban el retrovisor cada dos segundos o juzgan la conducción de su chófer con aún mayor frecuencia.

Tomek alcanzó la palanca a su lado y bajó su asiento hasta quedar casi en un ángulo de cuarenta y cinco grados.

—Podría acostumbrarme a esto —dijo.

—Viviendo tu mejor vida ahí abajo —respondió Sean—. Solo asegúrate de que puedes volver a levantarte. Esa espalda tuya ya no es lo que era.

Tomek puso la mano en la palanca otra vez, a punto de incorporarse, pero no quería darle a Sean la satisfacción de demostrar que tenía razón, así que la soltó y colocó las manos detrás de la cabeza en su lugar. En la radio, sonaba música dance en lo que era claramente un intento evidente por parte de la emisora para poner a todos de humor para un verano soleado.

—Dale un par de años y podrás tumbarte así cuando Kasia te lleve de un lado a otro —comentó Sean.

Tomek resopló con desdén. —Eso si para entonces me sigue dirigiendo la palabra.

—¿Problemas en casa?

Tomek se encogió de hombros. —Creo que simplemente está siendo una adolescente. El otro día la pillé bailando en el salón con una música tecno horrible. Y luego se avergonzó y se puso completamente histérica cuando quise saber qué estaba escuchando.

—¿Quizás estaba grabando un TikTok?

Tomek negó con la cabeza. —No. Ya la he visto cuando hace eso. Solo se queja porque aparezco en el vídeo sin camiseta o algo así. Pero esto fue diferente. No sé, como si estuviera haciendo algo que no debía.

—¿Drogas?

—No, estoy bien, gracias. No es lo mío.

—Idiota, sabes lo que quería decir. ¿Crees que estaba colocada cuando la sorprendiste?

Tomek miró a su amigo durante un largo rato antes de responder. —¿De qué coño hablas? Claro que no estaba drogada. —La mirada de Tomek se perdió por la ventana, observando los cielos azules mientras Sean tomaba una curva suavemente. Intentó visualizar la escena de aquella noche en el salón. ¿Había estado hablando con alguien por teléfono? ¿Se estaba grabando a sí misma? No. Solo estaba bailando y disfrutando del momento. Entonces, ¿por qué había actuado tan ofendida?

—Espera a escuchar la basura que estaba oyendo —dijo Tomek mientras se incorporaba, sacaba su móvil y buscaba The Sons of Zeus en Spotify. La foto de perfil de Zeus era una imagen del dios griego, sentado dominante en un trono de piedra, con rayos de relámpagos explotando en el cielo detrás de él.

—El tío se llama *Sons* of Zeus, pero tiene una foto del propio Zeus como imagen de perfil —le contó Tomek a Sean.

—Ni siquiera es capaz de acertar en eso. Suena a fraude.

—Espera un momento.

Tomek conectó rápidamente el teléfono al Bluetooth del coche, con la ayuda de Sean, y reprodujo la música. Un ruido, agudo y discordante, comenzó a palpitar a través de los altavoces. Tambores. Platillos. Sonidos ritualistas antiguos. Una cacofonía de mierda. Y, acertadamente, la línea de bajo y la reverberación eran tan profundas que Tomek podía sentirlas vibrando en su trasero.

Antes de que terminara la canción, Sean alcanzó el salpicadero y pulsó el botón de silencio.

—Bueno, creo que eso es probablemente lo más mierda que he escuchado en mi vida —dijo.

—Tú y yo igual. Pero eso es lo que escuchan los jóvenes hoy en día.

—¿Recuerdas cuando solían hacer música de verdad?

Tomek lo recordaba. Cuando todo se grababa en directo y en un estudio, sin necesidad de artificios informáticos ni retoques para que el producto final no sonara nada como lo real. Pero esos días habían pasado hace mucho, y no creía que fueran a volver jamás. Antes de que pudiera reflexionar demasiado sobre ello, llegaron a su destino: la casa de campo de seis habitaciones de Richard Stafford en Little Baddow, valorada en un millón de libras, con su extensa entrada de grava, columnas romanas junto a la puerta, y los habituales dos Land Rover Sport aparcados en la entrada.

Bajaron del coche y subieron rápidamente hacia la casa. Sean tocó el timbre.

—¿Listo para traer la música? —preguntó Sean.

—Ese no es el dicho.

Sean resopló y puso los ojos en blanco. —Cállate. Sabías lo que quería decir. Además, creo que si le pones algo de esa mierda de Sons of Zeus, cantará como un canario en un abrir y cerrar de ojos.

Richard Stafford vestía exactamente el mismo atuendo que la última vez que Tomek le había visto: chaqueta Barbour verde con un chaleco marrón encima, una gorra plana gris oscuro, pantalones

caqui y un par de botas de agua. Lo único que faltaba en el conjunto era la escopeta bajo el brazo, el perro jadeando pesadamente a su lado y los faisanes que acababa de cazar colgados sobre su hombro. Parecía que estuviera intentando alejarse todo lo posible de la imagen de traficante de drogas. Y probablemente funcionaba con sus amigos cazadores. Pero no con Tomek y Sean. Ellos podían ver perfectamente a través de la fachada.

—¿Dos sargentos a la vez? —dijo Stafford mientras les conducía a la habitación que quería: la cocina—. Debe de ser mi día de suerte. Como Navidad y Año Nuevo juntos.

—Lo siguiente será apuntarte a la Lotería del Código Postal. Aunque... —Tomek echó un vistazo a la gran isla en el centro de la cocina, posando finalmente sus ojos en la cocina Aga a su izquierda —. Aunque tengo la extraña sensación de que no la necesitas tanto como algunas de las personas que se apuntan a ella. ¿Cómo te va manteniendo el negocio del acero?

—Fuerte. —Richard se apoyó en la encimera de la cocina junto a una cafetera de mil libras y presionó un botón. En un segundo el aparato cobró vida y comenzó a moler ruidosamente los granos. Cuando terminó, Richard preguntó—: ¿Café?

—Por favor —dijeron Tomek y Sean.

—¿Cómo os gusta?

—Fuerte —respondió Tomek—. Como mi acero.

Stafford agitó el dedo con aire de entendido. —Ingenioso. — Preparó las bebidas y las colocó frente a Tomek y Sean—. ¿Qué os trae hasta el campo, caballeros? Algo debe preocuparos a ambos.

Tomek dudó un momento. —¿Te dice algo el nombre de Michael Edwards?

Richard Stafford mantuvo su taza bajo los labios, la sostuvo ahí, y luego tardó un tiempo irritantemente largo en beber un poco, antes de finalmente negar con la cabeza. —Lamentablemente no, caballeros.

—Interesante. Porque sus registros bancarios sugieren lo contrario.

—¿Es así?

—Sí.

—¿Y qué dicen?

—Que, cada mes, Michael Edwards te ha estado enviando una gran parte de su salario.

De repente, la realización iluminó el rostro de Stafford. —Oh, *ese* Michael Edwards. Perdón, pensaba en otra persona. ¿Qué pasa con eso?

—¿Por qué te está enviando todo su dinero?

—Me debe.

—¿Por qué?

—Llamémoslo un negocio que salió mal. —Stafford tomó otro sorbo de su bebida y dejó que la afirmación flotara en el aire.

—¿Qué negocio?

—Quería comprarme mucho metal para algo en lo que estaba trabajando, pero el trato fracasó. Ahora tiene una deuda que pagar. Puedo mostraros el contrato si queréis.

Tomek se giró lentamente para mirar a Sean. Ambos hombres tenían expresiones de confusión en sus rostros, y a Tomek le estaba costando disimularlo.

—Voy a necesitar que me expliques eso completamente —dijo.

—¿Por qué? ¿De qué va todo esto? No he hecho nada, detectives. Jamás lo haría.

—Nadie está diciendo que lo hayas hecho —interrumpió Sean.

—Vuestra mera presencia lo sugiere. Todo lo que necesitáis saber es que Michael Edwards se me acercó para comprar metal de primera calidad para un proyecto empresarial en el que estaba trabajando, y luego, una vez que había conseguido todo el metal para él, me lo robó. Como podéis imaginar, me enfadé mucho, así que recuperé lo que era mío. A partir de ese momento, el hombre se encontró en deuda conmigo. Si no lo habéis adivinado ya, era una gran suma de dinero la que me debe, y aún me sigue debiendo, debo añadir.

—Bueno, no vas a recibir nada más en el futuro próximo —dijo Sean, y luego se contuvo. Pero ya era demasiado tarde. Ya había metido la pata.

—¿Oh?

Había un brillo de comprensión en el ojo de Stafford que preocupó a Tomek.

—Fue asesinado la otra noche, durante la tormenta Nina. Entraron en su casa y lo apuñalaron hasta matarlo —explicó Sean.

Stafford cerró los ojos suavemente y negó con la cabeza, bajando su taza a la encimera. —Terrible. Verdaderamente terrible. Bueno, espero que encontréis a su asesino. Me caía bien Edwards. Era un buen tipo. Aunque no era fan de sus opiniones políticas. Pero aun así, era un hombre adulto que podía cuidar de sí mismo. Es una pena que fuera conocido por tomar malas decisiones financieras de vez en cuando. Si hay algo que pueda hacer para ayudaros con vuestras investigaciones, estaré encantado de ayudar. Pero tengo una reunión en unos minutos, así que voy a tener que pediros a ambos que os marchéis.

CAPÍTULO
VEINTIUNO

El suspiro que escapó de los labios del DCI Nick Cleaves se podía oír al otro lado de la habitación, exactamente donde estaban Tomek y Sean.

—A mi despacho. Ahora.

Nick les dio la espalda y entró en su despacho, dejando la puerta abierta para que le siguieran. Ninguno quería hacerlo, pero no tenían elección. Tomek, un paso por detrás de Sean, le dio un codazo a su amigo en la espalda y le empujó dentro de la habitación, entre abucheos y burlas de sus compañeros. Se le formó un nudo en el estómago. Sabía lo que vendría a continuación: un barril de mierda que rodaba cuesta abajo sin dar señales de detenerse venía directamente hacia ellos.

Dentro, Nick ya estaba sentado tras su escritorio. Sean alargó la mano hacia una de las sillas del frente, pero el inspector jefe le detuvo.

—Podéis quedaros de pie los dos. Después de lo que acabo de oír, estoy tentado de hacer que os pongáis de cuclillas hasta que terminemos.

Tomek tragó saliva. Podía ver y oler el barril que se acercaba hacia ellos. Monstruoso, destructivo. Sin dejar supervivientes a su paso.

—¿Qué ha oído, señor? —preguntó Sean.

Tomek hizo una mueca y cerró los ojos. *¡No preguntes eso, pedazo de memo!*

—¿Que qué he oído? ¿Qué no he oído, sargento? Acaban de darme una buena patada en el culo en una rueda de prensa, donde...

—¿Rueda de prensa? —interrumpió Tomek—. No dijo nada sobre una rueda de prensa.

La expresión de Nick estaba al borde de la apoplejía. —¿Y a ti qué te importa?

—¿Estaba Abigail allí? Le prometo que no le he contado nada...

—Ya sé que no lo has hecho, porque no hay una mierda que contarle, que es exactamente lo que he tenido que admitir hace unas horas. Ha pasado una semana y no tenemos ni puta idea de qué le pasó a Michael Edwards. Así que hemos recurrido a apelar al gran público británico, con toda su infinita sabiduría, con la esperanza de que nos puedan decir algo. Ahora mismo, tengo más idea de cómo funciona un motor de combustión interna que de...

—El combustible se inyecta en el... —empezó Tomek, pero fue inmediatamente interrumpido.

—¡No te estoy pidiendo una lección ahora mismo, pedazo de imbécil! —La expresión de Nick empeoró, las arrugas en su frente se hicieron más profundas—. Lo que *estoy* pidiendo es una explicación de por qué dos de mis sargentos acaban de pasarse por la casa de Richard Stafford para una pequeña entrevista.

Tomek vio que Sean abría la boca para hablar, pero en lugar de dejar que los metiera en un lío otra vez, Tomek se adelantó. —Creo que la pregunta que debería hacer es cómo lo sabe *usted*, señor. ¿Quién le dijo que habíamos ido a verle?

—La brigada antidroga —espetó Nick.

—¿Y quién se lo dijo a ellos?

—¿Quién crees tú? ¡Stafford!

Tomek bajó los hombros. —¿No le parece un poco raro? A mí me suena a que están compinchados.

—No digas tonterías.

—¿Puede explicarme por qué si no habría contactado con la brigada antidroga, precisamente quienes lo están investigando, para quejarse de que fuimos a visitarle por algo completamente distinto?

Nick meditó un momento, tratando de responder a la pregunta en su cabeza. Y con dificultad.

—Han hablado tanto con él que probablemente tenga su número en la marcación rápida —respondió finalmente el inspector jefe—. Probablemente sabía que era la manera más rápida de llegar hasta mí.

Posible, pero Tomek no estaba convencido.

—¿Qué tuvo que decir?

—Solicitó educadamente que no os acerquéis a su casa de nuevo.

—Eso me dan aún más ganas de hacerlo, señor.

—No si eso significa que acabo suspendiéndote por acoso, no lo harás.

Tomek se burló. —Un poco innecesario, ¿no cree?

—Entonces, permítame aclararlo: no vais a volver a la casa de Richard Stafford a menos que obtengáis luz verde de la brigada antidroga. Ellos lo han solicitado y me lo han dejado clarísimo. Sus investigaciones pendientes sobre el ejército de drogas de Stafford en Essex tienen prioridad sobre cualquier cosa que estemos haciendo aquí.

—¿Incluso una investigación de asesinato, señor? —preguntó Sean.

—Incluso una investigación de asesinato, sargento —respondió Nick, suavizando un poco su voz—. Si las cifras son de fiar, entonces sacar a Stafford y a su gente de la ecuación y quitar sus drogas de las calles podría salvar más vidas de las que podéis imaginar.

Tomek se mordió la lengua y luego se mordisqueó el labio inferior. No estaba contento con la decisión, pero había una laguna que Nick había olvidado explicar.

—¿La norma se aplica solo a nosotros dos o a todo el equipo?

—A todo el jodido equipo, listillo. —Nick gruñó, agitando un dedo hacia Tomek—. Así que ni lo intentes. No es mi primer rodeo.

Tomek levantó la mano a la frente en un saludo burlón. —A sus órdenes, capitán.

Nick dejó escapar otro suspiro por la nariz, esta vez más suave y menos vehemente. Entrelazó los dedos y los apoyó en la mesa.

—Bueno... —comenzó, bajando el tono unos cuantos niveles—. ¿Averiguasteis algo mientras hablabais con Stafford?

Tomek y Sean se miraron como un par de colegiales, decidiendo en silencio quién sería el primero en responder. Al final, Tomek cedió el manto a Sean.

—Michael Edwards estaba en deuda con Richard Stafford —dijo.

—¿Por qué?

—Porque Edwards había querido comprarle chatarra, y luego se la robó en el último momento.

—¿Cuánto?

—No conseguimos una cifra. Pero lleva pagando parte de su salario a Richard durante los últimos dos años.

—*Dos*... ¿dos puñeteros años? —Nick levantó los dedos en señal de victoria—. ¿Para qué necesitaba el metal? ¿Para un jodido estadio de fútbol?

Sean se encogió de hombros. —A menos que sea todo un eufemismo, señor. Ya sabe, por *drogas*.

Sean susurró la última palabra como si estuvieran hablando en una clase.

—¡Por supuesto que se trata de drogas! —gritó Nick—. ¿Qué demonios iba a hacer Michael Edwards con metal? ¡Por el amor de Dios! Por cierto, ¿qué hacía con un gran cargamento de drogas?

—¿Cómo crees que fue capaz de trabajar veinte horas al día? —dijo Tomek—. Probablemente tenía un poco del polvo blanco para mantenerse activo.

Nick lanzó a Tomek una mirada despectiva. —¿Tiene algún historial de consumo de drogas?

Tomek se encogió de hombros. —Su nombre no apareció con antecedentes cuando hicimos la búsqueda el otro día.

Nick suspiró de nuevo. Profundamente. —Muy bien. Vale. ¿Stafford os contó algo más?

—Ahí es donde llegamos al límite —respondió Sean—. No quiso darnos nada más después de eso.

La atención de Nick se apartó de los dos hombres y se dirigió hacia una nota adhesiva en su escritorio. La miró fijamente durante un momento.

—Definitivamente ha pasado algo, pero la implicación de la brigada antidroga complica un poco las cosas. —Dio una palmada en la mesa—. Dejadlo conmigo. Hablaré con los chicos de Colchester, a ver qué saben sobre esto.

CAPÍTULO
VEINTIDÓS

Antes de salir de casa aquella mañana, Kasia se había recogido el pelo tan fuerte que no quedaba ni un mechón suelto, y se lo había atado en dos coletas. Luego se había quitado todas sus joyas y las había guardado en el cajón de su mesita de noche. Era otro de los requisitos de Zeus, y si quería formar parte de la familia, tendría que seguir sus normas; ya había empezado a deshacerse de artículos que tenían códigos de barras para asegurarse de que los mensajes que contenían no la lavaran el cerebro ni adormecieran su mente de ninguna manera.

Pero ahora, después del descanso de las once, se había deshecho las coletas y había modelado su pelo para que cayera ordenadamente alrededor de sus hombros y, lo más importante, de sus orejas. Lo mejor de tener el pelo largo, algo que todas las chicas y solo algunos chicos podían entender, era que te cubría las orejas y resultaba perfecto para llevar auriculares inalámbricos en clase.

Especialmente durante la clase de matemáticas.

No había entendido álgebra durante los últimos seis meses, y tampoco iba a entenderla ahora. En su lugar, prefería escuchar el último podcast de Zeus. Había publicado uno nuevo en el chat grupal esa misma mañana y había exigido que todos lo escucharan antes del mediodía, o de lo contrario corrían el riesgo de ser expulsados del grupo.

Eso le dejaba casi nada de tiempo para escucharlo. Una parte de ella se preguntaba si Yasmin habría podido hacerlo, pero a la otra

parte no le importaba. Si *ella* no lo terminaba a tiempo, *ella* sería la expulsada. No Yasmin. No cualquier otra persona.

Kasia se hundió en su silla al fondo de la clase y colocó la mano sobre su oreja para aparentar desinterés. A los pocos segundos de comenzar el podcast, sintió cómo su cuerpo se relajaba y se veía invadido por una sensación de hormigueo.

—Buenos días, Arpías —comenzó Zeus—. Confío en que estéis todas bien y disfrutando. Gracias por encontrar tiempo para escuchar mi mensaje esta mañana. Es vital que lo hagáis rápida y puntualmente, porque a veces tengo que eliminar estos mensajes. No podemos dejar que caigan en manos de nuestros enemigos; enemigos que pensarán que pueden venir con nosotros a la otra vida.

—También me gustaría dar una mención especial a Kandy HeartThrob, antes de empezar, por su asistencia anoche. Pude sentir que estaba nerviosa cuando llegó, pero después de que todas la recibierais tan bien, vi que lo estaba disfrutando muchísimo. Y me complace enormemente anunciaros que, después del baile, me confirmó que es una de nosotras. Kandy HeartThrob es ahora miembro de pleno derecho de las Arpías. Espero que todas le deis un abrazo y un beso cuando la veáis.

Zeus empezó a aplaudir en la grabación. Era curioso, aunque el resto de sus hermanas estaban a kilómetros y kilómetros de distancia, podía oírlas, *sentirlas*, aplaudiendo también. Como si todas estuvieran conectadas a un plano superior de consciencia. Y después de la noche anterior, estaba casi segura de que lo estaban.

—Como siempre, comenzaré esta sesión con un recordatorio pertinente de nuestra causa. Las guerras raciales. La crisis climática. Justo esta mañana, he visto que el gobierno está concediendo cada vez más contratos para extraer y minar combustibles fósiles, lo que significa que nuestra hermosa Gaia, nuestro hermoso planeta, estará en un peligro aún mayor. Ella no quiere que la perforen ni la corten, y nos recuerda su malestar todos los días. Estamos teniendo uno de los mayos más calurosos jamás registrados, por eso os pedí que dejarais de comprar ropa nueva. La industria de la moda está diezmando los recursos del planeta y contribuyendo a su muerte. Lo

que me lleva perfectamente a algo importante en lo que he estado trabajando en segundo plano.

Zeus hizo una pausa. Kasia sintió cómo crecía la emoción dentro de ella.

—Durante los últimos meses —continuó—, he notado la desesperada necesidad de ropa sostenible y ecológica, por lo que he lanzado...

—¿Kasia? —la llamó una voz desde algún lugar del aula.

—...mi propia marca de ropa sostenible para mujeres. En particular, para mis Arpías. Las prendas están hechas de ropa reciclada, y con cada...

—Kasia, ¿estás escuchando?

—...pedido que envío, plantaré un árbol, y me aseguraré de que crezca hermosamente con abundante sol y lluvia y...

—¡Kasia!

El grito la hizo dar un respingo. Provenía de la señorita Hendry, al frente de la clase. Estaba de pie con los brazos cruzados sobre el pecho, pero cuando notó que Kasia volvía en sí, se dirigió hacia ella como una tromba, serpenteando entre los pupitres y las mochilas del suelo. Kasia intentó quitarse el auricular de la oreja, pero era demasiado tarde. La señorita Hendry se le echó encima en un instante.

—El móvil. Ahora.

La profesora extendió la mano para que Kasia le entregara el dispositivo.

—No llevo el móvil encima, profesora.

—Sí lo llevas. Has estado escuchando algo. Llevo un minuto hablándote.

Fue entonces cuando Kasia se dio cuenta de que el resto de la clase la estaba mirando. Juzgándola.

—Dame el móvil, Kasia. No volveré a pedirlo.

—¡No lo tengo!

La señorita Hendry soltó un profundo suspiro y apretó los labios.

—Enséñame las orejas.

—¿Qué?

—Enséñame las orejas.

—No, no tengo por qué...

—¿Quieres que llame a la policía?

Kasia se contuvo antes de decir lo que realmente quería. Era un farol, lo sabía. La señorita Hendry no llamaría a la policía. Al menos no técnicamente. A su padre, sí. Pero no al 112. Sin embargo, no todos lo sabían, y le resultaba evidente que la señorita Hendry la estaba utilizando para dar ejemplo; que si te pillaban con el móvil, llamarían a la policía y vendrían a llevarte.

Aunque no quería que la señorita Hendry pensara que podía salirse con la suya con algo tan infantil y absurdo, tampoco quería que llamara a Tomek. Nunca se lo quitaría de encima.

A regañadientes, manteniendo la mirada de Miss Hendry, Kasia se quitó el auricular de la oreja y lo colocó en la palma de la mujer.

—Y ahora su teléfono —entonó.

Kasia hizo lo que le ordenaron.

Una sonrisa fina destelló en el rostro de Miss Hendry. —No ha sido tan difícil, ¿verdad? Puede recuperarlo al final del día. Y asegúrese de quedarse después para que podamos tener una pequeña charla, por favor.

CAPÍTULO
VEINTITRÉS

Tomek estaba en medio de la apertura de un formulario de gastos cuando sonó su teléfono. Echó un vistazo a la pantalla. No reconocía el número, pero en ese momento contestar una llamada aleatoria era mejor que enfrentarse a la montaña de gastos que tenía que procesar, así que deslizó el dedo por la pantalla y se llevó el dispositivo a la oreja.

—¿Diga? —contestó.

—Hola, ¿es usted el señor Bowen, el padre de Kasia?

—El mismo.

Reconocía la voz pero no lograba ubicarla.

—Hola, soy la señorita Hendry, la profesora de matemáticas de su hija.

—Ah, sí. ¿Cómo está usted?

—Bien, gracias. ¿Y usted?

—Igual. Aunque tengo la sensación de que después de esta llamada probablemente no lo estaré... —Se levantó de la silla y se trasladó a una habitación más tranquila—. A menos que me llame para decirme que Kasia ha sacado una matrícula o una nota fantástica en algo.

La pausa al otro lado de la línea fue muy reveladora.

—Tristemente, ojalá fuera ese el caso —habló con suavidad, educadamente, casi como si estuviera reuniendo el valor para contarle el motivo de su llamada—. Esta mañana, en clase, pillé a

Kasia con su móvil, sentada en la parte de atrás del aula con uno de sus auriculares puesto.

—Ya veo...

—Como comprenderá, tenemos una política de tolerancia cero con los móviles en clase, y me vi obligada a confiscárselo hasta el final del día.

Tomek miró su reloj. Eran las cuatro de la tarde. La jornada escolar había terminado y Kasia sin duda estaría ya en casa o a punto de llegar.

—Por supuesto. Tiene todo el sentido —respondió Tomek—. Gracias por informarme. Lo hablaré con ella cuando llegue a casa.

—Estupendo, gracias —dijo ella, con cautela en su tono.

Tomek percibió que había algo más que quería decir: el verdadero motivo de la llamada, y no algo tan arbitrario y presumiblemente común como una adolescente usando su móvil en clase.

—Había algo más...

—Mhmm...

—Es solo que... cuando vino a recogerlo, me siseó.

—¿Le *siseó*?

—Sí. Como el siseo de una serpiente.

—¿Le siseó como una serpiente?

—Sí.

—¿Está segura de que fue Kasia y no alguien abriendo una botella cerca?

La señorita Hendry suspiró a través del teléfono.

—Señor Bowen, le puedo asegurar que oí lo que oí.

—No lo estoy poniendo en duda. Solo quiero asegurarme de que fue ella antes de montarle un número apocalíptico esta noche.

—Bueno... —Hizo una pausa—. No creo que sea necesario llegar a ese extremo.

—Tiene razón. En su lugar, será el *apocalipsis* total.

Kasia cerró firmemente la puerta de su dormitorio tras ella y apoyó su mochila contra la misma. No sería suficiente para impedir que alguien entrara, pero al menos serviría como una especie de disuasión. Tomek no tenía que llegar a casa hasta dentro de una hora, lo que significaba que tenía toda la casa para ella sola. Pero después de lo ocurrido la otra noche, quería hacer esto en la seguridad de su propio dormitorio. Un nivel extra de seguridad por si él llegaba antes de lo previsto.

Nunca se podía ser demasiado precavida.

Cogió su vaso de agua de la mesa de maquillaje y cruzó hacia la cama. Su portátil estaba abierto, y una diminuta luz blanca brillaba en la parte superior del dispositivo. En la pantalla, veía la parte superior de sus almohadas, el cabecero y la pared detrás de este.

Zeus había dejado un enlace de Zoom en el chat grupal y les había indicado a todas que estuvieran listas en cinco minutos. Silent Horsechick le había explicado que a veces tenían sus sesiones conjuntas de yoga y espirituales en línea. Solo en ocasiones puntuales. Cuando Zeus no podía reservar el estudio o no había tenido tiempo suficiente para prepararse con antelación.

Subiéndose a la cama, Kasia se cubrió las piernas con el edredón y colocó el portátil encima. Pasó el ratón sobre el botón azul de "Unirse a la reunión" e inhaló profundamente. A pesar de tener una idea vaga de lo que iba a incluir la reunión (esperaba que fuera similar a su primera experiencia), empezó a sentir un nudo de ansiedad formándose en lo profundo de su estómago. Se preguntó si esa sensación desaparecería alguna vez, si alguna vez se sentiría verdaderamente aceptada por ellas, aunque sabía que oficialmente ya lo había sido.

Un momento después, fue admitida en la reunión. Docenas de recuadros aparecieron en la pantalla, cada uno enmarcando a una de sus nuevas hermanas. Todas se veían tan hermosas, delicadas, etéreas. Quedaba impresionada por su belleza y magnificencia cada vez que las veía.

—¡Hola, hermanas arpías! —dijo Kasia, sonriendo efusivamente a la cámara, agitando la mano con vigor.

Un armonioso 'Heeeeyyyyy' sonó a través de los altavoces cuando las chicas respondieron simultáneamente. Comenzaron a charlar emocionadas, como si no se hubieran visto en meses. Hablaron sobre sus días, lo que habían estado haciendo, cómo se habían sentido. Kasia recibió la mayor parte del tiempo, mientras las chicas se atropellaban entre ellas, deseando saber más sobre su experiencia en la playa. Ella lo había asimilado todo y les había explicado cómo se había sentido, cómo había interpretado la velada y cómo había disfrutado cada minuto.

Después de que terminara de hablar, Zeus entró en la reunión, y de inmediato el grupo quedó en silencio. Sus anchos hombros dominaban el encuadre. Se había recogido el pelo en una coleta y su barba había sido arreglada profesionalmente. Kasia quedó inmediatamente impresionada por el cambio sutil pero drástico. Su rostro ahora estaba perfilado, con aspecto rudo, aún más apuesto.

—Buenas noches, Arpías —comenzó.

—Buenas noches, Zeus —llegó la respuesta sincronizada.

—Confío en que todas estéis bien. Gracias por poder reuniros con tan poca antelación. Es una buena prueba de vuestra fe y devoción. No puedo permitir la complacencia cuando comiencen las guerras raciales y seamos los únicos en el más allá. ¿Están todas presentes?

Silencio. Nadie respondió.

Hasta que Almendra Auspiciosa habló. Como miembro más experimentado y con mayor antigüedad del grupo, siempre le correspondía a ella responder por las demás. Mientras lo hacía, su rostro apareció en el centro de la pantalla de Kasia. —Creo que solo nos falta Myrtle McCall, Zeus.

Entonces, casi como si fuera una señal, apareció una notificación en la parte inferior de la pantalla y emergió un nuevo rostro.

—Señorita Myrtle —gruñó Zeus—. Llegas tarde.

—Lo siento muchísimo, Zeus. Vi la notificación tarde.

El rostro de Zeus se contorsionó en una mueca, luego se quedó inexpresivo. —Eso es inaceptable. Tú y yo hablaremos después de la reunión de esta noche.

—Sí, Zeus. Lo siento, Zeus.

Myrtle McCall agachó la cabeza antes de apagar su cámara y desaparecer de la pantalla.

—Que esto sea una lección para todas vosotras. No tolero los retrasos. —Zeus inhaló profundamente, lo mantuvo ahí, y luego lo soltó todo. Todo su cuerpo y hombros parecieron desinflarse—. Siento que hayamos tenido que empezar la reunión de esta noche con una nota tan amarga. Dicho esto, hoy ha sido un mal día. Quizás algunas de vosotras habréis notado que el tiempo ha cambiado. La lluvia y las nubes han sido un resultado directo de mi estado de ánimo. Estoy afligido y alarmado por el estado actual de los asuntos en este mundo. Ha pasado casi una semana desde la muerte de Michael Edwards, y sin embargo no ha ocurrido nada. La gente de Essex, y del país, no está escuchando. No están prestando atención. No se están levantando. Necesitamos hacer que presten atención. Necesitamos hacer que se levanten y vean. —Otro suspiro, esta vez más superficial, más corto—. Estoy trabajando en algo que hará precisamente eso, similar a Michael Edwards. Pero un demonio, un Lucifer, una criatura malvada, está trabajando contra nosotros. Y debemos ser inteligentes si queremos devorarlo. Tendré más información para vosotras cuando esté lista.

A Kasia se le cayó la mandíbula. Michael Edwards. Había oído ese nombre. Lo había leído en uno de los expedientes de Tomek que él se había quedado dormido leyendo la otra noche. El hombre que había sido apuñalado durante la tormenta. El hombre cuyos asesinos Tomek no estaba cerca de encontrar.

Habían sido las Arpías. Habían entrado en su casa por la fuerza, lo habían apuñalado y habían huido. Y todo había sido para provocar la guerra racial.

Kasia lo entendió perfectamente. Jugó con la idea de soltar que Tomek estaba trabajando en la investigación, y que no tenían ni idea de quién era el responsable, pero luego pensó que sería mejor no hacerlo. Mejor decírselo a Zeus directamente, en privado.

Antes de que pudiera pensar más en ello, Zeus comenzó a hablar de nuevo.

—Será necesario realizar los Sueños Espeluznantes —dijo, tomándola por sorpresa—. Me gustaría comenzar pronto y aumentar

su frecuencia en las próximas semanas. Os haré saber a todas lo que se requiere y cuándo. Mientras tanto, en la agenda de esta noche, tenemos nuestros chequeos regulares de salud. Todas sabéis lo que hay que hacer. Por favor, proceded.

El resto de las chicas lo sabían. Pero Kasia no. Se quedó allí sentada, observando con incredulidad y miedo cómo las chicas comenzaban a quitarse las camisetas y los sujetadores hasta quedar desnudas de cintura para arriba. ¿Qué estaba pasando? Nadie le había dicho nada sobre esto. Aun así, el resto de las chicas lo estaban haciendo, así que ella también tendría que hacerlo. Cuidadosamente, con un ojo fijo en la puerta del dormitorio y el otro en la luz blanca de la webcam frente a ella, Kasia se quitó su fino jersey gris y el sujetador que llevaba debajo. Ninguna de las otras chicas se estaba cubriendo; todas dejaban que sus pechos colgaran libremente. Se sintió obligada a hacer lo mismo. La inseguridad y la ansiedad la invadieron en grandes oleadas. Nunca había hecho algo así. Ni siquiera en los vestuarios del colegio. Estaba en la edad en que su cuerpo, y los de todos los demás en su curso, estaba cambiando. La pubertad. Mientras que el resto de estas chicas estaban completamente formadas, completamente desarrolladas. De repente se sintió ridículamente pequeña y fuera de lugar.

—Me encanta tu piel, Kandy —dijo una de las chicas, para su sorpresa—. También tienes unas clavículas preciosas.

—G-gracias... —fue todo lo que se le ocurrió decir mientras miraba su pecho.

Y entonces comenzó. Los chequeos de salud. Durante los siguientes veinte minutos, fueron pasando por el grupo observando el estómago, el pecho y los hombros de cada una, hasta llegar a sus brazos y dedos. Criticando, elogiando, diciéndose unas a otras lo que les gustaba y lo que no les gustaba de los cuerpos de las demás.

—Este es un círculo abierto —había dicho Zeus—. Un lugar para construir confianza. Un lugar para vincularse y profundizar vuestra conexión entre vosotras. Al final, los humanos son solo una masa de sangre, músculos, huesos y piel. Nada más, nada menos. Excepto vosotras, chicas. Si vais a seguirme, entonces necesitaréis ser perfectas, prístinas. Necesitaréis seguir las instrucciones de las

demás y tener cierta apariencia. Esto es solo para daros la mejor preparación para lo que está por venir.

Al principio, Kasia se había sentido increíblemente incómoda. ¿Quién era ella para criticar la forma corporal de alguien? ¿Quién era ella para decir que tenían demasiada grasa? Pero a medida que avanzaba la conversación, y comprendió la importancia de ser honesta y la necesidad de perfeccionarse para sus próximas vidas, comenzó a relajarse un poco. Cuando llegó el momento de recibir comentarios sobre su cuerpo, el nudo en su estómago había disminuido. Sus pechos eran pequeños, pero era de esperar, dada su edad. La mayor preocupación que Zeus tenía por ella, y por su eficacia durante la guerra racial y su tiempo en el más allá, era su peso. Estaba demasiado rellenita, le dijo. Necesitaba perder algo de peso, bajar una talla. Necesitaba igualarse al resto de las chicas si quería sobrevivir a las guerras raciales.

—Entiendo, Zeus. Por supuesto. Haré todo lo posible para conseguirlo por ti —dijo ella complaciente.

—Gracias. Te prometo que no te arrepentirás.

Zeus siguió hablando. Pero Kasia no estaba prestando atención. Estaba demasiado ocupada escuchando la puerta principal. Atenta al sonido de un portazo, seguido por el pesado retumbar de pasos a través del salón.

CAPÍTULO
VEINTICUATRO

Tomek mentiría si dijera que no había notado un cambio en Kasia durante los últimos días.

Primero, había cambiado el estilo de su pelo. Siempre le había gustado cómo caía libremente sobre sus hombros y la parte superior de su espalda; le quedaba bien y la hacía parecer más madura. Pero ahora se lo había recogido en coletas y parecía una niña de diez años.

Segundo, había comenzado a usar cantidades copiosas de maquillaje, a veces tan grueso y ridículo que se había visto obligado a señalárselo.

Tercero, y más preocupante, había descartado todas sus joyas, quitándoselas y escondiéndolas en algún lugar. En particular, la pulsera cara que le había comprado hace solo unas semanas. La había adquirido en una joyería local en Leigh Broadway, y le había comprado un pequeño dije para acompañarla. Ella la había llevado todos los días durante cinco semanas seguidas. Y ahora nada. Como si ya no le importara. Como si no hubiera ningún sentimiento detrás.

Claro, habían tenido sus altibajos desde que ella se mudó con él, pero esto era diferente. Y tenía la intención de averiguar por qué.

Tan pronto como entró en el piso, se dirigió furioso hacia la habitación de Kasia e irrumpió por la puerta. Después de apartar su mochila de una patada, la encontró sentada en la cama, desnuda de cintura para arriba, en medio del acto de cerrar bruscamente la tapa de su portátil.

Tomek soltó un grito de vergüenza y se cubrió los ojos.

—¡Papá! ¡Fuera!

Hizo lo que le ordenó, luego esperó hasta que ella confirmó que estaba presentable. Cuando regresó, con la presión arterial y el ritmo cardíaco aún por las nubes, ella se había cubierto con el edredón y había escondido su portátil.

—¿Qué estás haciendo? —siseó, como si él fuera el equivocado —. ¿Por qué no has llamado?

—Me alegro de no haberlo hecho, porque habrías intentado ocultar lo que estabas haciendo. ¿Qué coño estabas haciendo ahora mismo?

—¡El lenguaje! —Kasia señaló hacia la sala de estar, pero añadir una moneda de una libra al bote de las palabrotas era lo último en lo que pensaba.

—Respóndeme, Kasia. ¿Qué estabas haciendo justo ahora? ¿Por qué estabas casi desnuda?

Ella agarró el edredón con fuerza hasta que sus nudillos se blanquearon. —Solo estaba viendo Netflix.

—¿Estabas haciéndote fotos para alguien? —preguntó, entrando en la habitación.

—¿Qué?

—¿Alguien te está obligando a enviar imágenes indecentes de ti misma?

Se movió hacia el lado de la cama donde estaba ella.

—¡No! Papá, claro que no estoy...

Ignoró el portátil que estaba junto a ella y alcanzó su teléfono. Ella era considerablemente más pequeña y débil que él, así que la pelea fue corta. La sujetó con un brazo mientras intentaba desbloquear el dispositivo. Luego se dio cuenta de que necesitaría su cara para hacerlo.

—Desbloquéalo —ordenó, y le puso el teléfono frente a ella. El sistema operativo, con toda su potencia de alta tecnología y su sofisticada tecnología, reconoció sus rasgos y desbloqueó el dispositivo. Tomek solo necesitó deslizar hacia arriba. Luego, una vez dentro, revisó rápidamente las últimas aplicaciones utilizadas: TikTok, Instagram, Safari.

—¡Devuélvemelo! —gritó Kasia, estirándose para alcanzar el teléfono.

Tomek la ignoró y continuó. En las aplicaciones de redes sociales, revisó sus mensajes directos, vio que no había ninguno reciente que le alarmara, luego revisó WhatsApp. En la parte superior de sus chats había un grupo llamado Las Arpías, seguido por emojis de truenos y relámpagos.

—¿Quién coño son *estas* personas? —preguntó Tomek, girando la pantalla para que ella pudiera verla.

—¡Amigas del colegio! —Hizo otro avance, pero Tomek fue demasiado rápido para ella y apartó el dispositivo. Kasia gruñó de frustración.

Ignorando el chat grupal y el resto de sus mensajes de WhatsApp, Tomek dirigió su atención a su carrete de fotos. Guardando lo peor para el final. No sabía qué iba a encontrar allí. Pero ciertamente sabía lo que *no* quería ver. Mientras sus ojos escaneaban las fotos más recientes, dejó escapar un profundo suspiro de alivio. No había nada. Solo un par de fotos de su nuevo peinado, tomadas esa mañana.

Aliviado, le devolvió el teléfono. Kasia lo arrebató y le fulminó con la mirada.

—No puedo creer que acabes de hacer eso —dijo.

—Tenía que comprobarlo. Sé lo que pasa hoy en día. Solo quiero que estés segura en internet.

Ella puso los ojos en blanco, de la misma manera que lo había hecho tantas veces antes. —Estoy siendo prudente. No soy estúpida. —Colocó el teléfono sobre su rodilla mientras un breve silencio se instalaba entre ellos—. ¿Por qué has vuelto temprano a casa? —preguntó suavemente, como si acabara de olvidarse del arrebato.

—Para verte —dijo, señalándola con el dedo. A continuación, intentó alcanzar nuevamente el teléfono, pero esta vez Kasia fue más lista y lo alejó de él—. Para hablar contigo sobre *eso*. Me enteré de tu pequeña fiesta musical en clase hoy. ¿Qué fue eso? ¿Y en matemáticas además? Sé que es tu asignatura menos favorita, pero eso no te da derecho a desobedecer las órdenes de una profesora. Y

la señorita Hendry dijo que cuando fuiste a recoger el teléfono, le *siseaste*. ¿A qué venía eso?

—¡El lenguaje!

—¡Ahora mismo, puedo decir tantas palabrotas como me dé la puta gana! ¡Estoy absolutamente furioso contigo, Kasia! ¿Qué está pasando?

Tomek había intentado el enfoque amable. Había intentado ser sutil y delicado al abordar el tema de su reciente cambio de comportamiento. Pero claramente no estaba funcionando. Era hora de cambiar de estrategia.

—Estaba... estaba aburrida.

—¿Y crees que eso te da derecho a comportarte como una mocosa horrible? —Ahora le tocaba a él sisear.

El rostro de Kasia se contorsionó. —No estaba siendo una mocosa horrible. Simplemente no quería estar allí.

—No hay opciones. No puedes elegir. Tienes que hacerlo —pasó los dedos por su pelo y luego se masajeó la barba—. Sé que te puede parecer una eternidad, pero no lo es. Solo te quedan un par de años más, y después puedes dejarlo por completo. Yo también tuve tu edad, y había asignaturas que odiaba, pero ¿sabes qué hice? Me jodí y seguí adelante. ¿Y sabes qué más? Al final, descubrí que en realidad me gustaba.

Kasia se burló, poniendo los ojos en blanco. —Lo que tú digas.

Tomek respiró hondo en un intento de controlarse. Asesinos, violadores, villanos... se había encontrado con todos ellos. Algunas de las personas más malvadas y oscuras del planeta. Y, sin embargo, ninguno lo había irritado o desconcertado tanto como su hija adolescente.

—¿Qué coño te está pasando últimamente? Estás cambiando y no me gusta. Llevas el pelo de forma diferente. Has dejado de usar la pulsera que te regalé. ¿Y de qué demonios hablabas el otro día? ¿Algo relacionado con jodidos *códigos de barras*?

Tomek pudo ver en su cara que quería explicarse pero se mordió la lengua.

—*Estoy* cambiando —replicó ella—. Se llama pubertad. Creía que sabrías todo sobre eso, con algunas de las chicas con las que solías

salir. He visto fotos de ellas, y todas parecían que acababan de terminarla.

—En primer lugar, todas tenían más de veinte años, muchas gracias. Y en segundo lugar, eso no es asunto tuyo.

Tomek apretó el puño con frustración. No podía soportar mirarla en ese momento. No así. No mientras solo veía rojo.

Se dirigió hacia la puerta y la abrió de golpe. Al salir, se detuvo y se volvió.

—Nunca pensé que tendría que hacer esto, pero estás castigada. Durante... el resto de esta semana. Quiero que vengas directamente a casa después del colegio, y quiero que te quedes en tu habitación.

—*¿Qué*? ¡Eso es tan injusto!

—Mala suerte. La vida es injusta. Agradece que no te confisco también el móvil.

Kasia abrió la boca para hablar, pero él la interrumpió.

—Si yo fuera tú, no me daría motivos para cambiar de opinión.

CAPÍTULO
VEINTICINCO

Tomek había hecho el viaje a la emisora de radio solo. Durante el trayecto, había puesto música a todo volumen a través de los altavoces, moviendo la cabeza en silencio al ritmo de los potentes golpes de batería, dejando que sus pensamientos procesaran lo ocurrido la noche anterior. Ya lo había intentado mientras estaba acostado sin poder dormir, pero había estado demasiado enfadado, demasiado frustrado para formar un pensamiento coherente. Ahora que había dormido, encontraba su mente más tranquila, con mayor control de sí misma, aunque solo ligeramente.

El comportamiento de Kasia le preocupaba profundamente. Estaba actuando más extraña de lo habitual, y dudaba que su acalorada discusión fuera a cambiar eso en absoluto. Si acaso, temía que hubiera empeorado la situación, haciéndola más propensa a rebelarse y hacer cosas sin su aprobación o permiso. Tenía casi catorce años, y sin embargo se comportaba como si tuviera cuatro más. Como una adolescente al borde de la edad adulta.

La idea de que estuviera tomándose fotos indecentes se le había quedado grabada en la mente durante toda la noche. No las imágenes en sí, sino el hecho de que alguien la estuviera presionando para hacerlo. Quizás alguien mayor. Alguien que se estaba aprovechando de ella. Un chico del colegio, consideró. Tal vez Billy "El Luchador de Vacas" Turpin había vuelto a su vida e intentaba vengarse de algún modo. O quizás era un chico nuevo. Tal vez alguien que había conocido en la fiesta para menores de

dieciséis, y pensaba que sacarse fotos era la manera correcta de llamar su atención.

Los pensamientos continuaron filtrándose mientras reflexionaba, hasta que llegó al aparcamiento de la emisora de radio y se dirigió a la recepción. La misma mujer que le había recibido la semana anterior estaba sentada tras el ordenador, masticando ruidosamente un nuevo chicle.

—¿Otra vez por aquí? —preguntó ella.

—¿Sigues aquí? —respondió él.

—Por desgracia. Aunque mis días están contados. O me voy yo o me echan ellos, lo que ocurra primero.

—Esperemos que el césped sea más verde al otro lado —dijo él —. ¿Podrías llamar a Roger Armstrong y decirle que necesito hablar con él, por favor?

—A Su Majestad no le va a gustar eso —dijo mientras cogía el teléfono y hacía la llamada. Tras un breve momento, colgó y dijo—: Ha cancelado su siguiente reunión. Dice que tienes quince minutos.

—Qué suerte la mía.

Cuando empezaba a marcharse, ella le llamó—: ¿Sabes dónde encontrarlo esta vez?

—Solo tengo que seguir el abrumador olor a aftershave, ¿verdad?

—Exacto. Espero que tengas la máscara de gas lista.

Olvídate de la máscara de gas; Tomek deseaba haber traído un traje de protección química. O al menos, haber sugerido encontrarse con el hombre fuera, donde hubiera un poco más de aire, algún lugar donde pudiera haberse colocado en contra del viento. El olor que emanaba de sus poros era acre y abrumador, y Tomek había estado conteniendo la respiración durante el primer minuto de su interacción, asintiendo educadamente mientras dejaba que el hombre divagara y se quejara de la inconveniencia e interrupción que había causado.

—Siento decirlo, señor Armstrong, pero no me importa. Nuestra investigación de asesinato es más importante que cualquier cosa que esté intentando hacer aquí. Y estoy seguro de que la mayoría de la gente estaría de acuerdo conmigo.

La boca de Roger se abrió de par en par.

—Pero, solo para mantenerle contento, seré lo más breve posible —continuó Tomek, aunque solo estaba dispuesto a hacerlo porque no podía soportar el olor por mucho más tiempo—. ¿Cómo suena eso?

—Eso suena como una de las cosas más groseras que alguien me ha dicho jamás.

Tomek le lanzó al hombre una sonrisa sarcástica.

—Excelente. Bien, empecemos, ¿le parece?

Roger se frotó vigorosamente la parte inferior de la nariz.

—¿Cómo sabía de qué quería hablar? —preguntó Tomek.

—¿Disculpe?

Tomek señaló la nariz del hombre—. *Eso*.

—Lo siento. No entiendo de qué me está hablando.

—Drogas.

Como si fuera una señal, Roger volvió a frotarse la parte inferior de la nariz.

—¿Qué pasa con ellas?

—¿Hemos estado esnifando un poco de farlopa, verdad?

—¿Qué se supone que significa eso?

—¿Con qué parte está teniendo dificultades, Roger? ¿Con el nombre callejero de la cocaína, o con intentar encontrar una respuesta mientras la sustancia circula por su sistema?

Por fin cayó en la cuenta.

—Aquí no hay drogas —murmuró el hombre—. En absoluto. Yo lo sabría si fuera así. Y las confiscaría y despediría a ese empleado al instante. Absolutamente. Tiene mi palabra. Eso es una violación directa del contrato y es motivo de despido inmediato. Nunca he visto ni oído nada sobre drogas desde que trabajo aquí, y me parece una acusación absurda —Roger levantó el dedo y señaló a Tomek.

—Será mejor que vigile dónde apunta con eso —Tomek miró más allá del dedo tembloroso y dijo—: ¿Nunca ha visto ninguna prueba

que sugiera que Michael Edwards pudiera estar consumiendo o vendiendo drogas a sus compañeros?

Roger negó vigorosamente con la cabeza—. En absoluto. Como ya he dicho, no he oído ni visto *nada* en los diez años que llevo trabajando aquí. Yo sería el primero en saber si estuviera ocurriendo algo así.

Seguro que sí, pensó Tomek, mientras Roger se frotaba la nariz por tercera vez. Para poder ser el primero en poner tus sucias manos sobre ellas.

Roger levantó el brazo, mostrando un reloj Rolex metálico y brillante en su muñeca, presumiblemente para exhibir lo pequeño que era su pene. Luego dio por finalizada la reunión.

—Sus quince minutos han terminado, lamentablemente.

Tomek consultó su propio reloj. Solo habían pasado cinco.

—Según mis cálculos, todavía me quedan otros diez.

—No según mi reloj.

Tomek chasqueó la lengua y negó con la cabeza. —¿Un reloj tan elegante y está estropeado? Debería hacerlo revisar. Sería una pena que todo su dinero de la droga se hubiera ido en un Rolex falso...

Tomek se levantó de la silla y se dirigió hacia la salida, dejando al hombre hirviendo de frustración. Sonrió mientras se dirigía al ascensor y pulsaba el botón. Cuando las puertas se cerraron, soltó un profundo suspiro de alivio. Sus frustraciones con la vida en casa se estaban filtrando en su trabajo. Normalmente, habría intentado mantener ambas cosas separadas, pero Roger era la excepción. El muy gilipollas engreído estaba ocultando algo, y Tomek estaba más que feliz de hacerle rabiar todos los días de la semana.

Abajo, Tomek se dirigió a la recepcionista.

—¿Te vas tan pronto? —preguntó ella, mirándolo por encima de sus gafas.

—Algo me dice que podría volver antes de lo que imaginas. Aunque queda por ver si para entonces sigues aquí o no.

Ella sonrió con picardía, con arruguitas en los extremos de los ojos. —Bueno, ha sido divertido. Pero no es un adiós, es un hasta luego.

Tomek se rio. —Si ese es el caso, me preguntaba si podrías ayudarme.

—¿Te refieres a algo más que simplemente indicarte la dirección correcta? Ahora estás pidiendo demasiado.

—Es sobre drogas —dijo él.

La mujer se reclinó en su silla y cruzó los brazos sobre el pecho, con una ceja levantada. —¿Esto es una trampa?

—No. Nada de eso.

—¿Estás interesado en comprar?

Tomek negó enérgicamente con la cabeza. —Tampoco nada de eso. No, me preguntaba si sabes algo sobre el posible consumo de drogas que podría darse aquí. Tú eres la cara visible, el oráculo. Ves y oyes cosas que los simples mortales como nosotros nunca captaríamos. Pensé que serías la mejor situada para saber algo sobre ese tipo de cosas.

La recepcionista reflexionó un momento, girando la cabeza a izquierda y derecha como buscando a alguien que no estaba allí.

—Puede que haya oído algunas cosas, captado alguna información aquí y allá. ¿Qué te gustaría saber?

—Michael Edwards. ¿Alguna vez consumió drogas o intentó venderlas mientras trabajaba aquí?

El resoplido que salió de los labios de la recepcionista fue más bien una tos. Como si acabara de hacer la pregunta más estúpida del mundo.

—¿Michael Edwards? ¿Drogas? Esas dos cosas iban de la mano como los góticos y el heavy metal. Eran inseparables. ¿Cómo crees que aguantaba sus jornadas de quince horas y aun así salía de aquí con una cantidad brutal de energía? El tío siempre estaba yendo al baño.

—¿Cocaína?

—Eso era lo que le gustaba tomar. Quiero decir, nunca le vi haciéndolo. Pero se notaba, ¿sabes? Y he oído de gente que ha estado con él cuando lo han hecho juntos, así que estoy bastante segura. —Se inclinó hacia delante y le hizo un gesto con el dedo para que hiciera lo mismo—. Pero también me han dicho que le gustaba trapichear. Una vez más, todo son rumores. Nunca me

ofreció *a mí* nada, pero me han contado que tenía una gran cantidad de cocaína que intentó colocar en la fiesta de Navidad en una ocasión y todo el que era alguien participó.

—¿Y tú?

Ella señaló su escritorio con los brazos. —Yo no soy nadie. Solo soy la humilde recepcionista que está tranquilamente conspirando contra toda esta gente y añadiéndolos a mi lista negra. Nunca me ofrecieron nada, ni querría que lo hicieran. Las drogas nunca han sido lo mío. Dame una botella de vodka cualquier día de la semana.

—Vale. ¿Y solo tenía cocaína?

Hizo una pausa. —En realidad, no. Recuerdo, curiosamente, que en un momento tenía una cantidad enorme de LSD. Ya sabes, esas pequeñas pastillas que te pones en la lengua.

Él asintió lentamente. —Estoy familiarizado con cómo funciona.

—Claro. Por supuesto que lo estás. Bueno, tenía montones de ellas e intentaba deshacerse de ellas. Pero esto fue hace tiempo, antes de que se metiera en la cocaína.

Tomek le agradeció su tiempo y ayuda, y luego hizo una llamada a la oficina para solicitar un registro inmediato de drogas en la casa de Michael Edwards.

—Ah, y mientras haces eso —le dijo a Chey—, hay una dirección que necesito que me consigas.

CAPÍTULO
VEINTISÉIS

Tomek aparcó frente al polígono industrial y cerró la puerta del coche silenciosamente. Echó un vistazo al punto rojo en su móvil y luego alzó la mirada. Estaba en el lugar correcto. Un pequeño desvío de camino a la estación.

Después de salir de la sede de KISS, Chey le había proporcionado la dirección y el número de móvil de Pamela Kirby, la madre de Yasmin, quien, tras disculparse profusamente por no estar en casa, le había confirmado la dirección del club para menores de dieciséis años al que habían asistido Kasia y su hija.

Tomek estaba seguro de que alguien la estaba obligando a hacerse fotos. ¿Y dónde había estado recientemente donde podría haber conocido a alguien nuevo? El lugar exacto que estaba mirando: el Estudio de Yoga Casa de Zeus.

El pequeño edificio se encontraba en medio de un polígono industrial en Southend, escondido en una larga hilera de garajes y talleres. Fuera, unos bancos de madera tipo jardín de cervecería estaban encadenados a la pared con grandes sombrillas que sobresalían de sus centros. Aunque la calle no resultaba acogedora y era claramente un punto caliente para robos, el estudio era más acogedor, y Tomek se sintió atraído hacia él. Quizás era la curiosidad lo que le llamaba, o quizás era algo más. Al entrar en el estudio, le golpeó en la cara el empalagoso aroma de incienso y velas. La puerta daba a una gran sala de yoga. En una esquina había un montón de esterillas. En la opuesta, rodillos de espuma y grandes

palos de madera. En el lateral adyacente había dos bancos adornados con velas, algunas nuevas y otras consumidas hasta la mecha. Las paredes estaban cubiertas de caligrafía india y asiática, ornamentos y otras referencias a la espiritualidad. De fondo sonaba una música electrónica vibrante y disonante. Tomek la reconoció al instante.

Nunca había entendido el interés por el yoga y la espiritualidad. Para él todo era una sarta de tonterías que los californianos habían occidentalizado como lo mejor después de beber agua, pero comprendía por qué la gente lo necesitaba. Había tanto caos y horror en el mundo que necesitaban una vía de escape, una liberación, una forma de soltarlo todo y encontrarle sentido.

Tomek estaba ocupado observando algunas de las inscripciones en la pared cuando un hombre emergió desde detrás de una puerta abierta, secándose las manos con una toalla. Lo primero que Tomek notó fue su tamaño. Era unos centímetros más bajo que Tomek, pero lo que le faltaba en altura lo compensaba con creces en anchura. Lo segundo que notó fue su pelo largo recogido en un moño y la barba esculpida que era casi tan larga como su cabello. Parecía un Jesús musculoso.

—¿Puedo ayudarle? —preguntó el hombre, con un tono cauteloso.

Tomek extendió una mano para tranquilizar al Jesús culturista. Sabía cómo debía verse que un extraño apareciera aleatoriamente en su negocio.

—Tomek Bowen —dijo, estrechando la mano del hombre, sintiendo inmediatamente cómo sus huesos y cartílagos se desmoronaban—. Un placer conocerle.

—Zachary Godson —respondió el hombre, estudiando cuidadosamente a Tomek con la mirada—. Igualmente. ¿Quién es usted?

—Soy el padre de una de las chicas que vino a su club infantil la otra noche.

—De acuerdo...

—Me preguntaba si podría hablar con usted sobre el tiempo que pasó aquí.

El hombre se echó la toalla sobre el hombro.

—¿Está todo bien? No habrá presentado... una queja, ¿verdad?

Tomek negó con la cabeza.

—Nada de eso. En realidad, se trata más bien de una preocupación que tengo.

La nuez de Adán de Zachary subió y bajó mientras tragaba profundamente.

Tomek abrió la boca para hablar, pero un pensamiento repentino interrumpió su línea de pensamiento.

—¿Qué hace usted aquí?

—¿A qué se refiere? —respondió Zachary, masajeándose la barba.

—Bueno, en el club infantil. ¿Les obliga a hacer yoga?

El hombre se rascó uno de sus bíceps.

—Organizo sesiones de yoga y retiros para mis clientes durante el día y a veces por las noches. Pero lo de los niños es completamente diferente. Tengo un estudio más pequeño en la parte de atrás y un almacén donde guardo todas las cosas. Antes de que vengan, saco los sofás, las PlayStations y los futbolines. Tengo mesas de billar, un trampolín fuera, un montón de cosas para mantenerlos entretenidos.

Todo esto era nuevo para Tomek. Había intentado preguntarle a Kasia si se lo había pasado bien y qué tipo de cosas había hecho, pero ella no había querido participar en la conversación. En su lugar, había gruñido y mantenido sus típicas respuestas monosilábicas, con la excepción de decirle que "se había divertido".

—¿Y pone música? —preguntó Tomek—. Me pareció reconocerla de alguna parte.

—¿Ah, sí? —una fina sonrisa creció en el rostro de Zachary, aunque aún mostraba un semblante de ligera aprensión.

—Kasia ha estado escuchando esta música sin parar desde que vino aquí.

—Es muy amable por su parte. Trabajé mucho en ella, así que es agradable cuando la gente sigue escuchándola fuera de aquí.

Tomek estaba impresionado. Una comunidad de yoga, un club nocturno infantil y una carrera musical.

—Es usted un hombre de muchos talentos —dijo.

Zachary pareció halagado.

—Solo soy alguien que intenta cambiar el mundo y aportar algo bueno.

—Qué noble.

—¿Le gusta?

Tomek hizo una pausa antes de responder. ¿Cómo podía decepcionar suavemente a este hombre sin decirle que detestaba su música?

—No es para mí, no —respondió finalmente—. Soy un hombre de los ochenta y noventa, y soy un esnob en cuanto a cualquier otra cosa.

Zachary esbozó una sonrisa, mostrando sus dientes. Al hacerlo, sus ojos azules parecieron brillar, y Tomek de repente se sorprendió de lo atractivo y apuesto que era.

—Además, si lo de la música se va al garete, al menos tiene un futuro como modelo por delante. El resto de nosotros tenemos que conformarnos con parecer que nos han arrastrado por el hormigón durante kilómetro y medio.

—No sé yo —dijo—. Dejé la actuación por una razón.

—¿Actuación? ¿Algo que podría haber visto?

—*EastEnders* —respondió Zachary con indiferencia—. Pero esos días quedaron atrás. En fin, ¿qué era lo que querías saber?

Tomek levantó un dedo en el aire, como si de repente hubiera recordado a qué había venido. —Ah, sí. Es sobre el tipo de gente con la que estaba Kasia la otra noche. Verá, algo ha llamado mi atención y me ha generado cierta preocupación. En particular con miembros del sexo opuesto. Ya sabe cómo son hoy en día. Me preguntaba si quizás la vio hablar con algún chico de su edad o tal vez mayor que ella.

A Zachary no le llevó mucho tiempo pensarlo.

—Estuvo con su amiga toda la noche. La del... del pelo rubio... con coletas.

—¿Yasmin?

—Sí, esa misma. Cada vez que la vi estaba con Yasmin. Se estaban riendo, jugando con sus móviles, escuchando música. Se

mantuvieron bastante apartadas.

—¿Y está seguro?

Sus ojos azules brillaron aún más intensamente. —Bastante seguro. No tolero ningún tipo de comportamiento inapropiado aquí. Claro, algunos de los chicos pueden tontear un poco de vez en cuando, pero no toleraré nada más allá de eso.

Tomek asintió con aceptación. Luego metió la mano en su bolsillo, sacó una tarjeta de visita con su número de móvil y se la entregó a Zachary. —Si pudiera pedirle que quizás esté atento y me avise si ve algo que resulte... preocupante, o algo que crea que debería saber.

—Por supuesto —dijo el Jesús Musculoso—. Estaré encantado de hacerlo por usted.

CAPÍTULO
VEINTISIETE

Estaban en su lugar habitual sobre el césped artificial, sentadas con las piernas cruzadas y las mochilas en el suelo delante de ellas. La única diferencia era que hoy hacía sol y los chicos jugaban en el campo, sus vítores y gritos llenando el aire desde la distancia. Cerca de ellas, en el borde del campo, estaba el grupo habitual de chicas que se derretían por ellos, animándoles como si fueran jugadores profesionales.

Aspirantes a WAGs, las llamaba Kasia. Y representaban todo lo que odiaba de las chicas de su curso. Eran tan engreídas, tan creídas. Solo les importaba su aspecto, su ropa y lo que los demás pensaran de ellas.

Lo que no sabían era que se avecinaba una guerra racial, el fin de los días, y ella y Yasmin serían las únicas salvadas cuando llegara ese momento. Mientras tanto, ellas seguirían jugando con su pelo y maquillaje mientras eran devastadas y diezmadas por redadas, bombas y combates.

—¿Cómo te sientes después de lo de anoche? —preguntó Yasmin.

A Kasia le llevó un tiempo procesar la pregunta. Había pasado tanto la noche anterior que no sabía a qué se refería su amiga.

—Estuvo... bien —dijo—. No... me lo esperaba, pero ahora lo entiendo completamente.

—¿Ya has seguido el consejo? —preguntó Yasmin.

Kasia asintió.

—No he desayunado y he tirado mi comida hoy.

—Bien. Se alegrará de oírlo. Es importante que sigas sus instrucciones, de lo contrario no estará contento.

Eso le recordó algo.

—¿Sabes qué le pasó a Myrtle McCall?

Yasmin negó con la cabeza.

—No, no lo sé. Nunca he estado en ese lado de él.

La expresión de su cara sugería lo contrario, pero Kasia decidió no insistir.

—Que te sirva de lección —continuó Yasmin—. No querrás ponerte del lado malo de Dios, por decirlo de alguna manera.

La entonación en la voz de Yasmin la preocupó, y prestó atención a la advertencia de su amiga.

Antes de que Kasia pudiera responder, un balón de fútbol golpeó la valla metálica que rodeaba el césped artificial. Mientras el balón rebotaba hasta detenerse, uno de los chicos del curso superior se precipitó hacia ellas.

—Lo siento, chicas —dijo con arrogancia. Al girarse, con el balón en la mano, le echó una segunda mirada a Kasia—. ¿No te he asustado, verdad? —preguntó con un guiño.

Kasia de repente se puso nerviosa, y no sabía por qué.

—No. No ha llegado ni cerca de mí —dijo tímidamente.

—Bueno, si lo hace, solo tienes que decirme quién lo ha chutado y me encargaré de él por ti, ¿de acuerdo?

—De acuerdo —respondió Kasia, incapaz de controlar la sonrisa avergonzada que asomó a su rostro.

Entonces sintió una palmada en el brazo. Se volvió hacia Yasmin, que la fulminó con la mirada.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó.

—¿Qué ha sido *qué*?

—Ese flirteo. Te he visto. No puedes hacer eso. No si quieres seguir en las Arpías. No podemos tener ninguna de las distracciones que tienen estos idiotas de mente débil. Somos nosotras contra ellos, Kasia. Nosotras contra todos ellos. No son tus amigos, no están intentando ligar contigo. Están intentando infiltrarse entre nosotras. ¡Y no podemos permitirlo! ¿Recuerdas lo que dijo Zeus

sobre el diablo intentando impedir que ocurran las guerras raciales? Está *en todas partes*. Tienes que tener mucho cuidado.

Kasia bajó la cabeza avergonzada.

—Lo siento. Debería saberlo mejor.

Yasmin puso una mano reconfortante en su espalda.

—Está bien. Todavía estás aprendiendo. Menos mal que Zeus y ninguna de las otras chicas estaban aquí para verlo.

—¿Por qué?

Yasmin abrió la boca para responder, pero antes de que pudiera hacerlo, el móvil de Kasia sonó, distrayéndolas. El icono de WhatsApp apareció en su pantalla de bloqueo. Yasmin lo miró y luego comprobó su propio móvil.

—Te ha enviado un mensaje directamente —dijo, poniendo una mano en el brazo de Kasia, agarrándolo con fuerza.

Se le formó un nudo en la garganta mientras miraba la pantalla sin expresión. Zeus. Enviándole mensajes. Directamente. ¿Por qué? ¿Qué había hecho? ¿Estaba en problemas?

—No te quedes ahí sentada —gritó Yasmin—. ¡Abre el mensaje! Tienes que abrirlo rápidamente porque si no...

Yasmin se abalanzó sobre el teléfono en la falda de Kasia, pero Kasia la apartó y abrió la notificación ella misma. Mientras sus ojos escaneaban el mensaje, Yasmin se inclinó para leerlo con ella.

Creepy Sleepy.

Kasia leyó el mensaje de nuevo, esperando, preguntándose si habría algo más. Pero no había nada. Bajó el teléfono a su regazo y se volvió hacia Yasmin. Su amiga mostraba una combinación de celos, emoción y confusión reunidos en una sola expresión.

—¿Qué es? —preguntó Kasia suavemente.

—Has sido invitada a un Creepy Sleepy.

—¿Qué es un...?

Antes de que pudiera terminar, su teléfono sonó de nuevo. Otro mensaje de Zeus. Esta vez, Yasmin se le adelantó y leyó el mensaje primero.

—Oh Dios... Oh, no...

—¿Qué pasa? —Kasia arrebató el teléfono a su amiga y leyó el mensaje.

> Tenemos un problema. Tu padre acaba de venir al estudio, haciendo preguntas sobre lo de anoche. Necesito que te encargues de esto, o estás fuera del grupo y perecerás en la guerra racial. Recuerda tu profecía.

CAPÍTULO
VEINTIOCHO

Las últimas dos semanas en el colegio habían sido las mejores de su vida. Todo había salido según lo planeado. Había llevado la hoja, se la había enseñado a un puñado de personas y, al final del primer día durante la hora del almuerzo, ya era el tema de conversación en todo el colegio. No solo de su curso: del *colegio entero*. Mil quinientos alumnos, incluyendo algunos de los mayores del instituto, conocían su nombre y se le acercaban en el patio y por los pasillos, pidiéndole verla, suplicándole que les dejara sostenerla para inevitablemente presumir ante sus amigos de que no solo la habían visto en persona, sino que también la habían *sostenido*. Debían de haberle parado unas mil veces, y con cada interrupción, con cada tirón del brazo en dirección a una nueva persona, sentía cómo su ego aumentaba inconmensurablemente. Así debía de ser sentirse una celebridad. No podía pensar en nadie en la historia del colegio que hubiera tenido tanta notoriedad. Le recordarían durante años, generaciones hablarían de él como el chico que llevó un arma homicida al colegio.

Pero toda esa emoción, toda la adrenalina que venía de ser alabado por docenas de personas en el patio, desaparecía casi instantáneamente en cuanto llegaba a casa. Allí no había nadie que le tratara como a la realeza; su madre y su padre estaban demasiado ocupados poniéndose al día con el trabajo, cocinando, limpiando y luego derrumbándose frente al televisor porque habían "tenido un largo y duro día de trabajo". Nunca había tiempo para él,

y el asesinato del vecino de al lado solo había empeorado las cosas. Desde la visita de la policía, sus padres se habían vuelto paranoicos, asomándose por la ventana a todas horas, viendo las noticias constantemente, reforzando la vigilancia de seguridad de la casa, interrogando a Donnie sobre cada uno de sus movimientos y si había visto algo sospechoso en los trayectos de ida y vuelta al colegio. Estaban exagerando, preocupados de que el asesino pudiera volver y matarlos a todos.

Pero Donnie no tenía miedo. Él tenía el arma del crimen. Podía defenderse.

Esta noche, como la mayoría, estaba encerrado en su habitación, fingiendo jugar con sus amigos en la PlayStation. Su madre y su padre, mientras tanto, estaban abajo, probablemente haciendo algo aburrido. De vez en cuando, gritaba al televisor para que pareciera que estaba con su consola. No se habría molestado. Ninguno de sus padres había subido a ver cómo estaba desde que llegaron a casa.

Estaba completamente solo. Solo él y el cuchillo. Él y el arma del crimen.

Colocando su móvil en la mesita de noche, sacó las piernas de su colcha de *El Señor de los Anillos* y se dirigió hacia su armario vestidor. Dos luces brillantes se iluminaron en lo alto, bañando su ropa con un blanco clínico y duro. A la izquierda estaba su uniforme escolar. A la derecha, su ropa informal para tardes y fines de semana. Al fondo estaban sus camisetas de fútbol y botas para cuando quería jugar en el parque con sus amigos o ir a la pista de fútbol cinco en Southend.

La hoja estaba escondida detrás de una caja de zapatos en la estantería superior, envuelta en una camiseta del Arsenal.

Donnie cogió una gran caja de plástico que contenía algunos de sus juguetes y la colocó delante de la pared de botas y camisetas de fútbol. Lo mismo que había hecho cada vez que la bajaba para llevarla al colegio. La única diferencia era que, cuando lo hacía, su madre y su padre estaban fuera de casa, camino al trabajo. Ahora, sin embargo, había un elemento añadido de suspense, de cautela, de miedo y peligro.

Pero sabía que no tenía nada de qué preocuparse. Nunca subían a verle. Nunca iban a su habitación. Nunca le querían lo suficiente como para molestarse siquiera.

Subido a la caja de plástico, alcanzó la estantería superior, apartó la caja de zapatos y recuperó la hoja. Antes de que su pie hubiera tocado la alfombra, ya había desenrollado la camiseta y sostenía el arma en el aire. Brillaba bajo la luz, excepto por las partes que aún estaban cubiertas de sangre seca. No había intentado limpiarla. Era más auténtica así. Los chicos del colegio querían ver la sangre. De lo contrario, ¿qué prueba tenía de que era el arma real? Para ellos solo sería un cuchillo elegante. La sangre lo hacía *real*.

Con ambos pies firmemente en el suelo, blandió la hoja por el aire, disfrutando del sonido de *swoosh* que hacía mientras la empujaba a izquierda y derecha, luchando contra sus enemigos invisibles, fingiendo que estaba jugando a uno de sus videojuegos.

¡Zas!

¡Toma eso, escoria orca!

¡Muere, asqueroso goblin!

Con la hoja en la mano, se sentía imparable. Intocable. Como si pudiera repeler a cualquiera y a cualquier cosa que entrara por esa puerta principal. Si alguien quería entrar en su casa, no sería rival para él. Estaba preparado para ellos.

Durante los siguientes dos minutos, golpeó y atacó, apuñaló y acuchilló, hasta que algo le hizo detenerse de repente.

No un sonido alarmante o el ruido de sus padres subiendo las escaleras.

No. Fue un pensamiento, una visión.

Por primera vez en su vida, imaginó hundiendo la hoja en uno de sus padres. Su madre, de pie en el umbral. El cuchillo entrando lentamente en su cuerpo. La sangre brotando. Eso era por todas las tardes y noches que le había desatendido. Por todas las veces que le había gritado por no hacer sus deberes.

Por todas las veces que ella había...

Y entonces oyó que se abría la puerta de su habitación.

—Donnie, cariño —dijo su madre al entrar—. ¿Está todo bien? No te oíamos jugar...

Se quedó paralizada en el marco de la puerta del dormitorio, con una mano en el pomo, mirándole en el vestidor.

Donnie no se movió. No podía. Algo le retenía, le inhibía. Sus ojos se desviaron hacia la hoja al mismo tiempo que los de su madre.

—Donnie —dijo ella—, ¿qué es eso?

—Nada.

—Donnie, dame el cuchillo.

No dijo nada. Ella se acercó poco a poco, con una mano extendida.

—Donnie... ¿De dónde has sacado eso?

Ella se acercó aún más, pero no había nada que él pudiera hacer al respecto. No podía moverse. Sus piernas y brazos le gritaban que se moviera, que atacara, que se defendiera, pero su cerebro no se comunicaba con ellos. Y así permaneció completamente inmóvil.

Esta era su oportunidad. Podría hundir el cuchillo en el estómago de ella y salir corriendo. Podría hacer exactamente lo que acababa de imaginar.

Pero ahora que estaba allí, enfrentado a esa posibilidad muy real y concreta, se dio cuenta de que no quería matar a su madre. Ya no quería empuñar el arma. Como Frodo llevando el Anillo a Mordor, sentía todo el peso de su maldad arrastrándole en sentido contrario, arrastrándole hacia la oscuridad. Había probado sus pecados malignos, y ahora no quería saber nada de ello.

Cuando su madre se detuvo a su lado, él bajó el brazo y colocó la hoja en sus manos. Ella se la arrebató y la envolvió firmemente en la camiseta del Arsenal, antes de sacarlo de su habitación arrastrándolo por el cuello.

Y así, sin más, su notoriedad, su estatus elevado en el colegio, desapareció.

CAPÍTULO
VEINTINUEVE

Tomek sentía los párpados pesados. Caídos, somnolientos. El estrés y las tribulaciones de los últimos días le estaban pasando factura. Y ni siquiera las carcajadas de un viejo episodio de *Only Fools and Horses* podían mantenerle despierto.

Como de costumbre, Kasia estaba en su dormitorio, y él se quedaba solo con sus pensamientos en el salón, abstraído mientras miraba la televisión. Sin embargo, aquella noche estaba más que contento de que Kasia permaneciera allí. No podía soportar la vergüenza otra vez. No por segunda vez. Su cara se había puesto roja cuando ella le había acorralado en la cocina. Cuando le había explicado que, la otra noche, cuando él entró de improviso, ella estaba haciendo cosas. Cosas de adultos. Cosas de adolescentes.

Masturbándose.

Al menos, intentándolo.

Por eso estaba medio desnuda.

Las mejillas de Tomek se habían encendido más rápido y con más intensidad que nunca antes, y no supo qué decir. ¿Qué podía contestar? En su lugar, le dio las gracias por hacérselo saber y luego volvió a preparar la cena.

Lo que estuviera haciendo ahora, no quería ni pensarlo. Y desde luego no quería entrar y descubrirlo. Era lo último que cualquiera de los dos necesitaba o deseaba. El único beneficio era que, al menos ahora, no tenía que preocuparse de que Kasia enviara fotos suyas a chicos que hubiera conocido en el club infantil o en el instituto.

Ahora solo tenía que preocuparse de llamar a la puerta y esperar una respuesta antes de entrar.

Pero cuando un pensamiento abandonaba su mente, rápidamente era sustituido por otro. Y uno con el que no estaba muy contento de entretenerse.

El pensamiento de Abigail.

En particular, su cuerpo, su calor, su contacto en el sofá. Su compañía mientras lidiaba con una noche de monotonía. Antes, cuando estaban en una relación, charlaban, reían, se quejaban de las mismas cosas en la televisión. Claro, la mayoría del tiempo estaban con sus móviles, sin hablarse. Pero ¿qué relación no era así hoy en día? Solo había tanto tiempo que podían pasar hablando de su día antes de que empezaran a repetirse. No, era su compañía lo que más le gustaba. Algo que nunca había considerado antes, que ni siquiera había notado hasta ahora. Un poco tarde, ahora que se había ido.

Las noches eran lo más difícil. Especialmente cuando no tenía a Kasia en la misma habitación. Incluso si ella estaba con su portátil o su móvil con los auriculares puestos, al menos seguía en la habitación con él, y podía molestarla y distraerla cada pocos segundos con alguna pregunta trivial e intrascendente. Pero ahora que estaba solo, descubría que le costaba pasar el tiempo por las noches. Llegaba a casa, conversaba brevemente con su hija, le preguntaba sobre su día —o, en el caso de esa noche, se enteraba de que había intentado masturbarse por primera vez— y luego se quedaba solo. No había nada nuevo en la televisión, no le gustaba leer, y no estaba en ninguna plataforma social. Entonces, ¿qué más podía hacer? ¿Cómo se las había arreglado cuando vivía solo? ¿Cómo se las había arreglado hace poco más de ocho meses, antes de que Kasia apareciera de golpe en su vida?

Conocía la respuesta en el fondo. El compañerismo que anhelaba lo había encontrado en forma de aventuras de una noche y yendo al pub con Sean y el resto del equipo casi todas las noches. Habían sido su vía de escape para la atención e interacción humana, pero ahora que no tenía ninguna de las dos cosas, estaba considerando seriamente volver arrastrándose a Abigail, volver a una relación

infeliz e insatisfactoria. Algo que sabía en el fondo que realmente no quería ni necesitaba.

—Bueno —dijo, cerrando la aplicación de Contactos en su móvil y apagando la televisión—. Ya he pensado bastante por hoy. Hora de dormir.

CAPÍTULO
TREINTA

Se tomó su tiempo, haciendo una pausa después de cada movimiento, conteniendo la respiración, esperando a ver si el crujido de las tablas del suelo había despertado a Tomek. Y después de un par de minutos y varias pausas tensas, Kasia salió por la ventana de su dormitorio y se dejó caer desde el garaje de los vecinos. La adrenalina corría por su cuerpo. No solo era su primera participación en un Creepy Sleepy, sino que también estaba rompiendo el toque de queda.

Pero sabía que no tenía nada que temer con Tomek. Era todo ladrar y nada de morder. Si alguna vez descubría que había salido de casa en mitad de la noche —lo que ya parecía improbable porque lo había hecho dos veces y no había mencionado nada— no habría mucho que pudiera hacer. Y ella se aseguraría de inventar una excusa a tiempo. Después de todo, se había creído todo aquello de la masturbación. Si era lo bastante crédulo para creer eso, creería cualquier cosa. ¡Y la vergüenza en su cara después! Jamás olvidaría esa imagen.

Eso le dibujó una sonrisa mientras se apresuraba hacia el Honda Accord de Lorrie La Leta. Kasia no conocía el nombre real de Lorrie. No conocía los nombres reales de ninguna de las chicas, la única excepción era Yasmin. Y hasta ahora, desde que se unió a las Harpías, solo había hablado con Lorrie quizás una o dos veces. Nada más que un agradable «Hola» y aquella vez que tuvo que dar su opinión sobre el estómago de Lorrie. Esas fueron las únicas veces

que había hablado con su nueva hermana, y sintió un poco de aprensión al abrir la puerta del coche. ¿De qué hablarían? ¿Y si a Lorrie no le gustaba hablar? Afortunadamente para ella, Yasmin, que había recibido el mensaje en el patio poco después que ella, estaba en la parte trasera del coche. Una amiga, además de hermana. Alguien en quien apoyarse.

—Buenas noches, Harpía —dijo Lorrie, con más vivacidad y entusiasmo de lo que Kasia esperaba. Quitó una botella vacía de agua del asiento del copiloto y la arrojó a la zona de los pies.

—Buenas noches, hermanas —respondió Kasia mientras se deslizaba dentro y abrochaba el cinturón de seguridad.

Esa noche, todas vestían igual: de negro. Leggings negros y sudadera negra para Kasia, mientras que las otras habían añadido guantes negros como parte de su conjunto.

Antes de arrancar, Yasmin tocó el hombro de Kasia y le mostró un par de guantes negros de cuero.

—Para ti —dijo.

—¿Segura?

—Totalmente. Somos hermanas, ¿no?

La cara de Kasia se llenó de alegría mientras los cogía y se los ponía. Le quedaban ajustados, y apenas tenía suficiente movilidad para flexionar la mano dentro de ellos. Una razón más para seguir perdiendo peso. Si las otras chicas podían usarlos, ¿por qué ella no?

Lorrie La Leta puso la palanca de cambios en primera y se volvió hacia ellas. —Bien, hermanas. ¿Preparadas?

Kasia nunca había estado más preparada en su vida. Desde que Yasmin le había explicado qué era un Creepy Sleepy, había estado imaginando los acontecimientos en su cabeza. Como un futbolista visualizándose marcando un gol la noche antes de un gran partido, había planeado para todas las eventualidades, para cada posible resultado.

Y hasta ahora, todo estaba cumpliendo con sus expectativas.

Llevaban diez minutos caminando, merodeando por las calles en silencio. Sobre sus cabezas, la luna luchaba por atravesar las nubes, y la presión en el aire se intensificaba mientras estas amenazaban con desatar la lluvia. Estaban en medio de una calle residencial

aleatoria e inocua en Thundersley. Los coches se alineaban a los lados de la carretera y en las entradas. Algunos eran nuevos, otros viejos y oxidados.

Caminaban de puntillas por la acera, atentas a piedras sueltas, ramas y charcos de agua, hasta que finalmente se detuvieron. Lorrie La Leta había estado liderando el camino hasta ahora, expertamente, pensó Kasia, y como una operativa entrenada del SAS, levantó el puño en el aire, ordenando a ella y a Yasmin que se detuvieran. Luego se giró hacia ellas y señaló la casa.

El objetivo para el Creepy Sleepy era una pequeña casa independiente de dos dormitorios. Probablemente valía una cantidad absurda de dinero en el mercado actual. Pero eso no era su preocupación. No ahora.

Frente a la casa había un jardín perfectamente cuidado, con césped recién cortado a ras de las losas que lo rodeaban; un pequeño parche de flores; un grupo de hortensias junto al muro frontal; y un pequeño ejército de gnomos de jardín custodiando la casa.

Lorrie La Leta señaló los gnomos de jardín, y Kasia y Yasmin asintieron la una a la otra, entendiendo inmediatamente lo que se requería de ellas.

A continuación, Lorrie las condujo hacia la puerta lateral en el lado derecho de la casa. Primero, comprobó si estaba cerrada. Lo estaba. Luego colocó un pie en el muro que dividía la casa objetivo de la del vecino, y se izó por encima de la puerta de madera. En la quietud de la oscuridad, el sonido resultó ensordecedor, y cada movimiento enviaba descargas de miedo rebotando dentro de Kasia. No quería que las pillaran. No en su primer Creepy Sleepy. Y no porque le preocupara lo que Tomek pudiera decir, sino por cómo reaccionaría Zeus. Lo decepcionado que estaría. Lo molesto y frustrado. Cómo las tres quedarían fuera de las Harpías para siempre.

No podían permitirse cometer errores.

No podían permitirse que las atraparan.

Era el turno de Kasia. Con la adrenalina corriendo por sus venas, colocó su mano en el mismo lugar que Lorrie, luego su pie, y

empujó. Saltó la verja con facilidad y cayó al suelo, agradecida por los guantes que protegían sus manos de raspones contra el hormigón. Una vez que Yasmin estuvo con ellas a salvo, esperaron, jadeando, conteniendo la respiración, atentas a cualquier sonido, con las espaldas presionadas contra el muro.

Pasaron treinta segundos. Un minuto. Dos.

Nada. Ningún sonido de movimiento procedente del interior de la casa.

Ahora tenían que encontrar una forma de entrar.

Agachadas, se deslizaron por el lateral de la casa hasta llegar a la parte trasera de la propiedad. Seguía sin haber señales de vida. Ni luces filtrándose a través de las cortinas. Ni señales de movimiento a través de las ventanas.

En la parte posterior, enseguida encontraron unas puertas de patio que daban al salón. Lorrie, tomando el control de la situación, se acercó a la puerta, metió la mano en su bolsillo y sacó un aparato. Kasia no tenía ni idea de qué era o para qué servía. Aunque pronto descubrió las respuestas a ambas preguntas en cuanto Lorrie introdujo el dispositivo en la cerradura y comenzó a girarlo y moverlo, con un chasquido que resonó en el silencio.

Unos segundos después, el sonido de la cerradura cediendo resonó por todo el jardín, y la puerta se abrió.

Estaban dentro.

Lo habían conseguido.

Y nadie se había movido, nadie se había despertado.

Después de un minuto de espera, se quitaron los zapatos y entraron en la casa. Lorrie iba delante, seguida por Yasmin, dejando a Kasia al final del grupo. Una vez dentro, sacaron sus móviles y encendieron las linternas. El salón quedó inmediatamente bañado en una luz blanca brillante, revelando el contenido del hogar de los propietarios. Dos grandes sofás orientados hacia el televisor en la esquina de la habitación. Una lámpara de pie negra se alzaba entre ellos. Pegado a la pared había un mueble blanco de IKEA, lleno de adornos y cuencos con golosinas. Lorrie fue directa hacia el mueble y comenzó a reorganizar las cosas.

El objetivo de un Creepy Sleepy no era robar, no era despojar al dueño de sus posesiones. Era mover cosas, confundir, incitar a la paranoia y al miedo de que sus hogares ya no eran seguros. Era incitar a la guerra racial que todos estaban tan desesperados por comenzar. Incitar al fin del mundo, para que todos pudieran salvarse del trágico acontecimiento que se avecinaba para todos. Era la obra de Dios. Era la obra de Zeus. Y estaban más que felices de hacerlo por él.

Poco después, fue el turno de Kasia para mover algo. En lugar de quedarse en el salón, se dirigió a la cocina, donde fue directamente a los armarios. El primero que abrió estaba lleno hasta arriba de especias y hierbas. El olor a pimienta y chile le impactó al instante, llenando sus fosas nasales. Cogió uno de los botes de hierbas y lo colocó en un armario diferente. Luego movió un cuchillo de uno de los cajones y lo depositó en un armario lleno de cajas de cereales. Los cambios eran sutiles, pero serían suficientes.

Por último, era el turno de Yasmin. Tenía una mirada salvaje en los ojos mientras abandonaba la seguridad del salón y la cocina contiguos, y se adentraba más en la casa, más hacia el peligro. Caminó de puntillas por el pasillo, dirigiéndose hacia el pie de las escaleras. Justo al lado de la puerta principal había un pequeño baño. Yasmin abrió la puerta y regresó un segundo después con un rollo de papel higiénico sin usar. Los oídos de Kasia se esforzaban por captar el más mínimo sonido de movimiento en el piso de arriba. Contuvo la respiración, esperando que el sonido de su respiración no interrumpiera el turno de Yasmin. De vuelta en el pasillo, Yasmin colocó el rollo de papel higiénico en el poste de la escalera, luego volvió de puntillas con sus hermanas. Hubo un suspiro colectivo de alivio cuando regresó.

Pero aún no estaban fuera de peligro. No mientras todavía tuvieran que salir por el jardín trasero y pasar la valla.

Y luego estaban los gnomos...

Kasia recogió sus zapatos del suelo y saltó al hormigón húmedo del exterior. Mientras se los ponía, miró hacia arriba, buscando alguna señal de vida en las ventanas de los dormitorios. Seguía sin haber nada.

Entonces, antes de que se diera cuenta, Lorrie había cerrado la puerta trasera y estaban listas para irse. Kasia las siguió por el lateral de la casa y se colocó al final de la cola para trepar la valla. Al impulsarse hacia la parte superior de la verja, se detuvo, se quedó inmóvil, contuvo la respiración. Esperó.

Un sonido, una perturbación, en algún lugar a lo lejos. Pasos que se acercaban hacia ellas. El corazón de Kasia le dio un vuelco mientras colgaba del borde de la verja.

Y entonces vio la fuente del sonido. Una figura, un hombre. Tambaleándose por el otro lado de la calle, borracho, la luz de su teléfono iluminando su cara y cuello. En el jardín, Yasmin y Lorrie se tiraron al suelo, refugiándose detrás de los arbustos y el muro de ladrillos. Hasta que, unos momentos después, el hombre se fue.

Estaban a salvo, fuera de peligro.

Una vez que el sonido de los pasos finalmente se alejó, Kasia bajó silenciosamente al suelo.

—Eso estuvo cerca —susurró Yasmin.

—Mucho —respondió Lorrie, luego se volvió hacia los gnomos de jardín que miraban hacia la entrada—. Ya sabéis qué hacer.

Yasmin y Kasia se miraron y asintieron.

Sabían exactamente qué hacer. Y por qué.

Sin necesidad de que se lo dijeran dos veces, comenzaron a pisar las criaturas de cerámica, aplastándolas bajo sus pies, sin prestar mucha atención a los sonidos que hacían. Los gnomos eran obra del diablo, había dicho Zeus. La gente estaba siendo controlada por ellos, y estaban grabando todo lo que veían y oían. Siempre observando, siempre escuchando. Los gnomos eran el enemigo, y no se podía confiar en ellos. Así que tenían que ser destruidos.

Afortunadamente, la hierba espesa y húmeda amortiguó el sonido de la cerámica rompiéndose, y la destrucción hizo poco por perturbar a los propietarios. Una vez que los gnomos estuvieron suficientemente destruidos, las Arpías corrieron de vuelta al coche a unos cientos de metros de distancia, con los corazones acelerados y el pulso a mil.

Kasia nunca se había sentido tan viva.

Le encantaba esa sensación. Y no quería que parara.

Estaba pasando el mejor momento de su vida con su nueva familia, y no quería que terminara.

CAPÍTULO
TREINTA Y UNO

Tomek se llevó la mano a la boca, demasiado tarde para reprimir el bostezo.

—¿Te estoy aburriendo? —preguntó Nick, golpeando su cuaderno contra el escritorio.

Tomek dudó antes de responder y se giró hacia sus colegas, que en ese momento lo miraban fijamente.

—En absoluto, señor —dijo con un toque de sarcasmo en su voz —. Por favor... continúe. Estoy deseando escuchar más sobre cómo un crío de trece años ha jodido por completo la única arma homicida que hemos podido encontrar. —Inspiró profundamente—. Deberían amonestarle o algo por lo que ha hecho. ¿Qué les pasa a los jodidos adolescentes de hoy en día que se creen que pueden hacer lo que les dé la puta gana?

La sala quedó en silencio. No esperaba que aquello se volviera personal, pero así había sido. Y todos en la sala lo notaron. También conocían la razón. No era ningún secreto que había tenido sus dificultades con Kasia desde que llegó a su vida, pero siempre había intentado mantenerlas en casa, solo entre ellos. Pero ahora la caja estaba abierta.

—Tranquilízate, campeón —dijo Nick—. No podemos ir por ahí acusando a adolescentes por jugar con cuchillos.

—Eso es exactamente lo que deberíamos estar haciendo —comentó Sean—. Hay tantos que los llevan encima por mi zona últimamente.

Nick lanzó a Sean una mirada severa. —No es de eso de lo que estoy hablando. Sí, tienes razón. Necesitamos hacer más contra la delincuencia con armas blancas. Pero ahora mismo me refiero al chaval de trece años que encontró accidentalmente un arma homicida en su jardín trasero y se la enseñó a todos sus amigos.

—Lo que quiero saber es por qué la Científica o los uniformados no la encontraron antes. Creía que los habíamos enviado a hablar con los vecinos —soltó Tomek. La ira y la frustración en su sangre no disminuían, y no sabía qué necesitaba para conseguir que lo hicieran.

—Entiendo tu frustración, Tomek —dijo Victoria, interviniendo antes que Nick—. Y hablaré con ellos al respecto más tarde. Pero ahora mismo, deberíamos centrarnos en el hecho de que la tenemos. Puede que no esté en las mejores condiciones, pero tenemos una de las armas homicidas. Con suerte, todavía habrá algo de ADN que podamos rastrear, y si pertenece a uno de los hombres de Richard Stafford, entonces con un poco de fortuna deberíamos poder encontrarlos en el sistema; Dios sabe que tenemos a suficientes de ellos registrados a lo largo de los años.

Como si fuera tan fácil.

Algo le decía a Tomek que no lo sería. Y podía ver por las expresiones derrotadas y abatidas de sus colegas que sentían lo mismo.

—Eso me recuerda —dijo, volviéndose de nuevo hacia Nick—. ¿Qué tal nos fue con el registro de drogas en el piso de Edwards?

Nick señaló con una pistola imaginaria al agente Oscar Pérez. —El Capitán es tu hombre para eso.

Oscar, o Capitán De Hecho, como era conocido cariñosamente entre el equipo debido a su irritante personalidad de corregir a todo el mundo con un "De hecho..." seguido de la razón por la que estaban equivocados, se aclaró la garganta y pasó las páginas de su cuaderno. —Los perros fueron enviados esta mañana —dijo, y esperó.

Y esperó.

Y esperó.

—¿Qué estás haciendo? ¿Por qué no dices nada? —preguntó Tomek, desconcertado.

—Estaba haciendo una pausa para crear efecto dramático. Es algo que he estado aprendiendo últimamente. En mis clases de dicción.

Los ojos de Tomek se ensancharon, y abrió la boca para responder, pero fue Chey quien se le adelantó.

—¿Estás cambiando de profesión? —preguntó el joven agente, mirando a Oscar de arriba abajo—. Nunca te habría imaginado como electricista, tío.

Oscar pareció visiblemente ofendido. —*Dicción*, melón —replicó —. No electricista.

Si era posible que el rostro de Chey mostrara vergüenza, ciertamente decidió no hacerlo después de aquel particular desliz. —¿Cuál es la diferencia? —preguntó a la sala.

—Una trata de corrientes, bombillas y cableado; la otra de pronunciar esas palabras correctamente —respondió Tomek, pronunciando cada palabra con énfasis—. ¿Por qué estás tomando clases, Oscar?

El hombre miró alrededor de la sala, como si intentara responder a la pregunta.

—¿Oscar? —preguntó Tomek.

—¿De verdad estás cambiando de profesión? —preguntó Nick.

—No —respondió el Capitán—. Yo... he estado tomando clases de interpretación. Ya sabes, escuela de teatro. Estoy pensando en involucrarme en la actuación... algunas representaciones. Los fines de semana, por ejemplo. O por las noches. Nada que interfiera con esto, pero... esperaba tener la conversación con Nick y Victoria antes de que todo el equipo se enterara, pero... el gato ya está fuera de la bolsa.

—Eso es genial —dijo Martin en voz alta—. Pero asegúrate de no aceptar nunca un papel en *Cats*. Vi la película y fue lo más mierda que he visto en mi vida.

—De acuerdo. Lo tendré en cuenta.

Todos ofrecieron sus felicitaciones a Oscar.

—Eso es muy emocionante —dijo Nick, después de que el ambiente se hubiera calmado un poco—. Aunque necesitaremos tener una conversación aparte sobre cómo encajarlo de cara al futuro.

—Yo voto por que todos nos tomemos las noches libres para ir a apoyar a Oscar en sus representaciones —dijo Tomek, levantando la mano.

Aunque todos estuvieron de acuerdo, el arranque fue rápidamente suavizado por el propio Oscar, quien continuó con su explicación sobre la investigación de los perros policía. —Los perros encontraron dos kilogramos de cocaína y LSD escondidos detrás de uno de los armarios de Michael Edwards —explicó.

—Eso explica por qué nadie lo encontró en el registro de pruebas —comentó Sean.

—Tenía un valor en la calle de aproximadamente cien mil libras —continuó Oscar.

—Me pregunto si eso formará parte del cargamento de metal de Richard Stafford que desapareció —dijo Tomek, pensando en voz alta. Luego levantó la mirada hacia Nick—. ¿Alguna suerte con la brigada antidroga para que nos permitan investigar a nuestro propio Pablo Escobar?

Nick suspiró y se cruzó de brazos. —Todavía estoy trabajando en ello. Déjalo en mis manos. Tendremos que actuar con mucha cautela si creemos que Stafford es la mejor línea de investigación. Simplemente creo que debemos asegurarnos completamente. Si Edwards enviaba dinero a Richard, puntualmente, cada mes, entonces ¿por qué Richard enviaría a alguien para matarlo?

—He oído que fueron ninjas los que lo hicieron —soltó Chey de repente.

—¿Que has oído qué? —respondió Sean, seguido de un—: ¿De qué coño estás hablando? —de Rachel desde el otro lado del escritorio.

—Ninjas —contestó Chey—. Donnie Strachan decía que los chavales de su colegio estaban difundiendo rumores sobre que Michael Edwards fue liquidado por un grupo de ninjas.

Tomek se burló. —No puedo esperar a ver eso en las noticias —dijo—. ¿Dijeron algo más sobre esos ninjas, Chey? ¿Les vieron corriendo por los tejados vestidos de negro? ¿Acaso ellos...?

—En realidad —comenzó el Capitán, más serio esta vez—, aunque bromees, anoche llegó algo.

—¿Sobre ninjas?

—De una manera indirecta, sí.

Oscar esperó. Y siguió esperando.

—¡No empieces otra vez con tus pausas para crear efecto dramático! —exclamó Tomek, blandiendo el dedo hacia el hombre—. ¡Suéltalo ya, o no iré a verte en ninguna de tus actuaciones, aunque llegues a Broadway!

Eso pareció funcionar. Oscar bajó la mirada hacia sus notas, abatido. Por un momento, Tomek se sintió mal por el comentario. Y entonces se dio cuenta de que el hombre estaba practicando artes escénicas, y que probablemente todo era una actuación.

—Esta mañana, los agentes de uniforme fueron llamados a una casa en Thundersley. Su jardín delantero había sido vandalizado. Destrozaron un montón de gnomos y, lo más extraño, afirmaron que sus pertenencias habían sido movidas dentro de la casa.

Tantos pensamientos. Tantos comentarios graciosos.

Pero no hay tiempo para decirlos.

—No son muy buenos ninjas si van rompiendo cosas al entrar o salir —comentó Rachel.

—No, pero escuchad esto —dijo Oscar, inclinándose hacia delante —. No había señales de allanamiento. Así que debieron entrar sin hacer ruido, mover las cosas, y luego marcharse.

—Quizás eran fantasmas —dijo Tomek—. Fantasmas que tienen algo en contra de los gnomos de jardín comunes.

Oscar levantó una ceja poco impresionada y le dio la espalda a Tomek. —¿Jefe? —le preguntó a Nick.

—¿Sí?

—¿Merece la pena investigarlo?

—Joder, no. Deja esa mierda para los de Uniforme. Nuestro tiempo es mejor empleado averiguando qué hacía Michael Edwards

con todo su dinero de la droga. Y, más importante aún, a quién le vendía.

CAPÍTULO
TREINTA Y DOS

Chinnerys había sido un pilar de la música en directo en Southend desde finales de los noventa. No solo acogía a artistas famosos y bandas tributo, sino que también daba voz a artistas locales independientes que buscaban su gran oportunidad, su única posibilidad de alcanzar el estrellato.

Y esta noche no era diferente; el local acogía a los adorados Sons of Zeus de las Harpías.

El evento había sido de última hora, añadido a la programación solo dos días antes porque el artista anterior había cancelado debido a circunstancias imprevistas, y afortunadamente, coincidió después de que se levantara el toque de queda de Kasia. Después de que la madre de Yasmin las dejara, ella y Yasmin encontraron a las Harpías haciendo cola fuera. Eran las seis y media, las puertas no se abrían hasta las siete, y Zeus no actuaba hasta las nueve, pero les habían dicho a todas que llegaran temprano, para crear multitud, para que pareciera que uno de los artistas más grandes en la historia de la música (que lo era, en su opinión) iba a actuar en este pequeño local a lo largo del paseo marítimo de Southend.

Y estaba funcionando. Mientras estaban fuera, varios transeúntes que paseaban por el paseo marítimo, disfrutando de un paseo casual por la explanada y quizás de una noche jugando en las salas recreativas o degustando fish and chips recién hechos, se interesaron y se acercaron a ellas.

—¿Quién actúa? —preguntó uno de ellos.

—Sons of Zeus —respondieron las Harpías al unísono, como si estuviera programado en sus cerebros decirlo en ese tono particular y a ese tempo específico.

—¡Es mi artista favorito en todo el mundo! —añadió Kasia, casi gritándoles en la cara.

—¿Qué tipo de música es? —continuó el hombre, claramente sin perder el interés todavía.

—De todo —respondieron las chicas.

—Es techno, grunge, R&B con algo de rock mezclado todo a la vez —añadió alguien.

La pareja miró la cartelera con la cara de Zeus, se dio cuenta de que era solo un proyecto unipersonal, y luego se marchó.

Al principio Kasia se había sentido agraviada por la pareja, furiosa con ellos por no quedarse. Iban a morir en el apocalipsis y ella se aseguraría de que fueran dos de los primeros. Pero su frustración y desdén por otros seres humanos comenzó a disminuir un poco cuando un puñado de personas de veintitantos años se unió al final de la cola y, para su sorpresa, no se desanimaron por sus gritos y comportamiento de fans. Tampoco les disuadió que las chicas llevaran la misma mercancía de Sons of Zeus que todas habían comprado para mostrar su apoyo. No se le ocurrió que podrían estar allí por uno de los teloneros.

Cuando finalmente llegó el momento de entrar, la multitud casi se había duplicado en tamaño. Y así comenzó la lenta marcha hacia la entrada, apretada contra sus hermanas, todas ansiosas por entrar y correr hacia el frente.

—¿Cuánto cuesta la entrada? —preguntó.

—Diez libras —respondió Yasmin.

—¿Tenemos que pagar?

—Pues claro que sí. Tenemos que apoyar a Zeus de todas las formas posibles, Kasia. Y eso también significa económicamente. Gana mucho dinero con estos conciertos, y cuanta más gente consigamos, más dinero tendrá.

Kasia asintió. Todo tenía perfecto sentido para ella. Ni siquiera el pensamiento de usar su paga duramente ganada fue suficiente para amortiguar su entusiasmo. Ese honor particular recayó en los dos

porteros que estaban junto a la puerta, comprobando los carnés mientras sus hermanas Harpías pasaban.

La edad mínima en Chinnerys era de catorce años, y como a ella le faltaban tres meses para esa fecha, significaba que no podía entrar. Sin embargo, eso no había sido un problema, porque sus hermanas habían modificado la fecha de nacimiento en su tarjeta Be Identified Throughout Essex (BITE).

Los nervios comenzaron a aparecer gradualmente cuanto más se acercaba. Jugueteaba con su tarjeta BITE en las manos, deslizándola entre sus dedos, tratando de evitar el contacto visual.

Finalmente llegó su turno. Yasmin esperaba detrás de ella, por si necesitaba a alguien que la defendiera, alguien que asegurara al portero que tenía la edad suficiente, con un coqueto movimiento de pelo y un parpadeo de pestañas.

—¿Identificación? —preguntó el portero. Era un hombre grande y bruto con antebrazos y bíceps del ancho de su cabeza.

Tragó profundamente mientras le entregaba su tarjeta BITE. Cuando el hombre la tomó, la miró con sospecha, escrutando sus facciones. Luego miró a Yasmin.

Kasia podía sentir su corazón en la boca. Curioso, se sentía más nerviosa por que le negaran la entrada a un local, y decepcionar a Zeus en una de las noches más importantes de su vida, que durante su Creepy Sleepy.

—¿Cuál es tu fecha de nacimiento?

La pregunta fue tan repentina y abrupta que la tomó por sorpresa. Su mente quedó completamente en blanco.

—¿Mi...?

—Tu fecha de nacimiento —repitió él, con su paciencia desgastándose rápidamente—. ¿Cuándo naciste?

Y entonces le vino a la mente. Su nuevo cumpleaños. El año extra que le habían dado para demostrar que era mayor de catorce años. Le dijo al hombre la fecha, y después de unos segundos más de dolorosa deliberación, finalmente la dejó entrar en el local. De inmediato, los nervios desaparecieron y la emoción volvió a inundarla en oleadas. Había sido tan fácil. Mentir sobre su edad así. Mentir sobre su fecha de nacimiento. Durante las últimas semanas,

desde que se había unido a Zeus y las Harpías, se había vuelto cada vez mejor mintiendo. Hasta el punto de que casi se consideraba una experta. Ahora, podía mentirle a Tomek con facilidad. A sus profesores. A sus compañeros de clase. Y ahora al portero fuera de Chinnerys.

Parte de la emoción en su sistema dio paso al orgullo mientras se precipitaba por las puertas y se dirigía a la pista de baile. El escenario ocupaba la parte trasera del local, y estaba lleno con el equipo electrónico de Zeus, brillantemente iluminado bajo una fila de focos. Pronto, Zeus estaría allí arriba en toda su magnífica gloria. Se preguntó qué llevaría puesto, cómo se habría peinado. Había oído rumores en la cola de que algunas de las chicas habían elegido un atuendo y un nuevo peinado para él, pero que lo mantenían en secreto. Querían que fuera una sorpresa, habían dicho.

Sin embargo, esa no fue la única sorpresa de la noche, porque al final de lo que había sido un espectáculo brillante, aunque no perfecto, Yasmin y Peppy Piper, otra de sus hermanas, le habían informado que haría otro Creepy Sleepy. Esa misma noche. En menos de unas horas. Y que debía ir directamente a la casa sin pasar antes por su hogar.

Lo que significaba que tendría que poner a prueba sus excelentes habilidades de engaño una vez más.

CAPÍTULO
TREINTA Y TRES

Sean dejó su jarra de cerveza vacía sobre la mesa y preguntó a Tomek si quería otra.

—Mejor no —contestó, mirando su vaso casi vacío—. Tengo que recoger a Kasia de su concierto más tarde.

—Ah, sí. El Señor Rompe-tímpanos. Seguro que lo está pasando de maravilla.

—Preferiría meterme tijeretas en la cabeza y dejar que se dieran un festín con mi cerebro antes que escuchar...

—¿Eso es lo que hacen? —preguntó Chey, sentado a su lado.

—¿Qué es lo que hace quién?

—Las tijeretas. ¿De verdad se meten en el cerebro?

Tomek intercambió una mirada cómplice con Sean.

—Solo si no te limpias bien los oídos —respondió Tomek—. Por eso tienes que tener mucho cuidado cuando te despiertas por la mañana. A veces pueden estar ahí sin que te des cuenta. ¿Nunca sientes un pequeño cosquilleo en el oído de vez en cuando?

A Chey se le abrieron los ojos como platos. Miró a Tomek y luego a Sean, y negó con la cabeza. Pero ambos se dieron cuenta de que mentía.

—Pues son ellas —continuó Tomek—. Excavando en tu oído, abriéndose camino lentamente hacia tu cerebro.

Chey se tapó ambas orejas con las manos y sacudió la cabeza. —¡Cállate! ¡Me estás tomando el pelo!

Tomek cogió su vaso, apuró los últimos posos de su cerveza y lo volvió a dejar. —No es broma. En serio. Búscalo.

Chey no necesitó que se lo dijeran dos veces. Cogió su móvil, lo desbloqueó y luego lo tiró de nuevo sobre la mesa. —¡No hay ni puta cobertura en este sitio!

Tomek comprobó su propia señal. —El mío no tiene ningún problema.

—Eso es porque aún tienes un Nokia 3310 de hace veinte años. Seguramente podrías tener cobertura hasta en el Everest.

Tomek miró su iPhone sobre la mesa. —Que sea un modelo más antiguo no significa que funcione peor. A veces las cosas viejas simplemente funcionan mejor.

—Excepto el cuerpo humano —comentó Chey, habiéndose olvidado de las tijeretas imaginarias arrastrándose por su cráneo—. El cuello y la espalda me están matando estos últimos días.

—Probablemente porque te pasas todo el día encorvado sobre tu escritorio —dijo Tomek—. Además, tienes unos doce años. No puedes quejarte de ese tipo de cosas hasta que cumplas al menos los treinta.

Tomek se interrumpió y entonces se dio cuenta de que Sean seguía de pie junto a ellos. —¿Qué estás esperando?

Sean señaló con un dedo grueso el vaso de Tomek. —Última oportunidad —dijo.

Tomek declinó y le dio las gracias de todos modos. Mientras Sean volvía a la barra del Fork and Spoon, su local habitual para tomar cervezas después del turno, Tomek y Chey continuaron su discusión sobre el proceso de envejecimiento y las diversas dolencias que probablemente afectarían al joven detective si no cambiaba sus hábitos posturales. Por ahora estaba bien, dijo el agente; aún tenía años por delante antes de empezar a preocuparse por ese tipo de cosas.

—La trombosis venosa profunda y la postura de un nonagenario fueron las razones por las que me uní a la policía, Sargento —añadió Chey—. Incluso lo dije en mi entrevista.

Tomek se rio. —Por alguna razón, no dudo que lo hicieras, tío.

Un momento después, Sean regresó con dos pintas. Las dejó en la mesa y deslizó una hacia Chey.

—¿De qué me he perdido?

—Chey me estaba contando lo mucho que espera sufrir más adelante en la vida.

—No sufriré —respondió Chey—. Lo arreglaré antes de que las cosas se pongan realmente mal.

—Suenas como un adicto —añadió Sean mientras daba un sorbo a su pinta. Cuando la dejó, exhaló un largo suspiro ronco.

—¿Buena? —preguntó Tomek.

—La mejor. Llevaba tiempo necesitando una de estas.

—¿Día duro?

—Más bien semana dura.

—¿Las cosas no van tan bien en casa? —preguntó Tomek, refiriéndose a la reciente decisión de Sean de irse a vivir con Victoria.

—Solo... trabajo y casa. Casa y trabajo —explicó Sean, agarrando su cerveza con las manos como si se aferrara a ella en busca de apoyo—. Estamos constantemente uno encima del otro. Estamos agotados todo el tiempo, nunca tenemos mucho que decirnos, y cuando llegamos a casa lo último que queremos hacer es cocinar o limpiar o recoger los platos, pero es lo que más discutimos. Quizá mudarme con ella fue una mala idea.

Tomek se quedó sorprendido. Había sospechado que tenían problemas; podía verlo en la cara de su amigo, en sus interacciones por la oficina y en la forma en que se habían estado respondiendo bruscamente últimamente, pero no sabía que era tan grave.

—¿Vas a seguir intentándolo o a cortar por lo sano? —preguntó Tomek.

Sean se quedó mirando las burbujas de su cerveza. —Es complicado, ¿no? Trabajamos juntos, lo que hace las cosas imposibles. Pero para hacerlas aún más imposibles, ella es mi jefa. Y luego está el problema de que tendría que buscar un sitio donde vivir...

—¡Podrías venir a vivir conmigo! —exclamó Chey.

—¿Ya te has independizado? —preguntó Sean.

—No, pero...

—Entonces, ¿por qué cojones querría vivir contigo y tus padres? ¿Dónde dormiría? ¿En la litera de arriba?

A Chey se le iluminaron los ojos ante la idea. —Eso sería *alucinante*. Siempre soñé con tener un hermano mientras crecía. Imagínate, los dos jugando hasta altas horas de la noche. Cabreándonos mutuamente.

—No es tan maravilloso como parece —interrumpió Tomek—. Mis hermanos fueron unos capullos conmigo, y si conozco a Sean tan bien como creo, sería el mayor capullo del mundo contigo.

—Sí, soy un auténtico capullo, chaval. No querrías vivir conmigo. Y... lo digo con todo el respeto, pero yo *no* quiero vivir contigo tampoco.

Chey bajó la cabeza, derrotado, cogió su cerveza y se la llevó a los labios. Ambos hombres le observaron tomarse un momento para recuperarse de la repentina decepción que sentía. Ninguno sabía qué decir. Al final, Sean se volvió hacia Tomek y le preguntó: —¿Cómo te va con Abigail?

Tomek se mordió el labio inferior. —Yo... Me vas a odiar por esto, pero estuve pensando en llamarla la otra noche.

—¿Y lo hiciste?

Tomek negó con la cabeza.

—Bien. Entonces no te odio.

—Pero estuve cerca, eh.

—Estoy seguro de que lo fue. Pero entraste en razón y no lo hiciste. Ella era una mala pieza —*yo lo sabía*— y me alegro de que te alejaras de allí cuando lo hiciste.

Tomek gruñó. No tenía ganas de añadir nada más a la conversación.

—¿Cómo le va a Kasia? —preguntó Sean, tratando de llenar el incómodo silencio.

—¿Esta noche o en general?

Encogiéndose de hombros, respondió: —En general, supongo.

Y entonces Tomek les contó. Sobre su comportamiento reciente. Sobre sus dificultades. Sobre sus cambios de apariencia.

—El otro día, me dijo que no le mostrara códigos de barras —concluyó.

—¿Qué has dicho? —preguntó Sean.

Tomek se encogió de hombros. —Códigos de barras, no le gustan por alguna razón. Tiene algo contra ellos, creo. Me dijo que no debía mostrarle ninguno.

—¿Está consumiendo drogas? —preguntó Sean, con un tono cargado de sinceridad.

—Es lo que me preguntaba, pero no he podido encontrar nada en su habitación.

—No está consumiendo drogas —dijo Chey de repente.

Ambos hombres se volvieron lentamente para mirarlo.

—¿Y *tú* cómo lo sabes? —fue la respuesta de Tomek.

—Porque he oído lo mismo.

—¿Has oído qué?

—Que los códigos de barras son malos para ti. Tienen mensajes programados diseñados para lavarnos el cerebro y cada vez que miras uno, esos mensajes se transmiten.

No era frecuente que a Tomek le faltaran las palabras, pero este era sin duda uno de esos momentos.

—¿Seguro que tú tampoco estás consumiendo drogas? —preguntó Sean—. ¿Dónde coño has oído eso?

—En TikTok y YouTube. Hay un montón de teorías conspiratorias sobre eso.

—¿Es de ahí de donde lo ha sacado? —preguntó Tomek, finalmente reaccionando.

Chey se encogió de hombros. —Probablemente. Algunas de las otras que circulan son bastante divertidas. Es una locura que algunas personas crean estas cosas.

Tomek miró con desprecio al agente. No le gustó la insinuación de que Kasia era estúpida. Claro que lo era si realmente creía que los códigos de barras contenían mensajes para lavar el cerebro. Pero solo él podía pensar eso. Nadie más.

—¿Sabíais que el agua tiene sentimientos? —preguntó Chey.

—¿Qué? —preguntaron Tomek y Sean.

—El agua... tiene sentimientos... —Se aclaró la garganta y se acomodó en su asiento—. Los científicos han hecho pruebas, ¿sabéis?

—¿Pruebas sobre *qué*? —preguntó Tomek.

—Vasos de agua. Ellos... un tipo en Japón le habló positivamente a un vaso, luego lo congeló. Después le habló negativamente a otro, y lo congeló. Y cuando examinó el hielo después, el hielo negativo estaba lleno de agujeros deformados y oscuridad. Y el hielo positivo estaba lleno de cristales.

Tomek no dijo nada. Estaba demasiado estupefacto para pensar con claridad.

—Han hecho pruebas hasta con palabras específicas —continuó Chey—, y el agua responde de la misma manera cada vez.

Tomek se volvió hacia Sean, quien parecía sentirse igual que él. Pasó mucho tiempo antes de que alguno de ellos dijera algo.

—Dios mío, las redes sociales nos están pudriendo el cerebro —dijo Tomek—. La próxima generación está jodida.

—¡No he dicho que me lo creyera! —protestó Chey.

—Y una mierda. ¿Es por eso que te he visto últimamente acunando tu botella de agua en el trabajo?

—¡Vete a la mierda!

Y entonces llegó el ataque de risa. Tomek se dobló de la risa, golpeando repetidamente la mesa con la mano hasta que comenzaron a formarse lágrimas en sus ojos.

—¡Joder, el agua tiene sentimientos! Cristo bendito, ¿de dónde has sacado *eso*?

Chey se encogió de hombros. —De un futbolista.

—Madre mía. Deberían investigar los efectos a largo plazo de cabecear un balón desde tan joven. Joder...

Otro ataque de risa, esta vez más fuerte y prolongado que el primero, se apoderó de ellos. Cuando él y Sean finalmente se calmaron, secándose las lágrimas de los ojos, Sean continuó: —En fin... no sé qué decirte sobre Kasia. Parece que tienes las manos llenas. ¡Pero al menos no cree que el agua tenga putos sentimientos!

En ese momento, antes de que cualquiera de ellos pudiera caer en más ataques de risa, Nick entró en el Fork and Spoon. Al llegar a la mesa, se quitó el abrigo y lo colocó en el respaldo de una silla. Estrechó la mano de todos y luego se sentó.

—¿De qué me he perdido?

—Estamos hablando de códigos de barras —dijo Tomek.

—Y de Kasia —añadió Chey.

—Y de drogas —añadió Sean.

—Y de agua.

Una expresión de consternación se dibujó en el rostro de Nick. —Bueno, eso suena bastante intenso. Creo que necesitaré una copa para poder asimilar todo eso. —Miró alrededor de la mesa, a los vasos medio vacíos y la mesa vacía frente a Tomek—. ¿Copa? ¿Copa? ¿Copa?

Sean y Chey pidieron otra. Tomek declinó.

—Vamos —insistió Nick—. Por lo que parece, eres tú quien más la necesita.

Justo cuando Tomek abría la boca para responder, su teléfono emitió un sonido.

Era un mensaje de Kasia, notificándole que se quedaría a dormir en casa de Yasmin esa noche y que le llevarían al colegio por la mañana. Que no tenía que preocuparse por el uniforme escolar porque Yasmin tenía de repuesto para prestarle.

Tomek dejó el teléfono, bloqueó la pantalla, y luego miró a Nick.

—Pensándolo bien...

CAPÍTULO
TREINTA Y CUATRO

A la mañana siguiente, a Tomek le dolía la cabeza más de lo que esperaba. Una pinta extra se había convertido en tres más, y ahora estaba sintiendo realmente las consecuencias de su decisión. El último lugar donde quería estar era en la casa de una octogenaria que contenía ese olor particular. El olor de algo que existía desde los años setenta, y que había sido tan absorbido por el mobiliario que la única manera de eliminarlo sería destruirlo. El olor que indicaba que ella había vivido allí toda su vida, y tenía los muebles para demostrarlo: el estampado estilo autobús en el sofá, la gruesa moqueta afelpada que se había desgastado con los años, el papel pintado colorido, chillón y fuera de lugar que estaba haciendo todo lo posible por aferrarse a la pared, pero que rápidamente perdía su fuerza.

A pesar de su edad y de los muebles en descomposición a su alrededor, la señora Spall estaba en buena forma. Era delgada, llevaba un par de zapatillas deportivas nuevas en los pies y parecía el tipo de persona que sale a caminar todos los días solo para mantener un nivel de forma física.

Le entregó a Tomek su té en una taza de porcelana, y luego le dio una a la agente de policía con quien había venido. Se llamaba Megan, y debían hablar con la señora Spall sobre el allanamiento que había sufrido la noche anterior. Era el cuarto en menos de dos semanas, y Nick, en su infinita sabiduría, había decidido enviar a un miembro del equipo para ayudar en la investigación. Él, Sean y Chey

habían jugado a piedra, papel o tijera para determinar qué miembro del equipo tendría el privilegio. Y Tomek había perdido.

Dio un sorbo a su bebida e hizo un ruido de aprobación. El té estaba bueno. Pero el olor, ese maldito olor, no lo estaba.

—Gracias por tomarse el tiempo para hablar con nosotros esta mañana, señora Spall —comenzó la agente, jugueteando con su gorra de policía entre los dedos.

—Por favor, llámame Elizabeth.

—Elizabeth será —dijo Megan con una sonrisa. Luego abrió su cuaderno de notas y apoyó el bolígrafo sobre el papel—. En primer lugar, me gustaría decir que lamentamos lo que le sucedió anoche. Si necesita algo, más allá de lo habitual, estaremos encantados de ayudar, o podremos encontrar a alguien que pueda hacerlo.

El rostro de Elizabeth se iluminó y esbozó una sonrisa, revelando una dentadura postiza. —Es muy amable por ofrecerse —dijo—. Debo admitir que estoy un poco asustada. Solo... solo quiero saber por qué harían algo así. He vivido aquí durante cincuenta años y nunca he tenido un problema.

Tomek se tomó un momento para observar la habitación. —¿Le importaría contarnos cuándo notó por primera vez que algo iba mal?

—Fue después de medianoche. Yo... estaba adormilada en el sofá cuando escuché esos ruidos desde fuera. Disturbios, ¿sabe? Sonidos que parecían fuera de lo común. Pensé que solo eran mis vecinos que llegaban tarde o quizás chocaban con mi valla por accidente, así que me fui a la cama y me quedé dormida. No fue hasta aproximadamente una hora después, a la una y treinta y dos; lo recuerdo porque miré mi despertador, cuando escuché los ruidos de nuevo. Normalmente, tengo el sueño bastante ligero, y cuando mis vecinos hacen fiestas y ponen música alta, me mantienen despierta. Pero cuando bajé, no vi nada malo en la casa. Las cosas estaban... diferentes, ¿sabe? Se sentía diferente. Y podía oler perfume.

—¿Perfume? —interrumpió Tomek. A su lado, Megan garabateaba en su cuaderno.

—Sí... Fuerte. Realmente abrumador. Lo noté inmediatamente, ¿sabe?

Tomek no pudo evitar pensar que les vendría bien un poco más de perfume en el aire en ese momento. El olor estaba haciendo que le palpitara la cabeza.

—Antes de volver a mi cama, pensé en revisar todas las habitaciones, solo para asegurarme de que no hubiera nadie escondido en alguno de los armarios o debajo de las escaleras —continuó Elizabeth.

—Eso es muy valiente por su parte —respondió Megan—. Aunque debe tener cuidado de no ponerse en peligro así en el futuro. Cualquiera podría haber estado allí.

Elizabeth soltó una risita. —Oh, querida. Viví los años sesenta, setenta *y* ochenta. He visto y pasado por mucho. Sé cómo cuidarme.

Tomek notó cierta definición en los músculos de sus hombros y brazos, y no dudó que pudiera blandir una sartén con veneno si lo necesitaba.

Elizabeth se aclaró la garganta antes de continuar. —Fue entonces cuando noté que habían movido cosas. Las cosas estaban fuera de lugar. Se veía extraño, ¿sabe? Al principio pensé que me estaba volviendo loca o que quizás estaba un poco privada de sueño, pero cuanto más miraba y más investigaba, más me daba cuenta de que alguien había estado dentro.

—¿Notó que faltara algo?

Elizabeth negó con la cabeza. —Eso es lo que no podía entender. Habían entrado, pero no habían robado nada. Solo habían... movido cosas. Como el reposacucharas que compré en Málaga un año que de repente estaba en la mesa de café, y el marco con la foto de mis nietos que habían puesto en la lavadora. Me... me dejó perpleja.

Megan terminó de garabatear sus notas antes de responder: —¿Le importaría contarnos lo que hicieron en el jardín delantero?

Ante eso, Elizabeth se tensó, su expresión se transformó en un ceño fruncido y resopló sonoramente. —Bueno, lo visteis al entrar, ¿no? Una carnicería. Los absolutos salvajes, las bestias. ¿Cómo pudieron hacerle eso a mi Norman... a mi jardín?

Tomek, efectivamente, había visto la destrucción causada en el jardín delantero de Elizabeth. Cabezas de flores y hojas estaban esparcidas por todas partes. Piedras y grumos de tierra pateados por

todo el césped. Y lo que parecía haber sido una vez un gnomo de jardín rojo y verde había sido destruido y sus pedazos esparcidos por el patio.

—¿Norman? —preguntó Megan.

—Mi difunto marido. Adoraba ese jardín. Era suyo y trabajó en él hasta el momento en que murió. Literalmente. Falleció mientras podaba el seto. Un ataque al corazón. Compré ese gnomo para conmemorarlo. Se suponía que vigilaría el jardín en su ausencia, y yo hice todo lo posible por mantenerlo tan bonito como él lo hacía, pero ahora... —Inclinó la cabeza y alcanzó un pañuelo de una caja que tenía a su lado.

Tomek y Megan le dieron un momento para recomponerse antes de continuar con las preguntas.

—¿Vio a alguien en absoluto? Quizás miró por la ventana y vio al intruso corriendo calle abajo.

Elizabeth reflexionó un momento, como si estuviera esforzándose por atrapar el recuerdo. —Miré por la ventana y vi lo que me pareció una chica, corriendo calle abajo. Desapareció justo fuera de mi vista antes de que pudiera hacer algo al respecto. No... no vi mucho más que eso. Lo siento, mi vista ya no es lo que era.

—¿Pudo ver de qué color tenía el pelo? ¿Qué llevaba puesto? ¿Qué edad podría tener? —preguntó Tomek.

Elizabeth se giró lentamente hacia él. —Creo que era rubia, tal vez. Más o menos de mi estatura, pero... hoy en día eso no significa nada. No podría decir qué edad tenía, no. Lo suficientemente mayor para conducir, eso sí.

—¿Por qué dice eso?

—Porque poco después oí un coche alejándose.

Tomek miró a Megan y le hizo un gesto para que anotara esa información.

—¿Tiene nietas, Elizabeth?

Ella negó con la cabeza. —Solo chicos, me temo. Solo tuve hijos varones, y ellos también solo han tenido varones. Así que hay muchos hombres para continuar el apellido familiar. ¿Por qué lo pregunta?

Él se encogió de hombros. —Por nada.

Aparte del hecho de que todo esto podría haber sido obra de una nieta adolescente agraviada y disgustada, decidida a vengarse de su abuela por cualquier motivo. Era casi ridículo, pero Tomek tenía suficiente experiencia para saber que a menudo eran las ideas más descabelladas las que solían ser correctas. Aunque en esta ocasión, su intuición le decía lo contrario. No sentía el habitual dolor de estómago o de cabeza que solía tener cuando sus sentidos arácnidos empezaban a hormiguear.

Había habido demasiados incidentes de allanamientos recientemente para que fuera una coincidencia o un asunto familiar. En la mayoría de los casos, Tomek suponía que estaban tratando con un grupo de adolescentes aburridos y problemáticos con afición por los gnomos de jardín, que no tenían nada mejor que hacer con su tiempo que destrozar los céspedes de la gente y vandalizar sus propiedades. Desde luego no creía que estuviera relacionado de ninguna manera con Michael Edwards.

CAPÍTULO
TREINTA Y CINCO

Nick no estaba de acuerdo con la teoría de Tomek.

—Hemos recibido los resultados del ADN del cabello encontrado en la casa de Michael Edwards y pertenece a una mujer —explicó Nick mientras se acomodaba en su asiento.

—Podría habértelo dicho yo. Medía unos setenta y cinco centímetros.

—Sí, pero coincide con lo que han estado diciendo las víctimas de los allanamientos. Tú mismo dijiste que Elizabeth Spall vio a una mujer huyendo de su casa, sin mencionar el olor a perfume.

Tomek cedió el punto con un pequeño resoplido.

—Pero los modus operandi son diferentes —argumentó—. Supongamos por un momento que son las mismas personas. ¿Por qué entrarían en la casa de Michael Edwards, lo apuñalarían brutalmente y le cortarían el cuello, y luego se irían sin mover ni tocar nada más? Después, unos días más tarde, ¿por qué estas mismas personas entrarían en casas aleatorias, moverían cosas y destruirían un puñado de inocentes gnomos de jardín sin siquiera despertar al dueño? No son lo mismo. No tiene sentido.

Nick meditó un momento, pasándose la mano por su cabeza calva, como si estuviera ordenando sus pensamientos con un masaje.

—Tal vez no son aleatorios —respondió, finalmente—. Quizás los están seleccionando por alguna razón.

—¿Por qué? —preguntó Tomek.

—Ese es tu jodido trabajo, averiguarlo. Pero te digo que hay algo ahí. Y necesitas encontrarlo. Rápido. Tengo otra rueda de prensa próximamente, y quiero estar bien posicionado para cuando inevitablemente lleguen las preguntas. Eso me recuerda, ¿estará allí tu vieja llama?

Tomek hizo una mueca. —Por favor, no la llames así. Y por favor, no uses nunca más esa frase.

—¿Por qué no?

—Da vergüenza ajena. Y la llama está definitivamente, definitivamente, definitivamente extinguida. Como, empapada en agua y congelada, así que no tengo ni idea de si estará allí. Aunque, dado el número de veces que ha intentado acosarme para obtener información, diría que hay más posibilidades de que te crezca el pelo y pierdas algo de peso a que ella *no* asista.

Nick le mostró el dedo corazón a Tomek. —Cabrón insolente —dijo, mirándose el estómago.

—¿Dónde estamos con Richard Stafford y Michael Edwards, Nick? —preguntó Tomek, cambiando de tema.

—Todavía lo estoy investigando. Tengo un gran problema con los capullos prepotentes de la brigada antidroga. Me están bloqueando a cada paso, y empiezo a pensar seriamente que están compinchados con Stafford.

—Estoy seguro de que has espantado a suficiente gente de la cama en tu época como para que no tengas problemas con esta.

Nick le hizo otro corte de mangas a Tomek. —Que te jodan otra vez. ¿Quieres ir a por una más y hacer un triplete?

Los labios de Tomek esbozaron una sonrisa irónica. —No me tientes.

Las líneas en la frente de Nick se relajaron. Se aclaró la garganta antes de hablar. —No tuve la oportunidad de decirlo anoche, pero... Kasia. Si necesitas una mano o algún consejo o alguien en quien apoyarte, estoy aquí para ti. Con dos hijas adolescentes, me gusta pensar que podría saber una cosa o dos. Lo más probable es que yo mismo ya haya pasado por ello de todos modos.

—Has estado por aquí tanto tiempo que probablemente viste el Big Bang. Pero lo agradezco.

Tomek hizo un ligero gesto de cabeza para mostrar su agradecimiento, pero fue recibido con furia.

—Eso es un triplete —siseó Nick—. Que te jodan. Ya no quiero ayudarte más. Ahora sal de mi despacho y ponte a trabajar.

CAPÍTULO
TREINTA Y SEIS

Yasmin balanceó las piernas fuera de la cama y alcanzó su camisa del uniforme escolar, colocándola sobre sus hombros. Mientras empezaba a abrocharse lentamente los botones, saboreaba el momento, absorbiéndolo, asimilando el dolor y la incomodidad que sentía bajo la cintura.

El sexo había estado bien, aunque un poco doloroso. Al ser su primera vez, no sabía qué esperar. Pero había estado en buenas manos con Zeus. Se había sentido protegida, reconfortada por sus fuertes manos que la habían sujetado contra la cama. Él no había pretendido hacerle daño, ella lo sabía. Por supuesto que no. Él no lo haría. Le había prometido ser su primera vez, tomar su virginidad, y ella no podía imaginarse entregársela a otra persona. Ni siquiera lo concebiría.

Pero había terminado. Así sin más. Y ahora se sentía despojada, desinflada, casi decepcionada. ¿Había tenido un orgasmo? No lo sabía. Pero Zeus sí, y eso era lo que importaba. Permitir que Dios tomara su virginidad y darle un orgasmo en su decimosexto cumpleaños. Solo podía imaginar cuánto mérito le supondría esto para la otra vida. Por supuesto, sabía que él se acostaba con todas las otras chicas del grupo. Aunque ellas no hablaran de ello, lo sabía, pero ninguna podía decir que había dejado que el salvador tomara su *virginidad*. El resto de las Arpías ya habían sido desfloradas cuando conocieron a Zeus.

Excepto Kasia.

El olor a sexo y sudor flotaba en el aire, enmascarado por el incienso que ardía en la esquina de la habitación. Zeus yacía detrás de ella, desnudo sobre la cama, con la sábana apenas cubriendo su cuerpo y un brazo tras la cabeza. Podía sentir sus ojos observándola mientras se vestía, mirándola ponerse la ropa lentamente. Se sentía poderosa por ello. Casi orgullosa. Era un honor y un privilegio, así que se tomó su tiempo, intentando ser lo más seductora posible mientras se levantaba y se subía las medias del uniforme por las piernas como había visto en las películas.

Su mirada se endureció cuando ella llegó a las bragas y las cubrió con la falda, como si intentara echar un último vistazo antes de que todo desapareciera. Una vez vestida completamente, él alcanzó un cigarrillo de la mesilla de noche y lo encendió. La luz de las velas cercanas se reflejaba en su cuerpo esculpido. Dios, cómo deseaba poder yacer en sus brazos otra vez. Sentir de nuevo la presión de su cuerpo aplastándola y su garganta.

Pero tendría que esperar. Él decidiría cuándo volverían a tener relaciones. Él elegiría el momento, el lugar, todo. Lo único que ella tenía que hacer era presentarse y ofrecer su cuerpo.

Durante unos instantes, mientras él seguía inhalando el cigarrillo, ella permaneció torpemente de pie junto a la cama, sin saber qué hacer consigo misma.

No fue hasta que terminó el cigarrillo y lo apagó en el cenicero de la mesilla cuando se incorporó sobre los codos, flexionando una pierna. La posición le recordó a *La Creación de Adán* de Miguel Ángel que había visto en clase de educación religiosa una vez.

—¿Se puede confiar en ella?

La pregunta la pilló por sorpresa.

—¿En quién? —preguntó.

—Kasia. ¿Se puede confiar en ella?

Yasmin dudó un momento antes de responder. Quizás más tiempo del que debería. —¿Con qué?

—Con todo. Nuestro plan. Nuestra misión. ¿Se puede confiar en ella?

Yasmin asintió fervientemente. —Sí. Por supuesto que sí. Es mi amiga más cercana. Respondo por ella. Le he hablado sobre la

importancia de mantener todo entre nosotros. De no dejar que se nos escape nada. Está tan comprometida como yo. Se puede confiar en ella. Te lo prometo.

Él meditó sobre eso y luego dirigió su atención al paquete de cigarrillos, alcanzando otro.

—Muy bien —dijo—. Hasta ahora me ha impresionado. Pero su padre sigue preocupándome. Puede que tenga que presionarla pronto para obtener información. ¿Está preparada para morir hacia sí misma?

—Sí —respondió Yasmin sin titubear.

—Quiero decir, ¿está preparada para morir hacia sí misma *completamente*?

Esta vez, Yasmin tardó más en responder. —Sí. Lo está. Sé que lo está.

—Muy bien. Espero sinceramente que así sea, porque si no lo está, entonces no será la única expulsada del grupo. ¿Entiendes lo que quiero decir?

Lo entendía perfectamente. Pero los pensamientos acelerados y el repentino miedo que sintió en el estómago le impidieron responder.

Zeus encendió otro cigarrillo y habló con él colgando entre sus labios. —La guerra racial sigue eludiéndonos. Eso cambiará esta noche, estoy seguro. Y entonces veremos cuán comprometida está realmente tu amiga. Puede que recurra a ti, puede que no. Pero debes saber que puede llegar un momento en que tengas que cumplir tu profecía. —Dio una gran calada al cigarrillo y expulsó una enorme columna de humo al aire—. Eso es todo. Puedes irte. Por favor, cierra la puerta al salir.

Cuando se dirigía hacia la puerta, él la llamó: —Y diles a las chicas que quiero todo listo para esta noche. No debe haber errores.

—Sí, Zeus. Por supuesto, Zeus. ¿Quieres que se lo diga a todas?

—No —dijo secamente—. No se lo digas a Kasia. Déjamela a mí.

CAPÍTULO
TREINTA Y SIETE

Kasia llevaba demasiado tiempo mirando fijamente el mensaje. Muchísimo tiempo.

El mensaje indicaba que tenía que actuar. Rápido. A toda velocidad. Había una fecha límite. Y si no la cumplía... Bueno, prefería no pensar en lo que podría pasarle si no la cumplía.

> Necesitas estar en el tren de las 21:07 de Leigh-on-Sea a Southend Central esta noche. Si lo pierdes, no cojas el siguiente. No te esperaremos. Tienes una oportunidad para demostrar si mereces venir conmigo cuando comiencen las guerras raciales. Y comenzarán esta noche.

Leyó el mensaje otra vez. Había perdido la cuenta de cuántas veces lo había visto, leído. Cuántas veces su cerebro había absorbido esas palabras y luego las había olvidado al instante.

21:07.

Quince minutos de margen.

Debería ser tiempo suficiente. Solo era un trayecto de cinco minutos en coche. Diez si contaba el tráfico. Eso le dejaba cinco minutos para prepararse (el mensaje no especificaba un atuendo o vestimenta en particular, así que tendría que adivinar y esperar lo mejor) y los pocos minutos restantes para suplicarle a su padre que la llevara.

Papá.

Joder.

Estaba muy bien conducir hasta allí con algunos minutos de sobra, pero ese no era su mayor obstáculo. Su mayor obstáculo estaba sentado en el salón con su pantalón de chándal, fingiendo ver la televisión mientras se quedaba dormido.

Además, necesitaba pensar en una razón por la que debían dejarla en la estación local a altas horas de la noche en un día lectivo.

Esta iba a ser su mentira más difícil hasta la fecha.

O...

Giró lentamente la cabeza hacia la ventana. La lluvia golpeaba contra el marco, resonando por toda la habitación. Consideró la posibilidad de saltar y correr hacia la estación a pie. ¿Pero podría hacerlo? ¿Quince minutos bajo la lluvia torrencial y los truenos? Podría llamar a un taxi. O a Yasmin. O tal vez a alguna de las otras Arpías. No, no tenía tiempo. Todas vivían lejos, y además, probablemente todas estarían intentando llegar al mismo sitio por su cuenta.

Todo esto era inútil. Estaba perdiendo el tiempo. Su mejor opción era el hombre que proclamaba quererla.

Si ese era el caso, entonces era hora de que lo demostrara.

Balanceó las piernas por el borde de la cama, se cambió a unos vaqueros ligeramente gastados y un fino jersey azul marino, cogió un chubasquero de su armario y preparó una bolsa con lo esencial: su móvil, cartera, un juego de llaves de repuesto, perfume y un cepillo para el pelo. Después abrió la puerta y se apresuró hacia el salón. Encontró a Tomek tumbado en el sofá, navegando por su iPad, adormilado. En cuanto la vio, bajó el iPad dejándolo plano sobre su estómago.

—¿Adónde vas? —preguntó.

—Necesito que me lleves a la estación —dijo ella sin rodeos.

Tomek miró su reloj. —¿Ahora? Son casi las nueve. Y está diluviando. No.

—Por favor.

—¿Para qué?

—Es urgente.

—¿Por qué? ¿Qué ha pasado? —su tono era dubitativo. Si iba a convencerlo, tendría que ser muy persuasiva.

Vamos, Kasia, piensa.

—Es Yasmin. La han echado de casa. Ella y su madre... han estado discutiendo. La... la echó esta tarde y quiere que me reúna con ella.

Tomek tardó un momento en responder. Su rostro se contrajo mientras consideraba lo que ella había dicho, mientras consideraba la mentira. El pulso le latía con fuerza y su corazón se aceleraba mientras esperaba y esperaba, esperaba y esperaba. Confiando, rezando para que la creyera. Estaba conteniendo la respiración y podía sentir cómo sus pulmones le gritaban que la soltara.

—¿Por qué necesitáis quedar en la estación? —preguntó él.

La liberación llegó, pero no era la que esperaba. —Porque va a estar allí.

—¿Le has dicho que puede quedarse aquí?

Mierda.

—No —respondió—. Quiere que me suba a un tren con ella, para que vayamos a Benfleet. —Podía sentir cómo la mentira se deshilachaba mientras lo decía. *¡Vamos, sé más convincente! ¡Haz que tenga más sentido!* Y entonces se le ocurrió—: Tiene una prima mayor que ha aceptado dejarla pasar la noche, pero quiere que yo la acompañe para que podamos... para que podamos hablar sobre ello.

Tomek no dijo nada.

—Necesito estar ahí para ella. Es serio, papá.

—No te estoy discutiendo eso. Pero creo que debería volver a casa. Quizás debería llamar a su madre —dijo Tomek mientras alargaba la mano hacia su teléfono.

—¡NO!

Tomek se quedó inmóvil. —¿Por qué no?

—Porque no te corresponde a ti meterte.

—Si está siendo una mala influencia para ti, creo que tengo todo el derecho a involucrarme.

—¿Una mala influencia? No está siendo una mala influencia.

Esto no iba bien. Se estaban desviando, alejándose cada vez más del tema. Y se estaba quedando sin tiempo rápidamente.

—Simplemente no se han estado llevando bien, eso es todo —continuó.

—¿Quieres decir como *nosotros* no nos llevamos bien?

Kasia inhaló bruscamente, golpeando el suelo con el pie. *No caigas en la provocación. No digas nada. Simplemente... suplica*.

—Por favor, papá. Está pasando por un mal momento y necesita que alguien la ayude. Tú... tú debes saber lo que es eso. No tuviste a nadie cuando tú... Ya sabes, cuando te fuiste de casa...

Diana en el blanco.

La expresión en el rostro de Tomek cambió de una de duda a una de consideración. De repente se volvió pensativo, sopesando las ideas en su mente.

Vamos. Vamos. Vamos.

Contuvo la respiración nuevamente.

Finalmente, Tomek cedió y aceptó.

Liberó el aire de sus pulmones en una gran exhalación y se paseó por la habitación, cogiendo todo lo que él necesitaba. La sudadera que yacía esparcida sobre el lateral del sofá. Sus zapatos. Las llaves del coche y de casa.

El tiempo se agotaba rápidamente. Tenía poco más de ocho minutos para llegar. Y mientras saltaban al coche, rezó para que no hubiera tráfico.

El ambiente dentro del coche estaba tenso. Ella estaba al borde del asiento, inquieta, golpeando con los pies al ritmo de la lluvia que azotaba el techo. En su mente gritaba a los otros coches en la carretera, recriminándoles por no apartarse, o por salir justo delante de ellos. Peor aún, gritaba internamente por la forma de conducir de Tomek. De todas las veces que podía no tener ningún sentido de urgencia, había elegido ahora.

Tocaba repetidamente su teléfono, comprobando la hora cada diez segundos.

—¿Cuál es la prisa? —preguntó él, echando un vistazo a su pantalla.

—Está en el tren de las veintiuna cero siete.

Él miró el salpicadero.

—Ah.

—Sí.

—¿Tienes billete?

¡Joder! ¿Cómo podía olvidarse de comprar un billete? Su mente había estado tan preocupada que...

Desbloqueó su teléfono y compró uno en línea, a través de la aplicación c2c. No le importaba cuánto costara. Todo lo que le importaba era llegar a tiempo.

Tenía tres minutos para llegar a la estación, escanear su billete digital y alcanzar el andén antes de que llegara el tren.

Cuatro minutos para demostrar a Zeus y al resto de las Harpías que estaba lista, que estaba comprometida.

Si lo perdía, la repudiarían. Si lo perdía, la expulsarían del grupo. Su familia, sus hermanas. Las únicas hermanas y verdaderos familiares que había conocido. No podía soportar la idea.

Un minuto después, en la cresta de la colina que descendía hacia la estación, se detuvieron en un semáforo de obras. La lluvia seguía golpeando fuertemente el techo y las ventanas, y los limpiaparabrisas luchaban por mantener el ritmo. Aparte del coche detrás de ellos, no había nada a la vista. Ningún coche por la derecha, ninguno por la izquierda, y ninguno viniendo en sentido contrario.

Estaban simplemente allí sentados, con el tiempo pasando.

—¡Dios, ¿por qué tarda tanto esta mierda?! —gritó mientras su pie alcanzaba nuevos niveles de golpeteo.

—¡Ese vocabulario, Kasia!

Ella lo ignoró. ¿Por qué parecía tan tranquilo con todo esto? ¿Qué sabía él que ella no? ¿Estaba intentando sabotearla? ¿Sabía que las obras iban a estar ahí? ¿La había traído por este camino a propósito?

Finalmente, después de lo que pareció una eternidad, el semáforo cambió a verde, y Tomek puso suavemente el pie en el acelerador. El descenso por la colina le pareció el más largo de la historia, y para cuando llegaron a la estación, quedaba un minuto. Oyó al tren entrar en el andén mientras abría la puerta del coche. Corrió hacia la estación bajo la lluvia torrencial sin siquiera despedirse o dar las gracias.

Pero era demasiado tarde. Cuando llegó a las barreras, el código QR de su teléfono no funcionaba. Las gotas de lluvia en su pantalla lo habían distorsionado, y mientras las limpiaba con su sudadera, el tren se alejó, desapareciendo en la oscuridad.

La boca de Kasia se abrió pero no salió nada. Quería gritar, llorar, pero no había nada. Se sentía desconsolada, vacía. Eso era todo. Estaba fuera de las Harpías. Había arruinado su única oportunidad de probarse a sí misma, de entregarse completamente a la causa.

Quería vomitar, y durante mucho tiempo se quedó allí, mirando fijamente el espacio en el andén donde había estado el tren, con la mente vacía de cualquier pensamiento. No fue hasta que un revisor le habló que finalmente reaccionó.

—¿Estás bien, cariño? ¿Necesitas ayuda con tu billete?

Ella lo ignoró y se alejó antes de que pudiera acercarse demasiado. Luego le dio la espalda y caminó pesadamente de regreso hacia Tomek, con la lluvia azotándole la cara. Cuando puso la mano en la manija de la puerta, un relámpago destelló y un trueno retumbó sobre su cabeza.

Zeus estaba enfadado, furioso. Y todo era culpa suya.

No. No era culpa suya.

Era culpa de Tomek.

—Siento que lo hayas perdido —dijo él cuando ella volvió a subir.

—No, no lo sientes —siseó—. ¡Es toda tu puta culpa! Lo hiciste a propósito, ¿verdad? Hiciste que lo perdiera. Y ahora... ahora no puedo... Dios, te odio. Te odio tanto, joder. Llévame a casa. Llévame a casa ahora mismo.

Tomek la miró horrorizado. No sabía qué decir. Al final, no dijo nada mientras metía la palanca de cambios en primera y se alejaba con el sonido de la furiosa lluvia de Zeus golpeando el parabrisas y los fuertes truenos en lo alto.

Zeus estaba furioso. Y no había nada que pudiera hacer al respecto.

Había perdido a su familia.

Ya no era miembro de las Harpías.

CAPÍTULO
TREINTA Y OCHO

Gruesos mechones húmedos de pelo se le pegaban a la cara. La lluvia seguía azotándola a ella y al resto de las chicas desde todos los ángulos mientras olas de truenos ondulaban a través del manto de nubes sobre sus cabezas.

El cuerpo en sus brazos se sentía pesado, arrastrándola hacia abajo. Él estaba inconsciente, sus brazos colgando inertes a los lados. Era su trabajo sostenerlo y mantener el cuchillo presionado contra su garganta, pero sus bíceps gritaban bajo el peso.

El resto de las Arpías la rodeaban, sus finas camisas y pantalones adheridos a sus cuerpos. Algunas eran tan delgadas y frágiles que podía ver los contornos de sus costillas y clavículas a través de la tela. Había una mirada demoníaca en todos sus ojos mientras observaban fijamente a Yasmin y al hombre. Detrás de todas ellas, refugiado bajo el castillo, estaba Zeus. Gritos y lamentos, combinados con carcajadas de risa maligna, como los aullidos de una manada de hienas, llenaban el aire, aunque rápidamente eran ahogados por el retumbar de los truenos encima.

Zeus estaba furioso. Y como resultado, ellas también.

—La guerra racial comienza esta noche —gritó él, con voz profunda; la más profunda que jamás le había oído. Casi sobrenatural—. Y ahora debemos hacer nuestro próximo sacrificio.

Chasqueó los dedos, y una de las chicas corrió hacia él. Le susurró algo al oído, y un momento después ella se precipitaba hacia Yasmin. Sin decir nada, la chica, Peppy Piper, abofeteó al hombre en

la cara. El movimiento fue tan repentino y contundente que su cabeza se balanceó de un lado a otro. La hoja en la mano de Yasmin estaba tan cerca de perforar su piel, y sin embargo él no se movió, no reaccionó.

Otra bofetada. Otro balanceo hacia un lado.

Esta vez, el hombre parpadeó, lentamente. Tan pronto como volvió en sí, Bright Muffin levantó su Táser y lo apuntó. Silent Horsechick y Auspicious Almond sacaron cuchillos de cocina de treinta centímetros de sus cinturas. En la oscuridad, no había destellos del metal, ningún reflejo de luz atrapado en la hoja, pero cada Arpía sabía que estaban ahí.

El hombre en los brazos de Yasmin murmuró y gorjeó por la sangre en su boca. Al principio sus palabras eran ininteligibles, pura basura. Pero después de haber escupido y expulsado la sangre sobre su pecho, dijo: —¿Qué coño está pasando? ¿Dónde estoy? ¿Qué está ocurriendo?

—Desnudadle —llegó la orden desde atrás.

De inmediato, las chicas agarraron al hombre por el cuello, desgarraron su camiseta con los cuchillos y la hicieron jirones. Lo siguiente en la lista fueron sus pantalones. Las chicas fueron tan rápidas en arrojarlo al suelo y desnudarlo, que el hombre apenas tuvo tiempo de protestar. Eso, y porque el cuchillo en la mano de Yasmin todavía se mantenía firmemente contra su garganta. Podía sentir sus músculos tensándose bajo sus brazos. Su pulso latiendo a través de su cuello. El rápido subir y bajar de su pecho mientras la adrenalina recorría su sistema. Había tanta fuerza en él, tanto poder. Y sin embargo, no podía usar nada de eso. Ella lo controlaba. Lo había domado. *Ella* era la que tenía el poder, y se sentía viva con ello, consumida por ello.

—Ponedlo de rodillas —ordenó Zeus, aún en la oscuridad.

Yasmin no perdió tiempo en maniobrar al hombre hasta ponerlo de rodillas, todos sus noventa kilogramos. Ajustando su agarre en la hoja, le agarró el pelo e inclinó su cabeza hacia atrás, orientando su cara hacia el cielo. Las gotas de lluvia caían en sus ojos y él parpadeaba frenéticamente, pero no se atrevía a mover la cabeza. No a menos que quisiera morir.

—Por favor —comenzó a suplicar—. Por favor, no he hecho nada. No sé qué queréis, pero yo no lo hice. Tenéis que creerme. No tenéis que hacer esto. Siento todas las cosas que dije. No las decía en serio.

Yasmin miró fijamente sus ojos mientras hablaba. Que alguien mucho mayor y físicamente más fuerte que ella estuviera suplicando por su vida la llenó de aún más euforia. Con un rápido movimiento, podría acabar con él, podría terminar con su vida y derramar su sangre.

—Cállate —siseó, escupiéndole en la cara—. ¡Cállate!

El hombre hizo lo que se le ordenó, salvo por algunos murmullos bajos que vibraban contra la hoja. Poco después, comenzó a sollozar, llorar y temblar en sus brazos.

—¡Basta! —llegó el grito de Zeus.

Entonces, todo pareció detenerse. La lluvia, los truenos, los relámpagos. Los temblores, los latidos del corazón del hombre, los latidos del suyo propio.

Y entonces él apareció, emergiendo de las sombras. Se había quitado la parte superior, y en la tenue luz, ella podía distinguir los músculos que la habían sujetado con tanta fuerza solo horas antes. Pobre Kasia, se estaba perdiendo esto. Estaría fuera de las Arpías para siempre. Pero no podía pensar en eso ahora. Necesitaba estar en el momento, entregándose por completo a Zeus y a lo que él le pedía.

Él se acercó con paso arrogante y levantó una mano. Tan pronto como lo hizo, un relámpago cruzó el cielo, revelando su cara y la de las chicas. Eran como una manada hambrienta de lobos, esperando la orden para atacar.

Y entonces la dio.

—Matadle.

CAPÍTULO
TREINTA Y NUEVE

Una multitud se había formado en una de las entradas del castillo de Hadleigh. Más allá de los arbustos, la torre restante del recinto de English Heritage se alzaba, oscura y amenazadora, contra un telón de fondo gris plomizo.

Cuando Tomek salió de su coche, pisó un charco. El agua le salpicó la pierna y maldijo entre dientes. No estaba de humor. No después de la noche anterior. No después de que Kasia se hubiera puesto como una fiera con él. Se había quedado tan desconcertado, tan herido y destrozado, que no había dicho nada durante el camino a casa, ni cuando llegaron, ni por la mañana. De hecho, había salido de casa antes de que ella se levantara para ir al colegio. Podía prepararse y llegar allí por su cuenta, si quería comportarse como una mocosa malcriada, la desagradecida. Se estaba quedando rápidamente sin ideas sobre qué hacer con ella, cómo manejar sus arrebatos.

Afortunadamente, le habían proporcionado una distracción: otro cadáver, esta vez en el castillo de Hadleigh, uno de los monumentos más preciados de Essex.

Un agente de policía uniformado vigilaba el cordón junto a la puerta, haciendo retroceder a la gente, explicándoles que el castillo estaba cerrado a los visitantes. Cuando Tomek llegó, se sacudió el agua de lluvia de la pierna y se cambió a un traje forense en una carpa cercana. Firmó en el registro, luego se agachó bajo el cordón, preparándose para la brutalidad que yacía más allá de los setos.

El castillo de Hadleigh había sido construido por Hubert de Burgh hace más de ochocientos años. Desde entonces, había pasado de mano en mano durante casi cien años hasta que el rey Eduardo III lo utilizó como residencia real. En los siglos siguientes, había pasado por muchas manos y sobrevivido a la Guerra de los Cien Años, hasta que, en el siglo XVI, sus materiales fueron vendidos y partes del castillo demolidas. Desde entonces, las ruinas, de las que solo quedaban la barbacana y dos torres circulares, se habían erguido sobre la costa y las marismas del sur de Essex.

Tomek lo había visitado docenas de veces durante su adolescencia, colándose por la puerta para beber con sus amigos del colegio. Lo único que recordaba de aquellas noches era que hacía frío y estaba completamente oscuro. Los teléfonos móviles no existían entonces, así que él y sus amigos dependían de la linterna del padre de un colega o de la débil luz de la luna para iluminar el camino y a los desconocidos con los que acababan encontrándose allí.

La idea de Kasia colándose y bebiendo en la cima de la colina cruzó brevemente por su mente, pero afortunadamente, antes de que pudiera enfurecerse aún más, se distrajo al ver a alguien vestido con un traje de SOCO resbalando en el barro. Tomek reprimió una risa, por si se había hecho daño. Pero cuando se acercó y se dio cuenta de que había sido Chey, fue incapaz de controlarse. El sonido resonó y rodó por las colinas.

—Siempre eres tú —dijo Tomek mientras ayudaba al hombre a ponerse en pie.

—¡Son estas malditas fundas para zapatos! ¿A quién se le ocurrió hacerlas sin ninguna puta adherencia? ¡He estado resbalando como un jodido Bambi sobre hielo aquí!

Tomek se rio sin poder contenerse.

—No ayuda que estos zapatos tampoco tengan agarre —continuó Chey, sacudiéndose el barro del traje.

—Creo que ya es hora de deshacerse de ellos, tío —dijo Tomek, quitando un grumo de barro del hombro de Chey—. Nadia casi se desmayó la última vez que te los quitaste.

—¿Por eso compró todos esos ambientadores?

Tomek inclinó la cabeza.

—Mierda. *He estado* mirando un par nuevo.

Tomek le dio una palmada en la espalda. —Tal vez asegúrate de que los próximos sean adecuados para el senderismo de montaña y largas caminatas por las playas antes de comprarlos, ¿vale?

Chey gruñó y, con la cabeza baja, se arrastró de vuelta hacia la escena del crimen. A pocos metros de ellos, se había levantado una pequeña carpa forense alrededor del cuerpo, pero quedaba empequeñecida por la torre de la barbacana que la superaba por varios metros. Tomek recordó haber intentado escalar la torre una vez para impresionar a una chica, pero había terminado cayéndose y lastimándose gravemente el codo, las palmas de las manos y el ego. Tanto así que había aprendido la lección y no lo había intentado desde entonces.

De pie fuera de la carpa estaba el jefe de la escena del crimen, Rory Stevens. Se mantenía con las manos detrás de la espalda y los hombros encorvados hacia delante. Bajo su mascarilla y traje de papel, un par de ojos cansados e inyectados en sangre le devolvieron la mirada a Tomek.

—¿Has estado llorando? —preguntó Tomek.

—Qué gracioso. Fiebre del heno.

—Vaya.

—Sí, es una cabrona en esta época del año. Y especialmente en un lugar como este.

—¿Te refieres a donde hay muchos espacios abiertos y mucho viento?

Rory gruñó, le dio la espalda a Tomek, y luego se dirigió hacia la carpa. Mientras levantaba la solapa, dijo: —Ten cuidado, *tú* podrías acabar llorando después de ver esto.

Rory se equivocaba. Lo primero que Tomek quiso hacer en cuanto vio el cuerpo no fue llorar.

Fue vomitar.

Se preguntó si eso era lo que Chey había huido a hacer fuera de la carpa antes de caer sobre la hierba y perder repentinamente la sensación en cuanto Tomek había llegado.

La escena del crimen hacía eco de la de Michael Edwards. La víctima era un hombre, de unos treinta y tantos años, de complexión media. Le habían cortado la garganta, su cuerpo estaba cubierto de heridas punzantes, y Tomek notó las mismas dos heridas de Táser en su pecho. Su cuerpo había sido colocado completamente de espaldas, con brazos y piernas extendidos. Tomek no pudo determinar si había sido dispuesto así deliberadamente, o si era simplemente la forma en que el cuerpo había caído después de ser brutalmente apuñalado.

Las similitudes eran demasiado evidentes como para pensar que no estaban relacionadas. Aunque esta vez, había algo diferente en el asesinato, algo más preocupante. Tomek tuvo la sensación de que había sido más frenético, más salvaje. El número de heridas punzantes en el pecho y abdomen del hombre era, a simple vista, casi el doble de las encontradas en Michael Edwards. Sin embargo, durante la noche, la lluvia había eliminado la mayor parte de la sangre, y todo lo que quedaba ahora estaba coagulado y moteado por las últimas gotas de agua de lluvia que salpicaban su cuerpo sin vida.

—Hicimos lo posible por protegerlo de la lluvia, pero parece que la mayor parte de la sangre se ha ido —comenzó Rory, como si escuchara los pensamientos de Tomek—. Lo encontró un grupo de escolares que iban camino a clase. Pobres críos. Seguramente les ha dejado una cicatriz de por vida.

Cuánta verdad hay en eso, pensó Tomek, mientras su mente se dirigía a su hermano muerto, Michał. El cuerpo frente a él estaba en un estado demasiado similar al que había encontrado treinta años atrás.

—Como probablemente habrás notado al entrar, hemos extendido el cordón exterior bastante lejos. Tanto como nos ha sido posible. Hay pisadas por todas partes, pero me han dicho que fue un grupo de diez niños quienes lo encontraron, así que es muy posible

que muchas de las huellas embarradas que ves a tu alrededor sean suyas. No obstante, tomaremos todas las muestras que podamos.

—Todas ellas —ordenó Tomek.

—Sí. Todas ellas.

—Incluyendo las rutas que conducen hacia las vías del tren. Los asesinos podrían haber huido en cualquier dirección.

Tomek se tomó un momento para examinar su entorno más amplio. Al norte estaba el centro de Hadleigh; al este, un gran campo; al oeste, el antiguo circuito olímpico de ciclismo de montaña; y al sur había una empinada colina que conducía a la línea ferroviaria que transportaba pasajeros desde Shoeburyness hasta Fenchurch Street. En su mente, imaginó a los asesinos separándose, huyendo en todas direcciones diferentes, y dispersándose en la oscuridad del campo de Essex.

—¿Cuántas? —preguntó Tomek.

—¿Cuántas qué?

—¿Cuántas heridas?

Rory examinó el cuerpo. —Un recuento rápido sitúa el total en cuarenta y seis.

—Dios mío —comentó Chey—. Es como si hubieran usado su cuerpo como piñata.

—¿Alguna idea de cuántas hojas podrían haberse utilizado?

Rory negó con la cabeza. —No hasta que tu patólogo pueda medirlas. Pero, basándome en lo que vi el otro día, diría que estás buscando el mismo número. Alrededor de tres o cuatro.

Tomek asintió y se puso en cuclillas. Mientras comenzaba a examinar el cuerpo, el débil olor a orina le llegó a la nariz.

—¿Se orinó encima?

—Lo más probable —respondió Rory con un gesto afirmativo—. Tú también lo harías si estuvieras en su situación.

—Y lo que no está escrito —replicó Tomek mientras estiraba las piernas—. ¿Hay algo más que debamos saber?

Rory no respondió. En su lugar, abrió la solapa y salió de la tienda. Tomek y Chey le siguieron al exterior, hacia la barbacana. Tomek se quedó helado tan pronto como la vio.

QUE COMIENSE LA GUERRA RACIAL había sido garabateado en la mampostería con sangre, falta ortográfica incluida. Largos y delgados regueros de sangre habían goteado por el ladrillo deteniéndose unos centímetros más abajo. El mensaje había sido preservado y protegido de los elementos mucho mejor que el cuerpo. Quien lo había puesto allí quería que se viera. En el suelo, junto a la pared, cubierta por una capa de tierra y polvo, estaba la camiseta de la víctima, rasgada y ensangrentada.

—¿Presumiblemente eso se hizo usando la sangre de la víctima y también su camiseta? —preguntó Tomek.

—Esa es la teoría —respondió Rory.

Los tres hombres se tomaron un minuto para leer de nuevo el mensaje, para asimilarlo.

—¿De qué guerra racial crees que están hablando? —preguntó Chey—. ¿No es eso las Olimpiadas?

—¿Qué coño acabas de decir? —Tomek lanzó al joven detective una mirada profundamente intimidante y de desaprobación.

—Guerra *racial*. Los cien metros lisos y todas las otras pruebas de carrera que hacen en las Olimpiadas. Yo no lo llamaría una *guerra*, precisamente, pero todos están compitiendo desde diferentes países, ¿no?

—No es de eso de lo que está hablando, pedazo de idiota —exclamó Tomek con incredulidad—. *Kurwa macz.*

—Dios santo —se lamentó Rory—. ¿Cómo se puede ser tan estúpido?

—Voy a pedirle a tu madre que te confisque el móvil —añadió Tomek—. Todas esas redes sociales están causando un absoluto destrozo en tu cerebro.

Chey levantó las manos en señal de rendición. —Error sincero. De verdad. ¿De qué está hablando entonces?

Tomek soltó un largo suspiro por la nariz, serenándose antes de explicar el simple término a su colega. —Una guerra entre razas. Ya sabes, blancos, negros, asiáticos. *Esas* razas.

Los ojos de Chey se abrieron con comprensión. —Ahora lo entiendo. Entonces, ¿quien hizo esto cree que se avecina una?

Cruzando los brazos sobre su pecho, Tomek dijo: —O eso, o están intentando incitar una.

CAPÍTULO
CUARENTA

El nudo en el estómago de Kasia no había disminuido desde que salió de la estación de tren, hacía poco más de dieciséis horas. La paralizaba, se enroscaba alrededor de cada centímetro de su cuerpo y la hacía sentir enferma. Había estado distraída durante todas sus clases esa mañana y, mientras cruzaba el patio, manteniendo la cabeza agachada y abrazando su mochila firmemente contra el pecho, la sensación se intensificó.

Yasmin la esperaba en su lugar habitual. Pero hoy, Kasia no tenía ganas de verla. No sabía si podría soportarlo. No había recibido palabra de ninguna de sus hermanas Arpías la noche anterior, ni un mensaje ofreciendo sus condolencias o apoyo. Tampoco había recibido nada de Zeus.

En ese momento, no quería estar allí. No quería estar en ninguna parte. Quería hacerse un ovillo y simplemente desvanecerse. Tal vez incluso cortarse la garganta como sus hermanas habían descrito que hicieron con Michael Edwards.

Pero Yasmin tenía otras ideas. Su amiga corrió a través del campo y agarró a Kasia del brazo, tirando de ella.

—¡Vamos! —gritó.

—Yas, no quiero...

—Cállate y escucha —insistió su amiga, casi arrancándole el brazo—. Tengo tanto que contarte que ni te imaginas.

Yasmin la tiró al suelo con tanta fuerza que Kasia perdió el equilibrio y sus piernas volaron por el aire. Como si no estuviera ya

bastante avergonzada.

—¿Qué está pasando? —siseó—. No pensé que querrías... querrías hablar conmigo.

Y entonces Yasmin volvió a la realidad. La expresión emocionada de su cara se volvió taciturna, casi melancólica.

—Yo... —comenzó, de repente incapaz de mantener contacto visual—. No sé qué decir. Tú... ¿recibiste el mensaje, verdad?

Kasia tardó un momento en responder. Su amiga *sabía* que había recibido el mensaje. *Sabía* que había perdido el tren. Entonces, ¿por qué fingía?

—Perdí el tren, Yas. Lo perdí todo por unos putos semáforos cerca de la estación. No sé qué hacer... no sé qué decir. ¿Debería mandarle un mensaje a ver si me acepta de vuelta? ¿Dijo algo sobre mí anoche? ¡Estoy entrando en pánico!

Yas tomó su mano y la agarró con fuerza. —Me sentí muy decepcionada cuando no apareciste —dijo, dando un pequeño apretón—. Quería tanto que estuvieras allí. Pero... —Inhaló profundamente—. No sé qué pasa ahora. Él no dijo nada. Él... tendré que escribir a las chicas y ver qué recomiendan. ¿Te han expulsado oficialmente del grupo de chat?

Kasia comprobó rápidamente en su teléfono. No la habían expulsado. Todavía tenía acceso.

—Eso es positivo...

Kasia puso los ojos en blanco y giró la cabeza hacia un lado. No podía ver nada positivo en ese momento.

—Déjame hablar con las chicas —repitió Yasmin, colocando su otra mano en el hombro de Kasia—. Estoy segura de que si explicas el motivo, quizás te perdone.

—¡Claro que no lo hará! —espetó Kasia—. No es suficiente. Necesito darle todo. No puedo permitirme cometer errores así. Fue inaceptable. No puedo dejar que algo así vuelva a suceder, ni durante la guerra racial, ni en la próxima vida, ni nunca.

Yasmin le ofreció una mirada que indicaba que la entendía y estaba completamente de acuerdo con ella.

Suspirando, jugueteando con su teléfono entre los dedos, mirando fijamente al campo, Kasia dijo: —Venga, ¿qué pasó anoche

entonces? ¿Qué me perdí?

Una parte de ella no había querido escucharlo. Le habría provocado un enorme caso de FOMO, y sumado a la culpa y vergüenza que ya sentía, habría sido suficiente para hacerla querer quedarse encerrada el resto de su vida. Pero la otra parte, la más curiosa e inquisitiva —la más *comprometida*— estaba ansiosa por saber. Había sido una Arpía durante más de una semana, había invertido su tiempo, energía, cuerpo y esfuerzo en convertirse en una; sentía que merecía saberlo, que se lo debían.

Y después de escuchar todo, con detalle minucioso y doloroso, la sensación de FOMO aumentó. Se había perdido el inicio de la guerra racial. Se había perdido el principio del fin de los días. Todo por un maldito semáforo.

Se sentía indiferente sobre el brutal asesinato que había tenido lugar. A estas alturas, había oído tanto sobre la necesidad de iniciar la guerra racial, y cómo debía ser incitada, que se había normalizado en su cabeza. Era necesario. Una vida perdida para la mejora de la raza humana. Una vida perdida para que el salvador pudiera salvarla.

Era vital que el hombre fuera asesinado, independientemente de quién era o qué familia tenía, si es que tenía alguna, en casa.

La hora del almuerzo terminó rápidamente. Al sonar el timbre, recogieron sus cosas y se dirigieron hacia el aula. Habían llegado al otro lado del campo cuando sonó el teléfono de Kasia.

Se quedó paralizada. Miró la pantalla. Luchó por contener el grito.

—¡Es él! ¡Está llamando!

—¡Contesta! ¡Contesta! —Yasmin le puso el teléfono de Kasia en la cara—. ¡Por Dios, contesta!

Los nervios de repente invadieron su cuerpo. Su brazo temblaba mientras sostenía el teléfono, que ahora parecía pesar mil toneladas en su mano. Lenta, cautelosamente, contestó la llamada y se llevó el dispositivo a la cabeza.

—¿Diga? —dijo, con un nudo en la garganta y el pulso acelerado.

—¿Está sola? —llegó la voz profunda y sombría.

Kasia cruzó la mirada con su amiga. —Yas está conmigo —respondió—. Estamos a punto de volver a clase.

—Déjala —ordenó Zeus—. Y deja la escuela.

—Sí. Por supuesto. Lo que sea.

Kasia no dudó. Se despidió de Yasmin con un gesto, le dio la espalda y se dirigió hacia la puerta del colegio. Una vez fuera, se quitó la corbata y la chaqueta, cosas que la identificarían fácilmente como alumna del Colegio King John, y tomó un atajo por una calle residencial.

—Zeus, lo siento mucho por haberme perdido—

—Basta —dijo él, silenciándola al instante—. Tienes una falta en tu contra. Estás en deuda. Has cavado tu propia tumba, pero ¿estás dispuesta a salir de ella?

—Sí.

—¿Estás dispuesta a cumplir tu profecía?

—Sí.

—¿Estás comprometida?

—Sí.

—¿Cuán comprometida?

—Muchísimo, de verdad. Tanto que ni siquiera puedo expresarlo con palabras.

Hubo una larga pausa y, por un breve momento, se preguntó si la llamada se había cortado.

—¿Estás lista para morir a ti misma? —preguntó Zeus finalmente.

—Sí. Absolutamente. Al cien por cien. Estoy completamente entregada. No quiero decepcionarle de nuevo, Zeus. Me aseguraré de que nada como lo de anoche vuelva a ocurrir jamás, jamás, jamás. Tiene que creerme. Estoy lista para morir a mí misma.

Otra pausa, aún más larga que la primera.

—Muy bien. Tienes suerte. Te he mirado con buenos ojos y todavía hay una oportunidad de estar con nosotros cuando llegue la guerra racial. Lo de anoche no ha funcionado como esperábamos. El diablo ha estado jugando sus trucos con nosotros otra vez, pero he visto una profecía que indica que se acerca pronto. Muy pronto. Pero debemos actuar rápido. El diablo ha estado escuchando y puede que

esté al tanto de nuestros planes. ¿Estás lista para luchar contra el diablo?

—¡Sí!

—Entonces debes morir a ti misma, Kasia. Y ahora debes hacer todo lo que yo diga.

—Por supuesto. Estoy lista. Estoy dispuesta.

CAPÍTULO
CUARENTA Y UNO

Tomek estaba en medio de la transcripción de sus notas sobre la declaración de la testigo Elizabeth Spall cuando sonó su teléfono. Inmediatamente sintió una sensación de temor mientras el dispositivo vibraba contra su pierna. Ese temor solo se intensificó cuando se dio cuenta de quién llamaba. Una parte de él casi no quería contestar. Evitarlo, dejarlo, fingir que estaba ocupado, huir de ello. Pero la otra parte comprendió la necesidad y urgencia de deslizar el dedo y responder a la llamada, como si fuera una especie de superhéroe mediocre.

—Inspector Bowen al habla —dijo como si no supiera quién estaba al otro lado.

—Hola, señor Bowen —comenzó la voz—. Soy la señorita Holloway, del colegio de Kasia. ¿Cómo está usted?

—No me puedo quejar —dijo—. Por ahora, al menos.

La señorita Holloway soltó una risa incómoda a través de la línea.

—Estupendo. Es solo que... me preguntaba si podría acercarse al colegio en cualquier momento entre ahora y el final del día.

Tomek miró el reloj y después su calendario.

—Puedo ir ahora. ¿Por qué, qué ha hecho esta vez?

Descubrió la respuesta casi media hora después.

—El señor Peters, uno de nuestros profesores de educación física, la encontró dirigiéndose hacia el Puente Gitano —explicó la señorita Holloway—. Tuvo que correr a toda velocidad por el paseo marítimo para alcanzarla.

Tomek lanzó una mirada furiosa a Kasia.

—¿Te estabas escapando? —siseó.

Ella estaba sentada con las piernas y los brazos cruzados, su mochila posada sobre la rodilla, y un gran trozo de chicle en la boca. No dijo nada.

—¿Qué estabas haciendo? —preguntó Tomek.

Silencio absoluto.

—¿Adónde ibas?

Más silencio.

—¿Con quién estabas? ¿Con quién te ibas a encontrar?

Kasia no respondió. A su lado, la señorita Holloway se movía incómodamente, cambiando el peso de un pie al otro, jugueteando con sus manos. Pero a Tomek no le importaba. Estaba más que dispuesto a llevar a cabo el interrogatorio —siendo tan duro y contundente como pudiera— allí mismo y en ese momento, independientemente de si la señorita Holloway deseaba o no permanecer presente.

—¡Kasia, contéstame! —ladró, con una voz que casi alcanzaba un bramido—. ¿Por qué abandonaste el recinto escolar? ¿Te lo estaba diciendo alguien? ¿Fue una broma o uno de esos estúpidos retos que hacen los jóvenes hoy en día? ¿Qué te poseyó para salir fuera del recinto escolar? Podría haberte pasado cualquier cosa. Podrías haber sido atropellada por un coche o, peor aún, alguien podría haberte cogido.

Si Kasia comprendía la gravedad de sus acciones, no lo demostró. En cambio, su atención se desvió de Tomek hacia el mobiliario del despacho del director. A los tres se les había dado tiempo y espacio para discutir el comportamiento de Kasia sin temor a ser interrumpidos.

—¿Puedo ir a las tiendas?

La pregunta fue tan fuera de lugar, tan descontextualizada, que tardó un rato en darse cuenta de lo que había dicho y de que se estaba dirigiendo a él. Cuando finalmente lo entendió, su mano se crispó. El movimiento fue apenas perceptible, como si fuera a levantarla para abofetearla, pero la señorita Holloway lo notó, y su expresión se tornó inmediatamente en una de preocupación.

Tenía tantas ganas de golpearla, darle una bofetada tan fuerte por ser tan desobediente —de la manera en que sus padres lo habían hecho con él cuando se había portado mal de niño pequeño — pero no pudo hacerlo. Ese no era él. No era quien él era. No era como sus padres. Y sabía que la violencia no era la respuesta. Además, si hacía algo, sabía que tendría a los servicios sociales encima antes de que pudiera recuperar la sensibilidad en los dedos.

—Absolutamente no —le dijo a Kasia—. Ni de coña. Vas a volver a casa conmigo, donde pueda vigilarte, y vamos a estar sentados en silencio si hace falta, pero no pienso dejar que vayas a ninguna parte durante la próxima semana. Estás jodidamente castigada.

Pequeña zorra rencorosa, añadió en su cabeza.

CAPÍTULO
CUARENTA Y DOS

La noche se había hecho interminable. Era como ser el acompañante sobrio y tremendamente aburrido en una fiesta llena de borrachos insufribles a los que no conoces.

En cuanto regresaron del despacho del director, Tomek había confiscado el teléfono móvil y el portátil de Kasia, dejándola solo con su Kindle, sus libros de texto y mucho tiempo para reflexionar sobre sus actos. Él había intentado trabajar, realizando llamadas telefónicas desde el salón, tratando de mantenerse al día con sus correos electrónicos en la mesa del comedor y dando seguimiento a sus diversos puntos de acción y notas, pero estaba distraído, incapaz de pensar en otra cosa que no fuera Kasia.

Había pasado la noche dándole vueltas a diversos pensamientos. ¿Por qué se estaba comportando así? ¿Cuál era el catalizador? ¿Qué había desencadenado todo esto?

La única conclusión lógica a la que podía llegar era que estaba siendo acosada. Que alguien en el colegio o posiblemente en internet le había dicho que estuviera en la estación de Leigh a una hora concreta en medio de una tormenta eléctrica, o de lo contrario sería objeto de un ridículo y sometimiento sin precedentes. Quizás por eso había perdido los estribos.

O tal vez la misma persona le había dicho que se saltara las clases, que se metiera en problemas y arriesgara una posible expulsión.

Tal vez también le habían pedido que enviara fotos suyas, y la historia de la masturbación que le había contado no era más que una mentira.

No lo sabía. No sabía qué hacer con ella. Lo estaba poniendo a prueba a todos los niveles imaginables, y se le estaba agotando seriamente la paciencia.

Pero entonces, al final de la tarde, se le había ocurrido una idea, y no había podido quitársela de la cabeza durante toda la noche, despierto, dando vueltas, mirando el reloj, contando las horas y los minutos hasta que fuera posible hacer la llamada.

Y entonces lo había hecho, a primera hora de la mañana.

Afortunadamente, ella había aceptado, y después de cuadrarlo con Nick, Tomek hizo el viaje hasta la prisión HMP East Sutton Park en Kent.

La persona con la que había ido a reunirse ya le estaba esperando cuando llegó.

En los meses desde la última vez que la había visto, había ganado una cantidad considerable de peso. De alguna manera, a pesar de estar en prisión donde abundaban, había logrado dejar las drogas y ahora se la veía mucho mejor por ello. Volvía a tener alma en su cuerpo; había calidez en su rostro y expresión; había vida en el color de su piel, y una luz renovada y vigorosa en sus ojos.

Parecía... normal.

—Hola, Tomek —dijo, sentada tras la mesa en la sala aislada. No se levantó, no intentó estrecharle la mano. En su lugar, simplemente le ofreció una sonrisa de bienvenida, una que, unos meses antes, habría estado llena de veneno y malicia.

—Hola, Anika. Me alegro de verte. Te ves bien —dijo mientras sacaba la silla de debajo de la mesa y se sentaba lentamente.

—Una lástima que no se pueda decir lo mismo de ti —respondió Anika—. De la manera más amable posible, claro —añadió con una sutil sonrisa burlona.

—Por supuesto —respondió él del mismo modo—. ¿Qué tal la vida entre rejas?

—Tan mierda como cabría esperar. Aunque todas mis comidas las pagas tú, así que no puedo quejarme. ¿Qué tal la vida en el

exterior?

Tomek se encogió de hombros.

—Como cabría esperar. Lo mismo de siempre.

—Excepto por una cosa, que supongo es la razón por la que estás aquí.

La sonrisa burlona de Tomek se extendió hasta convertirse en una sonrisa completa.

—Perspicaz, como siempre.

—Se aprenden algunas cosas cuando estás en este lugar. Vamos, ¿qué le ha pasado ahora a nuestra querida hija?

—"Hija" es probablemente la única palabra que usaría para describirla ahora mismo —murmuró Tomek—. No hay nada de querida en ella en estos momentos —Su mirada se apartó de ella mientras se preparaba para explicar. El problema era que no sabía por dónde empezar. No sabía qué era simplemente ser una adolescente malhumorada y cuánto era algo más profundo. Al final, comenzó con la noche de la tormenta eléctrica.

—¿Te gritó por *eso*?

Tomek asintió lentamente.

—¿Por un tren perdido?

—Parecía importante.

—Eso es impropio de ella —dijo la madre de Kasia.

—Lo sé. Por eso estoy aquí.

Anika hizo una pausa antes de responder. Se reclinó en la silla y cruzó los brazos sobre el pecho.

—¿Es la primera vez que te grita así?

Tomek rebuscó en sus archivos de memoria.

—Así, *exactamente*, sí. Últimamente hemos tenido nuestra buena ración de gritos.

—¿Por qué?

—Porque ha estado difícil.

—¿Cómo?

Tomek se lo contó. Desde las joyas hasta los códigos de barras. Desde los bufidos hasta las ausencias escolares. Desde el extraño cambio en su peinado hasta la repentina pérdida de peso. Ella creía que él no lo sabía, pero sí. Lo había notado inmediatamente. La

pérdida de apetito. La negativa a comer nada en la cena. La constante comprobación de su estómago en el espejo o en el sofá. Las señales eran sutiles, pero no si sabías lo que estabas buscando.

—No sé, simplemente parece... diferente —concluyó.

Anika se encogió de hombros.

—A mí no me parece para tanto —se señaló el lado de la cabeza con el dedo índice—. ¿No crees que quizás estás exagerando un poco?

Tomek se tomó un momento para controlar su respuesta.

—¿Cómo explicas la discusión de la otra noche? —preguntó.

—Quizás esté reaccionando con rabia. Es lo que hacen los adolescentes.

—Solo los que tienen algo que ocultar.

—No necesariamente. Podría estar *disgustada* por algo. Podría estar disgustada contigo. Quiero decir, tú eres quien ha estado cuidando de ella estos últimos meses. Y por lo que parece, no has estado haciendo un trabajo muy bueno.

—¿Perdona? —la voz de Tomek se quebró como la de un adolescente sorprendido—. ¿Qué coño acabas de decir?

—Parece que no has tenido mucho éxito cuidando de *nuestra* hija.

—Mira quién habla —siseó Tomek—. Mira dónde estamos, Anika. Mira dónde estás *tú*.

—Cuando te la envié, pensé que estaría mejor quedándose contigo, con su padre... Pero claramente no.

—Yo no pedí esto. No pedí que apareciera en mi puerta —respondió, con la sangre hirviendo—. Pero lo hizo, y yo di un paso al frente. Acepté ser su padre. Acepté cuidarla, mantenerla, protegerla, guiarla... ¿Quién coño te crees que eres para intentar darme lecciones desde dentro de tu celda? Tú eres quien decidió que la arrestaran y acabar en prisión. No yo. ¿Quién puede culparla por sentirse disgustada? Si está enfadada con alguien, ¡es contigo!

CAPÍTULO
CUARENTA Y TRES

Sonó el timbre, retumbando por los pasillos.

Kasia inmediatamente recogió sus cuadernos y bolígrafos, agarró su mochila del suelo y lo metió todo dentro, sin prestar mucha atención al daño que le había causado al cuaderno al entrar.

Otro día, otra clase, otra hora de mierda dedicada a las matemáticas.

Hoy habían estado estudiando proporciones y tasas de cambio. Como de costumbre, no había entendido nada, aunque esta vez la razón era que simplemente no le importaba. Había perdido toda la motivación. ¿Qué importancia tendría todo esto después de las guerras raciales? ¿Qué importaría nada de esto? En el nuevo mundo, ella, Zeus y el resto de las Arpías crearían sus propias reglas, sus propias formas de hacer las cosas, y no incluirían proporciones ni el jodido Teorema de Pitágoras. En su lugar, ella tendría su propio teorema. Uno que sería útil. Uno que realmente ayudaría a la gente.

Había estado fantaseando con su nueva vida juntos. Todos ellos. Zeus, el amo de los dioses, y sus hermanas Arpías. Cómo la vida sería diferente, cómo sería mejor, sin ningún tipo de lavado de cerebro, sin cambio climático, sin guerras. Ellos estarían al mando y tendrían una existencia pacífica y satisfactoria. Zeus les otorgaría los poderes y conocimientos de la agricultura y la supervivencia, y les daría las herramientas necesarias para ayudar a construir un nuevo mundo. A todos ellos.

El día del juicio se acercaba, había dicho. Pronto. Su segundo sacrificio no había sido suficiente para iniciar las guerras raciales. Había habido un error, y Kasia le creía. ¿Por qué no iba a hacerlo? Él era Zeus. Era un dios. Le había hecho ver cosas que nunca hubiera creído posibles. ¿Quién era ella para dudar y cuestionarle?

Cuando finalmente llegara la guerra racial, había dicho, necesitarían hacer un sacrificio más, una ofrenda más, y entonces su salvador los salvaría a todos.

Kasia estaba pensando en el sacrificio cuando salió del aula.

—Kasia, ¿podría hablar contigo un momento?

Al principio, no lo escuchó. No fue hasta que la señora Matthews, una de las profesoras veteranas del colegio, se lo repitió, que finalmente reaccionó.

—Kasia, me preguntaba si podría hablar contigo un segundo, por favor.

Kasia se detuvo en seco, se volvió hacia la señora Campbell —otra de sus profesoras de matemáticas—, puso los ojos en blanco y gruñó.

—Un poco menos de actitud, por favor —dijo la profesora mientras se dirigía a la puerta y la cerraba tras el último estudiante. Luego se acercó a su escritorio y se sentó en el borde. Con ambos brazos, le indicó a Kasia que se sentara.

No tenía ganas de sentarse.

—Por favor —insistió la señora Campbell—. Siéntese.

Al decirlo, Kasia notó que la señora Campbell miraba hacia su brazo. Y entonces se dio cuenta de qué iba todo esto.

Era hora del espectáculo.

Mordisqueándose el labio inferior, Kasia se acercó al pupitre más cercano y sacó una silla de debajo. Con cuidado, lentamente, se sentó.

Preparada.

—¿Cómo está usted? —preguntó la señora Campbell.

Kasia se sorprendió por lo sencilla y fácil que era la pregunta. Esperaba que la profesora fuera directamente al grano. Pero en cambio estaba jugando al juego de la espera.

—Estoy... bien —respondió, tratando de sonar lo más indiferente posible mientras mantenía un elemento de sufrimiento en su tono.

—¿Segura?

—Sí.

—¿Cómo van las cosas en casa?

Kasia apartó la mirada de la profesora y la fijó en el borde de la mesa. Empezó a juguetear con un trozo suelto de la superficie.

—Bien —contestó.

—¿Está segura?

—Sí.

—He oído lo del incidente con la señorita Hendry el otro día. ¿Qué pasó allí?

Kasia se tomó un momento para pensar en el incidente. —¿Con mi móvil? Solo estaba... no sé. Simplemente me pilló con él.

La señora Campbell descruzó los brazos y se agarró al borde de su escritorio. —Y el otro día... —continuó—. Hacer novillos. Eso no suena propio de usted. Nada de esto lo es.

Kasia no respondió. Pensó que tendría más impacto si no decía nada.

—¿Está segura de que todo va bien? —continuó la señora Campbell—. Espero que sepa que este es un espacio seguro. Si alguna vez quiere contarme algo, mi puerta está abierta. ¡Excepto cuando estamos teniendo una conversación, entonces estará firmemente cerrada! Si hay algo que quiera contarme y no quiere que lo comparta, por supuesto que puedo hacerlo. Mi trabajo es cuidar de mis estudiantes, y veo mucho potencial en usted. No me gustaría perderlo.

Por un momento —un breve momento de una fracción de segundo— Kasia se olvidó de sí misma. Se olvidó de Zeus, de las Arpías, de las inminentes guerras raciales. Del fin del mundo. Y por un momento aún más breve, consideró contarle la verdad a la señora Campbell.

—¿Hay algo que quiera decir?

Kasia no respondió. Siguió jugando con el pupitre. Estaba esperando a que las palabras salieran de la boca de la señora Campbell.

—Yo...

—¿Sí?

—Nada.

—¿Segura?

Kasia asintió.

La señora Campbell dejó escapar un largo suspiro, se bajó del escritorio y se dirigió hacia la puerta. Tras dar unos pasos, miró hacia el brazo de Kasia y se detuvo. Su expresión fingía sorpresa, pero Kasia sabía que era falsa.

—¿Dónde te hiciste esos moratones en el brazo, Kasia? —preguntó. Luego sus ojos subieron hasta su cuello—. ¿Y ahí también?

Kasia miró su antebrazo y se llevó una mano al lado izquierdo del cuello. En realidad no había nada. Solo un poco de maquillaje que había aplicado expertamente esa mañana después de que Tomek se marchara a trabajar.

—¿De dónde has sacado esos moratones, Kasia?

—Me... me caí.

—Ya. ¿Y cómo te caíste?

Fue entonces cuando Kasia realmente subió la intensidad y comenzó a sollozar. Poco después, las lágrimas corrían por sus mejillas y se cubrió la cara con las manos. Dios, se le estaba dando cada vez mejor. ¡Tan bien que merecía un premio!

La señora Campbell se apresuró hacia ella, se agachó a su lado y puso una mano reconfortante sobre su hombro. —Está bien —dijo—. Puedes contármelo. Puedes contármelo todo. No te caíste, ¿verdad?

Kasia, entre sollozos y jadeos hiperventilados, negó con la cabeza.

—¿Te los hicieron en casa?

Más sollozos. Más hiperventilación. Esta vez un asentimiento.

—¿Te lo hizo tu padre?

Otro asentimiento.

Fue entonces cuando la señora Campbell rompió todos los límites escolares y la abrazó. Su cuerpo se sentía cálido contra el de Kasia, reconfortante, tranquilizador. El toque maternal que no había tenido en meses, si no años.

Un toque maternal que la obligó a reconsiderar lo que estaba haciendo.

Al separarse, la señora Campbell preguntó: —¿Cuánto tiempo lleva ocurriendo esto?

—Unas semanas.

—¿Te gustaría que se lo dijera a alguien? Puedo hacer algunos arreglos para asegurarme de que estés a salvo.

—¿Como... como llevarme lejos?

La señora Campbell asintió. —Sí. O hacer que te mudes con alguien más, otro familiar. Podemos protegerte, Kasia. Asegurarnos de que estés a salvo. ¿Te... te gustaría que lo hiciera?

Justo cuando Kasia estaba a punto de responder, sonó la campana, indicando que era hora de la siguiente clase.

CAPÍTULO
CUARENTA Y CUATRO

Varias horas después, Tomek seguía furioso por los comentarios de Anika, aunque su frustración y resentimiento, junto con el resto de sus confusas emociones, se disiparon en cuanto ella abrió la puerta.

Habían pasado varios meses desde la última vez que Tomek la había visto, y no había cambiado en absoluto. Su pelo seguía teniendo la misma longitud, exactamente el mismo color, y su rostro mostraba el mismo tono. Incluso hasta la ropa que llevaba. Era como si hubiera estado congelada en el tiempo y se hubiera descongelado solo para él.

—Hola, desconocido —dijo ella, con una amplia sonrisa en la cara.

—Buenas noches. ¿Me vas a dejar entrar o me quedo aquí fuera pasando frío?

—¿Frío? ¡Si estamos a quince grados! ¡Eso es un calor sofocante!

—Lo siento —respondió Tomek—. Olvidé que los escoceses no estáis acostumbrados a temperaturas por encima de los diez grados.

—¡Qué gracioso! —dijo ella con sarcasmo, cerrándole la puerta un poco—. Por eso no quiero dejarte entrar.

—¿Y vas a dejar a un pobre viejo aquí solo en el... calor?

La cara de Saskia cambió, con la boca abierta de sorpresa. —Por fin ha llegado el día. El gran, inimitable e imperecedero Tomek Bowen se llama a sí mismo viejo. Debes estar pasando por un mal momento.

No lo sabes tú bien, pensó mientras ella se apartaba para dejarle entrar.

Saskia Albright era su amiga más cercana y más antigua. Cuando se había mudado al país, con cinco años, ella había sido el ángel que había hecho amistad con él en el patio del colegio. Ella tampoco tenía amigos, así que juntos buscaron la compañía, la camaradería y el consuelo del otro. Era un milagro que hubieran mantenido el contacto durante tanto tiempo. Ella le conocía mejor que cualquier otra persona en el planeta, y era como una hermana para él.

Por eso no pasaba nada si comentaba que su piso era un absoluto desastre. Libros de texto y cuadernos amontonados por todo el suelo del salón, montones y montones de papeles y fundas de plástico esparcidos a su lado. Bolígrafos, lápices. Era como si hubiera habido una explosión en una papelería. O quizás simplemente había dejado caer todo al suelo al final de un largo día.

—Ni siquiera voy a disculparme por el estado de todo esto —respondió ella—. No me has avisado con tiempo suficiente para ordenar.

—Te he dado cuatro horas. ¿Cuánto tiempo necesitas?

—*Veinticuatro*. Como mínimo.

—¿Así que ahora tengo que sentarme en medio de tu porquería?

Ella se encogió de hombros, como si le diera igual. —Ese es un problema *tuyo*.

Tomek se rio. —Tengo muchos de esos.

Se dirigieron a la cocina, donde Saskia bajó la palanca del hervidor y se volvió hacia él.

—¿Té? ¿Café?

Él miró su reloj. —No, a menos que quiera pasarme la noche despierto meando.

Saskia inspiró bruscamente entre los dientes. —¿Ya estás en esa etapa de la vida?

—Tenemos la misma edad, colega.

—Algunos lo sienten antes que otros. Supongo que estoy bendecida con buenos genes.

—Lástima que sea lo único que tienes a tu favor.

El hervidor hizo clic antes de que Saskia pudiera responder. Para cuando terminó de prepararse una taza de té, la versión del agua para profesores, se había distraído y había olvidado lo que iba a decir. Mientras esperaba, Tomek saltó al otro lado de la cocina y se zambulló en el frigorífico. Allí encontró un cartón de zumo de naranja, lo abrió y se sirvió un vaso.

—¿Qué crees que estás haciendo? —siseó Saskia.

Tomek se quedó helado, sosteniendo el cartón. La miró, luego miró el cartón y luego volvió a mirarla. —Yo... no lo sé. Yo... solo pensé... zumo.

—Eso ha sido demasiado natural para mi gusto. Puede que sepas dónde está todo, pero al menos podrías haber preguntado primero.

A Tomek también le había parecido todo demasiado natural. Incluidas las duras palabras a las que se había enfrentado después. Todo se sentía, de hecho, demasiado natural.

Después de disculparse, pasaron al salón. Tomek bebió de su vaso y luego lo colocó en la alfombra junto a sus pies.

—Asegúrate de no derramar nada —dijo Saskia.

—Sí, *mamá* —respondió él, para disgusto de ella—. En fin, ¿cómo has estado? ¿Ocupada?

—Y tanto. Pero afortunadamente las vacaciones de verano están a la vuelta de la esquina.

—Seis semanas sin hacer absolutamente nada.

—Quizás reserve una estancia en algún sitio. Tal vez. No lo he pensado mucho, las cosas han estado tan ajetreadas. ¿Y tú?

—No, no vamos a ir a ninguna parte —contestó Tomek, negando con la cabeza.

—No me refería a eso, tonto. Me refería a cómo te van las cosas.

Se encogió de hombros. —Ya sabes, lo mismo de siempre.

—Bueno, eso es mentira. Lo veo en tu cara. Algo te ha estado manteniendo despierto por las noches, y no son solo las ganas de mear. Te conozco lo suficientemente bien a estas alturas, Tomek, para saber cuándo me estás mintiendo. Si no, ¿por qué más habrías venido un jueves por la noche cualquiera?

—¿Ya no es posible pasarme a ver a mi mejor amiga un jueves por la noche cualquiera?

—No cuando pareces alguien al que acaban de decir que le quedan seis meses de vida. —Saskia se golpeó las mejillas horrorizada, dándose cuenta de repente de la posible metedura de pata—. Dios mío. No te quedan solo seis meses de vida, ¿verdad?

—Cinco —respondió Tomek. Pero cuando Saskia dio un chillido y comenzó a disculparse, él se excusó y explicó que estaba bromeando.

—¡Capullo! —gritó ella, dándole una palmada en el brazo—. Tu sentido del humor siempre ha sido una mierda.

—¿Qué dice eso del tuyo?

—No estamos hablando de mí. Estamos hablando de ti. —Chasqueó los dedos y dejó su bebida—. Vamos. Suéltalo.

Tomek inspiró profundamente, tomándose su tiempo. No sabía por qué, pero se sentía nervioso. Aunque sabía que ella no lo haría, sentía que le juzgaría; le juzgaría por sus habilidades como padre, le juzgaría por la forma en que había estado tratando a Kasia hasta ahora. Que le diría que era inepto, un padre terrible, uno que no merecía tener a Kasia en su vida.

Entonces, a pesar de la ansiedad, se lo contó. Lo soltó todo. Todo lo que había sucedido desde la última vez que se habían visto hasta ahora. Un vómito verbal de historias, emociones, frustraciones y miedos.

—Siento que soy un padre de mierda. Siento que soy el peor padre del planeta. No tengo ni puta idea de lo que estoy haciendo y se nota. La estoy perdiendo, y no sé qué hacer.

Saskia, que había estado sentada en silencio, escuchando cada palabra, asintiendo educadamente con cada una, maniobró para salir de su silla, se acercó a él y, agachándose junto a sus rodillas, le dio una bofetada en la cara. No fuerte. Pero lo suficientemente fuerte.

—No seas estúpido —dijo, señalándole con el dedo—. No eres un padre de mierda. Nadie sabe lo que está haciendo cuando se convierte en padre. Tu problema es que te has convertido en uno para alguien que desafortunadamente resulta ser una adolescente con un pasado bastante miserable y que sabe cómo funcionan algunos elementos del mundo. Ese no es tu problema. Es una adolescente. Por supuesto que va a tener este tipo de altibajos,

arrebatos, rabias. Está pasando por muchos cambios, hormonas e incertidumbres, y tú lo estás manejando como un profesional —explicó, tomando su mano entre las suyas—. Sinceramente, deberías ver a algunos de los padres que vienen a hablar conmigo en el colegio. Teniendo en cuenta que son adultos hechos y derechos, personas de edad similar a la nuestra, hacen las preguntas más estúpidas y obvias, cosas que pensarías que ya habrían aprendido a estas alturas. Nadie sabe lo que está haciendo. Nadie tiene la respuesta. Todos estáis encontrando el camino sobre la marcha. —Le levantó la barbilla, obligándole a establecer contacto visual. Luego le dijo que respirara. Inhalando por la nariz, exhalando por la boca. Lo hicieron juntos. Dentro. Fuera. Hasta que Tomek sintió que sus hombros se destensaban.

Dejó escapar un largo y pesado suspiro de alivio. Había sido una tontería pensar que ella tendría prejuicios, que le juzgaría como ingenuo y terrible. Debería haberlo sabido.

—Creo que está siendo acosada —murmuró.

—¿Qué te hace pensar eso?

—El incidente de la estación de tren. El incidente del portátil. Saltarse clases. Y esta tarde, después de llegar a casa, tenía moratones en el brazo y en el cuello.

—¿Moratones?

—Sí.

—¿Como si la hubieran golpeado?

—O pellizcado.

—Quiero decir, los niños pueden ser crueles, pero ya no hay mucha violencia física. Al menos no en lo que yo he visto. Todo es online, todo es verbal.

—Eso no significa que no ocurra —señaló Tomek.

—Por supuesto. Y si crees que le está pasando algo a Kasia, definitivamente lo señalaría al colegio. Pero controlaría tus expectativas sobre lo que pueden hacer. Si son como el mío, no tendrán ni el tiempo ni los recursos.

—Me importa una mierda. Si mi hija está siendo acosada y herida físicamente por alguien, quiero que se solucione. De lo contrario, me veré obligado a solucionarlo yo mismo.

Saskia colocó una mano en su rodilla, le dio un firme apretón y luego le guiñó el ojo. —Exactamente lo que esperaría oír de un padre fantástico.

Tomek pensó que "fantástico" era exagerar un poco, pero eso no disminuyó la sonrisa que se dibujó en su rostro después de que ella lo dijera.

CAPÍTULO
CUARENTA Y CINCO

La música retumbaba a través de los pequeños altavoces de su portátil, llenando la habitación con una cacofonía de sonidos. Zeus acababa de lanzar una nueva canción, y como miembros de un club exclusivo, ellos eran los primeros en escucharla, antes que nadie. Él quería sus opiniones, sus comentarios. Pero ella no tenía ninguno, más allá de que era fantástica, su mejor trabajo hasta la fecha. Había superado con creces sus canciones anteriores y había demostrado realmente su talento. Simplemente no podía tener suficiente. Su única crítica era que no publicaba con más frecuencia.

Sus caderas y brazos se balanceaban al ritmo de la música mientras se movía por el piso. Dejó que la música la llevara donde quisiera. A través de su dormitorio, alrededor de la cama, hacia el de Tomek, por el pasillo, arriba y abajo del sofá, hasta el alféizar de la ventana. Hasta que llegó a la mesa del comedor, y al objeto que yacía encima.

Kasia se agachó para inspeccionarlo. Era barato, hecho de madera endeble, y había evidencia de que el pegamento utilizado para sellarlo se había filtrado por las grietas y había corrido por los lados. En la parte frontal había un gran agujero para que las aves entraran y salieran, y en el lateral había una pequeña inscripción. Decía: *Para Michał. Se fue pero no se olvida*.

Tomek lo había contemplado con una gran sonrisa en su rostro. Era casi como si lo hubiera estado abrazando antes de que ella

entrara por la puerta y tratara de disimularlo después. Era vergonzoso. Solo era una casa para pájaros.

Estaba contemplando cogerla y bailar con ella cuando sonó su teléfono.

Zeus.

Contestó inmediatamente.

—¿Sí, Salvador?

—Voy a organizar un videochat en los próximos dos minutos. Solo unos pocos de nosotros. Va a ser íntimo, cercano, solo por invitación. Quiero que estés en él. ¿Puedes hacerlo?

—Sí. Cien veces sí.

—Bien —colgó, y un momento después, su teléfono sonó con un enlace para la videollamada. Corrió a su dormitorio y esta vez aseguró la puerta con su tocador ligeramente delante. No quería que se repitiera lo de la última vez. Si Tomek volvía a casa, tendría que esperar.

Kasia abrió de golpe la tapa de su portátil, pegó el código de seguridad en Zoom y luego se unió a la llamada. Ya había tres otras Arpías allí. Pero no las que había estado esperando. Cuando Zeus dijo solo por invitación, esperaba ser invitada a una llamada grupal con las chicas más importantes, las más cercanas a Zeus. No. En su lugar, se encontró en una reunión con las otras chicas que habían estado causando problemas, las que no estaban alcanzando sus objetivos de peso, las otras chicas que habían dado motivos a Zeus para preocuparse y razones para creer que no estaban completamente comprometidas. Estaba en el grupo de los peores, el grupo de aislamiento donde enviaban a todos los payasos de la clase y los niños desobedientes.

Estaba en el rincón de castigo.

Junto con Pesadilla Susurrante, Becky Bonky y Debra Zebra.

—Gracias por uniros tan rápido —dijo Zeus, y entonces se dio cuenta de que las chicas ya llevaban algún tiempo ahí, que ya habían hablado en privado con él. Que ella era la última en escuchar la información. Realmente era la más débil del grupo en este punto. Tenía mucho que arrastrarse y compensar. —Justo les estaba explicando a vuestras hermanas que ahora no es el momento de

cometer errores. Se os está dando una oportunidad única en la vida para estar conmigo. Literalmente. Si metéis la pata o cometéis errores, cuando lleguen las guerras raciales, moriréis. No tendréis otra oportunidad como esta en vuestra vida. Y las habilidades y herramientas que habéis aprendido conmigo serán inútiles. No os salvarán. Solo *yo* puedo salvaros.

Kasia asintió furiosamente, mostrándole a Zeus que entendía, que estaba arrepentida.

—Ahora que estáis aquí, chicas —continuó—, tengo algunas noticias importantes y algunas peticiones importantes. ¿Estáis listas?

—Sí, Zeus —respondieron las chicas al unísono.

Una sonrisa irónica se dibujó en las comisuras de la boca de Zeus. —Muy bien. Quería haceros saber que he tenido una visión, y me han dado la fecha en que vendrá la guerra racial. Kandy, ya te he explicado brevemente algo de esto, pero quiero que escuches. El asesinato del otro día no fue suficiente. Hubo errores, fue chapucero. La ortografía en la pared era incorrecta. No fue suficiente, y nuestros planes fueron estropeados. Estropeados por una figura diabólica y demoníaca. He tenido visiones de ellos durante algún tiempo recientemente, tratando de interferir con nuestra misión. Por ahora he sido capaz de ahuyentarlos y ganar algo de tiempo, pero están creciendo más fuertes cada día. Por eso, para que tengamos éxito y para que comiencen las guerras raciales, debemos matar a esta figura maligna, a este demonio, de una vez por todas. ¿Entendéis?

—Sí —respondieron las chicas. Kasia estaba cautivada. Su voz, la forma en que hablaba. Podía oír su música en el fondo de su mente.

—Mientras tanto, hay algunas cosas que necesito que hagáis. ¿Estáis escuchando?

—Sí.

—Muy bien: dinero. No es barato ni fácil dirigir el estudio y prepararse para el más allá. Ya he invertido tanto dinero que necesito más. Por eso, para mi nueva canción, y el resto de mi catálogo anterior, quiero que la escuchéis sin parar, en repetición. El dinero generado por las reproducciones, las descargas y las

visualizaciones nos ayudará a todos a prepararnos para el más allá. ¿Lo entendéis?

Kasia no escuchó la pregunta. Estaba demasiado ocupada cargando la última canción de Zeus en Spotify.

—¿Kandy? ¿Me estás ignorando?

—No, Zeus —acercó su teléfono a la cámara—. Estaba reproduciendo tu canción otra vez.

La sonrisa irónica en el rostro de Zeus se convirtió en una amplia sonrisa. —Muy bien. Muy impresionante. Muy proactiva. Me gusta. Chicas, quizás podríais aprender algo de la señorita HeartThrob aquí presente.

De inmediato, las otras chicas alcanzaron sus teléfonos y comenzaron a reproducir la canción.

—En una nota más seria —continuó Zeus, con Kasia ahora como única oyente—, los ingresos generados por las reproducciones y descargas no serán suficientes. Necesito más. *Necesitamos* más. Por eso te pido que robes a tus padres, que robes a las personas que conoces y quieres. Todo lo que tengan. Si realmente estás comprometida con esto, si estás dispuesta a morir para ti misma, entonces esto es lo que debes hacer. Debes desprenderte de esos apegos emocionales y tomar lo que puedas. En el más allá, el dinero será importante. Mucho más importante de lo que podrías imaginar. ¿Lo entiendes?

—Sí —dijeron las chicas, incluida Kasia. Esta vez no salió corriendo a robar dinero de la cartera de Tomek o de donde fuera que lo guardara. Estaba sentada muy tiesa en su cama, incapaz de moverse.

Después de describir otras formas en que las chicas podían conseguir dinero extra, Zeus finalizó la llamada pero pidió a Kasia que se quedara.

—Tengo una petición adicional para ti —añadió—. Tu padre. Necesito saber todo lo que él sabe sobre las personas que tus hermanas mataron. Necesito estar al día sobre los últimos avances, y necesito que me notifiques con antelación si su investigación se acerca demasiado a mí o a tus hermanas. ¿Lo entiendes?

Ella asintió, con los ojos muy abiertos, completamente entregada.

—Lo entiendo.

Él tenía algunas notas guardadas en su mochila en el salón que ella podría leer.

—Bien. Recuerda, esto es por su beneficio. ¿Qué debes hacer si quieres que él también se una a nosotros en el más allá?

—Debo morir para mí misma —dijo ella, sonando robótica—. Debo borrarlo de mi vida en todos los sentidos.

CAPÍTULO
CUARENTA Y SEIS

Tomek estaba apoyado en el borde de su asiento, inclinado sobre la mesa, cuando Nick entró en la sala de reuniones.

—Siento llegar tarde —dijo mientras se dirigía a la cabecera de la sala. Su camisa le quedaba ceñida al cuerpo, especialmente en la zona del abdomen, como si se hubiera encogido varias tallas en la lavadora, y no parecía que le importara o que se hubiera dado cuenta.

—¿Has estado haciendo ejercicio, señor? —preguntó Tomek.

—¿Por qué? ¿Qué te hace pensar eso?

—¿O pediste comida a domicilio anoche? No sabría decirlo.

Nick se miró el estómago, lo palmeó como si estuviera embarazado, y luego sonrió alegremente a Tomek.

—Puedes darle las gracias a mi adorable mujer por esto. Ella no ve ningún problema. Estoy empezando a pensar que se está quedando ciega.

—¿No fue por eso por lo que te casaste con ella en primer lugar? —comentó Tomek provocando débiles risas entre sus compañeros.

—Ya vale —espetó Nick, señalando a Tomek con el dedo—. Venga, ¿por dónde íbamos? Novedades. Novedades, gente, necesito actualizaciones. ¿Quién tiene algo y qué tenéis?

En la sala había una serie de pizarras ocupando cada pared. En la que estaba justo detrás de Nick había una imagen de Michael Edwards, un mapa aéreo de su casa y otra información relevante

relacionada con su asesinato, junto con imágenes e información sobre Richard Stafford.

A la izquierda de Tomek había otra pizarra, recién limpiada, lista para la nueva investigación de asesinato. Ya, uno de los miembros del equipo había colocado una fotografía aérea del castillo de Hadleigh. Por encima de ambas imágenes en las pizarras estaba el nombre en clave de la operación que había sido asignado al azar: Operación Heartthrob.

Durante un largo rato nadie dijo nada, hasta que Martin decidió tomar el testigo de Nick y dirigirse al equipo. Se levantó de su asiento, cogió un rotulador de la bandeja de la pizarra y comenzó a juguetear con él entre los dedos.

—El nombre de la víctima era Karl Bacon —explicó, y procedió a garabatear el nombre junto a la fotografía del castillo de Hadleigh—. La autopsia indica que la causa de la muerte fue el corte en la garganta. Luego fue apuñalado un total de cuarenta y dos veces, con lo que Lorna cree que son los mismos cuchillos utilizados con Michael Edwards, con la excepción del que se encontró en el jardín de los vecinos, por supuesto. También encontró dos marcas circulares negras en su pecho desnudo.

—¿Marcas de táser? —preguntó Rachel.

—Exactamente.

—¿Algo más? —preguntó Nick.

—Sí. Una cosa más. No es una ciencia exacta, pero el jefe de la científica cree que había más de cuatro personas allí. Teniendo en cuenta que fue un grupo de niños quienes encontraron el cuerpo, pero por el número de huellas encontradas, Rory estima que había un número considerable de personas presentes.

—¿Cuántas?

—Diez, quince. Quizás más.

—¿*Quince*? —repitió Rachel—. ¿Por qué habría tanta gente...?

—No sabemos con certeza cuántas personas había allí —interrumpió Nick, con voz profunda—. No está confirmado, y no es exacto. Por lo tanto, no quiero que nuestra atención se desvíe demasiado en esa dirección. Podría resultar insignificante, y necesitamos centrar nuestros esfuerzos en las cosas que sabemos,

no en las que creemos que podrían ser verdad. ¿Entendido todo el mundo?

Se escuchó un murmullo general.

—Muy bien —continuó Nick—. ¿Sabemos qué le ocurrió antes de morir? ¿Por qué estaba allí en ese momento particular de esa noche en concreto?

Rachel levantó la mano, aunque no había necesidad.

—Karl vivía solo en una casa pequeña, y según sus vecinos no oyeron nada de él en la noche que murió. Mi teoría es que fue secuestrado de su casa en medio de la noche y luego llevado al castillo.

—¿A qué se dedicaba?

—Política. Alguien que esperaba abrirse camino a mediados de los treinta. Todavía estoy tratando de rastrear su paradero antes de que acabara en el castillo.

Nick asintió. Estaba sumido en sus pensamientos y se notaba en su rostro. Estaba pensando en algo, los engranajes girando. Y Tomek también lo sintió. Una conexión.

—¿Sabemos hacia dónde pudieron huir los asesinos después? —preguntó Nick.

—Todavía no —respondió Martin.

—¿Qué hay de las grabaciones de las cámaras de seguridad? Chey, ¿tienes algo en ese frente?

El joven agente negó con la cabeza. —Todavía no, señor —aunque parecía que tenía algo más que añadir.

Nick dejó escapar un suspiro largo y constante. Un clásico de Nick.

—Duplicad vuestros esfuerzos, por favor —Nick dirigió su atención al mapa aéreo del castillo de Hadleigh—. Si *estamos* tratando con los mismos asesinos que los de Michael Edwards, entonces espero que se hayan dirigido hacia el centro de la ciudad, hacia las cámaras de seguridad, y no hacia el sur.

—Aparte del modus operandi, ¿hay algo más que conecte los dos asesinatos? —preguntó Victoria. Tan pronto como lo dijo, todas las cabezas se giraron para mirarla como si estuvieran programadas.

Antes de que alguien pudiera responder, Chey soltó algo ininteligible.

Luego, después de recobrar la compostura, dijo: —¡Esperaba que lo preguntaras, señora! Busqué el nombre de Karl en Google y encontré bastantes cosas sobre él. Artículos en línea, publicaciones en redes sociales, entrevistas en medios. Ese tipo de cosas. Pero lo que realmente me llamó la atención fue una entrevista de radio que había hecho hace casi dieciocho meses.

—¿Una entrevista de *radio*, dices? —preguntó Nick, inclinando la cabeza hacia un lado con curiosidad.

—Eso digo —respondió Chey—. Y fue con nuestro propio Michael Edwards, discutiendo sobre inmigración y el supuesto aumento de la violencia asociada a ella. Resulta que nuestra última víctima era otro fascista de derechas que piensa que alguien de la Siria devastada por la guerra viene directamente a por su trabajo mientras simultáneamente reclama prestaciones al estado del bienestar. Muy paradójico cómo pueden hacer ambas cosas, si me preguntas —miró a Tomek, quien le dio un orgulloso asentimiento por usar la palabra correctamente esta vez—. Pero es lo que ha usado para conseguir una plataforma en la política. La gente lo está comprando —o no, según sea el caso—, pero no tiene ni puta idea de nada más. Escuché hablar a este tipo y está tan poco cualificado que un niño de cuatro años podría presentarse para su puesto y hacerlo mejor.

—¿Eran solo ellos dos en la entrevista? —preguntó Tomek, preocupándose de repente por una tercera víctima.

Chey confirmó que así era.

—¿Han tenido alguna otra interacción entre ellos? —preguntó Nick.

Chey negó con la cabeza. —No he podido llegar tan lejos, señor. Lo investigaré, sin duda.

—Excelente. Si se han reunido antes y han discutido abiertamente temas de extrema derecha en las ondas públicas, es posible que alguien, o más bien, un grupo de personas, esté buscando su propia forma de justicia.

El silencio descendió sobre la sala. Tomek consideró el punto.

—¿Qué hay de Richard Stafford, señor? ¿Qué está pasando con él?

A Nick le tomó un momento registrar la voz de Tomek.

—La brigada antidrogas finalmente ha levantado su veto sobre él, así que ahora es presa libre. Pero quieren hacer ellos el arresto. Solo necesitamos ver si hay alguna prueba que lo vincule con el asesinato de Michael Edwards. De cualquier manera, pronto lo sacarán de circulación.

—No creo que alguna vez haya estado realmente en la calle, señor, pero entiendo lo que quiere decir. Genial. Parece que estamos progresando.

—Debería ser así. Y con un poco de suerte, quizás podamos encontrar algo que lo conecte también con el asesinato de Karl.

Tomek no lo creía probable. Una parte de su intuición, muy dentro de él, sospechaba que estaba ocurriendo algo más. Algo más inquietante y maligno. El único problema era que no tenía ni idea de qué.

CAPÍTULO
CUARENTA Y SIETE

El fin de semana. Por fin. Un día libre, y el primer día después del toque de queda de Kasia. Ya no estaba castigada, y le habían dejado la casa para él solo. A decir verdad, no le había importado que ella quisiera ir a Lakeside, uno de los centros comerciales más concurridos del país, con Yasmin y un par de amigas más del colegio. De hecho, se alegraba de haberse librado de ella. No podía soportar el ambiente incómodo e inmóvil del piso por mucho más tiempo. Y había querido algo de tiempo a solas, algo de tiempo para despejar su mente y procesar lo que estaba pasando. Se habían marchado esa mañana, llegando a la estación de tren con tiempo de sobra, esta vez, algo que Tomek pensó que era mejor no mencionar, y ella no volvería hasta dentro de una hora más o menos. Desde entonces, había empezado a ordenar el piso con su película favorita de fondo. *Titanic*. Siempre encontraba que esa película le levantaba el ánimo. No sabía por qué. Solo recordaba haberla visto de adolescente y haber quedado cautivado por las interpretaciones de Leonardo DiCaprio y Kate Winslet. Y la escena donde ella aparecía con el torso desnudo había dejado una impresión duradera en un chico de diecisiete años. Claro, le gustaban las películas de acción sangrientas como *Pulp Fiction* y *El club de la lucha*, pero nada se acercaba a lo que *Titanic* le había hecho sentir, y aún le hacía sentir a día de hoy.

Sin embargo, su ánimo ligeramente mejorado no duró mucho cuando llegó al dormitorio de Kasia. Su espacio privado. El lugar

donde se sentía más segura. El lugar donde también guardaba sus secretos.

Tomek se quedó allí durante mucho tiempo, paralizado, clavado en el sitio, contemplando la decisión. No habría vuelta atrás. Si revisaba sus cosas, habría traicionado su confianza. No importaba si ella nunca lo descubría; *él* lo sabría. ¿Y qué pasaría si encontraba algo que no deseaba encontrar? Tendría que confrontarla, admitiendo abiertamente haber registrado sus pertenencias. El hielo que ya era delgado se agrietaría y rompería bajo sus pies, hundiéndole en las frías y turbias profundidades del resentimiento y el ostracismo.

Por otro lado, necesitaba saber por lo que estaba pasando. Si la estaban acosando, quería saberlo. *Necesitaba* saberlo. Podría ayudarla. Podría mejorar las cosas.

Pero, ¿qué pruebas encontraría en su dormitorio? No sería como encontrar cartas o impresiones de los mensajes que había recibido. No, como había dicho Saskia, todo estaba en línea hoy en día, así que los secretos estarían en su móvil o en su portátil. Ambos protegidos con contraseña.

A la mierda.

Iba a entrar.

Abrió el cajón superior de su mesita de noche y sacó su portátil. Lo colocó sobre la mesita y se agachó de rodillas. Si se sentaba en el borde de la cama corría el riesgo de hacer un bulto y estropear su edredón recién estirado.

Una vez que abrió el portátil, la pantalla se iluminó, y se encontró con la imagen de un acantilado con vistas a un océano sereno y tranquilo. Con el nudillo, presionó el botón de enter. En el centro de la pantalla estaba la casilla de la contraseña. Con cautela, tecleó la contraseña de Kasia en la casilla como si fuera una bomba y cualquier movimiento brusco o repentino pudiera hacerla estallar.

Presionó el botón enter de nuevo.

Durante un segundo el ordenador procesó la contraseña. Y luego se tambaleó de lado a lado. Un mensaje de error apareció debajo.

Has introducido una contraseña incorrecta.

—Joder. La ha cambiado...

Antes de que pudiera intentar otra, oyó que se abría la puerta de entrada. Entró en pánico, arrojó el portátil dentro del cajón, lo cerró de golpe y agarró el plumero que había dejado caer al suelo.

Un momento después, ella entró en su dormitorio.

—¿Qué estás haciendo aquí? —preguntó, quedándose paralizada, con la mano aún agarrada a la puerta.

—Limpiando —respondió él, actuando con la mayor naturalidad posible a pesar de su acelerado corazón—. Considérate afortunada. Pensé en hacerte limpiar cuando volvieras, pero luego me di cuenta de que no soy tan malo.

Sin decir nada, Kasia abrió la puerta completamente, apartándose para dejarle pasar.

—Ya puedes irte —respondió.

Tomek no tenía intención de irse a ninguna parte. Al menos no tan rápido como ella quería.

—Has vuelto temprano.

—Sí.

—¿Qué tal las compras?

—Bien.

—¿Dónde están tus bolsas?

—¿Qué bolsas?

—¿No has comprado nada?

—No.

Tomek dejó de quitar el polvo.

—Oh. ¿Entonces tienes el dinero que te di?

—No.

—¿Dónde está?

—Me lo he gastado todo.

Tomek la miró de arriba abajo, luego asomó la cabeza por la puerta del dormitorio, mirando hacia el pasillo en dirección a la puerta de entrada.

—¿En qué?

Encogiéndose de hombros, incapaz de establecer contacto visual, respondió:

—En cosas.

—¿Qué cosas?

—Solo cosas.

—Te di cien libras, Kasia. Eso no se va simplemente en "cosas". Tendrías que comprar un montón de "cosas" para gastar cien libras. ¿Dónde está?

Ella se cruzó de brazos y fijó la mirada en la alfombra.

—¿Alguien te lo quitó? ¿Yasmin te lo pidió?

—¿Qué? ¡No!

—Entonces, ¿dónde está el dinero?

—Ya te lo he dicho. Me. Lo. He. Gastado.

—¿En qué, Kasia? ¿En el aire? No sabía que el oxígeno venía con prima estos días.

—Cállate —susurró por lo bajo.

—¿Perdona? ¿Qué acabas de decir?

—Nada. Te he dicho que me lo he gastado. Ya no está. No lo tengo. ¿Qué más quieres que te diga?

—Me gustaría que me dijeras dónde ha ido a parar. Cien libras es mucho dinero, Kasia. ¿O es que no te das cuenta?

Ella se encogió de hombros, se dirigió hacia su cama y se tiró encima, ignorándole completamente como si no estuviera allí.

—¿Te están acosando?

No sabía de dónde había salido eso. Lo había soltado de manera involuntaria. Pero era una pregunta que llevaba esperando hacer demasiado tiempo.

—¿Qué?

—¿Te están acosando?

—No.

—Entonces ¿por qué te fuiste con cien libras y volviste sin nada que mostrar? Lo entendería, *quizás,* si hubieras dicho que las perdiste. Pero...

—No las perdí.

—¿Se las diste a alguien?

Ella se estremeció. —No. Me lo gasté todo en comida.

—¿Cien libras en comida? ¿Qué compraste? ¿Una comida para todos los del centro comercial? Jesús, Kasia. No sé qué hacer contigo, de verdad que no lo sé.

—Nada —contestó ella, cruzando las piernas y los brazos—. No tienes que hacer nada conmigo. Estoy bien. Puedo cuidarme sola.

Antes de que Tomek pudiera responder, sonó el móvil de ella. Sintió el impulso de lanzarse a por él y comprobar quién era. Pero ella fue más rápida; había bloqueado la pantalla de su móvil antes de que él pudiera hacer nada. Luego balanceó las piernas fuera de la cama y comenzó a hurgar en su armario.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó Tomek.

—Salir.

—No, no vas a salir. No hemos terminado nuestra conversación.

—Sí, hemos terminado.

—¿Adónde vas?

—Al castillo de Hadleigh.

Parte de la tensión se alivió en los hombros de Tomek. —¿Por qué?

—Porque esta noche hay una vigilia allí —siseó.

¿Por Karl Bacon? ¿La había? Era la primera vez que Tomek oía hablar de ello.

—Un montón de gente del instituto va a estar allí para presentar sus respetos —continuó.

Durante un buen rato, Tomek no dijo nada. En su lugar, se limitó a observarla sacar unas mallas y un jersey grueso de su armario, sintiéndose como si estuviera a mil kilómetros de ella, y sin importar cuánto intentara alcanzarla, sin importar cuánto se estirara, ella estaba a solo unos centímetros de él.

—¿Con quién vas?

—Con Sylvia —respondió.

Tomek se relajó aún más al saber que iría con Sylvia. Le caía bien Sylvia, la aprobaba. Había sido la primera amiga de Kasia desde que entró en su nuevo instituto, pero en las últimas semanas, Kasia la había dejado por Yasmin, una decisión con la que no estaba muy contento.

En pocos minutos, estaba lista.

—No vuelvas muy tarde, por favor —dijo él mientras ella abría la puerta principal—. Y si por casualidad te encuentras otras cien libras mientras estás fuera, realmente me vendría bien recuperarlas.

Se marchó sin decir nada.

CAPÍTULO
CUARENTA Y OCHO

Tardecía. El cielo se había teñido de un intenso y romántico color púrpura. Kasia lo contemplaba maravillada desde lo alto de un pequeño muro de piedra en las ruinas del castillo. Detrás y delante de ella estaban sus hermanas, charlando, riendo, bailando. De fondo, resonando por las colinas y más allá, se oía la música de Zeus.

—¡Acabamos de alcanzar cincuenta mil reproducciones en Spotify! —declaró triunfalmente a una procesión de chillidos agudos de las Arpías. Las hermanas de Kasia corrieron hacia él, lo abrazaron y le dieron un beso en ambas mejillas. Antes de apartarse, él le dio a cada una una pequeña dosis.

Después fue el turno de Kasia. Saltó del muro, ignorando el punzante dolor que le recorrió las rodillas, y se apresuró hacia él.

—Enhorabuena —dijo, agarrando sus musculosos antebrazos—. No he dejado de escucharlo. Ha estado en repetición todo el día, todos los días desde que lo lanzaste.

El rostro severo de Zeus se transformó en una fina sonrisa.

—Estás cumpliendo con tu propósito —dijo, apartando un mechón de pelo de su rostro, mirándola profunda y anhelantemente a los ojos—. Vuelves a tener ese brillo en ellos. No pensé que lo vería volver tan rápido, tan pronto.

Sonrojándose, respondió:

—Estoy cumpliendo con mi propósito. Estoy muriendo a mí misma. Estoy haciendo lo que debe hacerse.

—Buena chica —bajó la voz—. Y... ¿lo otro de lo que hablamos?

Ella bajó la voz a su nivel.

—Todo controlado —dijo—. Encontré algunos informes que él se había llevado a casa. Han identificado el cuerpo, calculan que lo mataron con tres armas, y que había más de nosotros aquí.

—¿Algún nombre?

Ella negó con la cabeza.

—Solo alguien llamado Richard Stafford.

Al mencionar el nombre de Richard Stafford, Zeus se tornó pensativo, como si lo reconociera. Meditó un momento y, finalmente, asintió, le dio las gracias y la despidió. Pero antes de que ella se marchara, la atrajo de nuevo, su mano casi aplastando su brazo, y le pasó una dosis.

—Por tu buen trabajo —dijo.

Kasia miró la dosis de LSD y la tomó. Ya la tenía en la boca, disolviéndose en su lengua, cuando regresó a su sitio en el muro. Se quedó allí durante cinco minutos, observando a sus hermanas bailar, abrazarse y besarse en medio del recinto del castillo mientras los químicos comenzaban a apoderarse de su cuerpo e inundar su cerebro. Para entonces, el sol se había hundido bajo el horizonte y todo lo que quedaba eran los tonos púrpura que se desvanecían. Mientras estiraba el cuello hacia el cielo, las finas nubes de color lavanda se convirtieron en grandes cintas y comenzaron a ondear por el cielo, moviéndose en la dirección que sus ojos quisieran llevarlas. Mientras pasaban volando sobre ella, podía oír el sonido *silbante* que hacían. Extendió la mano para alcanzarlas. Una de ellas, la cinta más pequeña y lenta, se precipitó hacia ella. Se detuvo justo frente a ella y le indicó que subiera a bordo. Poniéndose de pie, equilibrándose en la roca precaria y dentada, se bajó de ella y subió a la alfombra voladora.

Pero no estaba allí.

Su cuerpo se precipitó por el aire y, antes de que se diera cuenta, se estrelló contra el suelo. Un dolor cegador destelló en su tobillo y gritó de agonía, su voz ahogando la música. Inmediatamente, sus hermanas Arpías la rodearon y comenzaron a atenderla. Lo movieron suavemente, probándolo, haciendo todo lo posible para aliviar el

dolor. Pero no funcionó. La agonía era demasiado grande. No fue hasta que Zeus se acercó y sostuvo su pie que el dolor desapareció. Lo masajeó, frotándolo con sus pulgares e índices hasta que no quedó dolor alguno.

Sus manos sanadoras la habían salvado.

—¿Mejor? —preguntó.

—Sí. Mucho mejor.

Entonces la ayudó a ponerse de pie y le indicó que caminara. No había nada. Ni dolor, ni sensación irritable subiendo y bajando por su pierna. Nada.

—Gracias —dijo, saltando sobre él.

—Eso es solo una muestra de lo que puedo hacer —dijo.

Ella lo miró con asombro.

—Gracias, gracias, gracias. No puedo agradecértelo lo suficiente.

—Ya lo estás haciendo al estar aquí —explicó—. Al apoyarme y creer en mí, me estás dando las gracias.

Entonces le entregó otra dosis de LSD y le dijo que la tomara.

Kasia lo hizo sin dudarlo. Era lo mínimo que podía hacer.

—Ahora, todos, reuníos —gritó. En segundos, las Arpías habían formado un círculo alrededor de Zeus, sus cuerpos apretados unos contra otros—. Tengo un anuncio —continuó—. Esto... Lo que veis aquí... *esto...* será nuestro nuevo hogar en el más allá. El día en que comiencen las guerras raciales, vendremos aquí, haremos nuestro sacrificio, mataremos al diablo que se ha opuesto a nosotros durante tanto tiempo, y renaceremos aquí. Quiero que lo imaginéis ahora. Quiero que os imaginéis posadas en las torres, en los pasadizos, contemplando el nuevo mundo. Quiero que os imaginéis viviendo nuestras nuevas vidas juntos.

Kasia cerró los ojos con fuerza, contó hacia atrás desde tres, y luego los abrió de golpe. De inmediato, todo su entorno cambió. Era como si hubiera entrado en un caleidoscopio, como si hubiera bajado por la madriguera del conejo, mirado a través del espejo y entrado en un mundo completamente nuevo: el mundo que Zeus quería que ella viera.

Estaba de pie en el centro de un magnífico castillo, con los pies posados sobre piedras adoquinadas, rodeada por cuatro torres en el

perímetro. En el interior, sus hermanas Arpías estaban ocupadas construyendo, cocinando, limpiando, al aire libre. En lo alto, el cielo era de un azul cristalino lleno de aves multicolores que parecían sacadas de la selva tropical. Inmediatamente a su lado había un arsenal de armas, completo con espadas, cuchillos y otras hojas. Era magnífico verlo así. Sabía que era solo imaginario, pero era un preludio a lo real; era la *verdad,* y no podía esperar para experimentarlo finalmente. Después de varios minutos explorando los rincones y recovecos ocultos de su castillo, pasando la mano por la mampostería y la piedra, escuchó la voz de Zeus llamándola, y lentamente la ilusión comenzó a disiparse.

En unos pocos segundos, el mundo que Zeus había creado para ella fue reemplazado por la desolación del Castillo de Hadleigh. Para entonces la luz había desaparecido, dejándola de pie en medio de la oscuridad. Justo cuando estaba a punto de regresar al grupo, escuchó una voz.

Profunda, demoníaca.

Su primer instinto fue que era el diablo viniendo a buscarlos. La persona que se había opuesto a cada uno de sus movimientos. El que había impedido que comenzaran las guerras raciales.

Que finalmente los había encontrado.

—¡Eh! ¡Fuera de aquí! ¡El castillo está cerrado! ¡No pueden estar aquí!

La voz vino de inmediatamente detrás de ella. No sabía qué hacer. Se había separado del grupo, así que corrió hacia donde estaban los demás, su tobillo gritando de dolor mientras se torcía en el terreno irregular. Pero cuando llegó al lugar donde había estado el grupo, no había nadie allí. Todos habían huido, sus gritos y carcajadas desapareciendo en la distancia. Kasia no sabía qué camino tomar, pero continuó corriendo, siguiendo los vagos sonidos de sus hermanas, esperando alcanzarlas. Después de una corta distancia, el suelo bajo ella comenzó a inclinarse hacia abajo, y sus músculos de las piernas temblaron y se volvieron como gelatina, hasta que finalmente cedieron por completo y rodó hacia abajo y más abajo, abajo y más abajo, como una muñeca de trapo. Gritó de

dolor, pero el sonido quedó amortiguado por el ruido de su cuerpo atravesando la hierba.

Finalmente, después de treinta metros, se detuvo bruscamente contra algo duro. Su reacción inmediata fue que había caído en el regazo del diablo, pero cuando abrió los ojos, a través de la espesa y turbia oscuridad, vio a Yasmin. Su amiga. Su hermana. Salvándola.

Sin decir nada, Yasmin ayudó a Kasia a ponerse de pie, colocó su brazo sobre su hombro y la asistió mientras comenzaban a bajar la colina.

—¿Dónde están todos? —preguntó Kasia.

—Están a salvo —respondió Yasmin—. No te preocupes por ellos. Saben cuidarse solas.

Kasia hizo una mueca de dolor con cada paso. —¿Adónde vamos?

—De vuelta al estudio —contestó Yasmin, respirando pesadamente—. Zeus estará allí. Él puede ayudar a arreglar tu tobillo. Él cuidará de ti.

CAPÍTULO
CUARENTA Y NUEVE

Estaban solo ellos dos. Llevaban así más de diez minutos.

Tan pronto como llegaron, Zeus había enviado a Yasmin a otra parte del estudio, ordenándole que no regresara a menos que él se lo indicara.

Estaban solo ellos dos. Los dos en el dormitorio. Solos. Kasia tumbada en la cama, casi desnuda de cintura para abajo, haciendo muecas mientras Zeus hacía su magia en su tobillo, amasando los músculos, masajeando los huesos, frotando el cartílago. El dolor había disminuido drásticamente desde su regreso, y todo gracias a ese hombre. Zeus. Su salvador.

Lo miró con anhelo, sus ojos perdiéndose en los músculos que se flexionaban con cada mínimo movimiento. Estaba tan bien definido, tan bien perfilado que sentía envidia. Todas sus hermanas tenían cuerpos fantásticos. Sus abdominales, sus pechos, sus piernas, incluso sus traseros. Todos estaban perfectamente esculpidos. Pero el suyo... todavía no estaba contenta con el suyo, a pesar de sus recientes esfuerzos.

—Veo que has perdido algo de peso —murmuró Zeus, como si hubiera escuchado sus pensamientos.

—¿De verdad? No creía que fuera así.

—Tonterías. Puedo verlo aquí —Lentamente apartó su mano del tobillo, subiendo por la espinilla, y comenzó a frotar su pulgar sobre el muslo—. Tus piernas se ven mucho más delgadas.

Mientras hablaba, miraba fijamente su carne, sin establecer contacto visual. Al principio se había preguntado si había hecho algo para molestarlo, pero luego se dio cuenta rápidamente de que era completamente lo contrario. Y entonces de repente se sintió incómoda.

—Yo... no he estado comiendo tanto —dijo, moviendo la pierna como si sintiera dolor por el pulgar de Zeus; él continuó amasando sus músculos de todos modos.

—Me doy cuenta. Estoy impresionado. Tus esfuerzos están dando frutos. Estás cumpliendo tu profecía, como te dije antes. Es una lástima que algunas de las otras chicas no estén haciendo lo mismo.

Más amasado. Avanzando cada vez más arriba por su pierna. Más cerca, más cerca. Ella mantuvo la boca cerrada, intentó evitar mirar, pensar en ello.

—¿Qué quieres decir? —preguntó en un intento de retrasar lo inevitable.

—Whispering Nightmare —murmuró Zeus—. No ha estado siguiendo mis instrucciones. Ha engordado. Drásticamente. ¿Te has dado cuenta?

¿Cuál era lo correcto decir aquí? No lo sabía. Claro, había notado que Whispering Nightmare había engordado, pero solo ligeramente, una cantidad minúscula. Pero, ¿quería admitirlo y delatar a su hermana? Whispering Nightmare correría el riesgo de ser expulsada del grupo, y ella habría traicionado la confianza de su hermana. Pero, por otro lado, mentir a Zeus era igual de malo. Si no peor. Mucho peor.

—Debes ser honesta conmigo —continuó él—. Lo que digas en esta habitación es seguro y sacrosanto. No pasará nada. Las chicas nunca sabrán que tuvimos esta conversación.

Tragó saliva con dificultad, con la boca seca por la carrera jadeante colina abajo y el trayecto hacia el estudio. Al final, asintió. —Sí. Me he dado cuenta de que ha engordado algo.

Zeus chasqueó la lengua y sacudió la cabeza en señal de desaprobación. Aun así, continuó masajeando su muslo, su pulgar trabajando alrededor de la circunferencia de la parte superior de su

pierna. —Gracias por ser honesta conmigo. Debes tener mucho dolor. Todo tu cuerpo debe doler.

Ella intentó reposicionarse en la cama, pero las manos de él la mantuvieron en su lugar. —No, estoy bi...

—Recuerda, no debes mentirme —dijo él, con un tono más profundo. Esta vez sus ojos se alzaron y captaron su mirada preocupada—. Siempre acabaré descubriendo la verdad.

Cerrando los ojos en un parpadeo largo, muy largo, asintió. —Sí. Todo mi cuerpo duele.

—Eso pensaba. ¿Por qué no lo dijiste antes? Estoy aquí para ayudar, recuerda.

Ella no respondió. Su pulso se aceleró y sentía como si el corazón le hubiera saltado a la boca.

—Quítate la camiseta —ordenó.

No dudó. Llevando las manos a su cintura, se quitó la camiseta por la cabeza y la colocó a su lado. Ahora que estaba en ropa interior, se sentía expuesta, desnuda. Cruzó los brazos sobre el pecho, pero Zeus le cogió una mano y comenzó a masajearla.

—Tienes una figura encantadora —dijo mientras le frotaba los dedos uno a uno—. Y tu piel es tan suave y tersa.

—Gracias. He estado usando el jabón que nos dijiste que compráramos.

—Muy bien. Esa es otra cosa en la que Whispering Nightmare me ha decepcionado.

—¿Ah, sí?

Se cubrió los pechos con el brazo libre, pero se sentía incómoda y parecía extraño, así que lo bajó a un lado.

—Sí. Dijo que era malo para su piel, no bueno para su salud. Me ha desobedecido, y no estoy seguro de qué hacer con ella. Especialmente con el fin del mundo tan cerca. Está a la vuelta de la esquina. ¿Qué harías tú en mi lugar?

Kasia abrió la boca para responder pero se contuvo. —Yo... no lo sé. Tú... siempre has dicho que debemos seguir todas tus órdenes si queremos ir contigo a la otra vida.

Él terminó con su brazo derecho, luego tiró de sus piernas, arrastrándola por la cama para que quedara en posición supina.

—Eso es correcto. Y tú has estado siguiendo todas mis órdenes, ¿no es así? Has hecho todo lo que te pedí. Y a veces has ido más allá.

—Sí...

—Y me gustaría recompensarte por eso ahora.

Sin decir nada, se impulsó desde el borde de la cama y deambuló hacia un gran armario en la esquina de la habitación. Mientras él le daba la espalda, Kasia miró alrededor de la habitación. Buscando algo para protegerse, algo que pudiera convencerle de no seguir adelante con lo que ella pensaba que estaba a punto de suceder. Ni siquiera podía alegar que tenía el periodo.

Pero entonces recordó para qué estaba allí. Por qué estaba luchando.

Las guerras raciales. La otra vida. Morir para sí misma. Si quería entrar en el nuevo mundo, tendría que dejarle hacer lo que quisiera. Era la voluntad de Dios. Estaría cumpliendo su profecía.

Un momento después, Zeus emergió de detrás de la puerta del armario. En su cabeza llevaba una gran máscara de cisne. Era como algo salido de una producción teatral, de gran tamaño, hecha de prótesis, y sin embargo parecía real. Casi como lo auténtico.

Mientras deambulaba hacia ella, metió la mano en su bolsillo y sacó otra pastilla de LSD.

—Toma esto —dijo.

Kasia la miró fijamente durante mucho tiempo. Ya podía sentir la bajada: el dolor de cabeza interminable, la abrumadora sensación de pavor y desesperación, preparando sus garras, alistándose para clavar sus dientes en ella.

—Tómala —repitió.

Kasia extendió la mano. Zeus dejó caer la pastilla en ella. Kasia se la puso en la boca, la dejó disolverse y luego tragó. El movimiento era robótico, casi instintivo para ella ahora. Y en un instante, comenzó a sentir cómo los químicos se combinaban con lo que quedaba en su torrente sanguíneo. Se le fue directamente a la cabeza y, casi inmediatamente, vio a Zeus convertirse en un gran cisne de metro ochenta.

—Los mitos dicen que solía usar máscaras cuando me acostaba con mis putas —dijo Zeus.

Sabía que era Zeus quien hablaba, pero las drogas que recorrían su sistema hacían que pareciera que el pico del cisne le estaba hablando directamente.

Luego sintió una mano en su muslo, separándole las piernas. La tomó por sorpresa y se estremeció.

—No hay necesidad de luchar contra ello —le dijo—. Estás cumpliendo tu profecía.

Estoy cumpliendo mi profecía, se dijo a sí misma. Estoy cumpliendo mi profecía.

—Normalmente, esperaría hasta que tuvieras dieciséis —continuó —. Pero hay algo en ti, Kasia. Hay algo en ti, sin duda. Siento que eres especial para mí. Siento que eres la elegida. Con tu ayuda, vamos a deshacernos del demonio que nos ha estado cazando todo este tiempo. Y tú vas a ser quien lo haga.

Una parte de ella estaba escuchando, mientras que la otra mitad se concentraba en permanecer perfectamente quieta, sin ofrecer resistencia.

Estoy cumpliendo mi profecía.

Entonces Zeus fue a por sus bragas. Podía sentir sus cálidos dedos y pulgares sumergirse bajo la tela y comenzar a bajarlas. Bajarlas sobre su pelvis, sobre sus huesos de la cadera.

Apretó los dientes y tensó los músculos hasta que sintió que su cuerpo temblaba físicamente.

Y entonces se detuvo.

La puerta del dormitorio se abrió de golpe. La luz inundó la habitación, cegando a Kasia momentáneamente. Parpadeó varias veces para permitir que sus ojos se adaptaran antes de reconocer quién había entrado.

—Estoy lista para ti... —dijo Pesadilla Susurrante antes de contenerse—. ¿Qué está pasando aquí?

Pesadilla estaba vestida solo con su ropa interior, la luz detrás de ella proyectaba sombras sobre sus pechos y rostro.

De inmediato, Zeus se alejó de Kasia y arrojó su máscara al suelo. —¿Te dije que podías entrar? —bramó.

—Me pediste que viniera —respondió Pesadilla Susurrante con tanto veneno en su voz como Zeus—. ¿Por qué llevas esa máscara? Esa es la máscara que usas... que usas cuando nosotros...

Zeus agarró la cabeza de cisne y la lanzó al armario. Tan pronto como desapareció de la vista, la visión de Kasia volvió a la normalidad. Zeus estaba de nuevo en su forma humana, y la única evidencia de su forma animal era el hedor de lo que ella imaginaba que olería un cisne.

—No puedo creer... —comenzó Pesadilla Susurrante—. ¿Estabas a punto de...?

—Vete —ladró Zeus.

—¿Yo? No voy a ninguna parte. No hasta que...

—No me refería a ti —respondió Zeus. Se volvió hacia Kasia—. Kandy... Necesitas salir de aquí. Recoge tus cosas y vete.

Kasia no necesitó que se lo dijeran dos veces. Frenéticamente, agarró su ropa de la cama, se acomodó la ropa interior en una posición más cómoda y salió apresuradamente de la habitación. Mientras se detenía junto a la puerta, notó el estómago de Pesadilla Susurrante. O estaba hinchada, o la comida que había estado comiendo la había hecho comenzar a verse de cierta manera.

—Ya puedes irte, Kandy —entonó Zeus, mientras mantenía contacto visual con Pesadilla Susurrante—. Gracias por tu apoyo esta noche. Recuerda, estás cumpliendo tu profecía.

—Sí, Zeus —dijo ella—. Estoy cumpliendo mi profecía.

CAPÍTULO
CINCUENTA

—¡Buenos días, Sargento! —exclamó un excitado Chey mientras Tomek atravesaba las puertas de la oficina—. Joder, ¿qué te pasa? Parece que acabas de ver a un león y un cisne intentando aparearse.

—¿Un león y un cisne?

El comentario fue suficiente para que Tomek se detuviera en seco.

—Sí, ya sabes. Dos de los animales más feroces de la naturaleza.

—Los cisnes no son feroces.

—¡Bah! Permíteme discrepar. Está claro que nunca te has encontrado con un cisne enfadado en tu vida. Considérate afortunado, amigo mío —Chey se apartó de Tomek y fijó la mirada en la pantalla de su ordenador—. Aunque sería un buen nombre para un pub, la verdad. El León y el Cisne.

—¿De qué coño estás hablando? —preguntó Tomek mientras dejaba su mochila junto a su silla.

—Estás... —respondió Chey—. Estás como un cisne. ¿Por qué esa cara tan larga?

—Tienen el cuello largo, imbécil.

—Aun así pareces deprimido por algo.

Tomek negó con la cabeza y desestimó la acusación con un gesto.

—Estoy bien.

Y ahora empiezo a sonar como Kasia.

—Te creeré cuando lo vea —contestó Chey—. ¿Qué tal tu noche?

—Bien. ¿Y la tuya?

—Bien. Salí. Nada emocionante.

—¿Fuiste a esa vigilia?

Chey levantó los dedos del teclado y se apartó de su escritorio.

—¿Qué vigilia?

El pulso de Tomek se aceleró.

—La del castillo. Por Karl Bacon...

Frunciendo los labios, Chey negó con la cabeza.

—No sabía que hubiera una.

—La muy zorra —murmuró entre dientes.

—¿Cómo me has llamado?

—No es por ti. Nada. No te preocupes —antes de que Chey pudiera responder, Tomek metió la mano en el bolsillo para coger su móvil y se escabulló a la sala de incidentes. Afortunadamente, estaba vacía. Desbloqueó el dispositivo, deslizó el dedo hasta su agenda y encontró el número de contacto que buscaba.

Ella respondió al sexto tono.

—Por un momento pensé que no ibas a contestar —dijo él.

—Lo he pensado durante un instante —respondió ella—. ¿Qué quieres?

Sin cortesías. Sin charla trivial. Directa a la yugular. Tal como él lo había pedido.

—¿Alguno de tus compañeros informó sobre la vigilia que tuvo lugar anoche? No he visto fotos ni vídeos al respecto en internet.

—¿Qué vigilia?

El pulso de Tomek volvió a acelerarse.

—La del castillo.

Una breve pausa. El sonido de un teclado tecleando en su oído, seguido de Abigail llamando a sus colegas. Cuando volvió al auricular, sonaba sin aliento.

—No. No tengo ni idea de qué me estás hablando. Nadie sabe nada de ninguna vigilia en el castillo.

—La muy mentirosa —susurró.

Tomek había sido incapaz de pensar en otra cosa. Kasia le había mentido. Y había sido lo bastante estúpido como para creerla, para pensar que estaba diciendo la verdad aunque había demostrado innumerables veces que no se podía confiar en ella.

¿Adónde había ido? ¿Qué había estado haciendo? ¿Con quién había estado?

¿Realmente se había quedado a dormir en casa de Yasmin, como había dicho?

Estas preguntas habían atormentado su mente desde su conversación con Abigail, e inmediatamente después de la llamada, había enviado un mensaje a su hija. Para su alivio, ella había respondido. Con un monosilábico Sí, cierto. Pero seguía siendo una respuesta, seguía siendo un mensaje que le hacía saber que estaba viva.

Ya se ocuparía de ella y descubriría los hechos cuando llegara a casa. Por ahora, sin embargo, tenía un trabajo que hacer. Una persona con quien hablar.

Roger Armstrong parecía tan contento de ver a Tomek esta vez como la primera vez que se habían conocido. Hoy, el hombre llevaba unos pantalones beige holgados, unas zapatillas Vans y una camiseta suelta. Aquella tarde habían acordado reunirse en una pequeña sala de conferencias en la planta baja. Estaba apartada y significaba que a Tomek le podrían mostrar la salida más rápidamente.

Encontró a Roger de pie en el vestíbulo, lo que no le dio oportunidad de hablar con la recepcionista de lengua suelta.

—Me alegro de volver a verte, Roger —dijo Tomek con su voz más educada.

—Sí, claro. ¿Para qué has venido ahora? ¿No hablamos apenas la semana pasada?

—Sí, señor Armstrong, pero el mundo policial y el trato con delincuentes es rápido y complejo. Estoy seguro de que puede apreciarlo, dado el tipo de trabajo que realiza.

—¿Qué se supone que significa eso? —espetó Armstrong—. Si has venido aquí para insinuar que tuve algo que ver con el incidente de drogas en este lugar, entonces estás ladrando al árbol equivocado. Pero ya que lo has mencionado, te alegrará saber que he iniciado una investigación a gran escala y ya he tratado con los individuos acusados. Han sido suspendidos inmediatamente.

—¿Has despedido a *todo* tu personal? —preguntó Tomek—. ¿Cómo funcionáis?

—¿*Todo*...? No era todo mi personal, para que lo sepas.

—¿Cuántos? —preguntó Tomek, llevado por la curiosidad.

—Eso no es asunto tuyo. Es un tema interno y así se quedará. Además, deberíamos estar teniendo esta conversación en la sala de reuniones que he reservado. Por favor, sígueme.

Roger salió como una exhalación como si estuviera en una competición de atletismo, irrumpió en la sala y luego mantuvo la puerta abierta. Cuando se dio cuenta de que Tomek no le había seguido, los músculos de su cara se tensaron. —¡No tengo todo el día!

Sonriendo a pesar de la frustración que sentía hacia el hombre, Tomek se pavoneó, tomándose su tiempo. Por el camino, saludó con la mano a la recepcionista. Ella le devolvió el saludo, emocionada de verle.

—Agradecería que no hablases con nadie del edificio —explicó Roger cuando Tomek entró en la sala.

—¿Ah? ¿Y eso por qué?

Roger cerró la puerta con firmeza. —Estamos... estamos reestructurando. Los puestos de trabajo están en el aire. Podrían... podrían decir algo de lo que luego se arrepientan, o tú podrías contarles accidentalmente algo que desconocen por completo.

Tomek estaba confundido. No tenía ni idea de qué tenía que ver todo eso con él. —Te das cuenta de que no trabajo aquí, ¿verdad?

—Sí. Pero solo lo comento. —Roger cruzó la sala a grandes zancadas y se detuvo frente a un gran televisor de pantalla plana, con las manos en los bolsillos—. Ahora, ¿para qué has venido?

Por fin. Entrando en materia, lo importante.

—¿Te dice algo el nombre de Karl Bacon?

Roger lo consideró. —Podría ser. —Hizo una pausa un poco más larga. Al final, chasqueó los dedos y negó con la cabeza—. Refréscame la memoria.

—Apareció en una entrevista de radio con Michael Edwards hace aproximadamente dieciocho meses.

—¿Cuánto tiempo?

—¿Dieciocho meses?

—Entonces, no. Lo siento, pero no tengo ninguna posibilidad de recordarlo. Quiero decir, veo y trato con cientos de cosas diferentes al día. Ya sería suerte si recuerdo quién estuvo en el edificio la semana pasada, y eso ya es mucho pedir.

—¿Hay alguien que estuviera trabajando ese día con quien pudiera hablar?

—Quizás. Tendría que comprobarlo.

—¿Podrías comprobarlo *ahora*?

La cara de Roger se contorsionó en una combinación de incredulidad e indecisión.

—Si me das la información que necesito, es muy probable que no necesite hablar *contigo* de nuevo. Solo con las personas que trabajaban ese día.

Roger luchó con la decisión durante unos momentos.

—Dame cinco minutos.

Con eso, el hombre salió disparado por la puerta y corrió hacia el único ascensor del edificio. Tomek no perdió el tiempo y, una vez que las puertas del ascensor se cerraron, se dirigió al mostrador de recepción.

—Es lo más rápido que le he visto moverse nunca —dijo la recepcionista, asomándose por encima de la pantalla de su ordenador.

—Probablemente *sea* lo más rápido que se ha movido nunca. —Tomek se rio—. Ahora, no tengo mucho tiempo, pero necesito hacerte algunas preguntas rápidamente.

La recepcionista le hizo un saludo militar burlón. —Por supuesto, señor. Sí, señor.

Apoyándose en el borde de su escritorio, con un ojo en el ascensor, Tomek preguntó: —¿Te dice algo el nombre de Karl Bacon?

—¿Ese político de extrema derecha que murió el otro día?

—El mismo.

—¿Qué pasa con él?

—Vino aquí para una entrevista de radio una vez. Hace unos dieciocho meses.

—Ah, sí. Recuerdo eso.

—Lo recuerdas. ¿Por qué?

La recepcionista se echó el pelo por encima del hombro. —Porque recuerdo que me indignó que le hubiéramos dado a ese cabrón tiempo en antena para ampliar su plataforma y reunir gente para su causa. Y la otra razón es porque, ese mismo día, había un maldito bicho raro, un aspirante a músico que entró y estaba molestando a todo el mundo para que escucharan su música y sus canciones, con la esperanza de que las pusiéramos al aire. El imbécil no se daba cuenta de que somos una emisora de radio, y que lo que quiere es un *sello discográfico*.

La recepcionista chasqueó la lengua, como si hablar de aquel hombre le devolviera todas las frustraciones de aquella época.

Pero Tomek no estaba prestando atención a eso. Sus ojos y oídos estaban completamente centrados en la boca de ella y en las palabras que salían de ella.

—¿Recuerdas su nombre?

Ella no dudó. —Un tipo llamado Zeus o algo así.

CAPÍTULO
CINCUENTA Y UNO

La hora de comer. Exactamente una hora para salir del aula, llegar al patio, divertirse, comer algo y volver a clase después de que sonara la campana. Un momento en el que todo el colegio estaba fuera.

Durante las últimas semanas, sus horas de comida habían consistido en lo mismo: tirar la comida que sus padres les habían preparado y sentarse en un rincón del césped artificial, cotilleando y conspirando, tachando a cada miembro del patio que no sobreviviría a la guerra racial. Pero hoy era diferente.

Las cosas estaban cerca. Extremadamente cerca.

La guerra racial debía comenzar mañana, y todos tenían muchos preparativos que hacer. Todavía necesitaban tanto dinero como fuera posible. Zeus debía recibir sus liquidaciones de regalías de YouTube y Spotify al final del día, y con suerte no se retrasarían, de lo contrario corrían el riesgo de posponer el día del juicio final. Aún necesitaban botellas de agua, cajas de comida y grandes cantidades de LSD.

Kasia todavía sentía los efectos de las drogas en su sistema a la hora de comer. Su cabeza palpitaba lentamente, dolorosamente, como si alguien la estuviera usando como una pelota antiestrés desde la mañana. Se sentía triste, sola, aislada y deprimida. Y los acontecimientos de las primeras horas de la mañana habían hecho poco para ayudar. Las imágenes de Zeus con su máscara de cisne estaban grabadas en su mente y lo estarían para siempre.

Pero había estado cumpliendo con su profecía. Y, con la guerra racial a punto de comenzar tan pronto, seguía cumpliéndola. No había tiempo para aflojar, para relajarse, para volverse complaciente.

Durante los últimos diez minutos, ella y Yasmin habían estado recorriendo los pasillos vacíos, entrando y saliendo de cada aula, buscando el bolso de alguna profesora.

En la mayoría de ocasiones, encontraban a una profesora sentada allí, trabajando en su portátil o corrigiendo, protegiendo sus pertenencias como un fiel perro guardián. Cada vez les decían que salieran y fueran al patio, así que corrían hacia la siguiente, riéndose, como si estuvieran jugando. Otras veces no encontraban nada en absoluto, porque la profesora había ido a la sala de profesores o había salido del recinto escolar para comer algo.

Hasta que llegaron al pasillo de Inglés. Cinco aulas juntas. Cinco oportunidades para robar a algunas de las profesoras más encantadoras que Kasia había conocido. Con la excepción de la señorita Turner, todas estaban cerca de la edad de jubilación, y por tanto tenían una naturaleza relajada, abierta y cariñosa. Muchas de ellas le recordaban a Kasia a su abuela. Su nueva abuela. Aquella a la que había conocido solo unos meses antes. En las pocas ocasiones en que Tomek la había llevado a visitarla, la Nana Bowen siempre había tratado a Kasia con amor y adoración. Se aseguraba de que siempre estuviera bien alimentada e hidratada. Le hacía cumplidos sobre su pelo, sus ojos, su maquillaje. Le mostraba a Kasia cómo era pertenecer a un ambiente familiar cariñoso.

Pero no podía pensar en eso ahora. No podía pensar en Nana Bowen. Ni en el abuelo Bowen. En cómo los dos la hacían sonreír cuando pensaba en ellos...

Tenía un trabajo que hacer. Y ese trabajo estaba justo delante de ella.

Yasmin fue la primera en llegar a la primera aula. Estaba cerrada, y a través de la ventana de la puerta vieron a una profesora sentada en su escritorio, masticando tranquilamente algo de lechuga como un conejo mientras leía en su Kindle.

Siguiente aula. Situación similar. Otra profesora, esta vez la menos favorita de Kasia, la señora Perkins, sentada en su escritorio,

disfrutando de su almuerzo a solas. Kasia se preguntó si las profesoras de inglés preferían su propia compañía en lugar de pasar tiempo con otras personas, pero luego recordó que enseñaban inglés y leían mucho, así que probablemente preferían la compañía de los personajes sobre los que leían a la de aquellos con los que se encontraban en la vida real.

Aula tres. Vacía. Sin señales de que alguien hubiera usado el escritorio en absoluto.

Aula cuatro. También vacía, salvo por una manzana a medio comer y un recipiente Tupperware sobre el escritorio con un envoltorio de chocolate colgando por el borde. Posado en la esquina de la mesa había un montón de papeles, presumiblemente esperando a ser corregidos. Kasia resistió la tentación de arrojarlos al aire y crear un desastre porque, como Ricitos de Oro y los tres osos, tuvieron suerte en la última aula.

Era la de la señora Hammond. La favorita de Kasia. La mujer de sesenta y cuatro años debía jubilarse al final del curso escolar, después de dedicar casi treinta años al mismo colegio. Se había organizado una gran fiesta de despedida para su último día y todos los niños estaban invitados.

Pero para Kasia y Yasmin no habría último día de escuela, no habría fiesta.

Tenían una guerra racial y una vida después de la muerte que preparar.

Estaba cumpliendo con su profecía.

Kasia apartó las imágenes y recuerdos de la señora Hammond y las clases que habían compartido al fondo de su mente mientras se colaba en el aula. El escritorio de la profesora estaba en la misma posición que en las cuatro aulas anteriores, y debajo había una silla de escritorio especial, única para la señora Hammond, quien la había solicitado específicamente.

Este era su castillo y todos en el colegio lo sabían.

Sobre la mesa había un portátil del colegio, cerrado, y un teléfono móvil. Debajo, encajado en un pequeño hueco a un lado del escritorio, estaba el bolso de la señora Hammond. Pequeño, marrón y de cuero auténtico.

Kasia se agachó para recogerlo. Dentro encontró un pintalabios, un cepillo para el pelo, un tarjetero para tarjetas de débito y crédito, y un monedero. Una mujer de pocas posesiones. Dejando caer el bolso al suelo, Kasia sacó el monedero y lo abrió. Dentro había cincuenta libras en efectivo. Dos billetes de veinte y uno de diez.

—¡Bien hecho! —dijo Yasmin mientras Kasia levantaba el dinero triunfalmente en el aire.

Pero su alegría duró poco. De hecho, ni siquiera había despegado todavía.

—¿Qué estáis haciendo vosotras dos con mi monedero? —se oyó una voz severa desde la puerta. Lo que pasaba con la señora Hammond era que podía cambiar de ser tranquila, respetuosa y educada a severa, intimidante y furiosa en un instante. Justo ahora les estaba mostrando esto último—. ¿Qué estáis haciendo con mi dinero?

Ninguna optó por responder. En su lugar, salieron disparadas. Yasmin se lanzó a través del aula y atravesó la puerta como una exhalación. De camino, chocó con la señora Hammond y la tiró hacia atrás, haciéndola caer al suelo. La mujer soltó un fuerte grito mientras aterrizaba sobre el linóleo. Kasia la seguía de cerca. Antes de salir corriendo por el pasillo, echó una última mirada a la mujer en el suelo, y luego se dirigió en dirección opuesta.

Los gritos de Yasmin, combinados con los pedidos de ayuda de la señora Hammond, resonaban por todos los pasillos.

—¡La guerra racial está llegando! —gritaba Yasmin—. ¡La guerra racial está llegando!

Kasia iba inmediatamente detrás de su amiga, con el fajo de billetes apretado entre sus dedos como si fuera una tenaza. Pero ella decidió no decir ni una palabra.

CAPÍTULO
CINCUENTA Y DOS

Kasia tenía la adrenalina por las nubes cuando entró como una exhalación por la puerta principal. Subió los escalones de dos en dos y luego irrumpió en el salón. Yasmin entró poco después.

—¡Dios mío! —dijo Yasmin mientras cerraba la puerta de golpe—. No puedo creer que haya funcionado. ¿Viste la cara de Hammond? ¡Genial!

Kasia hizo una pausa para recuperar el aliento.

—¿Crees que estará bien? Parecía que se había golpeado la cabeza.

—¿Qué más da? —preguntó Yasmin mientras se movía de un lado a otro del salón. Se detuvo junto al sofá, dejó caer su mochila escolar al suelo y se dejó caer entre los cojines. Colocando los pies sobre los brazos del sillón, dijo—: De todos modos, será de las primeras en caer en la guerra racial. Es decir, es vieja, lenta y gorda. No puede esperar sobrevivir cuando todo se venga abajo. Será la supervivencia del más apto, y ella definitivamente no lo conseguirá.

Kasia no dijo nada, paseando de un lado a otro junto a la mesa del comedor. Luego miró su mano, el dinero que sobresalía entre sus dedos. En su puño se había arrugado y ajado.

—¿Crees que es suficiente? —preguntó Yasmin.

—¿Dijo cuánto necesitábamos?

—No. Solo que necesitamos conseguir tanto como podamos.

Yasmin sacó las piernas del sofá y comenzó a registrar los muebles del piso. Examinó la estantería, sacando un puñado de

libros, abriéndolos, hojeándolos y luego tirándolos al suelo. Después se dirigió a la mesa de café e hizo lo mismo, avanzando gradualmente por el piso con el cuidado y la atención de un simio. Mientras tanto, Kasia observaba, con furia e incredulidad recorriéndola. Esta era su casa, y Yasmin estaba haciendo un desastre. Se agachó para recoger uno de los libros que Yasmin había descartado, pero cuando lo cogió, Yasmin preguntó:

—¿Qué estás haciendo?

—Ordenando.

—¿Por qué? No importa. Nada de esto importará cuando lleguen las guerras raciales.

—Aun así —respondió Kasia, echando una mirada preocupada a la habitación—. Tiene que parecer... respetable.

Pero Yasmin no estaba escuchando. Estaba demasiado ocupada continuando su destrucción deliberada por el pasillo hasta el dormitorio de Tomek.

—¿Tu padre tiene algo de dinero aquí?

Kasia dudó. Ya había evitado contarle sobre el dinero que casi había pasado por alto en la estantería. ¿Quería decirle acerca del dinero que él guardaba en la caja de zapatos en su armario?

Antes de que pudiera responder, alguien llamó a la puerta.

Ambas chicas se quedaron paralizadas, mirándose fijamente, con los ojos muy abiertos. El cuerpo de Kasia se enfrió de miedo. Lentamente, como si hacerlo más rápido rompiera la barrera del sonido y las delatara, se llevó la mano a la boca.

Otro golpe, esta vez ligeramente más fuerte.

—¡No te muevas! —susurró Kasia.

Un momento de silencio.

Luego otro golpe.

Todo lo que Kasia podía oír era el latido de su corazón en sus oídos.

Y otro golpe más.

—¿Kasia? ¿Estás ahí? ¿Acabas de entrar por la puerta principal?

De inmediato, Kasia se relajó y respiró profundamente aliviada. Reconoció la voz inmediatamente. Su vecina de abajo. La mujer con la que había pasado varias tardes y noches jugando a juegos de

mesa. Las veladas que al principio había odiado pero que secretamente había terminado por adorar.

Amiga. No enemiga.

Aunque ella sería otra que perecería en las guerras raciales.

—Espera aquí —susurró Kasia a Yasmin—. Yo me ocuparé de ella.

No esperó respuesta. Dio media vuelta y salió de la habitación. En la puerta principal, giró el pomo lentamente, abriéndola una fracción para que la mujer no pudiera pasar. Edith estaba al otro lado, con un gran sombrero de verano y un vestido floreado. Parecía que estuviera lista para un día en el parque o en la playa.

—¿Está todo bien, Kasia? —preguntó Edith suavemente.

—Sí, señorita Bates. Todo está bien.

—He oído ruido. Y muchos portazos.

—Lo siento. Era solo yo llegando a casa. No me he encontrado muy bien, así que el colegio me ha enviado a casa antes.

Edith la miró con dudas.

—¿Lo sabe tu padre?

—Le he enviado un mensaje, pero aún no me ha respondido. El colegio intentó llamarle, pero no contestó. Debe de estar ocupado.

La frente de Edith se arrugó con dudas.

—¿Podría entrar? Puedo prepararte una taza de té, asegurarme de que estés bien.

Kasia sintió presión en el otro lado de la puerta, pero se mantuvo firme.

—De verdad, estoy bien, señorita Bates. Probablemente debería descansar. Creo que voy a echarme una siesta.

—Hmm. —Más preocupación. Más dudas. Miró a través del hueco de la puerta, pero Kasia rápidamente lo estrechó. Al final, Edith cedió y dio un paso atrás—. Bueno, estaré abajo si me necesitas. Y tienes mi número...

—Sí. Por supuesto. Gracias, señorita Bates —dijo Kasia mientras cerraba lentamente la puerta a Edith, sonriendo educadamente.

Esperó hasta que oyó cerrarse la puerta de Edith antes de volver con Yasmin. Cuando regresó, encontró a su amiga rebuscando dentro del armario de Tomek.

—¿Qué estás haciendo?

—Buscando dinero —dijo mientras salía de debajo de la ropa. En su mano sostenía una serie de cartas escritas a mano—. ¿Qué es esto?

Kasia se las arrebató de la mano.

—¡No puedes coger eso!

—¿Por qué no?

—Porque son personales —murmuró—. Son privadas.

—Eso no importa. Nada de esto importará cuando todo comience.

Yasmin perdió rápidamente el interés por las cartas y se dirigió hacia el alféizar de la ventana. Hacia los queridos árboles bonsái de Tomek. Hacia la querida caja nido de Tomek.

En cuanto su amiga alargó la mano hacia uno de los árboles, Kasia le gritó que se detuviera.

—¿Qué te pasa? —exigió Yasmin—. ¿Por qué te comportas como una pequeña zorra con todo esto? ¿No estarás teniendo dudas, verdad?

Kasia se burló. —¡No, por supuesto que no!

Yasmin cogió el bonsái y, con un gruñido y esfuerzo, lo sostuvo para Kasia.

—Tómalo.

—¿Qué?

—¡Coge el puto árbol y destrúyelo!

—Pero...

—¿Estás dentro o estás fuera? Te cubrí, joder. Zeus preguntó si estabas comprometida y le dije que sí. Me la jugué por ti, Kandy, ¿y así es como me lo pagas?

—No, Yasmin. No es eso. Le robé a la señora Hammond, ¿no?

—Pero ahora te estás rajando con esto. ¿Cuál es la diferencia?

Kasia no tenía respuesta para eso. No sabía por qué se estaba comportando así. Era como si algo se hubiera activado dentro de su cerebro y la estuviera frenando.

—¿Qué hay de tu profecía? —continuó Yasmin—. Esa de la que siempre oigo hablar a Zeus. ¿Vas a cumplirla o vas a seguir comportándote como una pequeña zorra?

Una lágrima se formó en el ojo de Kasia. Parpadeó para eliminarla, pero seguía volviendo.

—Estoy dentro —murmuró—. Quiero esto.

—¿No habías muerto para ti misma?

—¡Lo he hecho!

Yasmin le puso el árbol en la cara a Kasia. —Entonces demuéstralo. Si realmente has muerto para ti misma, harás esto. Si realmente crees en ello, harás lo que te digo. Si quieres ver a tu padre en la otra vida, donde nada de esta mierda importará, entonces *hazlo*.

Kasia miró la planta por un momento, incapaz de moverse, incapaz de pensar con claridad. Los brazos de Yasmin temblaban bajo el peso del árbol, haciendo que las hojas se agitaran de un lado a otro como si estuvieran en medio del Bosque Shipwrights.

Estoy cumpliendo mi profecía, se dijo a sí misma.

Estoy muriendo para mí misma.

Todo estará bien. Papá se unirá a mí en el más allá. Puede venir con-

—¡Hazlo de una puta vez! —gritó Yasmin.

Kasia cerró los ojos y, gritando con todas sus fuerzas, arrebató el árbol a Yasmin y lo lanzó contra la alfombra. La tierra explotó por todo el suelo, salpicando sus zapatos. Hojas y ramitas se desprendieron y se esparcieron por todas partes. La maceta se agrietó y se rompió en pedazos por el impacto.

—Bien —dijo Yasmin, con una voz inquietantemente tranquila—. Ahora haz otro.

—¿Qué?

—Otro. Hazlos todos. Destruye el piso. Destrúyelo todo.

CAPÍTULO
CINCUENTA Y TRES

De una recepcionista a otra. Excepto que la que tenía justo enfrente era menos acogedora.

—¿Dónde está? —ladró Tomek a la mujer detrás del mostrador.

—¿Perdone? —le espetó, y con toda la razón después de cómo le había hablado, reconoció él—. No voy a aceptar ese tono.

—Por supuesto. Lo siento. Discúlpeme.

La mujer alzó la nariz y le dirigió una mirada desdeñosa.

—¿A quién está buscando?

—A Kasia Coleman —respondió, esta vez con un tono algo más educado, pero ni de lejos lo suficiente para compensar el daño que ya había causado.

—¿Y usted es?

—Su *padre* —siseó.

Ella levantó un dedo hacia él y después se colocó un teléfono fijo contra la oreja.

—Un momento, por favor.

El momento pareció durar una eternidad. En ese tiempo, la recepcionista realizó varias llamadas, cada una menos útil que la anterior. Hasta que finalmente consiguió contactar con la directora y habló directamente con ella.

—Está lista para recibirle —añadió la recepcionista—. ¿Sabe dónde puede encontr...?

Pero Tomek ya se había marchado, avanzando a toda prisa por el pasillo antes de que pudiera terminar. Encontró el despacho de la

directora con facilidad e irrumpió sin llamar. De pie en medio de la sala, inmersas en una conversación, estaban la directora y la señorita Holloway, la tutora de Kasia. Sentada en una de las sillas había una mujer a la que Tomek nunca había conocido, y en la esquina se encontraba un hombre vestido con traje, a quien tampoco conocía.

—Señor Bowen —comenzó la directora, la señorita McCann, dando un paso adelante—. Por favor, pase.

Tomek avanzó arrastrando los pies. La señorita McCann cerró la puerta tras él.

—¿Dónde está Kasia? —preguntó.

Pasó un largo momento antes de que alguien respondiera. Tomek examinó su entorno, estudiando los rostros que le devolvían la mirada. Sintió un aire ominoso de preocupación en la habitación, cuatro pares de ojos llenos de juicio que le taladraban.

—No podemos localizar a su hija —respondió la directora.

—¿Qué?

—No sabemos dónde está. Nosotros...

—¿Adónde ha ido? ¿Qué ha pasado?

Antes de que la señorita McCann pudiera responder, Tomek sacó el teléfono de su bolsillo y marcó el número de su hija. La línea sonó en su oído hasta que saltó el buzón de voz. A continuación, le envió un mensaje, aunque no esperaba una respuesta inmediata. Por último, probó la aplicación Buscar a mis amigos en su iPhone. Nada. Su teléfono estaba apagado. Excepto por un pequeño icono que indicaba que su teléfono se había usado por última vez en casa.

—Señor Bowen —comenzó la directora—. Hay algunas cosas que debemos discutir.

—No. A la mierda eso. Lo primero que tenemos que hacer es encontrar a mi hija.

La cabeza le daba vueltas. Su estómago hacía lo mismo, dando volteretas como un nadador sincronizado en las Olimpiadas. Quería vomitar.

—Estamos haciendo todo lo posible para encontrar a su hija —entonó la directora—. Tenemos varios profesores buscándola y, si es necesario, hablaremos con la policía para que intervengan.

—Yo *soy* la policía. Ya están involucrados.

—No me refería a eso —continuó la señorita McCann, con voz apesadumbrada. Permanecía de pie con los dedos fuertemente entrelazados—. Me refería a otro asunto.

—¿Por qué? ¿Qué más ha hecho?

Se desplazó hacia la parte trasera de la habitación. Si era para distanciarse de él, Tomek no lo sabía. Pero en ese momento parecía que todos los profesores se alejaban de él. Como si se estuvieran apartando lentamente, escapando de él. Dejándolo sentirse solo, aislado.

La señorita McCann hizo un gesto hacia la mujer que Tomek no reconocía.

—El otro día, la señora Matthews notó algo diferente en su hija. Algo que le preocupó.

—A usted y a mí —respondió él.

—Al principio lo desestimé, lo cual es culpa mía —continuó la señorita McCann—. Sin embargo, todos cometemos errores. Pero el comportamiento de Kasia desde entonces, y sus subsiguientes ausencias injustificadas, me han dado más motivos de preocupación.

—No es usted la única —añadió, aunque empezaba a sentir que estaban hablando de cosas distintas.

—Verá, señor Bowen, el otro día, la señora Matthews notó varios moratones en el brazo y el cuello de su hija. Y cuando se le preguntó al respecto, Kasia explicó que había habido algunas ocasiones en las que las cosas entre ustedes en casa se habían vuelto físicas, abusivas. También describió varios casos en los que usted la había maltratado emocional y verbalmente.

La boca de Tomek se abrió, pero no salió nada. Era como si alguien le hubiera apuñalado directamente en el corazón, arrastrando el cuchillo hasta su abdomen, para luego volver a tirar hacia arriba mientras oleada tras oleada de náuseas le golpeaban desde todos los ángulos.

La señorita McCann señaló al hombre silencioso que estaba detrás de ella. Se mantenía de pie con las manos a los costados. Su cabello era lacio, tenía sobrepeso y parecía que no había dormido bien en semanas.

—Este es el señor Adams —continuó la directora—. Es de servicios sociales.

—Ni hablar.

—Tenemos motivos para creer que Kasia vive en un entorno inseguro, y tenemos el deber de asegurarnos de que esté bien atendida, como cualquier niño debería estar.

—Ni hablar —repitió—. Absolutamente no. De ninguna manera.

Todo su mundo se derrumbaba a su alrededor. Las náuseas empeoraron y su cabeza comenzó a dar vueltas. Alguien en algún lugar estaba encendiendo y apagando las luces en su mente, y las palabras que quería decir, las palabras que quería *gritar*, salieron de su boca.

—No tengo por qué justificarme ante vosotros —dijo, con el habla arrastrada.

Pero sí tenía que hacerlo. Sabía que tenía que hacerlo. Para limpiar su nombre, para eliminar cualquier indicio de juicio y preocupación que pudieran tener sobre él. No podía permitir que pensaran que era un padre abusivo. Si lo hacían, le quitarían a Kasia. Sería el fin de la nueva vida familiar que habían construido juntos. No era perfecta, no lo había sido durante algún tiempo, pero ¿qué familia lo era? Era un trabajo en progreso. Y también supondría el fin de su carrera. Un padre abusivo trabajando en las fuerzas policiales. Nick nunca podría mantenerlo en el cuerpo.

Sería el fin de todo.

CAPÍTULO
CINCUENTA Y CUATRO

Tomek había conseguido disipar *algunas* de las preocupaciones del colegio y de la asistente social. Aunque no del todo. El hombre pegado a su cadera estaba sin aliento cuando llegaron al último escalón. Tomek no esperó a que se recuperara. Entró directamente en el piso. E inmediatamente deseó no haberlo hecho.

El lugar parecía como si hubiera explotado una bomba.

Los libros de la estantería, incluido aquel en el que Tomek escondía dinero, estaban esparcidos por la alfombra. Los cojines del sofá habían sido arrojados al suelo, con sus entrañas desparramadas como si los hubieran acuchillado. Los pocos cuadros y retratos que colgaban de la pared o pendían en ángulos extravagantes o estaban hechos añicos sobre la alfombra. La mesa del comedor estaba volcada, y todo lo que había encima disperso por el suelo. Escritos y marcas ilegibles habían sido garabateados por las paredes y el techo. Y en la cocina, el contenido de la nevera había sido desechado y arrojado sobre la encimera. Trozos de cristal cubrían el suelo de linóleo y brillaban bajo la luz artificial.

—¿Qué coño ha pasado aquí? —preguntó Tomek, boquiabierto.

Su primera reacción fue pensar que habían entrado a robar. Que una banda —posiblemente la misma de Richard Stafford, que había matado a Michael Edwards y Karl Bacon— había irrumpido por la puerta principal y destrozado el lugar. Pero entonces pensó en Kasia.

Cómo su teléfono yacía en el suelo, medio enterrado bajo un libro. Cómo había otro a pocos metros de distancia.

—¡Kasia! —llamó—. ¡Kasia! ¿Estás aquí?

Con cautela, se dirigió hacia sus dormitorios, con el pulso acelerado y un dolor en las entrañas. Se detuvo primero frente a su habitación. El suelo era un desastre. El edredón y las sábanas habían sido arrancados de la cama, la ropa esparcida por el suelo y encima del armario, y sus bonsáis —¡sus queridos bonsáis!— estaban hechos pedazos, con daños irreparables a los árboles que habían formado parte de su vida durante casi veinte años. Con cuidado, Tomek caminó de puntillas alrededor de la cama para inspeccionar los daños. Y fue entonces cuando vio la casita para pájaros rota, destrozada sobre la alfombra. El sonido de pájaros piando desde fuera de la ventana del dormitorio se amplificó. Una familia de petirrojos sin un lugar permanente al que llamar hogar.

La aprensión y el miedo que Tomek sentía rápidamente se disiparon y fueron reemplazados por furia, ira, ansias de venganza.

Apretó el puño.

—¿Qué ha pasado aquí? —preguntó una voz desde la puerta.

Tomek giró sobre sí mismo, levantando el puño. Se contuvo antes de arremeter contra el asistente social.

—Lo siento —murmuró, bajándolo.

Fantástico. Eso quedará muy bien delante del burócrata.

—¿Qué ha pasado aquí? —repitió el señor Adams.

—Ojalá lo supiera —respondió Tomek, pasándose los dedos por el pelo. Era incapaz de apartar la mirada de la casita para pájaros y los bonsáis. Su orgullo y alegría, las únicas cosas que había amado además de Kasia, destruidas en un acto sin sentido de vandalismo.

—Quizás yo pueda responder a eso —dijo una voz suave y dulce desde algún lugar del piso.

El asistente social se apartó, revelando a su vecina, que avanzaba con dificultad entre el desorden, agarrándose a la pared para apoyarse mientras se abría paso entre los escombros.

—Edith —comenzó Tomek—. ¿Estás bien? ¿Han entrado también en tu piso?

—¿Mi piso? Oh no, querido. El mío está bien.

—¿Qué ha pasado? ¿Quién ha hecho esto? ¿Sabes dónde está Kasia?

Su mente corría a mil por hora y le costaba seguirle el ritmo. Su respiración era superficial y rápida, y su pulso seguía aumentando. Empezó a sentirse mareado y aturdido.

—Cálmate... —dijo Edith, acercándose a él con una mano extendida. La colocó sobre su brazo e inmediatamente su respiración volvió a un ritmo casi normal, y parte de la niebla en su mente se disipó—. Cálmate, Tomek. Estás estresado.

—Solo dime lo que sabes... Por favor.

—Estaba en la cocina preparando un almuerzo tardío cuando oí que se abría la puerta principal del edificio y lo que parecían dos pares de pisadas subían ruidosamente por las escaleras. Esperé unos minutos, pero luego escuché un montón de golpes y estruendos, así que subí a investigar. No sabía qué pasaba aquí, y después de llamar, Kasia abrió la puerta.

—¿Estaba sola?

—No vi ni oí a nadie más —respondió Edith, retirando el brazo—. Pero lo sentí, percibí que había alguien más allí.

—¿Qué te dijo?

—Que había vuelto temprano del colegio porque no se encontraba muy bien, pero a mí me pareció que estaba perfectamente. No obstante, la dejé descansar y bajé. Y fue entonces cuando volvieron los golpes. Más fuertes, mucho más fuertes, esta vez. Intenté llamar pero no me oyeron.

—¿Oíste otra voz?

—Oí otro nombre.

—¿Quién?

—Una chica llamada Yasmin. Se gritaban entre ellas con excitación, tirando cosas... —Miró alrededor del dormitorio—. Creando este desastre.

—¿Y entonces qué pasó?

—Unos minutos después, salieron del piso y pasaron corriendo junto a mí, casi tirándome por las escaleras. No las vi bien, pero mientras me sujetaba a la pared para sostenerme, noté que las dos llevaban bolsas grandes, como si fueran a pasar la noche fuera o un par de días.

Tomek asintió, los engranajes de su cerebro funcionando cada vez mejor con cada nueva pieza de información.

—¿Viste hacia dónde se dirigieron?

Edith negó con la cabeza.

—Lo siento, Tomek.

Él colocó ambas manos sobre sus hombros.

—No, *yo* lo siento. Siento que hayas tenido que pasar por esto. Me aseguraré de que te pida disculpas y arregle todo, te lo prometo. Pero primero, necesito encontrarla.

CAPÍTULO
CINCUENTA Y CINCO

Tomek por fin se había librado del hombre gordo pegado a su cadera. Después de ver la destrucción que Kasia y su amiga habían causado deliberadamente, el señor Adams había decidido que Tomek no había hecho nada malo, y que su tiempo y energía estarían mejor empleados intentando encontrarla por medios y métodos que Tomek y la policía no tenían.

Tomek había estado más que feliz de complacer al hombre y despedirle con un gesto, porque tenía un lugar al que necesitaba ir.

La madre de Yasmin le abrió la puerta con una expresión preocupada que tensaba su rostro. Tenía los ojos rojos, hinchados, y parecía como si hubiera estado llorando durante varias horas. También parecía que no hubiera dormido en semanas. Eran de edad similar, pero imaginaba que ahora mismo ambos parecían al menos diez años mayores.

Tomek vio mucho de sí mismo en su expresión dolida y derrotada. También sentía parte de ello.

—Pase —dijo Pamela, sin necesidad de que él lo pidiera.

Tan pronto como cruzó el umbral, la tensión en sus hombros se alivió un poco. La siguió hasta la cocina y declinó la oferta de una bebida.

—Estoy buscando a Kasia —dijo él—. Pensé que podría estar aquí.

—Y yo estoy buscando a Yasmin.

—¿En serio?

Pamela asintió, mirando al suelo. Alcanzó una caja de pañuelos en la encimera y comenzó a juguetear con ella entre sus dedos.

—Debería haber vuelto hace media hora, pero no responde ni contesta a mis llamadas.

—¿Cuándo fue la última vez que habló con ella?

—Esta mañana, antes de que se fuera al instituto.

—¿Cómo estaba?

Pamela se encogió de hombros, hundiendo aún más la cabeza en su pecho. —Como ha estado durante los últimos dos meses. Callada, cortante, evitándonos a su padre y a mí.

Tomek sintió que iba a tener que abordar el tema con cuidado y sensibilidad. Estaba claro que habían pasado por lo mismo, que ambas hijas habían estado mostrando el mismo comportamiento errático, pero Tomek tenía la piel mucho más gruesa que la mayoría. Había experimentado de todo en su trabajo, y esto no era diferente. Sin mencionar que Pamela tenía una conexión más profunda con su hija adolescente de la que Tomek tenía con la chica que había estado en su vida menos de un año.

—Estaban ambas en mi piso —le dijo Tomek—. Hace aproximadamente una hora. Lo destrozaron por completo.

—¿*Destrozaron*?

Tomek asintió.

—¿Por qué demonios harían eso?

—No puedo ni imaginarlo. Destrozaron todo el lugar.

—¿Sabe adónde han ido ahora?

Tomek negó con la cabeza. —Encontré los teléfonos móviles de ambas en mi casa. Esperaba que estuviera aquí. Mi vecina dijo que cuando las vio marcharse, Kasia llevaba algo grande parecido a un saco de dormir. ¿Tiene alguna idea de adónde podrían haber ido?

Pamela meditó un momento. —No se me ocurre nada.

Tomek suspiró profundamente, cruzándose de brazos. —¿Está segura?

—Sí, estoy segura —siseó Pamela, cambiando repentinamente y poniéndose a la defensiva.

Tomek levantó las manos en señal de rendición. —Lo siento. Tengo que preguntar. Es el detective que hay en mí. No quería

ofenderla.

—Está bien —dijo ella, aunque por su entonación era todo lo contrario.

—¿Hay algún lugar que las chicas hayan comentado con usted, o quizás ha escuchado algo cuando han estado hablando aquí?

—¿Qué le hace pensar que estarían hablando de algo aquí?

La ceja de Tomek se arqueó. —Porque Kasia siempre se queda a dormir. Simplemente pensé que...

—¿Quedarse aquí? —repitió Pamela—. Kasia no se ha quedado a dormir aquí en semanas.

—Pero ella...

Y entonces lo comprendió. Que Kasia le había estado mintiendo. Mintiendo sobre dónde se había estado quedando. Mintiendo sobre cómo se sentía. Mintiendo sobre el acoso escolar. Sobre todo.

—¿Dónde coño han estado quedándose entonces?

Gruesas lágrimas se formaron en los ojos de Pamela. Se las secó con un pañuelo.

—Dios mío, podrían estar en cualquier parte, ¿verdad? ¿Y si les ha pasado algo? ¡Dios mío! ¡Podrían estar en verdadero peligro!

Tomek tenía que controlar las emociones de ella. Lo último que necesitaba era que se volviera inconsolable. Tenía que mantenerla positiva, con la cabeza fría y pensando con claridad.

—Todo va a estar bien, ¿de acuerdo? —le dijo—. Las vamos a encontrar. Están a salvo. Mientras estén juntas, están seguras.

Sus palabras tuvieron poco efecto.

—¿Cree que les ha pasado algo?

—No, en absoluto. Estoy seguro de que hay una explicación perfectamente razonable para todo esto.

Excepto que sabía que no la habría. Si no, ¿por qué destrozarían su piso? ¿Por qué Kasia fingiría que él la estaba maltratando física y verbalmente? ¿Por qué lo habría borrado casi por completo de su vida en tan poco tiempo?

—¿Ha... ha encontrado alguna vez drogas en la habitación de Yasmin, o algo que indique que podría estar tomando algo?

Tan pronto como la palabra *drogas* salió de los labios de Tomek, Pamela soltó un gemido y las lágrimas comenzaron a fluir. Mientras

sollozaba contra su pecho, Tomek se mantuvo torpemente cerca, extendiendo su mano hacia ella pero sin tocarla. No quería romper ningún tipo de límite social entre ellos, pero tampoco quería que estuviera llorando justo delante de él. Al final, colocó una mano sobre su hombro y luego la movió gradualmente por su espalda.

—Todo va a estar bien —le dijo Tomek mientras le apretaba suavemente el hombro—. Las vamos a encontrar. Aparecerán. Las estadísticas para este tipo de casos suelen ser muy buenas.

Con eso, ella lo miró, sus ojos llenándose de esperanza. —¿De verdad?

—Sí. La mayoría de las veces encuentran su propio camino de vuelta a casa.

Pero en esta ocasión concreta, no lo creía. No creía ninguna de las palabras que salían de su boca. Porque, después de que la encontrara y se ocupara de ella, nada estaría bien para Kasia. Ni tampoco para su pequeña amiga, Yasmin.

De eso él se encargaría personalmente.

CAPÍTULO
CINCUENTA Y SEIS

Los cánticos habían aumentado, tanto en frecuencia como en volumen, durante los últimos cinco minutos. Había sido gradual, como la marea creciente, pero solo ahora que alcanzaba su crescendo, Kasia se dio cuenta de lo fuerte que era. Le atravesaba por completo, las vibraciones hormigueaban cada centímetro de su cuerpo.

No tenía ni idea de dónde estaba y, para empeorar las cosas, había perdido totalmente la noción del tiempo. ¿Veinte minutos? Quizás treinta. Posiblemente más. No lo sabía. No podía saberlo.

Abrió los ojos y todo lo que podía ver era oscuridad, los rostros de sus hermanas perdidos en la penumbra, salvo por la débil luz que emitían las seis velas que habían sido colocadas uniformemente alrededor del espacio.

Se sentía eufórica. La adrenalina, producto de la destrucción que ella y Yasmin habían causado antes, y la inminente cuenta atrás hacia el día del juicio final que estaba a punto de estallar, fluía por su cuerpo. Jadeaba pesadamente, su pecho subía y bajaba, sus cuerdas vocales se tensaban. Sus ojos se voltearon hacia atrás y su cabeza se balanceó hacia atrás, de modo que su rostro apuntaba hacia el techo. El LSD que había tomado poco antes estaba empezando a hacer efecto. El techo negro se había transformado en un espejismo de criaturas mortales y peligrosas. Serpientes, una mezcla de verde y azul, serpenteando por la superficie. Bestias gigantes y míticas como nunca antes había visto, solo había leído

sobre ellas, gruñéndole y ladrándole desde arriba. Demonios burlándose de ella, llamándola, provocándola. Cerró los ojos, tratando de alejarlos, pero no funcionó. Seguían allí, arañando y extendiéndose hacia ella desde lo alto.

Estaba teniendo un mal viaje. Uno de los peores que jamás había experimentado.

Pero no se acobardó. No se acobardaría. Era más valiente que eso. Más valiente que ellos. Sin mencionar que tenía a Zeus y a las Arpías a su lado si las cosas se volvían demasiado intensas. Eran una unidad, un equipo. Podían defenderla. Pero por ahora, podía defenderse sola.

Gritó, su voz quebrándose bajo la repentina tensión.

El sonido llenó la habitación y, en un instante, los demonios desaparecieron, retrocediendo en la oscuridad hasta que ya no pudo ver sus rostros. Lo había logrado. Los había desterrado.

Para su sorpresa, sus hermanas continuaron cantando, aumentando su agarre en sus manos, asegurándose de que permaneciera encerrada.

—Eso es bueno —exclamó Zeus—, déjalo salir todo. Libera tus demonios internos mientras buscamos desterrarlos de este mundo y del siguiente. Exorcízalos de tu cuerpo y de tu alma. No podemos permitirnos llevar ninguno con nosotros al más allá. Deben extinguirse.

Zeus había estado patrullando en los límites del círculo, observando, listo para entrar en acción y ayudar a una Arpía si lo necesitaba.

Colocó una mano en la espalda de Kasia y la otra en su pecho, e inmediatamente ella sintió que el aire abandonaba sus pulmones. Jadeó en busca de aire, resollando, respirando pesadamente.

—Déjalo salir —dijo él—. Déjalo salir todo.

Podía sentirlos. A todos ellos. Los demonios abandonando su cuerpo, escapando a través de sus pulmones sin aire y su boca. Más aún, podía verlos. Volando fuera de su cuerpo y huyendo hacia la oscuridad antes de finalmente desaparecer en el techo.

Zeus aumentó la presión en su pecho, exprimiendo aún más aire de sus pulmones. Su cuerpo comenzó a chisporrotear y hormiguear

mientras luchaba por respirar. Habían pasado más de treinta segundos sin que nada entrara, y por un momento pensó que estaba a punto de desmayarse. Hasta que él le dio una palmada en el pecho y la última bestia, la última criatura, explotó desde su boca. Una cosa grande y espantosa, con cientos de dientes y malvados ojos rojos demoníacos que la miraban fijamente.

En algún lugar, desde lo más profundo de su ser, convocó la energía y el oxígeno para gritar en la cara del demonio. La explosión de sus labios tuvo el efecto deseado y rápidamente se dio la vuelta y se retiró.

Tan pronto como la bestia se fue, Kasia inhaló, soltó su agarre de las hermanas a ambos lados y luego se desplomó hacia atrás en el suelo.

Los cánticos se detuvieron rápidamente y fueron reemplazados por el sonido de movimiento. En cuestión de segundos, sus hermanas se agruparon a su alrededor, tocándola, celebrándola, felicitándola.

—Lo has conseguido —dijo Yasmin desde algún lugar a su derecha—. ¡Lo has conseguido! ¡Has muerto para ti misma, Kandy! ¡Oficialmente has muerto para ti misma!

CAPÍTULO
CINCUENTA Y SIETE

Tomek golpeó el cristal con tanta fuerza que casi lo atraviesa con el puño. Luego pegó la cara a la ventana y escudriñó el estudio vacío.

El banco de madera que antes estaba situado en la entrada ya no estaba, y no se escuchaba aquella música espantosa resonando desde el interior.

Los Hijos de Zeus.

Ese era el nombre que le había dado la recepcionista de la emisora de radio.

El mismo nombre del artista que Kasia había estado siguiendo, escuchando, del que no paraba de hablar, del que compraba merchandising y al que había ido a ver recientemente.

El mismo hombre que Tomek ahora sospechaba que estaba involucrado en las muertes de Michael Edwards y Karl Bacon.

El mismo hombre que podría poner a Kasia en peligro.

Tomek golpeó con los puños la puerta de cristal por segunda vez.

—A la mierda —siseó, luego se dio la vuelta y comenzó a buscar una piedra en el suelo.

Encontró una un momento después y la sopesó en sus manos, calculando su peso. No dudó. El trozo de hormigón dio una voltereta en el aire y se estrelló contra la ventana de cristal, enviando miles de fragmentos en cascada al suelo. De inmediato, sonó una sirena desde el interior del edificio. Tomek apenas le prestó atención. Atravesó la puerta, con el cristal crujiendo bajo sus pies como grava,

y luego escaneó sus alrededores. El estudio de yoga convertido en centro de actividades para adolescentes estaba vacío. La decoración había sido arrancada de las paredes, los adornos retirados de sus pedestales y el mobiliario eliminado del suelo. Era como si el lugar hubiera sido abandonado durante años, esperando silenciosamente a que un nuevo propietario entrara y le diera algo de cariño.

El resto del estudio estaba igual: la parte trasera y el piso de arriba. Vacío, desprovisto de cualquier cosa que sugiriera que alguien había estado viviendo o trabajando allí.

Los Hijos de Zeus, o como quiera que se llamase, había hecho un trabajo minucioso eliminando todos y cada uno de los objetos. Pero no tan minucioso. El equipo forense encontraría algo, estaba seguro de ello.

Mientras permanecía quieto en una de las habitaciones vacías del piso superior, Tomek metió la mano en su bolsillo y sacó su teléfono.

—Nick, ¿estás ahí? —preguntó frenéticamente.

—Sí, ¿qué...?

—Necesito forenses en el Polígono Industrial Temple Farm. Hay...

—¿De qué estás hablando? —preguntó Nick—. ¿Tenemos otro cadáver?

—No. Kasia. Ella y su amiga han desaparecido. Los Hijos de Zeus. Michael Edwards. Karl Bacon. Creo que todo está relacionado. Necesito forenses.

Tomek jadeaba, su mente volando a cien kilómetros por segundo. Había tantos pensamientos corriendo por su cabeza que solo captaba el final de cada uno.

—Parece que necesitas tumbarte un rato —respondió Nick, con voz áspera—. Ahora, antes de que envíe a alguien, respira hondo y dime exactamente qué ha pasado.

CAPÍTULO
CINCUENTA Y OCHO

El equipo forense había llegado veinte minutos después. Tomek había tratado con ellos, explicándoles la situación y la necesidad de ser minuciosos, y luego regresó a la sala de incidencias. Nick le había dicho que no sería de utilidad en el estudio de yoga. Que estaría dando órdenes a gritos e interfiriendo con el progreso del equipo, y cabreando a todo el mundo en el proceso. Y Tomek había estado de acuerdo. El único problema era que tampoco estaba mejor en la sala de incidencias. Caminando de un lado a otro, dando vueltas, ladrando órdenes, acosando a sus colegas mientras intentaban ayudarle a determinar el paradero de Kasia. Sus niveles de estrés estaban en su punto más alto, y no había nada que pudiera hacer para calmarlos. Rachel y Anna, junto con un par de agentes uniformados, habían sido enviados a su casa para realizar indagaciones puerta a puerta y estar en las cercanías del piso, por si acaso milagrosamente ella aparecía tambaleándose. Mientras tanto, Chey estaba revisando las cámaras de CCTV y las grabaciones de fuera del estudio de yoga y cerca del piso de Tomek, con la esperanza de precisar sus movimientos después de que huyera de la escena. Tomek había entregado los teléfonos móviles de ella y de Yasmin a los equipos de investigación forense digital, que actualmente estaban buscando en los dispositivos el historial de mensajes, información de telemetría y cualquier evidencia fotográfica que pudiera indicar adónde habían ido las adolescentes. Aunque eso llevaría horas, según les habían advertido.

Horas era demasiado tiempo.

Horas era más de lo que podía permitirse. Para entonces, algo horroroso podría haberle ocurrido a ella.

O peor, a alguien más.

Tras su regreso a la sala de incidencias, Tomek había explicado su teoría. Que Los Hijos de Zeus, cuyo nombre más tarde recordó que era Zachary Godson, había orquestado el asesinato de Michael Edwards y Karl Bacon, y había ordenado a un puñado de chicas devotas y obsesionadas que lo llevaran a cabo. No sabía cómo, ni por qué. Pero algo en sus entrañas —intuición, la parte que había permanecido dormida durante semanas (tanto su intuición paternal como la de detective)— le gritaba, dejando su estómago enfermo y retorcido.

Para su sorpresa, Nick no había descartado la idea.

—Puedo ver que eso sea una posibilidad —había respondido—. Siempre estuve ligeramente dubitativo sobre Stafford enviando a una banda —de chicas, nada menos— a matar a Edwards. No parecía lógico ni correcto. Pero... me desvío del tema. Primero tenemos que centrarnos en encontrar a tu hija.

Un proceso en el que Tomek no tendría ninguna participación. Nick no quería que se involucrara demasiado, ni que conociera los detalles minuciosos de cada parte de la búsqueda. Si hubiera una actualización importante o información que necesitara saber, Nick se lo diría. Tomek no estaba precisamente encantado con la decisión, pero rápidamente se dio cuenta de que era lo mejor. Apenas podía pensar con claridad, y mucho menos procesar la información que estaría volando por todas partes. Por no mencionar que ya había molestado a un puñado de agentes uniformados gritándoles que se dieran prisa y movieran sus gordos traseros.

Era mejor para todos que se quedara en la sala de incidencias y permaneciera al lado de Nick, apoyándose en el inspector jefe para obtener apoyo emocional, algo que no tenía miedo de admitir que agradecía.

Más de tres horas habían pasado desde la desaparición de Kasia, y todavía no había novedades, todavía ningún rastro de ella.

Tomek empezaba a inquietarse. Había estado haciendo clic con el ratón del ordenador sin parar durante casi dos minutos, y moviendo la rodilla arriba y abajo prácticamente al mismo ritmo, mientras su mente miraba fijamente los píxeles de la pantalla.

—No dejo de pensar en lo que podría haber hecho de otra manera, ¿sabes? —le dijo a Nick de repente—. No dejo de pensar en las señales y por qué no me di cuenta antes. Estaban justo ahí para que las viera. Solo... solo espero que esté a salvo, que...

El teléfono vibrando contra su pierna lo distrajo. Se palpó frenéticamente los bolsillos, buscándolo. En su prisa, casi deja caer el dispositivo al suelo.

Respondió sin comprobar el identificador de llamadas.

—¿Kasia? ¿Eres tú?

—¿Kasia? No, no soy ella.

El alma de Tomek se desinfló, sus hombros cayeron. No era Kasia. De hecho, era la persona más alejada de Kasia en todos los sentidos de la palabra.

Nathan Burrows, el asesino encarcelado de su hermano.

—Nath... —comenzó Tomek—. ¿Por qué... por qué me estás llamando?

—Me apetecía charlar un poco —respondió el hombre—. Aunque creo que eres tú quien necesita la charla. ¿Qué está pasando?

Tomek se levantó rápidamente de la silla y salió de la habitación. Mientras cerraba la puerta tras él, captó una mirada preocupada de Nick.

—Es Kasia —explicó Tomek en cuanto la puerta quedó cerrada—. Ha desaparecido. Creo que podría haberse unido a una especie de culto o algo así.

—¿Un culto?

—Sí.

—¿Desaparecida?

Tomek se metió en otra habitación, cerrando la puerta suavemente tras él. —Sí. No sé cómo explicarlo. Ella... ella simplemente... Ha estado actuando de forma tan extraña durante las

últimas semanas, y ahora se ha escapado con su amiga, yo... no sé qué hacer.

—¿Ha hecho esto antes?

La voz de Nathan era tranquila, reconfortante. Y mientras la escuchaba, la mente de Tomek se volvió enfocada, concentrada en la conversación. Realmente pensaba qué decir y cómo responder en lugar de soltar lo primero que le viniera a la cabeza.

Se volvió *presente*.

—Ha huido antes, sí. Pero no así. Esto es diferente.

—¿Diferente en qué sentido?

—Su comportamiento durante las últimas semanas. He notado un cambio considerable en ella. Ya no es quien era. Está diferente. Y la última vez no destrozó mi piso.

—Lamento oír eso, Tomek. ¿Qué hizo?

—Puso todo patas arriba. —Tomek apretó el puño mientras la ira incipiente comenzaba a crecer en su interior—. Lo destrozó todo. El salón, mi estantería, la cocina. Robó dinero de mi escondite secreto. Destrozó completamente mis bonsáis, y...

Tomek no pudo terminar la última parte de la frase. Pero por su entonación, Nathan captó a qué se refería.

—Ya veo... —dijo—. ¿Y está... está más allá de toda reparación?

Tomek hizo una pausa, inhaló, contuvo el aire y luego lo soltó todo. —Sí, por desgracia. No sé qué le ha pasado.

En realidad, sí lo sabía. Zachary Godson. El hombre que tenía a su hija bajo control.

—¿Has probado con su móvil? —preguntó Nathan.

—Lo dejó en el piso.

—¿La han secuestrado?

Tomek le explicó que un testigo la había visto huir del piso con un amigo.

—Eso suena extraño —dijo Nathan, pensativo.

—Y que lo digas. No sé qué hacer. Estoy preocupado por ella. Temo que le haya pasado algo.

—Te ayudaré —dijo Nathan.

La afirmación fue tan inesperada, tan sorprendente que pilló a Tomek desprevenido. Su boca se abrió, pero por un momento no

salió nada.

—¿Quieres ayudarme?

—No, Tomek. Me has entendido mal. Te estoy diciendo que te *voy a* ayudar, no que quiera ayudarte.

Tomek hizo una pausa. —¿Cuál es la diferencia?

—Querer ayudar es algo que dice alguien cuando no está comprometido. Solo cuando le pones una pistola en la cabeza encuentras que finalmente hacen algo por ti. Decir que *voy a* ayudarte significa que realmente voy a hacer algo por solucionar la situación.

Tomek hizo otra pausa, esta vez considerando lo que Nathan estaba diciendo. Y entonces se dio cuenta de que realmente no entendía en absoluto lo que el hombre estaba sugiriendo.

—¿Cómo... puedes ayudarme?

Se escuchó una risa profunda al otro lado del teléfono. —Llevo aquí dentro muchísimo tiempo, Tomek. He aprendido una cosa o dos, y he hecho un amigo o dos. La mayoría me deben algún favor. Lo único que tienes que hacer es dar tu palabra y haré todo lo que pueda para ayudarte a encontrar a Kasia.

—¿Por qué? ¿Por qué quieres ayudarme?

Otra risa, esta vez más suave. —¿No es obvio? Por Michał.

—Por Michał —repitió Tomek en un susurro.

Luego: —De acuerdo. Tienes mi palabra. Haz lo que puedas para ayudarme a encontrar a mi hija.

CAPÍTULO
CINCUENTA Y NUEVE

De vuelta en casa, la llave no encajaba en la cerradura. Uno de los principales motivos por los que él y Kasia se habían mudado de su anterior piso, y ahora el maldito trasto seguía sin funcionar. Pero le daba igual. Estaba tan cansado, tan derrotado y mentalmente agotado, que no tenía energía para luchar contra ello. Antes habría gruñido y gemido, tensando su cuerpo por la frustración. Luego habría gritado al objeto inanimado, llamándolo jodido cabrón inútil. Pero ahora no. Ahora estaba más que dispuesto a dormir en lo alto de las escaleras o fuera en la humedad del principio del verano. Era lo mínimo que merecía.

La búsqueda del paradero de Kasia no había llegado a ninguna parte. No habían obtenido nada. Nada de las grabaciones de vigilancia de sus vecinos ni de las cámaras de seguridad de la zona. Nada de los vecinos con los que Rachel y Anna habían hablado. Nada del equipo de análisis forense digital tampoco. Ella estaba por ahí, en algún lugar. Pero solo Dios sabía dónde.

Finalmente, después de sacudirla un poco más, Tomek se dio cuenta de que había estado metiendo la llave al revés. Entonces la dio la vuelta y abrió la puerta.

El interior del salón estaba prácticamente en el mismo estado en que lo había dejado. Desechos y escombros cubrían las alfombras y los muebles. Rachel y Anna, para su mérito, habían intentado ordenar, pero claramente no habían sabido por dónde empezar. Algunos libros habían sido apilados cuidadosamente sobre la mesa, y

un puñado de plumas recogidas de los cojines y metidas de nuevo dentro, pero ahí se habían quedado sus esfuerzos.

Tomek no le daba importancia. Podía esperar hasta el día siguiente. O el día después. O el día después de ese. Hasta que Kasia regresara a casa sana y salva, le importaba un bledo el desorden en el suelo.

Levantando los pies por encima de los destrozos, caminó de puntillas hacia su dormitorio y se desplomó en el borde de la cama. El olor a tierra húmeda que había sido pisoteada en la alfombra permanecía en el aire.

Se extendió por toda la cama, permitiendo que el colchón lo abrazara, que se amoldara a los contornos de su cuerpo, atrayéndolo gradualmente más y más profundo hacia las fibras. Miró fijamente al techo, dándole vueltas a todo por milésima vez. Era como si no lo hubiera hecho lo suficiente ya en la sala de investigación y su cerebro insistiera en que algo más podría aparecer. Algún pequeño detalle que hubiera pasado por alto o en el que no hubiera pensado todavía. Un nombre, un lugar, una referencia a un grupo o alguna información que ella pudiera haber mencionado.

Pero nada. Su mente estaba completamente en blanco, vacía de todo pensamiento coherente.

Fue entonces, cuando su mente estaba tan abierta, tan vacía, nada más que una vasta extensión de tiempo y energía sin límites, que las compuertas se abrieron y comenzó a llorar. No había nada que detuviera las lágrimas, ninguna barrera que las mantuviera a raya, así que salieron a raudales, bajando por los lados de su cara, empapando rápidamente la sábana con charcos de agua salada.

Las lágrimas duraron cinco minutos. Era lo más que había llorado en años, desde el funeral de su hermano; treinta años de frustración y alivio contenidos estallando en las primeras horas de la mañana.

Cuando terminó, estaba demasiado agotado para levantarse de la cama o incluso para desvestirse mientras yacía en posición prona. Todo lo que quería era dormir y, al despertar, tener a Kasia de pie sobre él, mirándolo con una cara arrepentida pero abierta y cálida.

Mientras sus ojos se volvían pesados y sentía que era arrastrado aún más profundamente al colchón, alguien llamó a la puerta

principal.

De inmediato, Tomek estalló en vida. Se bajó de la cama en su estado somnoliento y luego corrió hacia la puerta principal. En el camino, pateó y tropezó con cosas en el suelo, pero les prestó poca atención.

¡Kasia estaba en la puerta!

¡Kasia había vuelto a casa!

Todo sería perdona-

La euforia de Tomek fue segada por la pequeña, menuda, casi desnutrida mujer que estaba frente a él.

—Edith, ¿qué estás haciendo aquí? Son las tres de la mañana —dijo.

—Te oí llegar a casa. No podía dormir, no mientras todo esto estaba pasando. Quería venir a ver cómo estabas.

Una sonrisa tenue cruzó su rostro. Apreciaba el gesto, pero no era a ella a quien quería ver.

—¿Quieres pasar?

Edith asintió y cruzó el umbral.

Mientras Tomek cerraba la puerta tras ella, añadió:

—Siento si no parezco contento de verte. Es solo que...

Ella se volvió para mirarlo.

—Lo sé, cariño. Lo sé. —Luego dirigió su atención al desorden en el suelo y las paredes, a la destrucción causada por su hija—. Intenté subir cuando estaban aquí algunas de tus compañeras, las dos mujeres. Me ofrecí a ayudar a ordenar, pero dijeron que el lugar estaba siendo investigado y que técnicamente era la escena de un crimen.

Tomek asintió. Técnicamente lo era. Pero el único crimen que se había cometido en este piso era el fracaso de Tomek como padre.

—Agradezco la oferta —respondió, secándose las lágrimas de los ojos.

—¿Alguna noticia? —preguntó Edith suavemente, sin querer sobrepasarse.

—Nada aún. No podemos localizarla y nadie sabe dónde está. Dejó su teléfono, así que no tenemos forma de contactar con ella. Y no estaba en los lugares donde pensé que podría estar.

Edith puso una mano reconfortante en su brazo.

—Estoy segura de que tu equipo está trabajando muy duro para encontrarla.

Tomek sintió que las lágrimas comenzaban a aflorar de nuevo y luchó por contenerlas.

—Sé que ha sido duro —dijo ella—. Pero tienes que mantener la positividad. Aparecerá. Estoy segura de que está bien. ¿Te gustaría un abrazo?

Tomek abrió la boca para responder, pero antes de que pudiera decir una palabra, Edith envolvió con sus brazos su cintura y lo abrazó. Para ser alguien tan menuda y delgada tenía un agarre increíblemente fuerte, y justo en ese momento, era exactamente lo que él necesitaba. Consuelo, apoyo, alguien que lo sostuviera cuando sus piernas flaqueaban y su cuerpo se debilitaba. Las lágrimas brotaron instantáneamente por su rostro y se derrumbó en sus brazos, su cuerpo convulsionando incontrolablemente con cada sollozo, como si fuera un adolescente otra vez, hiperventilando, gimiendo, deseando que todo acabara.

—Todo va a estar bien —le dijo ella, con la voz amortiguada contra la tela de su camiseta—. Kasia va a estar bien. La encontrarás. Y cuando lo hagas, sé indulgente con ella. Estoy segura de que tiene sus razones para lo que ha hecho, y sean cuales sean, seguro que están justificadas. Ser adolescente es algo difícil, así que dale un respiro.

La reacción inmediata de Tomek fue que no lo haría, que caería sobre ella como una tonelada de ladrillos, pero luego se dio cuenta de que eso era la adrenalina, la ira y la frustración hablando, y que Edith tenía razón. Solo era una adolescente estúpida que no sabía lo que hacía. Una adolescente estúpida que había estado pidiendo auxilio durante algún tiempo y ahora las cosas finalmente habían llegado al punto de inflexión.

—Sí, tienes razón —le dijo—. Pero quizás tengas que contenerme —añadió en tono de broma.

—Nos contendremos mutuamente —respondió Edith, soltándolo por fin.

Fue entonces cuando Tomek se dio cuenta de que el comportamiento de Kasia no solo le había afectado a él. También había afectado a Edith. Que la anciana quería y adoraba a Kasia de una manera que iba más allá de la simple vecindad. Que Kasia tenía mucho por lo que disculparse y compensar. No solo a él, sino también a Edith.

—Venga —dijo ella—, es tarde. Vete a la cama.

—No tengo diez años —respondió—. Y la última vez que comprobé, tú no eres mi madre.

—Lo sé, pero nunca pude tener hijos, así que esta noche lo soy. Y te estoy diciendo que duermas, jovencito.

Tomek levantó la mano en un saludo militar. —Sí, señora. Lo que usted diga, señora.

CAPÍTULO
SESENTA

La calle estaba mortalmente silenciosa, perfectamente quieta. Ni movimiento en los árboles, ni movimiento en los arbustos. Ni siquiera el viento silbaba al pasar por su oído.

Yasmin contuvo la respiración para no perturbar el silencio. Estaban en una misión ultrasecreta, su Creepy Sleepy más confidencial e importante hasta ahora, y el fracaso no era una opción.

Las cuatro estaban de pie en la entrada del jardín delantero, apiñadas, vestidas con los mismos vestidos blancos largos que habían llevado en el almacén. Podía sentir la energía entre ellas, zumbando, hormigueando en la parte baja de su estómago. Ya no sentía miedo ni nervios. Ninguna de ellas lo sentía. Estaban tan cerca ahora, tan próximas al desenlace final.

Y el hombre que amenazaba con arruinarlo todo estaba profundamente dormido en el primer piso del edificio.

Yasmin hizo el primer movimiento. Como un vampiro siendo invitado a entrar, cruzó tentativamente el jardín delantero y se dirigió hacia la puerta lateral. Colocó ambas manos en la parte superior y trepó por encima. Sus pies golpearon el suelo al otro lado. Momentos después, sus hermanas Arpías se habían unido a ella, y juntas se dirigieron hacia la parte trasera de la casa, caminando de puntillas sobre el hormigón, agachándose, pegándose a las paredes, deteniéndose cada pocos momentos para escuchar. El único signo de

perturbación era la velocidad gradualmente creciente del viento en la distancia.

A continuación, las chicas llegaron al jardín trasero. Yasmin estiró el cuello hacia arriba y vio la habitación de Kasia a la derecha. A su lado estaba la de Tomek. El sonido de ronquidos y sueño profundo se colaba por la rendija de la ventana entreabierta. Se preguntó en qué estado estaría el piso desde que ella y Kasia lo habían destrozado. ¿Habría hecho aún más desorden por frustración y rabia, o habría intentado ordenar y restaurar algo? No podía esperar para descubrirlo.

Junto al lateral de la casa estaba la hilera de garajes que Kasia había mencionado. Yasmin fue la primera en escalarlos. Plantó sus pies en los pequeños recovecos que Kasia le había indicado y, usando sus manos como apoyo, siguió la misma ruta que Kasia había hecho varias veces hasta la parte superior del garaje. Una vez arriba, ayudó al resto de sus hermanas, tirando de ellas por el borde hasta la superficie de hormigón. Las chicas se estabilizaron, con movimientos cautelosos.

Nada debía salir mal. No había margen para errores.

—La ventana está abierta —susurró a las chicas—. Iré primero.

Con cuidado, equilibrando su peso en cada pie, se desplazó lentamente por el garaje hacia la ventana del dormitorio de Kasia. Antes, se había asegurado de dejarla entreabierta, por si acaso, y afortunadamente, el libro que había encajado allí seguía en su sitio. En la ventana, la abrió lentamente, precavida del sonido de la junta de goma en el silencio mientras se movía y frotaba contra el PVC, hasta que finalmente quedó lo suficientemente abierta como para que pudiera entrar. Deslizó su cuerpo con facilidad y se agachó junto a la cama. Esperó. Escuchó.

Nada, salvo el sonido de ronquidos emanando del otro lado de la pared.

Se tomó un momento para observar su entorno, y su pregunta anterior fue respondida: la habitación seguía en las mismas condiciones en que la habían dejado. El maldito vago ni siquiera había intentado hacer algo al respecto.

Esa era solo otra razón por la que había que ocuparse de él.

En un ataque de pánico, Yasmin lanzó la mano hacia su espalda y palpó su hebilla del cinturón. El táser seguía en posición, firmemente sujeto con el cierre que Zeus le había atado. Era una tontería dudar, realmente, pero necesitaba asegurarse.

Nada debía salir mal. No había margen para errores.

Habían practicado esto, lo habían ensayado docenas de veces. Habían pasado más de dos horas juntas, revisando meticulosamente cada detalle, cada eventualidad. No había escenario o incidente para el que no estuvieran preparadas.

Tan pronto como la última de sus hermanas pasó por la ventana, Yasmin giró sobre las puntas de sus pies y se arrastró hacia el pasillo. A medida que se acercaba, el sonido de los ronquidos aumentaba. Colocando una mano en el pomo de la puerta, la abrió lenta y suavemente, conteniendo la respiración. Luego se dirigió hacia el dormitorio del diablo, hacia los sonidos demoníacos del infierno. Justo cuando llegó a la puerta, las drogas comenzaron a hacer efecto, y cuando la puerta se abrió, la alfombra se transformó en fuego y lava, bañando la habitación en un resplandor rojo profundo. Una ola de calor le golpeó la cara de repente, casi haciéndola perder el equilibrio.

Y allí estaba *él*, tendido en medio de todo, postrado en su trono de hierro, rodeado de lava fundida y un muro de fuego.

El diablo. Lucifer.

Durante un largo momento, Yasmin se quedó mirando la habitación, paralizada.

De repente se vio presa del miedo. Por primera vez, los nervios la estaban frenando.

No es real, se dijo a sí misma. No es real. El fuego y la lava no son reales. Es seguro-

Un empujón en medio de la espalda la sacó de sus pensamientos. Calcium Kitten le había dado un codazo, el empujón que necesitaba, y tan pronto como abrió los ojos, el fuego y la lava en la guarida del diablo se desvanecieron y fueron reemplazados por oscuridad.

Nada podía salir mal, se dijo a sí misma.

Y nada saldría mal.

Yasmin cruzó el umbral de la habitación, conteniendo la respiración. Detrás de ella, las Arpías se alinearon silenciosamente. Pero al hacerlo, Calcium Kitten tropezó con el talón de Yasmin y chocó contra el borde de la cama.

El diablo se despertó inmediatamente, arrojando las sábanas de su cuerpo completamente vestido, blandiendo un puño cerrado en el aire.

—¿Kasia? —preguntó, con esperanza entrelazando su voz.

Para cuando Tomek fue plenamente consciente de lo que estaba sucediendo, Yasmin había alcanzado el táser y lo estaba apuntando directamente hacia él, con un punto rojo enfocado en el centro de su pecho.

—¿Qué coño está pasando? —murmuró Tomek aturdido mientras observaba a las cuatro chicas frente a él, una apuntando una pistola eléctrica a su pezón mientras las otras blandían cuchillos de cocina en sus manos.

El diablo finalmente había encontrado la horma de su zapato.

—¿Qué coño estás haciendo *tú* aquí? —continuó Tomek, dirigiendo la pregunta a Yasmin—. ¿Dónde está Kasia? ¿Dónde está mi hija? ¿Qué coño habéis hecho con ella?

Tomek sacó pecho, agarró el edredón entre sus dedos y lo apartó de su cuerpo mientras se levantaba de la cama de un salto.

—¡Hazlo! —gritó Calcium Kitten.

Yasmin intentó desesperadamente disparar la pistola Táser, pero no funcionaba. Estaba atascada. Bloqueada. Fallando. Los cuatro no eran rival para el demonio, no en un enfrentamiento físico. Por eso habían depositado todas sus esperanzas en que la pistola eléctrica lo dejara inconsciente y lo sometiera. Pero no habían previsto que no funcionaría. Habían planeado todas las eventualidades, sí. Todas excepto esta.

Zeus había prometido que el arma funcionaría.

Antes de que Yasmin pudiera reaccionar, Tomek estaba sobre ella. La agarró por la parte superior de su vestido y la lanzó sobre la cama, gruñendo pesadamente mientras la arrojaba. La habitación giró en un tiovivo de negro y gris, y los gritos de las chicas llenaron el pequeño espacio. Cuando Yasmin se enderezó, vio a Calcium

Kitten saltar sobre la espalda de Tomek, intentando clavarle la hoja en el estómago. Pero él era demasiado fuerte para ella, demasiado poderoso. Había agarrado la hoja con una mano y estaba a punto de alcanzar la otra mano de Calcium cuando Yasmin se dio cuenta de que todo había salido horriblemente mal.

Acto seguido, Tomek hizo rodar a Calcium Kitten de su espalda y la arrojó al suelo junto a la ventana. Ella gimió de dolor cuando sus piernas y brazos fueron atravesados por la madera rota de los bonsáis y la casita para pájaros.

Mientras tanto, sus otras hermanas permanecían inmóviles, congeladas en el sitio, como si alguien las hubiera apagado.

—¡Corred! —gritó Yasmin.

Las chicas no necesitaron que se lo dijeran dos veces. Un momento estaban allí en la puerta. Al siguiente ya no. Antes de marcharse, Yasmin echó una última mirada al demonio: estaba inclinado sobre Calcium, sujetándola por el pelo. En cuanto se percató de que Yasmin escapaba, soltó a su hermana y se dirigió hacia ella. Llegó hasta el extremo de la cama antes de que Calcium lo agarrara por los tobillos y lo hiciera tropezar. Cayó justo a los pies de Yasmin.

Sin dudar, se dio la vuelta, corrió por el pasillo, saltó por la ventana y bajó por el garaje.

Nada debía salir mal esta noche.

Pero había salido mal. Todo había salido horrible, horriblemente mal.

Su hermana, su dulce y querida Calcium Kitten, se había sacrificado. Y el demonio la había reclamado para sí mismo.

Ella y el resto de las Arpías, Zeus incluido, se asegurarían de que su sufrimiento y muerte no fueran en vano.

CAPÍTULO
SESENTA Y UNO

Tomek seguía temblando por la adrenalina unas dos horas después de que las chicas hubieran irrumpido en su casa e intentado matarle. Estrictamente hablando, no sabía cuáles habían sido sus intenciones. No sabía si habían ido a torturarle, secuestrarle o asesinarle, aunque por la pistola eléctrica en manos de Yasmin y las hojas de veinticinco centímetros que portaban las otras chicas, podía hacer una conjetura bastante segura e informada sobre cuáles habían sido sus planes.

El equipo había intentado calmarle, obligarle a ir al hospital, pero aparte de un par de puntos en la mano, no le pasaba nada. Nada salvo el deseo animal de averiguar qué estaba ocurriendo y por qué Yasmin y esas chicas desconocidas habían entrado a la fuerza en su casa.

—Estás en estado de shock —dijo Nick con ojos cansados—. Creo que solo necesitas sentarte y recuperarte.

Tomek negó con la cabeza, manteniendo la mirada fija en la pantalla de televisión de la sala de incidencias.

—No pienso ir a ninguna parte —respondió.

Y nadie más iba a marcharse tampoco. A pesar de haber estado fuera de la oficina solo unas horas, todo el equipo había sido convocado. Chey, como siempre, estaba examinando las grabaciones de las cámaras de vigilancia para localizar a Yasmin y a las dos chicas restantes. Sean, Martin y Oscar habían salido con un convoy de agentes uniformados y actualmente patrullaban las calles de

Leigh-on-Sea y sus alrededores, con la escasa posibilidad de encontrarlas escondidas en algún arbusto; Anna estaba hablando con los padres de Yasmin; y Rachel estaba sentada en la sala de interrogatorios con la chica que Tomek había detenido.

—¿Cómo has dicho que se llama? —preguntó Nick, frotándose el sueño de los ojos. En su mano sostenía una taza de café, la segunda desde que llegó.

—Calcium —respondió Tomek.

—¿Calcium?

—Curiosamente, no creo que ese sea su nombre real.

Y tampoco habían podido encontrarlo. No llevaba identificación. Ni teléfono, ni tarjetas de débito. Nada. Excepto la hoja de acero destinada a mutilar y matar.

Tomek se había tomado la libertad de cotejar sus huellas dactilares en IDENT1, la base de datos nacional de huellas dactilares de la policía, pero no habían aparecido resultados positivos. La única esperanza de Tomek de descubrir su identidad era que ella se lo dijera, algo que no le daba muchas esperanzas. Si las muestras de cabello que habían tomado coincidían con las encontradas en la escena del crimen de Michael Edwards, solo confirmaría que había tenido implicación previa en un acto criminal. Puede que la adolescente no hubiera tenido éxito en su intento de asesinato esta noche, pero eso no significaba que no hubiera matado antes.

Nick sacó una silla de la mesa en la sala de incidencias y se dejó caer en ella, quejándose mientras lo hacía. —Tengo la espalda hecha polvo —dijo sin dirigirse a nadie—. Creo que he debido de dormir en mala postura.

Prueba a tener a cuatro chicas irrumpiendo en tu dormitorio y verás qué bien duermes entonces, quiso decir Tomek, pero se lo guardó para sí.

En la pantalla, Rachel salió de detrás del escritorio y abandonó rápidamente la habitación. Cuando regresó, llevaba dos vasos de agua en las manos. Durante ese tiempo, Calcium no se había movido. La chica permanecía hundida en la silla, con los hombros encorvados hacia delante, inmóvil. Llevaba el pelo recogido en las mismas coletas que Kasia había adoptado recientemente, y vestía un

chándal proporcionado por la policía. El vestido blanco liso que había estado usando, ahora sucio y manchado con algo de la sangre de Tomek, había sido llevado para su examen. Su expresión era vacía e inexpresiva. No revelaba nada, y Tomek ya podía ver hacia dónde se dirigía el interrogatorio.

—En primer lugar —comenzó Rachel, con voz suave y amable—, quiero que sepas que este es un lugar seguro, y que todo lo que me digas será tratado con absoluta confidencialidad, ¿de acuerdo?

Calcium no respondió. Lo único que indicaba que seguía viva y respirando eran el ascenso y descenso constante de su pecho y algún que otro parpadeo ocasional.

—¿Te dice algo el nombre de Tomek Bowen? —preguntó Rachel, pasando a una nueva página en su libreta.

Nada.

—¿Qué hacías en su casa esta noche, Calcium? ¿Es correcto? ¿Ese es tu nombre?

Sin respuesta.

—¿Lo he pronunciado bien? Calcium. Un nombre un poco extraño, ¿no? ¿Tienes otro nombre, o ese es tu nombre legal?

Rachel miró al abogado sentado junto a Calcium, pero incluso él estaba confundido y ofreció un ligero encogimiento de hombros.

—Muy bien, Calcium será. Dime, ¿qué hacías en casa de Tomek Bowen esta noche, Calcium?

Cuando siguió sin haber respuesta, Rachel continuó con una avalancha de preguntas, haciendo una pausa cada vez para que la adolescente respondiera.

—¿Con quién estabas esta noche? ¿Por qué atacaste al Sr. Bowen? ¿Por qué te encontraron con un cuchillo en la mano? ¿Fuiste allí para matar al Sr. Bowen, Calcium? ¿O fuiste allí para secuestrarle?

Mientras la observaba, sentada allí, inexpresiva, con rostro pétreo, a Tomek le recordaba cada vez más a Kasia, a lo similares que eran. Las coletas. El pelo rubio. Los ojos, la nariz, la estructura facial, hasta las pequeñas pecas en su cara. Tomek cerró los ojos y, en su mente, revivió los sucesos del ataque. Recordó haber pensado que podría haberla confundido con Kasia. Por eso se había quedado

flotando sobre ella tanto tiempo. Quería asegurarse de que no estaba a punto de dañar a su hija, de que no eran la misma persona. Que ella no podría haber entrado en su propia casa para ir a asesinarle.

El continuo interrogatorio de Rachel le sacó de su ensimismamiento. Mientras llevaba la conversación unilateral hacia el tema de Kasia y su paradero, la paciencia y los modales gentiles de Rachel se fueron desintegrando gradualmente. No fue hasta que abordó el tema de Michael Edwards y Karl Bacon, casi una hora después, que se le agotó por completo.

—¿Qué tienes que ocultar, Calcium? —exigió ella—. ¿Por qué no dices nada? ¿Qué estás encubriendo? ¿A *quién* estás encubriendo? No van a protegerte. Nunca podrás verlos de nuevo, porque al final de todo esto te acusaremos de allanamiento de morada y de intención de causar lesiones graves. Incluso podríamos presionar para que se te acuse de intento de asesinato. Eso significa que irás directamente de aquí a prisión, y no habrá nada que puedas hacer al respecto. Las personas a las que intentas proteger, las personas contra las que no estás hablando... no podrán salvarte. Así que, si quieres mi consejo, te sugiero que empieces a hablar y nos digas lo que queremos saber. Si lo haces, estoy segura de que el juez verá con buenos ojos tu condena, pero de cualquier manera, vas a ir a un solo lugar y a un solo lugar: la cárcel.

Durante mucho tiempo hubo silencio. Profundo, absoluto. Tomek sintió cómo fluía hacia la sala de interrogatorios a través del televisor. Hasta que Calcium giró lentamente la cabeza para mirar a la cámara.

—Error —dijo—. Voy a ir al *infierno*. Todos iremos. Cuando llegue la guerra racial, ninguno de nosotros se salvará.

CAPÍTULO
SESENTA Y DOS

Fragmentos de cristal se esparcieron por el suelo, volando sobre sus pies y dedos, golpeándole los tobillos.

Era la tercera copa de vino en casi los mismos segundos, sumada a las velas, los marcos de fotos y las cuchillas que Zeus ya había lanzado al otro lado de la habitación. Desde el regreso de Yasmin, la habitación se había vuelto oscura y roja, teñida y empañada por su ira. Fuera, estaba segura de que podía oír los graves sonidos de truenos retumbando en la distancia, pero como no había ventanas, no podía asegurarlo. Pero lo sentía, sin duda. La tierra temblaba bajo sus pies, como si un terremoto fuera inminente. Zeus estaba cabreado. Peor aún, estaba colérico. Varias de las Arpías veteranas habían intentado consolarlo, relajarlo abrazándolo, masajeando sus brazos y pecho, jugando con su pelo. Pero nada había funcionado. En cambio, las había apartado de un empujón y les había prohibido acercarse, y todas se habían visto obligadas a encogerse en el frío y duro suelo, sentadas con las piernas cruzadas.

—¡Kandy! —rugió su voz profunda—. ¡Ven aquí! ¡Quiero hablar contigo!

Kasia no dudó. Mientras se ponía de pie, sintió crujir las articulaciones de sus rodillas.

—¿Sí, Zeus? —dijo, deteniéndose a su lado.

—Quiero que me toques.

Sin previo aviso, le agarró la mano y la colocó en su pecho. Su piel estaba resbaladiza por el sudor, e inmediatamente su mano

quedó cubierta por una fina capa. Bajo su piel, su corazón latía con fuerza, y su pecho subía y bajaba rápidamente.

Después de unos segundos, su jadeo disminuyó y su respiración se ralentizó. Ella bajó la mano por su pecho hasta la parte superior de su abdomen marcado.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó él.

—Cumpliendo mi profecía —respondió ella.

Bajó la mano hasta detenerse junto a su ombligo. Su pene estaba a solo unos centímetros, y pensó durante un largo y difícil momento si esto era lo que quería hacer. No le había gustado la idea de acostarse con él la otra noche. ¿Realmente podría hacer esto? ¿Podría darle placer? ¿Y delante de sus hermanas?

Lentamente, retiró la mano y la elevó hasta los hombros de Zeus. Luego comenzó a masajearlos, hundiendo el pulgar y los dedos profundamente en sus músculos, de la misma manera que él lo había hecho con ella unas noches antes.

—Siento lo de Calcium —dijo, susurrándole al oído—. Estoy segura de que está a salvo. Es una de las mejores. Es resistente, dura. Sabe lo que hace.

—¿Cómo puedes estar segura? —preguntó Zeus, con la voz vacilante, gimiendo un poco bajo su tacto.

—Porque tú la hiciste así. Nos hiciste a todas así. No nos traicionará. No le dirá nada al demonio.

Zeus gimió más fuerte, claramente disfrutando de lo que estaba escuchando.

—Me preocupa Whispering Nightmare —dijo.

—¿Por qué?

—Traicionó mi confianza. No tengo tanta fe en ella como en Calcium para mantenerse fuerte.

—¿Cuánto sabe?

Zeus se encogió de hombros.

—No mucho. Dejé de contarle todo cuando noté un cambio en ella. ¿Entiendes por qué tuve que deshacerme de ella?

—Por supuesto, Zeus. Hiciste lo que tenías que hacer por el resto de nosotras, por el bien de la misión. Ella está más allá de la redención. Pero Calcium no. Como dije, es fuerte, dura. No dirá

nada. Me pregunto, ¿puedes salvarla? ¿Puede venir con nosotros al más allá?

Los hombros de Zeus se tensaron. Negó con la cabeza.

—Tristemente, no puedo. Está demasiado lejos. Ahora, está fuera de mi alcance. El demonio la tiene. Era demasiado fuerte para nosotros. Demasiado fuerte para ella.

—La próxima vez, tendremos que enviarnos a *todas* para capturarlo. No será rival para todas nosotras juntas. Lo creo. Somos demasiado fuertes como grupo. Es por eso que sobreviviremos a la guerra racial. Y porque te tenemos de nuestro lado. —Pasó los dedos por la parte superior de su espalda y la parte inferior de su cuello, sintiendo cómo se movían las vértebras de su columna. Dejó escapar otro gemido, más pequeño esta vez.

—Tienes razón —dijo, entre respiraciones profundas—. No será rival para todas nosotras juntas. —Y entonces se detuvo, chasqueando los dedos, como si una idea acabara de surgir en su cabeza—. O podríamos atraerlo hacia nosotros —dijo—. Enviar a las chicas a por él no funcionó. La próxima vez, deberíamos enviarlo a él hacia las chicas.

Giró en la silla y la miró, profundamente a los ojos.

—¡Eres un genio!

—Yo no he hecho nada... —dijo ella, repentinamente tímida.

Él saltó de la silla y colocó sus manos en la parte superior de sus brazos.

—Te equivocas. Estabas cumpliendo tu profecía. Pero tu trabajo aún no ha terminado. Todavía hay una cosa más que debes hacer. Juntos vamos a atrapar al demonio. Y te necesitaré a mi lado si queremos tener éxito.

CAPÍTULO
SESENTA Y TRES

Tomek tenía la comida justo frente a su cara. Le llevó un buen rato darse cuenta de que estaba ahí.

—Come —ordenó Rachel.

Acercó la bandeja hasta su nariz hasta que Tomek se vio obligado a quitársela de las manos.

La colocó en la mesa y volvió a quedarse mirando el espacio en blanco de la pizarra.

—¿Por qué no comes? —preguntó ella mientras sacaba una silla y se sentaba junto a él.

—No tengo hambre.

—¿Cuándo fue la última vez que comiste algo?

Se encogió de hombros. El movimiento fue apenas perceptible, pero visible. No recordaba la última vez que había comido. De hecho, ni siquiera recordaba la última vez que su estómago había sentido hambre.

Rachel se inclinó hacia él, cogió el sándwich de pollo y bacon de Sainsbury's, y se lo puso contra los labios.

—Come.

Tomek miró el sándwich, luego a Rachel, y de nuevo a la comida. Como un niño malcriado que se niega a cenar, giró la cabeza hacia un lado y apretó los labios.

—Come, Tomek. Necesitarás energía.

—¿Qué...?

Tomek se dio cuenta de su error demasiado tarde. En cuanto abrió la boca, Rachel le metió el sándwich dentro y se aseguró de que no tuviera escapatoria. A regañadientes, lanzándole una mirada intimidante y de soslayo, Tomek masticó el sándwich. Al principio le resultó desagradable porque tenía la boca muy seca. Pero en cuanto sus papilas gustativas comenzaron a activarse, empezó a salivar, y se metió el resto del sándwich en la boca sin ayuda.

—No ha sido tan difícil, ¿verdad? —murmuró Rachel mientras le quitaba la corteza medio comida que le colgaba de los labios.

—Suenas como mi madre —respondió Tomek—. Cuando me obligaba a comer las verduras y las zanahorias.

—¿Así que eras uno de esos niños? Tiene sentido.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Eras un princesito entonces, y eres un princesito ahora —dijo, cruzando los brazos sobre el pecho—. ¿Siquiera sabes qué hora es?

Tomek negó con la cabeza y miró el reloj de la pared.

Las tres de la tarde.

¿Dónde se había ido el día? Hace solo unos minutos había estado viendo a Rachel entrevistar a Calcium en la madrugada. Y ahora estaba aquí dándole un almuerzo tardío.

—¿Cuánto tiempo he estado mirando la pizarra? —preguntó.

—Lo más importante es, ¿cuándo fue la última vez que dormiste? Creo que necesitas tumbarte un rato.

Tomek negó enérgicamente con la cabeza. —No puedo hacer eso. La última vez que lo intenté, casi muero. No dormiré hasta que encuentre a Kasia.

Empezó a levantarse de la silla, pero Rachel lo agarró por la manga y lo hizo sentarse de nuevo.

—Me retracto —dijo ella—. Eras un niño *desobediente*. Siempre tenías que salirte con la tuya, ¿verdad? Siéntate y déjame hablar. Han pasado muchas cosas desde que has estado aquí...

Paseó la mirada por la habitación, buscando cómo terminar la frase.

—*Pensando* —completó Tomek—. He estado pensando.

Aunque si le pusieran una pistola en la cabeza, no podría decir en qué exactamente.

—Claro. *Pensando*... —continuó ella, con un tono de duda—. Bueno, mientras has estado pensando, el equipo ha conseguido algunas novedades para ti. Y creo que te gustaría escucharlas.

—¿Un sándwich *y* novedades? Eres mi ángel de la guarda.

Ella aspiró aire entre los dientes. —No estoy segura de poder asumir esa responsabilidad.

—Podrías venir a cuidarme cuando esté enfermo. Alimentarme, masajearme la cabeza cuando tenga dolor de cabeza, todo eso.

—¿Por qué demonios querría hacer eso?

Una leve sonrisa volvió al rostro de Tomek. La primera en mucho tiempo. —Porque puedo verlo en tus ojos. Estás desesperada por hacerlo —Tomek le dio un golpecito juguetón en el brazo.

—No importa lo gracioso o encantador que te creas, Tomek, no vas a hacerme cambiar de opinión. Ya he tomado mi decisión, y me mantengo firme.

Tomek levantó las manos en señal de rendición. —Nadie ha dicho nada de hacer cambiar a nadie. Pero es bueno saber dónde está tu cabeza. Evitaré intentar flirtear contigo en la fiesta de Navidad de este año entonces.

Ella lo miró ceñuda, nada impresionada. —¿Quieres escuchar lo que tengo que decir o no?

El lado desenfadado y juguetón de Rachel, el lado que él necesitaba desesperadamente, el lado al que había intentado aferrarse tanto como fuera posible en ese momento, había desaparecido y había sido reemplazado por la Rachel profesional.

—Por favor. Dímelo —dijo, con un evidente tono de derrota en la voz.

Rachel aclaró su garganta antes de comenzar. —Los Hijos de Zeus... menudo nombre de mierda, ni siquiera tiene sentido, y no me hagas hablar de la música que me daban ganas de cortarme las orejas... es el nombre artístico de un tal Zachary Godson. Treinta y un años, nacido y criado en Southend, donde asistió al instituto Westcliff para chicos. Allí estudió psicología. Al mismo tiempo, probó con algunas clases de música y actuación y, por alguna razón, se unió al equipo de debate de la escuela. Es más conocido por haber aparecido en veintisiete episodios de *EastEnders*, como el sobrino

del vecino de la tía del segundo primo de alguien, y simultáneamente, comenzó su carrera musical, fusionando sus dos géneros favoritos: mierda y más mierda. Desde entonces, ha realizado conciertos con entradas agotadas en lugares como Chinnerys, The Cliffs y el bar Mambo's en Southend. Ahora dirige su propio estudio de yoga y, en su tiempo libre, le gusta cuidarse practicando espiritualidad y *levantando hierro* —mientras lo decía, Rachel flexionó los brazos y tensó los bíceps, revelando un pequeño bulto de músculo bajo su camisa azul claro.

—¿Dónde has aprendido todo eso? —preguntó Tomek—. Suena como si viniera directamente de una página de Wikipedia o de su perfil de Tinder.

—Es porque así es. Bueno, de la Wikipedia, no de Tinder. Y tampoco es exactamente textual, pero se acerca bastante. Improvisé algunas partes: creo que en realidad era uno de los ahijados perdidos de los hermanos Mitchell o algo así. Pero la parte sobre su música era cierta, solo añadí mi propia interpretación.

Tomek se tomó un momento para procesar todo con su cerebro deshidratado y ligeramente hambriento.

—¿Eso es todo lo que tienes? —preguntó—. ¿Catorce horas y eso es todo lo que tienes? Su página de Wikipedia.

Rachel soltó una pequeña bocanada de aire por la nariz. —Voy a dejar pasar ese comentario porque estás estresado y bajo mucha presión ahora mismo. Pero no, no es *todo* lo que tenemos. Te alegrará saber que Martin ha conseguido localizar a sus padres y Nick irá a hablar con ellos dentro de una hora más o menos. No creo que nos digan demasiado, porque algo me dice que hace tiempo que no se hablan.

—¿Qué te ha dado esa impresión?

Rachel se estremeció antes de responder. —Como te dije, tuve el desagradable placer de escuchar todas sus canciones y tomar notas de las letras.

—¿Tienen letras?

—Desgraciadamente, sí. Algunas de sus primeras obras. Ya sabes, cuando estaba encontrando su camino como músico y, *gracias a Dios*, solo pretendía tocar *un* instrumento. La mayoría de

las letras de sus primeros días tratan sobre follarse a sus padres, desterrarlos y desear que estuvieran muertos.

—Un buen indicador de que potencialmente no se hablan —añadió Tomek.

—Espera a oír sobre qué van las demás —dijo ella, estremeciéndose de nuevo.

—¿Qué?

—El fin del mundo. Todo lo que va mal en él. Guerras en Oriente Medio. Calentamiento global. Contaminación del agua. Cáncer. Pandemias. Injusticia política. El número treinta y tres. Los Illuminati. Los judíos controlando el mundo. Guerras raciales. Códigos de barras.

—¿Códigos de barras? ¿Jodidos códigos de barras? ¿Es *de ahí* de donde ella lo sacó? ¿De ese imbécil cantándolo en su oído? —Tomek se masajeó la cara con las palmas de las manos—. Apuesto a que les estaba predicando esa mierda en la noche para menores de dieciséis años también. Apuesto a que así es como la reclutó, ¿verdad?

La mente de Tomek estaba a kilómetros de la habitación. Se estaba imaginando de pie en medio del estudio de yoga, a pocos centímetros del hombre que había lavado el cerebro y manipulado a su hija, apretando el puño e imaginándose golpeando la cara del hombre hasta hacerla pulpa, justo antes de estrangular a Zachary Godson hasta la muerte.

—Los de la unidad forense digital consiguieron rastrear la dirección IP que estaba registrada en el estudio de yoga y le dieron la información a Chey —continuó Rachel—. No te preocupes —añadió—, siguen investigando los teléfonos de Kasia y su amiga. Deberían tener un informe sobre eso más tarde hoy.

—¿Qué estaba buscando Chey?

—Los perfiles sociales de Zachary, su historial de búsquedas, lo habitual.

—¿Y?

—Es una lectura muy interesante. —Cruzó una pierna sobre la otra—. Por un lado, tienes a este cantautor concienciado con el mundo que quiere crear conciencia sobre todos los problemas actuales. Pero por otro lado, hay este otro lado suyo que es de

extrema derecha, fomentando el odio, difundiendo desinformación sobre inmigrantes y terroristas que cobran prestaciones y esas mismas personas quitándonos los trabajos. Tiene una cuenta anónima en Twitter que publica cosas de las que Hitler estaría orgulloso. Esvásticas por todas partes. Llamando a guerras raciales, para que la extrema derecha se levante y luche por su país, para hacer Gran Bretaña grande otra vez.

—Claro que sí, joder —comentó Tomek—. No es de extrañar que crea que hay mensajes secretos en los códigos de barras y que el agua tiene sentimientos. Al pobre idiota probablemente lo dejaron caer de cabeza docenas de veces cuando era niño.

Tomek inhaló bruscamente entre dientes e hizo una pausa para procesar la información. Pasaría algún tiempo antes de que comprendiera completamente su significado.

—¿Algo más? —preguntó.

—Porno con animales. Montones y montones de porno con animales. Mayormente con pájaros y otras criaturas aladas, curiosamente.

—¿En serio?

—Oh, sí. Pero eso probablemente esté relacionado con su reciente historial de búsquedas sobre Zeus.

Tomek la miró confundido.

—¿No conoces el mito?

Él se encogió de hombros.

—Zeus, según la leyenda, tuvo muchas aventuras y cuando hacía cosas sucias a menudo se disfrazaba de diferentes animales para ocultar su identidad.

—¿Así que a este tipo le gustaba ver a otras personas tener relaciones con animales?

—O eso, o lo estaba haciendo como investigación.

Tomek no quería oír más sobre eso. De repente, la idea de que el hombre se acostara con Kasia entró en su cabeza y su cuerpo se tensó de rabia.

—¿Qué más? —preguntó en un intento de distraerse—. ¿Qué hay de... existe alguna conexión con Michael Edwards? ¿Richard

Stafford? ¿Karl Bacon? ¿Aparte del tiempo que estuvieron juntos en la emisora de radio?

Las comisuras de la boca de Rachel se elevaron en una sonrisa. —Me alegro de que lo menciones —comenzó—. Resulta que Zachary ha estado comunicándose con Michael Edwards y Karl Bacon en Twitter, alimentando mutuamente sus fuegos racistas y xenófobos. Pero hay más, la brigada antidrogas también compartió información sobre Zachary Godson con nosotros.

—¿Es un traficante?

—Al revés. Él es un comprador. Tienen pruebas fotográficas de él comprando cajas de LSD y un montón de otras drogas a Edwards y a uno de los subordinados de Stafford. De hecho, ha comprado tanto que, durante un tiempo, pensaron que era un distribuidor. Pero cuando le vieron colocarse con su propia mercancía, dejaron de investigarle.

—Joder —dijo Tomek—. Es el peor músico del mundo. El peor actor del mundo. Y ahora el peor traficante de drogas del mundo. ¿Hay algo que se le dé bien?

CAPÍTULO
SESENTA Y CUATRO

Zachary Godson estaba escribiendo en su diario cuando oyó que llamaban a la puerta.

—Adelante —indicó.

Un momento después la puerta se abrió, y una delgada franja de luz iluminó la habitación en penumbra. Entró Yasmin.

Yassy la Gaseosa.

La chica que salvaría el día.

—Gracias por venir —le dijo, y luego señaló la silla junto a él—. Siéntate.

Observó cómo rebotaban los pechos de la joven de dieciséis años mientras se acercaba hacia él. Había perdido mucho peso en las últimas semanas, y se veía fantástica. Le había hecho sentir orgulloso.

—¿Querías verme?

—Esta noche es la noche —comenzó, cerrando la tapa de su cuaderno—. ¿Cómo te sientes?

—Bien... —dijo ella nerviosa.

—¿Solo *bien*? ¿No estás emocionada?

—¿Qué? ¡Sí! Por supuesto que lo estoy. No puedo esperar. Esto es por lo que hemos trabajado tan duro durante tanto tiempo. Solo que se siente extraño que finalmente haya llegado.

Bajó la cabeza y comenzó a jugar con sus uñas. Zachary colocó su pulgar debajo de su barbilla y le levantó la cabeza. La luz detrás

de él iluminaba el lado izquierdo de su cara, revelando un oscuro moratón que le cubría el ojo y la mejilla.

—Algo más te preocupa —dijo—. Dímelo. ¿Qué es?

—Es... es... lo de anoche. Me equivoqué. La pistola eléctrica... No dejo de pensar en ello. Lo siento.

Zachary soltó su barbilla.

—Y yo siento haberme comportado como lo hice. Estaba enfadado. No debería haberte atacado así. Pero no todo está perdido. Tenemos otra oportunidad. Esta noche, las guerras raciales comenzarán, el demonio perecerá, y pasaremos a la otra vida. Todos nosotros. Juntos. Tú y tus hermanas. Es momento de estar felices, jubilosos.

—Yo... lo estoy —dijo ella, forzando una sonrisa.

Zachary dudó un momento. Tomó un mechón de su pelo en su mano y comenzó a jugar con él.

—¿Cómo está Kandy? —preguntó.

—Nerviosa. Emocionada. No lo sé. No he hablado mucho con ella.

—Muy bien. Eso es de esperar. Por eso debo pedirte algo...

Yasmin levantó la cabeza, con los ojos muy abiertos. —¿Qué es?

—Es hora de que *tú* cumplas *tu* profecía —respondió, y luego alcanzó el cajón de la cómoda y sacó una bolsa grande de congelación llena de LSD, éxtasis y otras drogas. Metió la mano y sacó una mezcla de narcóticos.

Los colocó en la mano de Yasmin y dijo: —Estás cumpliendo tu profecía. Te he pedido esto, y harás lo que te indique.

Yasmin cerró lentamente los dedos alrededor de las drogas, susurrándose a sí misma. —Estoy cumpliendo mi profecía. Debo hacer lo que se me indica.

CAPÍTULO
SESENTA Y CINCO

Zachary Godson tenía a sus padres viviendo en Little Baddow, un pequeño pueblo situado a poco más de cuarenta y cinco minutos de la oficina. Aunque no había nada de pequeño en la casa familiar de los Godson. Seis dormitorios, dos baños y un extenso acre como jardín trasero. La entrada de la propiedad estaba repleta de docenas de marcos con fotografías de Zachary a lo largo de los años. Su primer día de colegio, cumpleaños, hasta su primera aparición en televisión. Era como caminar por una exposición de su vida, celebrando cada hito de la misma manera que otros miembros de la familia, o extraños, o fontaneros que tuvieran la misma desgracia de deambular por los mismos pasillos. Tomek percibió inmediatamente que idolatraban a su hijo y que esperaban su regreso algún día. Mientras tanto, el cínico que llevaba dentro le decía que frecuentemente le enviaban fotos del pasillo y el salón en un intento de convencerle para que volviera. «Mira cuánto te queremos, hijo. Por favor, vuelve a casa. Tu padre acaba de poner una foto de tu último concierto en el baño para que podamos mirarla cada vez que vamos a cagar».

Martha y Gregory Godson tenían ambos más de sesenta años, pero aparentaban menos. Martha parecía como si sus juveniles rasgos le hubieran sido regalados por cirujanos plásticos y un saldo bancario interminable, mientras que los de Gregory parecían genéticos.

Martha les entregó una taza de té a cada uno. Nick tomó la suya primero y le dio las gracias.

Cuando Tomek cogió la suya, ella le puso una mano en el hombro y le ofreció una mirada reconfortante, como si de alguna manera supiera por lo que estaba pasando.

—Espero que nuestro Zachary no se haya metido en demasiados problemas —comenzó Gregory mientras su esposa se sentaba a su lado. Entrelazaron sus manos y se acercaron hasta que sus hombros se tocaron. A su lado, su teléfono parpadeó con una notificación, revelando una imagen de Zachary con uniforme escolar como fondo de pantalla.

—Eso está por verse —empezó Nick.

Tomek los miró y los odió a ambos. Detestaba todo sobre ellos. Su casa, su forma de vestir. Todo. Pero más importante aún, los odiaba por su hijo. Necesitaba canalizar su ira y resentimiento a través de algo, y les había tocado a ellos la pajita más corta porque, en algún momento, habían hecho algo —descuidado a Zachary el tiempo suficiente y con la suficiente intensidad— para enviarlo por esta trayectoria. Eran responsables de ello, y no escucharía lo contrario.

—¿No habréis venido a decirnos que ha desaparecido, verdad? —preguntó Martha.

—No, señora Godson —continuó Nick, con voz sorprendentemente calmada—. Tenemos motivos para creer que su hijo podría estar involucrado en los recientes asesinatos que han tenido lugar en las últimas semanas.

—¿Zachary? ¿*Nuestro* Zachary? ¡Jamás!

—¿Qué os hace creer semejante cosa? —preguntó Gregory, abrazando a su esposa.

—No podemos entrar en detalles en este momento, ya que nuestras investigaciones todavía están en curso, pero necesitamos hacerles algunas preguntas sobre su hijo. —Tanto Gregory como Martha abrieron la boca para hablar, pero Nick los interrumpió—. ¿Cuándo fue la última vez que lo vieron?

—Hace seis años —respondió Martha—. Simplemente... Un día éramos una familia feliz. Al siguiente cortó todo contacto.

—¿Fue también la última vez que *supieron* de él?

Ella asintió. —No lo hemos visto ni hemos sabido de él en tanto tiempo. Le hemos enviado mensajes, le hemos llamado. Pero o ha bloqueado nuestros números o tiene uno nuevo, porque nunca parecen llegar.

—¿Por qué cortó los lazos?

Martha y Gregory intercambiaron una mirada rápida. —Porque... Bueno... Fue una tontería realmente. Ahora nos arrepentimos, obviamente. Nunca debería haber sucedido, pero... Bueno, un día Zachary nos sentó a los dos para decirnos que quería ser actor, y que tenía una audición para salir en *EastEnders*. Verá, ninguno de nosotros ve el programa, ni estábamos particularmente contentos con que él lo hiciera. Había puesto tanto tiempo y esfuerzo en sus estudios de psicología y música, ¿sabe?, que pensamos que la actuación le llevaría por el camino equivocado. Y resulta que nuestras reacciones se reflejaron en nuestras caras. Él dijo que no creíamos en él, que no le queríamos, que no le apoyábamos. Pero... —Señaló hacia las fotos en la pared—. Pero, como podéis ver, la verdad es justo lo contrario.

Evidentemente, pensó Tomek. Y nada demasiado tarde, en absoluto.

—Le echamos de menos cada día, y cada día intentamos contactar con él por Facebook, Twitter, todos sus canales de redes sociales, pero nunca responde. Incluso hemos intentado hacernos pasar por chicas adolescentes, que parecen ser su principal base de fans, y hemos tenido cierto éxito con eso, pero rápidamente se da cuenta de que somos nosotros.

—Entonces ¿sí habéis tenido contacto con él? —señaló Tomek—. Nos habéis mentido.

El rostro de Martha enrojeció. —¡No, no! No de esa manera. Cierra la conversación antes de decirnos nada. No sabemos dónde está, con quién está, o cómo le va. Pero basándonos en sus perfiles de redes sociales, podemos ver sus actualizaciones. Sus conciertos, sus actuaciones en los pueblecitos. Estamos muy, muy, muy orgullosos de él. Solo deseamos que vuelva a casa.

Tomek no podía creer lo que estaba oyendo. Era como si Nick no acabara de decirles que su hijo era buscado en relación con dos asesinatos. O, más probablemente, estaban tan cegados por su adoración y amor por su hijo que no lo habían escuchado.

Nick reiteró el punto. —¿Os dais cuenta de que es sospechoso en una investigación por doble asesinato?

—Estoy seguro de que no fue él —respondió Gregory—. Estoy seguro de que ha habido algún tipo de confusión. Nuestro Zachary nunca haría algo así. Puede parecer grande y aterrador, pero es inofensivo. Es tan encantador que no haría daño ni a una mosca. Estoy seguro de que es inocente.

—¿Y qué hay de secuestrar a mi hija? —preguntó Tomek. Finalmente, había estallado. No podía seguir allí sentado escuchando sus sandeces, oyendo a esos padres ilusos alabar a su hijo fugitivo mientras su hija estaba desaparecida y potencialmente en peligro.

—¿Perdón? —el tono de Martha descendió varios niveles—. ¿Qué quieres decir?

—Secuestró a mi hija y le lavó el cerebro. Ahora no tengo ni idea de dónde está.

—¿Cómo puedes estar seguro de que está con él?

Tomek apretó el puño, sintiendo cómo la rabia comenzaba a crecer en su interior.

—Simplemente lo sé —respondió—. Llámalo intuición.

La espalda de Martha se tensó, y se apartó de su marido. —Lamento lo de tu hija, pero te aseguro que nuestro hijo no tiene nada que ver con eso.

Tomek abrió la boca para hablar, pero Nick extendió el brazo frente a él. Entonces el inspector jefe le lanzó una mirada que le decía que se callara, que estaba recibiendo su última advertencia y que si cruzaba la línea una vez más se vería obligado a perderse el resto de la conversación y esperar en el coche.

—¿Vuestro hijo alguna vez os manifestó preocupaciones sobre el fin del mundo cuando aún estabais en contacto? —preguntó Nick, reconduciendo la conversación en una dirección más productiva.

Martha y Gregory deliberaron.

—Encontramos un diario suyo —dijo Gregory, mirando a los ojos de su mujer como pidiendo permiso para continuar—. Tenía un montón de garabatos, mensajes y notas. Casi premoniciones sobre el fin del mundo. Todo ardiendo, guerras raciales y demás.

—¿Le preguntasteis al respecto?

—Dios, no. No queríamos alterar o avivar el fuego de ninguna manera.

El suspiro de Nick fue audible desde el otro lado de la habitación. —¿Encontrasteis algo más allí?

Una pausa. Otra mirada entre marido y mujer.

—Encontramos... Encontramos muchas referencias a Helter Skelter —explicó Martha.

—¿Lo de Charles Manson?

—Sí. Y... y también compró un libro sobre los asesinatos —continuó Martha—. En ese momento no le dimos importancia.

—Simplemente asumimos que era un proyecto de investigación para sus estudios de psicología —añadió Gregory.

El puño de Tomek se cerró aún más fuerte. Hasta que las uñas se clavaron en su carne.

Manson. Helter Skelter.

Eso era. Esa era la explicación detrás de todo: Zachary estaba intentando emular a su héroe. Las guerras raciales. La similitud con los asesinatos. Las hordas de adolescentes siguiendo cada uno de sus movimientos, escuchando cada una de sus órdenes. Entrando en las casas de la gente y moviendo sus cosas. El mensaje dentro de las murallas del castillo.

Zachary Godson dirigía su propio culto, y se estaba preparando para el fin del mundo.

Caminaron de regreso al coche en silencio.

—Traerte conmigo probablemente fue un error —dijo Nick.

—No estoy de acuerdo.

—Por supuesto que no lo estarías. Pero casi no conseguimos sacarles nada. Y no lo habríamos hecho si no llego a interrumpirte antes de que perdieras los estribos con ellos.

—No es culpa mía que tengan una visión delirante de su hijo.

Llegaron al coche. Nick abrió la puerta, y cuando Tomek hizo lo mismo, su teléfono vibró. Bajó la mirada a la pantalla y vio aparecer el nombre de Nathan Burrows.

—Un segundo —dijo, levantando un dedo hacia Nick—. Tengo que atender esto.

Tomek se alejó corriendo hacia el otro extremo de la entrada y contestó la llamada. Una ráfaga de viento pasó veloz junto a él, arrastrando hojas empapadas que se pegaron a la parte superior de sus zapatos.

—¿Nathan? ¿Eres tú?

—¿Cómo estás, querido amigo?

Tomek sintió que la tensión de su cuerpo se liberaba.

—Mejor ahora que he oído tu voz. ¿Tienes... tienes alguna novedad para mí? ¿La has encontrado?

Una pausa.

—Lo siento, Tomek —comenzó el hombre—. Esperaba tener más información para ti a estas alturas.

—¿Qué quieres decir?

Nathan suspiró a través del teléfono. —Tengo a un par de los chicos investigando la zona de Southend para mí. Muchos de ellos tienen traficantes y personas allí que les deben favores. Alguien acaba de venir y ha dicho que vio a alguien que coincide con la descripción de Kasia entrando en un pequeño almacén en Shoeburyness.

El pulso de Tomek se aceleró. —¿Y creen que es ella?

—Posiblemente. Como te dije, la chica coincidía con su descripción.

—¿Quién te lo ha dicho?

—Alguien que conoce a alguien que conoce a un tipo llamado Richard Stafford. ¿Te suena?

—Sí. Me suena.

—Estaban cerca de uno de los almacenes que Stafford solía usar para su negocio, por casualidad, y fue entonces cuando la vieron. Dijeron que llevaba un vestido blanco y tenía el pelo recogido en coletas.

Tomek contuvo la respiración.

—¿Dónde? Dame la dirección y haré que el equipo lo investigue.

—¿Cómo? —preguntó Nathan—. ¿De dónde dirás que ha salido esta información?

Tomek hizo una pausa. No tenía respuesta para eso.

—Iré solo entonces. Solo dame esa dirección.

CAPÍTULO
SESENTA Y SEIS

Tomek irrumpió por la puerta principal de su casa, cerrándola de un portazo. Las paredes temblaron por la fuerza del golpe, y creyó oír el sonido de la madera astillándose. Pero no le importaba. No le importaba nada más que encontrar a Kasia, y ahora entendía cómo se había sentido ella: él también quería destruir el piso, ponerlo patas arriba y descargar toda su ira y frustración en él.

Porque el almacén había sido una pérdida de tiempo total.

Estaba vacío cuando llegó. Aunque había encontrado señales de ocupación —muebles, una ducha improvisada, botellas de agua, un par de calcetines, un cepillo de dientes, docenas de pares de ropa interior y un pasador de pelo—, no había ni rastro de Kasia. Tomek sabía que ella había estado allí, lo presentía, pero no tenía ni idea de adónde podrían haber ido ella y el resto de las chicas desde entonces.

Sacó su móvil y marcó el número de Nathan.

—Fue un fiasco —le explicó—. Ella y las demás se habían marchado.

—Lo siento, Tomek —respondió Nathan con suavidad—. ¿Quiere que pida a mis contactos que sigan buscando?

Tomek se encogió de hombros. Se sentía derrotado, desanimado. —No haría daño, supongo.

Hubo una pausa. —Esto debe estar causándole muchísimo dolor y angustia. Lamento mucho que tenga que pasar por esto.

Una leve sonrisa cruzó el rostro de Tomek mientras las palabras de Nathan le reconfortaban. —Gracias, tío. Lo agradezco. Y gracias por todo lo que has hecho hasta ahora. Siento que me has acercado más que nadie.

—No te preocupes. Te ayudaré a encontrarla, colega. Déjalo en mis manos. —Nathan hizo una pausa—. Y te enviaré otra casa para pájaros tan pronto como pueda, ¿de acuerdo? Algo más resistente, algo que pueda soportar la fuerza bruta de un adolescente.

Tomek se rio. —Creo que necesitarás una de metal para eso.

Colgó el teléfono, devolviéndolo a su bolsillo. Su mirada se posó en el desastre frente a él. La mayor parte seguía allí, a excepción de las estrechas avenidas y pasillos que había despejado a patadas. Necesitaba desesperadamente ordenarlo. Lo había estado posponiendo, pero ahora se daba cuenta de que no tenía elección. Quizás podría hacer una limpieza furiosa: tirarlo todo en una bolsa negra de basura y acabar de una vez; sin prestar atención a lo que iba a la basura. Probablemente todo estaba roto de todos modos. Dudaba que hubiera gran cosa que pudiera salvarse.

Para prepararse, puso algo de música y preparó un puñado de bolsas negras de basura. Primero, empezó por el salón, recogiendo las plumas de los cojines del sofá y los cristales de los marcos de fotos, y los echó de cualquier manera. Luego pasó a los libros, donde hojeó las páginas, se dio cuenta de que nunca volvería a leerlos y los desechó. Claro, algunas cosas podrían ir a la tienda benéfica o a Edith, la de abajo, pero en su negro estado de ánimo, solo quería que desaparecieran, fuera de su vida. No quería mirar los libros y que le recordaran lo que había pasado.

Después de casi una hora limpiando el salón, hizo balance del progreso. Muy poco. El suelo seguía cubierto de diminutos fragmentos de cristal y escombros; los muebles seguían destrozados y el televisor seguía en el suelo con una enorme grieta en la pantalla.

—Me cago en mi vida —dijo.

Tardaría días en limpiarlo.

Justo cuando estaba a punto de pasar a la cocina, con la esperanza de que los escombros allí fueran más fáciles de limpiar,

alguien llamó a la puerta.

Inmediatamente, soltó la bolsa de basura negra y, con el sonido del cristal crujiendo bajo sus pies, corrió hacia la puerta principal. Incluso antes de abrirla, sabía que no sería Kasia. Sería demasiado fácil. Pero eso no impidió que sus esperanzas se dispararan.

Cuando abrió la puerta, le recibió una cálida y agradable sonrisa, y un fuerte aroma de perfume que asaltó sus fosas nasales. Abigail. En su mano sostenía un par de guantes amarillos de goma y una botella de vino.

—Hola —dijo ella suavemente.

—Hola —respondió él, y luego examinó los objetos en sus manos —. Sabes, si estabas pensando en matarme y limpiar la sangre después, el vino no es lo mejor para eso.

—¿Esto? —Levantó la botella, como si la mirara por primera vez —. Esto es para después de que hayamos terminado de limpiar.

—¿Ah?

—Sí, pensé que te vendría bien una mano. Y la compañía.

—Agradezco el gesto, pero realmente no...

Abigail le ignoró y se coló dentro. —¿Por dónde es mejor empezar?

—Abs... —comenzó, sujetando firmemente la puerta abierta, esperando que captara la indirecta.

—No te vas a librar de mí tan fácilmente —dijo ella—. Me enteré de lo que pasó por Sean y he venido a ayudar. No tienes que hablar conmigo sobre ello, lo entiendo. Y no tenemos que hablar en absoluto, si lo prefieres. Pero ahora mismo, pensé que te vendría bien compañía y, por lo que veo, realmente necesitas ayuda. Este lugar siempre necesitó un toque femenino.

Entró y Tomek cerró la puerta unos centímetros. —Pero... Nosotros...

Ella giró bruscamente la cabeza hacia él, mirándole con el ceño fruncido. —Soy muy consciente de cómo está nuestra relación, Tomek. Y esto no tiene nada que ver con eso. Sé que piensas que vivo de motivos ocultos, pero este es un gesto completamente platónico y sin relación. Solo una amiga ayudando a un amigo. No hay necesidad de leer entre líneas, ¿vale?

Cerró la puerta sin darse cuenta.

—Bien, coge un par de bolsas de basura —le indicó—. Puedes ocuparte de la cocina.

—Cerdo machista —dijo ella con un guiño. Luego agarró una de las bolsas de basura del suelo, se abrió paso hacia la cocina y colocó la botella de vino en la nevera.

Tomek se quedó paralizado durante unos instantes, observándola a través de la puerta, escuchándola tararear al ritmo de la música. Realmente había venido a ayudar. Realmente no había ningún motivo oculto.

—¿Vas a hacer algo o te vas a quedar ahí todo el día mirándome mientras lo hago todo? Eso es lo que hacen las parejas casadas, y no estoy para eso.

—¿Y ahora quién es el cerdo machista?

La siguiente habitación en la lista de Tomek era el dormitorio de Kasia. Estaba reservando el suyo para el final: los árboles bonsái, la caja nido; no podía enfrentarse a ellos directamente. Necesitaba prepararse mentalmente. Pero antes de que pudiera empezar en el dormitorio de Kasia, su teléfono sonó de nuevo.

Nick.

—¿Alguna novedad? —preguntó Tomek, susurrando al auricular.

—Creo que necesita venir aquí —dijo la voz del inspector jefe—. Acaba de presentarse una mujer que afirma conocer a Kasia y a Zachary Godson y lo que han estado tramando. Y está dispuesta a contárnoslo todo.

CAPÍTULO
SESENTA Y SIETE

La joven de veinte años era la viva imagen de Kasia. Casi todos los ángulos de su rostro se parecían a los de su hija. Tanto que le desconcertaba cada vez que la miraba; quería gritarle, reprenderla, preguntarle por qué se había marchado y por qué había tomado las decisiones que había tomado. Por qué había decidido destrozar su vida. Luego quería olvidar todo eso y abrazarla con el abrazo más fuerte del mundo. Quería sostenerla, estrechar su cuerpo contra el suyo y no soltarla jamás. Quería decirle que todo estaba bien, que todo sería perdonado, que se alegraba de que estuviera a salvo.

Pero esta mujer no era Kasia; *ella* seguía ahí fuera. Atrapada, perdida, probablemente muerta de miedo. La única diferencia entre esta mujer y Kasia, aparte de su altura y edad, era el bebé que actualmente crecía en su vientre. Según los cálculos de Tomek, solo llevaba unos pocos meses de embarazo, y estaba aterrorizada por lo que le pudiera pasar.

—¿Puede empezar diciéndonos su nombre? —comenzó él. Nick había aprobado su petición de unirse a la entrevista con Rachel, con el entendimiento de que se comportara y no reaccionara como lo había hecho con los padres de Zachary Godson.

La mujer se mordisqueaba las uñas, perdida, mirando su regazo. Parecía terroríficamente delgada, casi anoréxica. Su vestido blanco colgaba holgadamente sobre su cuerpo escuálido, y sus pómulos sobresalían de manera prominente. Bajo su ojo izquierdo quedaban

los restos de un moratón profundo y doloroso. Tomek podía adivinar de dónde lo había sacado.

—Mi verdadero nombre es Clementine Miller —empezó—. Pero Zeus y mis hermanas me llaman Susurro de Pesadilla. Todos tenemos apodos en el grupo. Nunca usamos nuestros nombres reales.

—¿Sabe cuál es el de Kasia? —preguntó Tomek, adelantándose.

—¿Quién?

—Mi hija. Ella... ella, bueno, se parece a usted. Pero tiene trece años. Solo se habría unido...

—Kandy —respondió Clementine—. Kandy Rompecorazones, así la llamaba Zeus.

—¿Kandy Rompecorazones? —repitió Tomek, procesando la información en su mente—. ¿Por qué ese apodo en particular?

—Porque Zeus dijo que era dulce como un caramelo, y que parecía una adolescente rompecorazones, de esas por las que todos los chicos irían detrás.

Tomek hizo una mueca y cerró el puño ante la sugerencia. Esto iba a ser difícil de escuchar.

—¿Cuándo conoció a Zeus por primera vez? —preguntó Rachel—. ¿Cómo se relacionó con él?

—Estaba estudiando —comenzó Clementine—. En la universidad de Southend. Producción musical. Lo odiaba. Siempre había querido entrar en la industria musical, pero por alguna razón no funcionó. Es más difícil de lo que pensaba. Así que quería dejarlo. Entonces, un día, vi a Zeus merodeando fuera... ¿Cómo ha dicho que se llamaba realmente?

—Zachary —entonó Tomek—. Zachary Godson.

—Sí. Eso es. Zachary. Parece extraño oírlo así —Se estremeció ante la idea de llamar a Godson por su nombre real—. De todos modos, un día vi a Zachary fuera de mi edificio, repartiendo folletos a la gente que pasaba. Dado que ahí es donde van todos los estudiantes de música, no es tan inusual. Normalmente estos artistas independientes se me acercan y me preguntan si puedo ayudarles a editar su audio, porque saben cuándo son mis clases y en qué aula estoy. Pero no Zeus... *Zachary*. A él no le importaba

nada de eso. Solo quería que la gente escuchara su música, así que me detuve y empecé a hablar con él.

—Era tan amable y gentil, tan dulce y encantador. Tenía un aura, ¿sabe? Como si fuera alguien que iba a hacer el bien en el mundo, alguien con una conciencia pura. Al menos, eso es lo que pensaba entonces. Así que estuvimos charlando. Me contaba sobre su música, sobre cómo había estado en *EastEnders* pero se había dado cuenta de que no era lo suyo y quería seguir su pasión. Me dejé llevar. Me dejé llevar por *él*. Había algo tan cautivador en él. La forma en que hablaba, la forma en que sonreía, la forma en que me hacía sentir. Y sus ojos... —Cerró los suyos y sacudió la cabeza suavemente, como si estuviera evocando imágenes de los ojos azul mar del hombre. Cuando se recompuso, continuó—. También me dijo que dirigía su propio estudio de yoga y que lo estaba utilizando para ayudar a difundir su música y la conexión que sentía espiritualmente con ella. Me invitó a un par de sesiones, y fue entonces cuando conocí a todas las otras chicas que se convertirían en mis hermanas. Solo había unas pocas, cinco en total en ese momento, seis si me incluías a mí. Ese número ha aumentado a veinte ahora, incluyendo a su hija, Kandy... quiero decir Kasia, lo siento.

—No pasa nada —dijo Tomek, aunque no era así. Nunca quería volver a oír ese nombre—. ¿Qué pasó después?

—Me convertí en parte de la familia —continuó Clementine, volviendo rápidamente a su trance locuaz—. Nos cuidábamos unas a otras, nos ayudábamos. Nunca había tenido una relación fuerte con mis padres. Nunca nos llevamos bien, nunca estuvimos realmente de acuerdo, y era lo mismo para muchas de las chicas. O las habían echado de casa o simplemente tenían una relación amarga con sus padres que nunca iba a cambiar. Algunas venían de hogares rotos, mientras que otras eran las que los habían roto. Sentíamos afinidad entre nosotras, e inmediatamente nos convertimos en hermanas, todas nosotras.

—Durante las primeras etapas simplemente pasábamos el rato en el estudio, charlábamos, reíamos, bailábamos. A todas horas del día. Ninguna de nosotras estaba realmente trabajando, y yo había

decidido dejar la universidad porque no me llenaba lo suficiente. Era lo mismo con muchas de las chicas. Todas nos sentíamos un poco perdidas, luchando por encontrar nuestro camino. Y entonces un día, hace unos meses, Zeus, quiero decir Zachary, se presentó con algunas noticias. La Verdad, así lo llamó. Fue entonces cuando nos dijo que él era Zeus, el dios griego, y que nos salvaría cuando llegara el fin del mundo.

—¿Cómo? —interrumpió Tomek.

—Bueno, nos dijo que tenía poderes y que podía hacerlo.

—¿Y le creyeron?

Volvió a mirar su regazo, jugueteando de nuevo con sus uñas.

—Bueno, sí. En aquel momento lo creía. Todas lo creíamos. Era tan... convincente.

—¿Cómo os convenció? —preguntó Rachel, interviniendo con un tono más agradable antes de que Tomek pudiera arremeter con su brusquedad.

Ella hizo una pausa, soltó una ligera risita. —Ahora parece absurdo, de verdad. Pero tienen que entender que en ese momento era tan convincente, tan creíble...

—Aquí no juzgamos a nadie —añadió Rachel.

Habla por ti, pensó Tomek. Él estaba lejos de no juzgar lo que estaba escuchando. Le desconcertaba que estas veinte mujeres aproximadamente hubieran caído rendidas ante el encanto de Zachary Godson. Incluida Kasia. Había pensado que ella era más inteligente, más astuta.

—Nos dijo que podía controlar el tiempo atmosférico —comenzó Clementine—. Que cuando hacía sol, estaba feliz. Cuando estaba nublado, se sentía triste. Y cuando llovía o había tormenta, estaba enfadado.

—Entonces debía estar triste o enfadado todo el tiempo en este país —comentó Tomek.

Sintió una patada en la pierna de parte de Rachel y, aunque no la vio, intuyó que le había lanzado una mirada de desprecio.

—Sí, ahora que lo menciona, siempre estaba triste y de mal humor. —Clementine dejó de jugar con sus dedos y los colocó sobre la mesa. Estaban en carne viva, con la piel descamada.

—¿De qué otra manera os convenció de que era Zeus? —preguntó Rachel.

—Me dijo que podía detener el tiempo —respondió ella—. Y para demostrarlo, sujetó mi muñeca, apuntó mi reloj hacia mi cara, y chasqueó los dedos. No sabía cómo lo había hecho, pero la manecilla de los segundos dejó de moverse. Y desde ese momento estaba dentro, me comprometí con lo que fuera que necesitara que hiciéramos. Pero pronto me di cuenta de cómo lo había hecho, cómo había hecho muchas cosas...

—Drogas —dijo Tomek, terminando por ella.

Ella inclinó ligeramente la cabeza.

—¿LSD? —continuó Tomek.

—Sí. Mucho. Se lo daba a todas las chicas... —Giró lentamente la cabeza hacia Tomek. Sus ojos estaban abiertos de par en par, llenos de dolor, culpa y arrepentimiento—. Incluida su hija.

Tomek inspiró profundamente, golpeando con los nudillos en la mesa. Lo sabía. Por supuesto que lo sabía, en el fondo. Había atado cabos tan pronto como establecieron la conexión entre Zachary Godson, Michael Edwards y Richard Stafford, pero no había querido creerlo. No podía. No quería.

Hasta ahora.

—Por favor —dijo, con la voz quebrada mientras luchaba contra un pequeño ejército de lágrimas—. Continúe, si no le importa.

Ella lo hizo, pero no sin antes dirigirle a Tomek una mirada que decía: Lo siento mucho.

—Así era como nos controlaba —dijo—. Nos llenaba de drogas y seguía dándonoslas. También usaba otros métodos de control. Control... era muy controlador. Nos decía qué ponernos, cómo vestirnos. Nos dijo que no podíamos llevar joyas, teníamos que llevar el pelo de cierta manera que le agradara. Teníamos que adorarle. Y luego nos dijo que vigiláramos nuestro peso. Dijo que teníamos que estar delgadas y tener una cierta talla si queríamos llegar al más allá con él. Comenzó a controlar con quién hablábamos, adónde íbamos, a quién veíamos. Para entonces, muchas de nosotras vivíamos o en el estudio o en el almacén.

—¿Almacén? —repitió Rachel.

Tomek decidió mantener la boca cerrada.

—Está en Shoeburyness. Zeus dijo que era suyo. Dijo que podíamos vivir allí. Es donde la mayoría de nosotras nos estábamos quedando.

—¿Podría darnos la ubicación, por favor? Necesitaremos que alguien lo investigue.

Tomek exhaló un profundo suspiro de alivio. Ese pequeño asunto quedaba resuelto. Clementine garabateó la dirección y una vaga descripción en el papel y se lo devolvió a Rachel, quien le dio las gracias antes de decirle que continuara.

—Solía dar estos sermones, estos discursos, donde nos hacía sentarnos todas juntas en círculo y nos predicaba. Nos decía que todo lo que estaba mal en el mundo era consecuencia directa del consumismo humano, la superpoblación y el agotamiento de los recursos naturales de la Tierra. Decía que todos estábamos destruyendo el planeta, pero que el verdadero asesino de este planeta sería una guerra racial. Que los blancos y los morenos se levantarían y lucharían. Que destruirían todo y a todos, y que si hacíamos exactamente lo que él decía, nos salvaríamos.

—"Exactamente lo que él decía" —repitió Tomek—. ¿Qué significa *exactamente* eso? ¿Qué os ordenó hacer?

Clementine dudó, inspirando profundamente y sacando pecho. Se tomó un momento para recomponerse, y cuando estuvo lista, dejó salir todo el aire de sus pulmones.

—Empezó con cosas pequeñas —dijo—. Cositas. Como robar carteras, coger teléfonos de las mesas, desinflar las ruedas de los coches; cosas que en gran parte pasan desapercibidas.

No para las personas afectadas.

—Pero después, con el tiempo, las cosas se volvieron más avanzadas, más... atrevidas.

—¿En qué sentido? —preguntó Tomek, aunque sabía exactamente hacia dónde iba esto.

—Se llaman Creepy Sleepies —respondió, frotándose por debajo del ojo amoratado—. En mitad de la noche, tres o cuatro de nosotras entrábamos en las casas de la gente, movíamos algunas cosas, y luego nos íbamos.

—Y destrozaban los gnomos de jardín en el proceso —espetó Tomek.

—Eso es porque Zeus nos lo dijo. Todo lo que hacíamos, nos lo decía él. Él era quien elegía las casas. Él era quien seleccionaba a las chicas. Él era quien nos decía que destruyéramos los gnomos.

—¿Por qué?

—Porque creía que eran sus enemigos. Creía que lo estaban observando, espiándolo. Y por eso nos dijo que los destruyéramos.

—Pero os dijo que hicierais mucho más que eso, ¿verdad, Clementine? —entonó Tomek—. ¿Qué puede decirnos sobre los asesinatos de Michael Edwards y Karl Bacon?

Las lágrimas se formaron en las comisuras de los ojos de Clementine y comenzó a sorber. Rachel alcanzó una caja de pañuelos cercana y se la pasó.

—No conozco sus nombres —dijo—, pero sé quiénes son y sé de lo que están hablando.

—¿Qué puede contarnos sobre lo que pasó? ¿Estaba usted allí?

Las lágrimas fluyeron con más fuerza ahora. Empezó a hiperventilar.

—Sí, estuve allí —dijo entre respiraciones—. Sí, ayudé a apuñalar y matar a esos hombres.

La habitación quedó en silencio, congelada. No se oía el aire acondicionado, ni los suaves murmullos de conversación desde fuera de la sala. Incluso las luces rojas de las cámaras en la esquina de la habitación y la grabadora de voz sobre la mesa parecían haberse detenido.

—Comience desde el principio —dijo Rachel, con voz más severa de lo habitual—. Con Michael Edwards, el hombre de la casa.

Clementine respiró profunda y repetidamente mientras se recomponía, limpiándose las lágrimas. Su atención volvió a sus uñas y fue incapaz de mirar a cualquiera de los dos a los ojos.

—Estaba lloviendo. Había truenos. Zeus estaba furioso, enfadado. Dijo que quería que saliéramos y matáramos a una persona en particular. No explicó por qué ni quién era, solo que tenía que ser *él*. Estaba enfadado porque el fin del mundo aún no había llegado, y dijo que si hacíamos esto, todo comenzaría. Así que yo, Ángel

Durmiente, Jinete Silenciosa y Magdalena Brillante fuimos a la casa. Entramos por el bosque de la parte trasera, saltamos la valla, y luego forcé la cerradura para entrar. Todos nos quitamos los zapatos para no dejar huellas dentro, y encontramos al hombre dormido en el sofá. Lo rodeamos. Magdalena Brillante estaba detrás de él y le puso la hoja en el cuello. Eso lo despertó. Al principio entró en pánico e intentó quitársela de encima, pero cuando vio al resto de nosotros sosteniendo las cuchillas, se detuvo. Sabía que todo había terminado. Podía verlo en sus ojos.

»Ángel Durmiente tenía la pistola eléctrica y lo electrocutó. Al mismo tiempo, Magdalena Brillante le cortó la garganta, y luego saltamos sobre él y lo apuñalamos. No sé cuántas veces, perdí la cuenta después de unas pocas. Solo recuerdo el cuchillo entrando una y otra y otra vez. Gritamos, todos nosotros. Era como si hubiera electricidad en el aire, como si nos alimentáramos de la tormenta exterior. Además, nadie podía oírnos gritar por encima del sonido de los truenos. Era la cobertura perfecta que Zeus nos había dado. Después, todos huimos. De camino por el jardín, Ángel Durmiente lanzó su cuchillo al jardín de los vecinos. ¿Habéis... lo habéis encontrado?

—Lo encontramos —dijo Tomek, de manera inexpresiva.

Estaba en estado de incredulidad, de shock. Había oído, visto e incluso presenciado el lado más oscuro de la condición humana, pero nada como esto. Cuatro jóvenes, apenas salidas de la adolescencia, llevando a cabo un asesinato brutal y salvaje por instrucción, sin remordimiento por sus acciones.

—¿Y qué hay de la segunda víctima? ¿En el castillo de Hadleigh? —preguntó Rachel.

—Eso... eso fue diferente. Nosotras... estábamos todas allí. Todas nosotras. Bueno, excepto una.

Kasia.

Aquella noche. El viaje a la estación de tren. La discusión acalorada que había seguido.

Tomek había impedido inadvertidamente que su hija fuera a presenciar una masacre.

Se le cayó la mandíbula. —¿Se lo perdió... por el tráfico? ¿La lluvia... los truenos? ¿Sabía lo que iba a ocurrir?

Tomek contuvo la respiración mientras esperaba una respuesta. Finalmente, después de un rato, llegó: Clementine negó con la cabeza, y Tomek soltó un enorme suspiro de alivio.

—Solo le dijeron que tenía que estar en ese tren específico. Nada más.

Menos mal, joder.

Rachel miró a Tomek por un momento, observó cómo se relajaba aliviado, y luego continuó con su línea de preguntas.

—¿Qué pasó en el castillo?

—Estábamos todas allí. Algunas de las chicas habían secuestrado al tipo de su casa anteriormente. No sé cómo ni dónde, pero ya estaba allí cuando yo llegué. Todas estábamos drogadas, cantando, gritando, bailando. Zachary estaba allí... resguardándose de la lluvia. Y entonces lo mataron. Igual que hicimos la primera vez. Le dispararon con la pistola eléctrica, le cortaron la garganta y luego lo apuñalaron.

—¿Quién? —preguntó Rachel.

Clementine necesitó un momento para reunir los nombres. —Peppy Piper, Almendra Auspiciosa, Jinete Silenciosa y Yassy Gaseosa.

—¿Yasmin? —dijo Tomek, pensando en voz alta—. ¿Se llamaba Yasmin?

Clementine se encogió de hombros. Tomek miró a Rachel. —Creo que sé quién es. Es la amiga del colegio de Kasia, la que la introdujo en... en esto.

Rachel anotó el nombre de la chica.

—Yassy Gaseosa ha estado con nosotras casi cuatro meses —explicó Clementine—. Fue la última en unirse antes que su hija, y sí, ella fue quien presentó a su hija a nuestro grupo.

Tomek ofreció a la mujer un gesto educado, agradeciéndole la información.

—¿Hay algo más que puedas contarnos sobre lo que ocurrió en el castillo aquella noche? —preguntó Rachel.

—No. Pero me gustaría decir que sé lo mal que parece todo esto. Créanme, he tenido tiempo recientemente para reflexionar sobre

todo, y entiendo lo terrible y aterrador que es. Pero tienen que entender que Zachary nos manipuló, nos lavó el cerebro. Todas las cosas que hicimos, las hicimos porque él nos dijo que era lo correcto, que nos salvaría al final del mundo.

Tomek estaba escéptico y quería cuestionar esa afirmación en particular. Pero entonces recordó que su propia hija había caído en los engaños de Zachary Godson.

—¿Mi hija alguna vez hizo algo que Zachary le ordenara? ¿Qué hay de esos Creepy Sleepies que mencionaste?

Clementine lo miró directamente a los ojos. —Dos veces. Hizo dos Creepy Sleepies.

La sangre de Tomek comenzó a hervir. Golpeó con los nudillos sobre la superficie otra vez, tensando su cuerpo.

—Y... robó... Sé que le robó a usted, y les robó a sus profesores. Zeus nos lo dijo. Dijo que necesitábamos el dinero para el más allá. Que podríamos usarlo. Es lo que él llamaba Morir para Uno Mismo.

—¿Qué significa eso siquiera? —preguntó Tomek.

—Significa que teníamos que morir dentro de nosotras mismas. Todas nosotras. Teníamos que olvidar quiénes éramos. Teníamos que olvidar a todos los que amábamos. Teníamos que desterrarlos de nuestras vidas y empezar de nuevo para que nuestros seres queridos pudieran ser llevados con nosotras al más allá.

Tomek liberó la tensión de su agarre. —¿Hizo todas esas cosas para... para salvarme?

Clementine apretó los labios y asintió.

—Yo... —comenzó. Y entonces se le ocurrió una idea—. ¿Y qué hay de...? —Tragó saliva profundamente, inseguro de si tenía la fuerza para hacer la pregunta. O escuchar la respuesta—. ¿Qué hay de lo sexual? ¿Zachary alguna vez... se forzó sobre vosotras, o...?

Clementine bajó la cabeza, confirmando todo lo que necesitaba saber.

—Nos prometió que éramos las únicas —comenzó, mirando de nuevo a su regazo—. Pero sé con certeza que era una mentira. Nos dijo que no lo comentáramos con nuestras hermanas, pero había señales, se notaba. Se acostó con la mayoría de las chicas, y tenía

esa cosa de llevar una máscara cuando teníamos sexo. Para mí, era un cisne. Para las otras chicas llevaba diferentes animales.

—¿Con cuántas chicas se acostó? —preguntó Rachel.

Clementine se encogió de hombros. —No sé el número con seguridad.

—¿Fue... —comenzó Tomek—. ¿Fue *ella* una...?

No fue capaz de adivinar la respuesta por la mirada en sus ojos.

—No creo —respondió—. Aunque interrumpí algo. Fue la segunda noche que estábamos todas en el castillo...

La vigilia.

—Kasia se había lastimado el tobillo y Zachary estaba ayudando a aliviar el dolor. Entré por casualidad en la habitación y encontré a Kasia en ropa interior. Zachary estaba encima de ella con una máscara. Pero... pero no creo que hubiera pasado nada.

El cuerpo de Tomek se quedó frío, entumecido. Miró fijamente al espacio vacío en la pared por encima del hombro de Clementine, su mente desprovista de pensamientos excepto por una cosa: la última imagen que tenía de Zachary Godson, de pie en su estudio, con su mandíbula cincelada, músculos definidos y esos ojos azules.

La siguiente imagen que apareció en la mente de Tomek fue la de él mismo pulverizando el hermoso y atractivo rostro del hombre hasta convertirlo en una masa sanguinolenta.

—¿Cuántas veces te acostaste con Zachary? —preguntó Rachel, aunque Tomek no podía oírla. Solo era vagamente consciente de sus voces.

—No lo sé. Perdí la cuenta. —Se reclinó en su silla y señaló su estómago—. Las suficientes para que esto sucediera.

—¿Zachary es el padre?

—Por supuesto. Pero cuando intenté enfrentarme a él por esto, me expulsó del grupo. Dijo que había engordado, que no estaba siguiendo sus reglas.

—¿Por eso estás aquí ahora? ¿Te expulsó porque te dejó embarazada?

Clementine asintió. —Supongo que no esperaba que viniera directamente aquí.

Justo cuando Rachel abría la boca para responder, Tomek volvió al presente.

—¿Y ahora qué? —preguntó él—. ¿Qué sucederá después? ¿Qué tienen planeado Zeus y el resto del culto?

—No lo sé. Zachary me ocultó los detalles hacia el final, así que no puedo deciros qué va a ocurrir ni dónde ni cuándo.

CAPÍTULO
SESENTA Y OCHO

Tomek sentía que la cabeza le daba vueltas mientras salía de la sala de interrogatorios. Había tanto que asimilar, tanto que procesar.

Pero la conclusión principal era que Zachary Godson era hombre muerto por lo que le había hecho a su hija. Por cómo la había manipulado, lavado el cerebro, puesto en su contra. Y quizá incluso violado...

Tomek apretó el puño con fuerza hasta que la palma le empezó a sudar. Irrumpió en un pequeño despacho y comenzó a pasearse alrededor de la mesa y las sillas del centro. El corazón le latía con fuerza en el pecho. Quería gritar, explotar en el mismo arrebato de rabia que se había apoderado de Kasia y Yasmin en su piso. Quería destrozar el lugar, hacerlo pedazos, arrasar con todo lo que se cruzara en su camino.

Sin dejar supervivientes.

Durante un largo momento, permaneció allí, mirando por la ventana, sin fijarse en nada en particular, sin procesar nada tampoco. Estaba a punto de darse la vuelta cuando sonó su teléfono. Sacó el dispositivo del bolsillo y examinó la pantalla. Número desconocido.

—¿Nathan? ¿Qué tienes para mí?

Se dio cuenta de su error un momento después.

Una suave risita, seguida por el sonido de una respiración pesada.

—Hola, Lucifer —dijo la voz.

En ese momento, toda la rabia que había burbujeado y estallado dentro de él desapareció de repente, como si hubieran abierto un grifo y toda hubiera salido de golpe.

—¿Le gustaría ver a su hija otra vez, Lucifer?

Tomek no dijo nada.

—Sabe a quién me refiero, ¿verdad? Sabe quién soy.

Tomek siguió sin decir nada. No porque no supiera qué decir —había muchas cosas, palabrotas en particular, que quería decir—, sino porque quería escuchar la voz del hombre. Quería recordar cómo sonaba antes de que suplicara por su vida.

—Si quiere ver a su hija otra vez, venga al almacén de Vanguard Way en Shoeburyness esta noche a las once. Ella estará allí esperándole.

—Yo no contaría con ello —dijo Tomek finalmente—. La policía estará rodeando el lugar para ese momento. Creo que oí a alguien decir que iban a organizar agentes uniformados y dos equipos forenses para que estuvieran allí durante toda la noche.

Zachary tartamudeó al otro lado de la línea.

—¿Q-q-qué quiere decir? ¿Por qué me está contando esto?

—Porque quiero ver a mi hija. Y porque cuando llegue allí y encuentre el lugar repleto de policías, no quiero que piense que le he tendido una trampa.

—Oh. Eh.

Más balbuceos. Más torpeza. Este tipo era un puto estafador y un puto aficionado.

Y un muerto.

—Entonces vaya al fondo del jardín de Michael Edwards. Shipwrights Wood. A las once. Venga solo y verá a su hija de nuevo.

—Sí, Zeus. Lo que usted diga, Zeus.

CAPÍTULO
SESENTA Y NUEVE

Kasia sentía hormigueo en todo el cuerpo por la adrenalina. Desde lo más profundo de su estómago hasta la punta de los dedos. Se sentía viva. Esto era todo. La noche en que el mundo acababa. La noche en que todo cambiaría para ella y Tomek. No había pensado mucho en él en las últimas semanas. Zeus se lo había prohibido. Si quería morir verdaderamente para sí misma, eso era lo que tenía que hacer.

Hasta ahora.

Ahora, encaramada en el mismo punto del muro del castillo donde había estado hacía unas noches, pensaba en Tomek.

En lo mucho que le había hecho daño durante las últimas semanas. En cuánta angustia y sufrimiento le había causado. Puede que él no lo hubiera ocultado muy bien, pero incluso cuando lo hacía, ella podía ver que lo que le había hecho le había molestado inmensamente. A veces quería gritar y declararle que todo era por su propio bien. Que las discusiones, las noches de juerga, las escapadas, el desastre que había causado en el piso y los robos, todo era para su beneficio. Que lo había estado haciendo también por él. Sabía que Tomek nunca habría creído las profecías y advertencias de Zeus sobre el fin del mundo (se habría reído en su cara y probablemente le habría llamado chalado), así que no le había quedado más remedio que hacer esto en su nombre.

Esperaba que él lo viera, lo *entendiera*, cuando finalmente se uniera a ellos en el otro lado.

Una ráfaga de viento pasó junto a ella, levantándole el pelo y haciéndole cosquillas en los tobillos. El cielo había estado amenazando lluvia toda la tarde, y a lo lejos, el sonido de un trueno retumbaba en el horizonte, en algún lugar de Kent, a unos kilómetros sobre el agua.

Las frustraciones de Zeus iban en aumento. Lucifer, el diablo, *su enemigo*, llegaría pronto. Y entonces la lluvia, los truenos y los relámpagos caerían sobre ellos.

Y luego... ¿silencio?

No lo sabía. Nadie sabía qué esperar al otro lado. Incluso el propio Zeus era tacaño con los detalles. Quizás quería mantenerlo como una sorpresa. O quizás... o quizás él mismo no conocía la respuesta.

Alejó ese pensamiento de su mente y dirigió su atención a los terrenos del castillo. Sus hermanas, sus hermosas y majestuosas hermanas, todas cantaban y bailaban, recitaban, tarareaban, se abrazaban en el centro de los terrenos. A estas alturas, el castillo había adoptado su forma completa, con muros de piedra, suelo empedrado, torres, molino de agua, todo. La transición estaba completa. Sus defensas estaban levantadas.

Kasia observó a las chicas por un momento. Yasmin, su amiga más cercana, estaba en el centro de todo, moviendo los brazos como loca, divirtiéndose, empapándose del ambiente. Kasia, mientras tanto, no sentía lo mismo. No podía. Por mucho que lo intentara.

¿Era duda? ¿Miedo? ¿Incertidumbre?

No lo sabía. Pero no le gustaba.

Quizás eran los nervios.

Después de todo, quería cumplir su profecía. No quería decepcionar a Zeus ni a sus hermanas. La profecía pesaba mucho sobre sus hombros. Y entonces sintió una mano en uno de ellos. Se sobresaltó, girándose de repente para ver quién estaba allí.

Zeus.

—¿Qué te pasa, Kandy? —preguntó él.

—Nada... —dijo ella sin convicción.

—¿Nerviosa?

Ella se apartó de él, asintiendo.

Le apretó el hombro, de la misma manera que le había apretado los muslos la semana anterior.

—Lo entiendo —dijo él—. Es natural, estando tan cerca del final. ¿Te gustaría saber cuál es tu profecía?

Otro asentimiento, más leve esta vez, casi imperceptible.

—Muy bien —dijo—. Quiero que mates a Lucifer. Quiero que seas tú quien lo apuñale y lo mate. ¿Crees que puedes hacer eso?

—Sí.

—¿Sabes quién es Lucifer, Kasia?

Se sorprendió al oírle usar su nombre real.

—Es el diablo... —murmuró.

—Sí. Pero el diablo tiene un nombre humano. ¿Te gustaría oírlo?

Ella asintió. Entonces, cuando escuchó el nombre, se dio cuenta del terrible error que había cometido.

CAPÍTULO
SETENTA

La lluvia goteaba desde el dosel de hojas sobre su cabeza, salpicando suavemente junto a sus pies. Estaba rodeado de oscuridad, situado en medio de un pequeño sendero en el bosque, en el mismo lugar donde Clementine Miller y las otras tres chicas se habían parado, en el límite del jardín de Michael Edwards unas semanas antes. Intentó imaginar lo que habían hecho, cómo se habían sentido. Animalescas, supuso. Una mezcla de furia, deseo y adrenalina. Las imaginó escalando las zarzas, arrastrándose por la hierba, luego irrumpiendo y caminando de puntillas por la casa, tranquilas, silenciosas, decididas. Y después el frenético, brutal y salvaje asesinato. De un extremo al otro.

Enmascaradas por la oscuridad y la tormenta eléctrica de arriba.

Tomek miró hacia el cielo. Pequeñas gotas de lluvia aterrizaron en su cara y en sus ojos. En el resplandor ambiental proveniente de la casa de los vecinos de Michael Edwards, vio las nubes gris oscuro que flotaban por encima.

Zeus estaba enfadado al parecer.

Tomek se rio. Ese imbécil creía que era un dios griego, que podía controlar el clima. Pero sí *había* controlado a Kasia. Y a Yasmin. Y a Clementine. Y a todo un escuadrón de mujeres y chicas similares con la misma mentalidad.

Era un hombre peligroso, y por eso necesitaba ser detenido.

Tomek había pensado en pedir refuerzos, que Nick o Sean bajaran con él para actuar como matones. Pero quería pasar un

tiempo a solas con Zachary. Quería enfrentarse cara a cara con el hombre que había lavado el cerebro y secuestrado a su hija. Quería ver al hombre suplicar por su vida frente a él, frente al lugar exacto donde había ordenado a sus Arpías matar a Michael Edwards.

Tomek salió de su ensimismamiento al oír el sonido de hojas y ramitas moviéndose bajo unos pies.

Y entonces escuchó los sonidos de risitas, de carcajadas salvajes y risas ahogadas.

Se giró hacia el sonido. Se quedó helado.

Se dio cuenta de que había cometido un error de juicio monumental.

Frente a él no estaban Zachary o Kasia, como había esperado. En su lugar, había diez chicas. Diez mujeres veinteañeras a las que no reconocía. Todas vestidas con los mismos vestidos blancos, su pelo rubio recogido en coletas. Y cada una llevaba una pistola eléctrica.

Sin cuchillos, sin armas.

Así que no estaban allí para matarle.

—¡Hola, demonio! —chilló una de las chicas mientras un trueno retumbaba a unos kilómetros de distancia.

—¡Satán! —gritó otra.

—¡Lucifer!

Las chicas comenzaron a emitir chillidos, siseos y ruidos de animales salvajes hacia él.

—Es hora de que vengas con nosotras —añadió la primera, calmando a las demás con un puño en alto.

Tomek examinó a cada hermana Arpía. Mirando sus rostros amenazantes. Las pistolas Taser en sus manos.

—No eres rival para nosotras —continuó la primera—. Esta vez no nos eludirás.

Levantó el brazo. El resto de las Arpías la imitaron y, de inmediato, diez puntos rojos apuntaban a varios puntos del cuerpo de Tomek.

En poco tiempo, la lluvia había aumentado y ahora caía desde arriba a un ritmo alarmante. Su pelo estaba empapado, su ropa completamente mojada.

Pero esa era la menor de sus preocupaciones.

Porque esto iba a doler una barbaridad.

CAPÍTULO
SETENTA Y UNO

Tomek se despertó con la sensación de la lluvia azotando su cara, golpeando contra su piel desde todos los ángulos. Le costaba abrir los ojos, ya que las gotas los apaleaban. Eso, y el dolor de cabeza que parecía haberle partido la cabeza en cien pedazos.

Estaba tumbado en la tierra, con adoquines y trozos irregulares de roca clavándose en la carne de su espalda. Tenía el pelo pegado a la cara y todo el cuerpo le dolía.

A su alrededor, podía oír sonidos de cánticos, cantos, risas, entremezclados con el ruido de pies chapoteando en el barro húmedo.

Abrió los ojos de nuevo y vio a las Arpías, vestidas con sus trajes de lino blanco que parecían brillar en la oscuridad, con salpicaduras de barro alrededor de sus tobillos y por sus rodillas. Sus brazos estaban entrelazados y en sus manos cada una portaba una cuchilla, saltando alrededor de él en un gran círculo, como si estuvieran en el patio de un colegio de primaria.

O en una película de terror.

Intentó examinar sus rostros mientras pasaban, buscando el de Kasia entre ellos, pero se movían demasiado rápido para que su cerebro, aturdido por el dolor, pudiera seguirlas.

¿Estaban todas presentes, o algunas esperaban más allá?

Las palabras que cantaban no significaban nada para él. Galimatías. Como si estuvieran hablando otro idioma. Posiblemente la letra de alguna de las terribles canciones de Zachary.

A sus pies, en el centro del círculo, había un pequeño fuego, luchando por sobrevivir contra el aguacero. No lo había notado hasta ese momento, pero era débil, endeble, y ofrecía muy poco en cuanto a luz y calor.

Y entonces Tomek vio a Zeus de pie al otro lado. Completamente en pelotas, con los brazos alzados hacia arriba y abiertos, como en una cruz, el mentón apuntando hacia el cielo, sus músculos contorneados cubiertos de gotas de lluvia. Lamentablemente, las llamas no llegaban lo suficientemente alto como para ocultar sus partes íntimas de la vista de Tomek.

Más allá, fuera del grupo, Tomek distinguió los contornos estarcidos del castillo de Hadleigh, casi engullidos por la oscuridad.

Su corazón latía con fuerza en su pecho, y con cada bombeo de sangre, sentía un dolor sordo. Su corazón le gritaba, suplicando apoyo. No sabía cuántas pistolas eléctricas habían entrado en contacto con su cuerpo, pero si era incluso la mitad de las que le habían apuntado, no iba a ser bueno para su corazón.

Se esforzó por incorporarse sobre los codos, y al hacerlo, se mareó y el mundo giró en un carrusel monocromático de blanco y negro, difuminándose en un gris apagado. Se desplomó suavemente en el suelo donde permaneció unos instantes, jadeando, tratando de recuperar el aliento.

—Qué débil —dijo Zeus, riéndose. Su voz llegaba lejos y resonaba por encima del sonido de la lluvia.

—Prueba a que te metan un par de miles de voltios de electricidad por el cuerpo —respondió Tomek, mirando al cielo, observando cómo las gotas de lluvia aparecían de la negrura.

Casi como si fuera una señal, sonó un trueno, retumbando a través del lienzo.

—Prueba con diez mil —murmuró Zeus—. Mis chicas te dieron bien.

Tomek soltó una bocanada de aire caliente, rodó hacia un lado y se incorporó hasta quedar sentado.

—En ese caso, debería estar muerto.

—Pero no lo estás. Parece que el destino te mantuvo vivo... para esto.

Zeus chasqueó los dedos y al instante las chicas dejaron de saltar. Una de ellas abrió un hueco en la cadena, y un momento después, Kasia, conducida por una chica mayor, apareció de la oscuridad. Llevaba el pelo suelto, ya no en coletas como el resto de sus hermanas. Su cara había sido golpeada y sus piernas vacilaban mientras se acercaba.

—¡Kasia! —gritó Tomek, sin poder contenerse—. ¿Estás bien? ¿Qué te han hecho...?

Zeus saltó por encima del fuego, con sus joyas de la corona agitándose como una bandera al viento, y abofeteó a Tomek en la mejilla.

—¡No hablarás! —bramó Zeus en su cara.

La orden era clara, pero Tomek no le hizo caso. Escupió en la pierna del hombre y recibió otra bofetada por su esfuerzo, esta vez en la otra mejilla.

—Kasia, ¡lo siento mucho! Sé todo... Lo sé...

La tercera bofetada fue lo suficientemente fuerte como para hacer perder el equilibrio a Tomek y enviarlo de espaldas a la tierra.

—¡Papá! —gritó Kasia desde el otro lado del círculo, pero su voz fue rápidamente amortiguada y silenciada por la mujer que estaba detrás de ella, que puso su mano sobre su boca y le sostuvo una hoja firmemente contra la garganta.

Tomek se tomó un momento para examinar sus alrededores. Estaba rodeado por veinte mujeres, todas vestidas de blanco, con los brazos entrelazados, empuñando cuchillos de cocina, sus expresiones tan vacías y muertas como las personas que habían matado. Al otro lado estaba su hija, cuya vida pendía del equilibrio de la firmeza de alguien. Y a unos centímetros estaba el hombre que lo había organizado todo. En ese momento, Zeus era más fuerte, más listo y estaba en mejor forma.

Incluso si Tomek hubiera querido hacer algo al respecto, el dolor en su cabeza se lo impedía.

—Conmovedor —comentó Zeus mientras se dirigía hacia Kasia—. Realmente lo es. Pero no os dejéis engañar por ello. —Se volvió hacia las chicas, mirando lentamente a los ojos de cada una como

un gladiador victorioso eligiendo a su próxima pareja—. ¿Habéis venido todas aquí para ver el fin del mundo, verdad?

—¡Sí, Zeus! —gritaron las chicas al unísono, casi robóticas.

—¿Habéis venido todas aquí para ver sacrificada la vida del diablo?

—¡Sí, Zeus!

Levantó el brazo en el aire y lo señaló a Tomek—. ¿Todas pensabais que este hombre era el diablo, verdad?

—¡Sí, Zeus!

—Pero todos habéis sido engañados. —Giró el dedo ciento ochenta grados y lo apuntó hacia Kasia—. *Ella* es el demonio. *Ella* es Lucifer. En el fondo, yo sabía que era cierto. Algo dentro de mí me decía que había algo que no encajaba en ella. Y durante las últimas semanas os ha estado mintiendo a todos. Fingiendo ser una hermana, mezclándose con vosotras. Ganándose vuestra confianza. —Se acercó teatralmente hacia Kasia. Las chicas observaban, cautivadas, mientras él se detenía junto a Kasia y recuperaba la hoja de manos de su ángel guardián—. Pero en realidad, esta perra, esta demonio, esta criatura infernal ha estado espiándoos a todas, conspirando contra vosotras. Ella es el sacrificio que todos debemos hacer si queremos sobrevivir a estas guerras raciales y visitar el más allá.

—¡No! —bramó Tomek—. ¡Mátame a mí! ¡Mátame en su lugar! ¡Ella no ha hecho nada malo, maldito farsante! ¡Déjala ir!

—Eso no puede hacerse. Ya ha sido decidido.

—Nada de esto es real —suplicó Tomek a las chicas—. Es todo una puta estafa. No hay guerras raciales. No hay vida después de la muerte. Vais a morir todas para nada.

—Ya ha sido decidido —repitió Zeus—. Está cumpliendo su profecía. Y su profecía es la muerte.

Zeus hizo un corte en la mejilla de Kasia con la hoja. La sangre comenzó a correr inmediatamente por su rostro.

Tomek reaccionó. De repente, la adrenalina recorrió su cuerpo y enmascaró el dolor de su cabeza y cuerpo. Su mente y visión se aclararon y, poniéndose de pie con dificultad, corrió hacia Zeus. Saltando sobre el fuego, placó al hombre por detrás como en el

rugby, mientras el cuerpo de Zeus amortiguaba la caída de Tomek. Durante el asalto, la hoja salió volando de la mano de Zeus y cayó en algún lugar de la hierba, perdiéndose en la oscuridad.

Entonces Tomek se apartó del líder de la secta y corrió hacia Kasia. La chica que la sujetaba había retrocedido unos pasos. Tomek no le prestó atención; estaba más interesado en su hija. Le tocó la cara, extendiendo la sangre por su mejilla.

—¡Estás bien! —le dijo—. ¡Todo está bien!

Ella asintió. Pero el momento de reencuentro se vio interrumpido. Yasmin, la chica a la que Tomek había visto solo un puñado de veces, y a quien culpaba más por lo que le había ocurrido a Kasia, emergió del círculo, blandiendo una hoja. Su grito agudo casi reventó los tímpanos de Tomek.

Con la hoja en alto, la adolescente cargó hacia ellos. Tomek empujó a Kasia, lanzándola al suelo, y luego se preparó, tensando sus músculos. No habría hecho falta, porque la chica estaba tan delgada y desnutrida que no tenía músculo para pelear, ni fuerza que la respaldara.

Tomek le agarró el brazo antes de que pudiera bajar la hoja sobre él, la desarmó y luego la arrojó al suelo.

Entonces miró al resto del grupo, jadeando, con ojos salvajes.

—¿Alguien más quiere intentarlo? —rugió.

Antes de que cualquiera de ellas pudiera reaccionar, el sonido de sirenas perforó el aire. Tomek miró detrás de él y vio los destellos indefinidos de luces blancas y azules bailando en la distancia. El sonido de las sirenas fue rápidamente ahogado por el ruido de gritos profundos y voces de los agentes de policía al otro lado de la colina. Lo que a su vez fue rápidamente superado por los sonidos de gritos frente a él.

Tan pronto como se dieron cuenta de lo que significaba ese ruido, las Arpías entraron en pánico y se dispersaron. En cuestión de segundos, habían desaparecido, incluida Yasmin, sus vestidos blancos desvaneciéndose en la oscuridad como espíritus huyendo de este mundo.

Antes de que pudiera pensarlo más, el sonido de llamadas fuertes y botas pesadas golpeando la tierra fangosa se acercó, hasta

que Tomek vio dos conos de luz blanca parpadear y destellar a través de la colina. Dos agentes uniformados llegaron un momento después, con sus abultados chalecos antiapuñalamiento siguiéndoles poco después.

—¿Qué está pasando aquí? —preguntó el primero en llegar.

—¿Qué hacéis aquí? —respondió Tomek.

—Recibimos llamadas de emergencia de los alrededores. Vecinos que afirmaban haber visto actividad sospechosa en el Castillo.

—¿Solo sois vosotros dos? —respondió Tomek.

—Nosotros... —El hombre miró la cara ensangrentada de Kasia y alcanzó su porra—. ¡Aléjese de la chica!

Mientras tanto, el otro sacó de su bolsillo trasero una pistola eléctrica. Tomek la miró con cautela.

—Tranquilos —dijo Tomek, levantando las manos en señal de rendición—. Soy su padre. Ha habido... ha habido... —El dolor de cabeza y los latidos regresaron de repente—. Soy el sargento detective Tomek Bowen —continuó—. De la Unidad de Investigaciones Mayores de Southend. Trabajo con el inspector jefe Nick Cleaves, la inspectora Victoria Orange. ¿Habéis oído hablar de ellos?

Los agentes asintieron con cautela.

—Estoy investigando los asesinatos de Michael Edwards y Karl Bacon. Fueron asesinados por una secta. Os habéis topado con ellos intentando matarnos.

La atención de Tomek se distrajo hacia el trozo de tierra vacío a unos metros de distancia donde, momentos antes, había estado tumbado Zeus.

—¿Adónde ha ido?

—¿Quién?

—El tipo que estaba tumbado ahí justo ahora.

Tomek señaló el lugar. Ambos agentes siguieron su dedo.

—No vi a nadie —dijo el primero.

—Yo tampoco —añadió el segundo.

—¿Qué queréis decir con que no habéis visto a nadie? ¡Está en pelotas, joder! ¡Su culo es tan brillante y pálido como la luna! ¡No podéis haberlo pasado por alto!

Tomek giró sobre sí mismo, girando a izquierda y derecha, derecha e izquierda, buscando a Zeus en el horizonte. Pero no había rastro de él. El cabrón había escapado.

Tomek se detuvo una fracción. Tomó una decisión en una fracción de segundo y se dirigió a su derecha.

Al sur.

Calculó que, de todas las direcciones posibles, Zachary habría ido hacia el sur, lejos del centro de Hadleigh y la policía que llegaba, y hacia las vías del tren al pie de la colina.

Al menos, ese sería el camino que él habría tomado si fuera quien escapaba de la policía.

—¡Papá! ¿Adónde vas? —gritó Kasia cuando empezó a alejarse.

—Voy a encontrarlo —respondió, bombeando lentamente las piernas—. Quédate con estos dos. Te cuidarán. ¡Y pedid refuerzos!

Tomek no miró atrás mientras comenzaba a bajar la colina. El descenso fue suave al principio, pero unos metros más adelante se volvió más empinado de lo que esperaba. Sus zapatos resbalaron en el suelo húmedo y tropezó, rodando como un muñeco de trapo sobre la tierra fangosa, antes de finalmente enderezarse unos metros más tarde. En la oscuridad, vio las luces de Canvey Island en la distancia, y los destellos de Kent al otro lado del estuario del Támesis.

No tenía idea de adónde iba, ni idea de adónde había ido Zeus.

Solo estaba esperando, rezando, haber elegido el camino correcto.

Después de alcanzar el punto medio de la colina, el dolor de su cabeza había desaparecido, y los músculos de su cuerpo habían recuperado su plena capacidad. Se sentía vivo de nuevo, revigorizado.

Un minuto después, llegó al pie de la colina y se detuvo al borde de las vías del tren que iban desde Benfleet hasta Leigh-on-Sea y más allá. Se detuvo para recuperar el aliento. ¿Izquierda o derecha?

Al final, la decisión se tomó por él.

A quince metros de distancia, Zeus estaba saltando la valla de seguridad, intentando cruzar la vía.

—¡Zachary! —gritó Tomek, pero el hombre continuó sin inmutarse. Tomek corrió tras él, y para cuando alcanzó a Zachary, el hombre ya estaba al otro lado.

Los separaban unos pocos metros. Si Tomek quería agarrarlo y destrozarle la cara, tendría que escalar la valla. Para entonces, podría haber perdido de vista al hombre para siempre.

—Se acabó, Zachary —dijo Tomek—. No tienes adónde ir.

—No puedo morir. No puedes matarme.

Zeus dio un par de pasos hacia atrás, hasta que el suelo dio paso al lecho de piedras sobre el que descansaban las vías del tren.

—No eres un puto dios griego —respondió Tomek—. Eres un maldito idiota. Y todos los que te conocen están de acuerdo.

Zachary dio un par de pasos más, esta vez pasando por encima del riel electrificado. Ahora estaba firmemente en el lecho de las vías. Tomek podía oír el zumbido y el siseo mientras cientos de miles de voltios de electricidad recorrían los pilones.

—Eres un fraude —respondió Tomek—. No tienes los poderes de Zeus. Si los tuvieras, habría rayos a nuestro alrededor. Pero todo lo que veo son cielos negros y un poco de trueno. ¿Qué pasó? ¿Se te quedó flácida o qué?

—No estaba flácida cuando estaba en la boca de Kasia.

Tomek apretó el puño y lo golpeó contra la valla metálica.

—¡Di una cosa más, y voy a ir ahí y te voy a moler a palos!

Zeus se acercó más hacia la vía electrificada. Se agachó y mantuvo su mano suspendida sobre ella.

—Me encantaría verte intentarlo —se burló—. En el momento en que toques el suelo, te golpearé con una electricidad como no has experimentado nunca.

Tomek no podía creer lo que estaba viendo, no podía creer lo que estaba oyendo.

El hombre realmente pensaba que era Zeus y que podía dominar el poder de la electricidad.

—Yo no haría eso si fuera tú... —dijo Tomek.

—¿Por qué no? ¿Tienes miedo?

—¿De ti? ¿Pequeño pene flácido? Nunca. Eres un fraude y siempre lo serás. Pero lavaste el cerebro a mi hija. Le trastornaste la

mente y la manipulaste. La hiciste hacer cosas que ninguna adolescente debería tener que hacer. Y la cortaste. Y por eso, voy a ver cómo mueres.

Tomek colocó su mano en la valla metálica.

Tan pronto como hizo el movimiento, Zachary Godson envolvió sus dedos alrededor de la vía electrificada del tren. De inmediato, su cuerpo se sacudió, lanzándolo al suelo y comenzó a convulsionar. Sus dedos habían soltado la vía, pero su cuerpo había caído sobre ella, y se sacudía violentamente, con cien mil voltios recorriendo su sistema.

Los gritos de dolor y agonía duraron solo segundos antes de detenerse abruptamente y ser reemplazados por el abrumador olor a carne quemada. La corriente lo había matado. Yacía completamente inmóvil.

—Maldito idiota —se dijo Tomek a sí mismo, antes de alejarse y dejar el cuerpo sin vida del hombre donde merecía estar.

Mientras comenzaba a subir la colina, ansioso por llegar a su hija, la lluvia y los truenos se detuvieron repentinamente, y el aire se quedó inquietantemente quieto.

CAPÍTULO
SETENTA Y DOS

—¿Qué tal el piso? —preguntó Nick.

—Un desastre —respondió Tomek—. Todavía estamos encontrando trozos de cristal y pelusas. Y, en algún momento de los últimos diez meses, los dos hemos acumulado de alguna manera una cantidad asquerosa de lentejuelas, cuentas y purpurina. Ni idea de dónde han salido. Me despierto con purpurina en el pelo y en las manos, como si hubiera estado sonámbulo caminando sobre ella.

—¿Seguro que no eres un artista drag encubierto y esta es tu forma de decírmelo? —Nick levantó una mano—. No pasa nada si lo eres, pero hay mejores formas de contármelo.

Tomek gruñó. —Qué gracioso.

Un momento de silencio incómodo se filtró por las grietas de la atmósfera. Tomek esperó a que Nick explicara la razón por la que lo había llamado.

—Recursos Humanos ha recomendado que te tomes un tiempo libre —dijo finalmente.

—¿Ah, sí?

—Ellos lo llaman suspensión, mientras la IOPC investiga lo que le pasó a Zachary Godson, pero yo lo llamo mini vacaciones.

—Vale.

—Hasta el final de las vacaciones de verano —continuó Nick—. Para que tú y Kasia podáis... superar todo esto.

—Te lo agradezco. Gracias.

—Te habría ofrecido más tiempo pero... Bueno, ya sabes cómo son estas cosas.

Tomek esbozó una sonrisa irónica.

—¿Cómo... cómo está ella? —continuó Nick, tratando de llenar los silencios vacíos con una conversación que Tomek no quería tener.

Tomek simplemente negó con la cabeza. Luego se sintió obligado a explicarse.

—Está procesándolo todo. *Yo* estoy procesándolo todo. Todo lo que creía sobre su mundo se ha puesto patas arriba dos veces en las últimas semanas, y va a necesitar mucho tiempo para recuperarse y deshacer el daño que se ha hecho, si es que alguna vez puede. Tampoco ayuda que todo lo que hay por aquí sea un recordatorio de lo que pasó.

—¿Quizás deberíais iros fuera?

La sugerencia era buena. Solo que no útil.

—Tengo una casa que reformar antes de poder pensar en eso. Pero buscaré algún sitio donde podamos ir. A nivel local, quizás. No tiene por qué ser muy lejos.

—No...

La conversación llegó a su fin natural. Aunque Tomek intuía que había más cosas que Nick quería abordar.

—¿Cómo le va con su amiga?

—Esa es probablemente la parte más dura —respondió Tomek—. Confiaba en ella, ¿sabes? Y, con cómo acabó todo... realmente la ha destrozado.

Tomek se refería a Yasmin, y a cómo, la noche del incidente, ella, junto con varias de las otras chicas, había muerto por una sobredosis de LSD y una mezcla de otras drogas. Aquella noche, Zachary Godson había creado la mezcla mortal y había proporcionado a las chicas cantidades copiosas de ella, presumiblemente para intensificar su experiencia o inevitablemente matarlas para que nunca se dieran cuenta de lo farsante que había sido. Desde esa noche, había habido siete informes de otros miembros del culto que habían muerto por sobredosis sospechosas. Sus autopsias aún seguían en curso.

—Perdió a una amiga —dijo Nick.

—Y casi pierde también a un padre.

—Pero no lo perdió. Y apuesto a que eso es lo que la mantiene unida ahora mismo. *Tú*. Tienes que ser un pilar para ella ahora, Tomek. Tienes que serlo todo para ella.

Tomek sacó pecho. —Lo soy. Soy todo lo que siempre ha tenido, y ahora creo que por fin se da cuenta de ello.

—Buen hombre. —Nick se aclaró la garganta—. Como te dije el otro día, si necesitas ayuda con algo de esto, solo dímelo. Si quieres que hable con su colegio, estoy aquí para ayudar. ¿Les has informado?

Tomek asintió. —Tengo el número de su tutor en marcación rápida.

—Seguro que Kasia está encantada con eso.

—Su profesor ha sido muy bueno, en realidad. Se ofreció a ayudar y dar sesiones después de clase, etc. Pero eso no es hasta el año que viene. No pensaré en eso hasta que sea necesario.

—Claro, claro.

Otro descanso en la conversación. Esta vez era el turno de Tomek para mantenerla viva.

—¿Qué hay de nuevo con Stafford?

Al mencionar el nombre del narcotraficante, los ojos de Nick se ensancharon y sonrió ampliamente. —Detuvieron al cabrón hace un par de horas. Por fin. Nos llevó bastante tiempo. Resulta que Zachary Godson era el eslabón perdido.

Tomek sonrió con ironía. —Al menos algo bueno salió de encontrarle. Y del hecho de que el muy hijo de puta esté muerto.

Nick no le vio la gracia. Entrelazó los dedos y se inclinó más cerca. —Si hay algo más que necesites contarme sobre lo que pasó allí abajo, aún estás a tiempo.

Tomek levantó las manos en señal de rendición. —Como ya te dije —explicó—. El imbécil tocó las vías por su propia voluntad. Pensó erróneamente que podía canalizar la electricidad a través de sí mismo. En fin, un gilipollas menos en el mundo con el que lidiar.

—Vale, bien. Te creo. Solo... solo mantén un perfil bajo hasta que tengas que volver, ¿de acuerdo?

—¿Y si no vuelvo? —bromeó Tomek.

—Entonces nos harás un favor a todos. Llevo trece años intentando deshacerme de ti.

Tomek se dio una palmada en la rodilla y luego se levantó de la silla. —Es una pena que me tengas para otros trece años, ¿verdad? Tendrás que matarme antes de que dimita.

CAPÍTULO
SETENTA Y TRES

Charlas y risas se filtraban por la puerta, ahogando el sonido metálico que emitía su televisor. Estaba viendo *Doctors*. Uno de sus programas favoritos, aunque le decepcionó enterarse de que la BBC lo había cancelado. Ahora solo le quedaban las repeticiones y las mismas tramas que había visto una y otra vez. Aun así, le mantenía contento.

Mientras se recolocaba en la cama, esforzándose por escuchar el sonido de Jimmi Clay explicando noticias devastadoras a uno de sus pacientes, el móvil de Nathan vibró en su bolsillo. Se bajó de la litera de arriba, entornó la puerta y contestó la llamada.

—¿Qué tal Italia? —preguntó, dirigiéndose hacia la ventana.

—Gloriosa —respondió el hombre—. Realmente impresionante. Preciosa.

—Es bueno que ahora sepa lo que significan esas palabras.

El hombre se rio al otro lado de la línea. —¿Qué tal te fue? —preguntó—. ¿Encontraste a su hija?

—No, por desgracia. Tomek la encontró por su cuenta.

Desde fuera, Nathan oyó cantar a un pájaro.

—Es una pena.

—No hasta que oigas lo que le pasó.

—¿Qué fue?

Nathan se lo explicó.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó el hombre.

—Porque él me lo contó. Creo que solo necesitaba a alguien con quien desahogarse, con quien soltarse. Deberías haber oído algunas de las cosas que dijo sobre el tipo que lo hizo. ¡Uf! Nunca he oído a alguien soltar tantos tacos en mi vida.

El hombre resopló. —Pobre desgraciado. Parece que lo que le pasó a su hija fue peor que lo que le hicimos a su hermano. Imagínate si Tomek la hubiera perdido igual que a él.

—Sí —dijo Nathan, apartándose de la ventana y volviendo a subir a la cama—. Imagínate.

OTRAS OBRAS DE JACK PROBYN

La serie de misterio y asesinato del DS Tomek Bowen:

LIBRO 1: LA JUSTICIA DE LA MUERTE

Southend-on-Sea, Essex: El detective sargento Tomek Bowen —dedicado, tenaz y atormentado por la muerte de su hermano— es llamado a una de las escenas del crimen más impactantes que jamás haya visto. Un hombre ha sido asesinado ritualmente y abandonado en un huerto cerca del aeropuerto local. Las primeras investigaciones indican que se trataba de un hombre con un pasado. Un pasado que le ganó muchos enemigos.

Descargar La Justicia de la Muerte

LIBRO 2: LAS GARRAS DE LA MUERTE

Annabelle Lake creyó reconocer el Ford Fiesta que esperaba fuera de su escuela, y al conductor. Se equivocó. Su cuerpo es descubierto algún tiempo después, colgando de un columpio en un parque infantil local en Canvey Island.

Descargar Las Garras de la Muerte

LIBRO 3: EL TOQUE DE LA MUERTE

Cuando la niebla se despeja una mañana de diciembre en Essex, se descubre el cuerpo de una adolescente tendido boca abajo en un campo. Como resultado, el caso rápidamente llega al escritorio del DS Tomek Bowen quien, mientras intenta compaginar su nueva vida como padre soltero de una hija de trece años, debe desentrañar la mortal secuencia de eventos y sacar la verdad a la luz.

Descargar El Toque de la Muerte

LIBRO 4: EL BESO DE LA MUERTE

Los secretos más oscuros nunca permanecen ocultos por mucho tiempo...

Cuando el cuerpo de un hombre sin hogar es descubierto en el paseo marítimo de Southend, encajado entre las casetas de playa de Thorpe Bay, la gente de Essex ni siquiera arquea una ceja.

Pero cuando la autopsia revela que la identidad es la del diputado local, Herbert Tucker, el pueblo comienza a prestar atención.

Descargar El Beso de la Muerte

LIBRO 5: EL SABOR DE LA MUERTE

Algunos secretos nunca se desvanecen...

En una mañana ventosa y gélida, Morgana Usyk, propietaria del Café Morgana, visita el puerto Mulberry a poco más de un kilómetro y medio mar adentro. Poco después, su cuerpo es encontrado en las aguas poco profundas, flotando junto al puerto.

Descargar El Sabor de la Muerte

LIBRO 6: EL ÁNGEL DE LA MUERTE

Algunos secretos nunca se desvanecen...

Cada ángel merece sus alas... Cuando la azafata Angelica Whitaker es reportada como desaparecida tras una noche en uno de los clubes nocturnos más populares de Southend, el caso es asignado al DS Tomek Bowen por primera vez en su carrera. Tan pronto como comienza la investigación, las sospechas recaen sobre el hombre con quien ella bailó en el club, pero cuando su cuerpo es encontrado posteriormente en una iglesia, colocado como un ángel, las mismas sospechas empiezan a apuntar hacia un asesino calculador, sereno y sádico.

Descargar El Ángel de la Muerte

DEJA UNA RESEÑA

Aquí estamos. Fin.

Bueno, digo "nosotros"... Me refiero a ustedes. Gracias.

Gracias por llegar hasta aquí y acompañarme mientras imagino estas historias tan disparatadas y extrañas en mi cabeza, y luego las traduzco al papel (o mejor dicho, a archivos digitales).

Amazon está repleto de millones de libros (literalmente, y no uso ese término a la ligera), por lo que a menudo es difícil encontrar tu próxima lectura. Solo quieres saber qué libro leer a continuación. Pero a veces no tienes tiempo para revisarlos todos, así que ¿qué haces?

Mira las reseñas, por supuesto.

Las usamos en todos los aspectos de nuestra vida. Restaurantes. Películas. Nuestro próximo televisor. Unos auriculares. Casi todo está regido por los pensamientos de otras personas.

Una locura, ¿verdad?

Pero ¿qué pasa cuando te encuentras con un libro sin reseñas? Puede que lo rechaces. Es difícil confiar en el libro.

Tu tiempo es oro. Tu tiempo es valioso. No quieres desperdiciarlo en historias decepcionantes. Nadie lo hace. Y yo no quiero eso para ti. A veces me preocupa que le pase lo mismo a esta historia. Pero hay una solución.

Una reseña es muy valiosa. Y me da la confianza para seguir dándole vueltas a las ideas locas que tengo en la cabeza. Si tienes

un momento libre, te agradecería mucho que dejaras una reseña. No tiene que ser larga, solo unas palabras sobre tu opinión del libro.

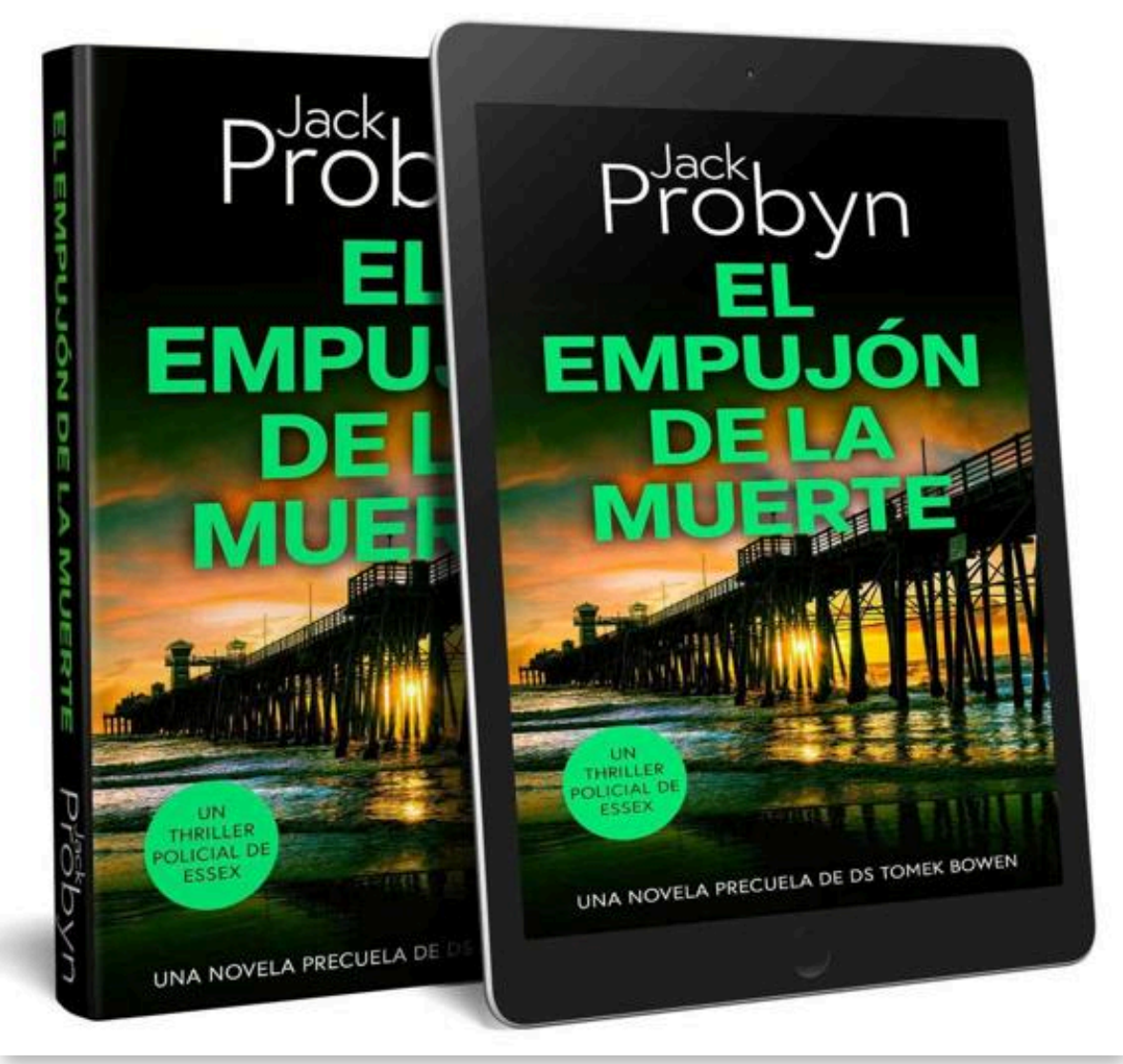
Gracias.

Tu amable autor,

Jack Probyn

ÚNETE AL CLUB VIP

Tu libro GRATIS te espera



Disponible al unirte al club

Consigue tu copia GRATIS de la novela precuela de la serie DS Tomek Bowen ahora en jackprobynbooks.com al unirte a mi club VIP por correo electrónico.

SOBRE EL AUTOR

Jack Probyn es un escritor británico de novela negra y autor de la serie de thrillers policíacos de Jake Tanner, ambientada en Londres.

Actualmente vive en Surrey con su pareja y su gato, y está trabajando en una nueva serie de misterio y asesinatos ambientada en su ciudad natal de Essex.

¿No deseas registrarte en otra lista de correo? Puedes mantenerte al día con los nuevos lanzamientos de Jack siguiendo alguna de las siguientes cuentas. Te enterarás cuando tenga un nuevo libro a punto de salir, sin la molestia de unirte a mi lista de correo.

Botón de "Seguir" en la página de autor de Amazon:

1. Haz clic en este enlace: https://geni.us/AuthorProfile
2. Debajo de mi foto de perfil hay un botón que dice "Seguir"
3. Haz clic en él y Amazon te enviará correos sobre nuevos lanzamientos y promociones.

Botón de "Seguir" en la página de autor de BookBub:

1. Similar al de Amazon, haz clic en este enlace: https://www.bookbub.com/authors/jack-probyn
2. Junto a mi foto de perfil hay un botón que dice "Seguir"
3. Haz clic en él y BookBub te notificará cuando tenga un nuevo lanzamiento

Si quieres información más actualizada sobre nuevos lanzamientos, mi proceso de escritura y todo lo demás, el mejor lugar para estar al tanto es mi página de Facebook. Tenemos una pequeña comunidad creciendo allí. ¿Por qué no formas parte de ella?

